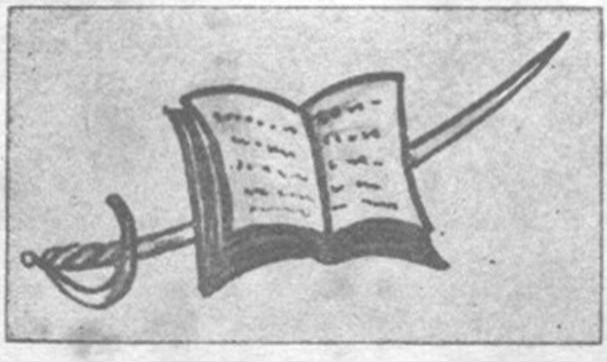
Rufino Martínez

Hombres Dominicanos

Santana y Báez



EDITORIAL EL DIARIO
SANTIAGO, REPUBLICA DOMINICANA - 1943

17872 - 10

BNPHU
PD - RV
923.17293
M385h
v.2

RUFINO MARTINEZ

Hombres Dominicanos

Santana y Báez

*

EDITORIAL EL DIARIO
SANTIAGO, REPUBLICA DOMINICANA . 1943

BN
1923.172930922
D446M
v.2 c.3

OBRAS HISTORICAS DEL MISMO AUTOR:

Publicada:

HOMBRES DOMINICANOS
Deschamps, Heureaux
y Luperón.

Inéditas:

DICCIONARIO BIOGRAFICO
HISTORICO DOMINICANO
1,066 personajes.

ENSAYOS

HOMBRES DOMINICANOS
3er. Tomo.

En preparación:

HOMBRES DOMINICANOS
4to. Tomo.

016032

PREFACIO

En todo lo que fué socialmente hay una realidad que tuvo su razón de existir y originó maneras de vida propias, sin relación con las formas y modelos creados subjetivamente por espíritus de otra generación. Es indispensable ir a esa realidad para conocerla, que es penetrar en ella sin prevención y desentrañar toda su verdad. Tal adquisición es independiente de cuanto convencionalmente se había dicho o establecido. Como expresión de lo intrínseco, tiene su valor en sí, aunque se le niegue aceptación. Esa negativa no podría perdurar indefinidamente, como significación de postura falsa que es, frente a la perennidad de lo verdadero. Es humano el querer que los sucesos se hubiesen desarrollado según a uno le son gratos o simpáticos, y de igual manera, que los individuos se hubieran moldeado y exteriorizado conforme a un patrón de excelencia concebido idealmente; mas ocurre, que la vida no se desenvuelve caprichosamente, sino como debe ser, o sea de acuerdo con su ley. Después, todo empeño por trazarle el curso y manifestación que no tuvo, respecto a la historia no hace más que retardar su aparición como ciencia instructiva.

***

Una sonrisa, ya que no una higa, para quienes le están negando valor al pasado de nuestro pueblo, especialmente en sus hombres. Es una postura de negocio

particular como otro cualquiera. Los personajes incluídos en este tomo, para los sentimentales de la historia, están hace tiempo en su casilla clasificada; pero los mismos no dejan de exclamar, que la historia dominicana no se ha escrito. Y ya eso es renunciar a todo, aceptando que las cosas quedan todavía en su estado primitivo. Con todo, han ganado tanto terreno en su cómoda labor de juzgar y sancionar a su manera, habiéndole ello reportado no poco prestigio, que, si no es presentándoles bastante dosis de filosofía de la historia, no se darán por vencidos; y aun así, cuidado si seguirán en sus trece, que no es moneda corriente ni fácil determinación acatar la verdad, con mengua de la posición adquirida... Con la interpretación simplista lo han hecho todo, pues que la otra, desentrañadora de la causa de los fenómenos, francamente no es de su oficio. En la última generación, de las tres definidas que entran en el siglo de la República, creo haber sido el primer espíritu libre que hizo apreciaciones acerca de la individualidad de Pedro Santana, desviadas enteramente de lo hasta entonces publicado. Fué el año 1934. Días después se dió a la publicidad, sobre el mismo personaje, el juicio de Gregorio Luperón, con quien coincidía yo en lo sustancial, a pesar de la distancia del tiempo, la educación y el temperamento que me separaban de aquel espíritu extraordinario y pasional. Quiero ahora decir lo que en tal oportunidad no fué dable expresar, y es que mi apreciación sobre el personaje tuvo por fundamento el material anónimo encontrado en boca de supervivientes de la Primera República. No hice más que poner a su servicio, con amor, los recursos de la cultura. Al través de las mismas fuentes capté tonalidades psicológicas del pueblo dominicano en sus pri-

meras etapas. Es así cómo ha venido a mí todo un pasado viviente, que había estado al margen de la publicidad escrita. En él se mueven los hombres con sus pasiones, dentro del escenario social adecuado a los personajes. Desacorde aquella realidad con la mayor parte del material escrito, ofrecido como historia, hubo para mí en ello uno de los incentivos que me despertaron la vocación para la historia. No armado de prejuicios, ni moldes ni patrones a los cuales ajustar hombres, de cada uno reclamo el material de su vida, no aisladamente, sino en relación con el medio circundante. Conforme a este procedimiento, Buenaventura Báez aparece, como el anterior, con la estatura que tuvo, y la que, por derecho natural, nadie debiera aumentar ni disminuir.

EL AUTOR.

Abril 11 de 1942.

PEDRO SANTANA
(1801 — 1864)

La manera cómo se desenvolvió un acontecimiento social, permitiendo que unos individuos se destacaran y descollasen, sobreponiéndose a otros que aspiraron a ocupar las posiciones preeminentes dedicando esfuerzos a dicho propósito, no es un fenómeno de carácter fortuito en que la voluntad de unos cuantos o de uno solo quiso que así sucedieran las cosas. Como ellas se realizaron tuvo que ser; y toda otra vía de acción que se creyó capaz de crear una realidad superior a la que necesariamente se estaba cumpliendo, no fué sino una posibilidad... Todo hecho social, efecto de impulsos y circunstancias anteriores que son su causa, mientras se va imprimiendo en la realidad o surgiendo de ella, está cercado de posibilidades, relacionadas con el libre albedrío del hombre, nunca falto de concepción para trillar por sí su camino. No hay hechos ni orientación fijadora de un propósito realizado por una persona, que no hubiesen sido amenazados en su curso por desviaciones que parecieron más acertadas. Tales desviaciones tuvieron no pocas veces principio de desenvolvimiento, mas acabaron por quedarse en la condición de lo que pudo haber sido. En el sér colectivo sucede lo mismo. Incorporado ya un acontecimiento a la realidad como hecho consumado, y por consiguiente preponderante por sobre toda otra forma, las que fueron posibilidades no tienen derecho a rebasar la línea de

lo secundario; su valor puede ser de primer orden, pero en lo ideal, en lo que debiera ser, no en lo que es. La apreciación que antecede es indispensable para dar comienzo al estudio de la personalidad de Pedro Santana.

***

La figura central en la acción libertadora de la Independencia, que influyó preponderantemente en el curso triunfal de un acontecimiento de esa trascendencia, reclama ser presentada como era y juzgada conforme al papel fundamental desempeñado en aquel drama. Ha tenido de enemigo al historiador sentimental, que lleva de delantera en la República Dominicana tres cuartos de siglo. Lo que no pudieron sus contrincantes de la Primera República, han creído lograrlo hasta la saciedad quienes heredaron los sentimientos de odios y rivalidades que él ocasionara a lo largo de sus actuaciones públicas. Se han servido a su sabor, y la insensatez ha tocado tal extremo, que las deficiencias y falta de disciplina en sus coetáneos hombres de armas, las han querido justificar con la envidia por parte de Pedro Santana, que perseguía, dicen, a todo el que descollaba... Fué, aseguran, hechura de Tomás Bobadilla, y un afrancesado que desde los cantones pedía la protección de un poder extraño para continuar la campaña; un insubordinado que levantó el pendón de la contienda civil el primero, dando así el mal ejemplo; un general improvisado, a quien Juan Pablo Duarte pudo ventajosamente haber suplido; un jefe de operaciones que convirtió torpemente una victoria, la del 19 de Marzo en Azua, en injustificable derrota; un ambicioso despreciable que expulsó a perpetuidad a los Padres

de la Patria; un tirano que impuso el artículo 210 de la Constitución de San Cristóbal; un criminal que ordenó el fusilamiento de José Joaquín Puello y de Antonio Duvergé, y expulsó del territorio a unos curas e hizo jurar la Constitución al Arzobispo Portes e Infante; le traicionó a Valverde, levantándose en armas contra el gobierno provisional de Santiago; y finalmente vendió la patria a España, a cambio de un título de nobleza. Si todo eso es cierto, ¿cómo pudo, a menos de tener un ejército exclusivamente suyo y para oprimir al pueblo desarmado, mantener durante veinte años el prestigio político de primer personaje? La respuesta debe darla él mismo, es decir, la suma de sus actos y dotes de espíritu desplegadas en el escenario social, que al mismo tiempo tuvo su carácter o manera propia. Por de pronto me apartaré del hombre para esbozar, siquiera a medias, el fondo social de donde él emerge.

***

Con la cesión a Francia, por parte de España, de la colonia de Santo Domingo, conforme al tratado de Basilea el año 1795, se inicia en el territorio una serie de cambios y alteraciones que en el curso de medio siglo culminan con la fundación de la República Dominicana. Las vicisitudes por que pasara el informe agregado social en ese lapso, influyeron poderosamente en el carácter de la que fué luego nacionalidad, prolongándose en su vida medio precaria no pocos de los males que la afectaran en los pródromos de su advenimiento a la vida autónoma. Pero ello es independiente del valor que tuvieron los factores que se aunaron para producir una vida colectiva disfrutando de los atributos de la libertad. De entre esos voy a seguir el curso de

BIBLIOTECA NACIONAL SANTO DOMINGO, R. D.

los que sirvieron para poner en acción al elemento criollo. Fué un desconcierto el causado en la colonia por la noticia de haber cambiado involuntariamente de amo, como quien dice. Se desató un movimiento migratorio hacia otras playas, que se llevó consigo a la gente ilustrada, pero española de sentimientos. De los que no pudieron o quisieron emigrar, los más importantes, desde el punto de vista de una futura patria propia, fueron los ligados a la tierra por la crianza o ganadería. Abandonar el suelo y los animales para vivir pobre en otra colonia no era cuerdo ni acaso posible. A correr, pues, fortuna, frente a la situación que surgiera de otro régimen. Se aplaza por años el esperado nuevo estado de cosas, entra el siglo XIX, y sucede entonces que, los vecinos haitianos comienzan a luchar por su libertad. Triunfan de los franceses y proclaman su Independencia a la vez que ejecutan una matanza de blancos. Los avecinados en la frontera de la parte española, donde tienen grandes hatos, aprovechando el pasto natural, reconocen que ya no es posible contar allí con garantías de vida ni de bienes, y no les queda otro camino que tomar sus joyas y onzas de oro,ofrecer a precio vil la mayor parte del ganado a quienes no temían continuar viviendo en aquella zona, y arrear una parte en la caravana del éxodo hacia el extremo opuesto de la Isla, el oriental, siguiendo la ruta del Cibao. Es el postrer grupo que abandona esa vasta comarca. Los primeros lo hicieron a raíz de la invasión de Toussaint Louverture el año 1801. Hombres, mujeres y niños a caballo, con el ajuar de casa que ha convenido cargar, salen de Hincha por el camino real de Bánica, donde hay opción entre el sendero que va a San José de las Matas y el que lleva a San Juan de la Maguana para

seguir el de Constanza y Jarabacoa. Entre las familias iban las de los Ruiz, Zorrilla, Febles, Familia y Santana. En esta última figura como elemento principal Pedro Santana, casado con Petronila Familia. Llevaban a los hijos mellizos, de tres años, Pedro y Ramón. A su salida de Hincha no habían logrado despojarse de todos sus bienes raíces, dejando entregada una parte, que le devengaría una renta recibida regularmente en el punto lejano donde se establecieran. Los Santana hicieron alto en la jurisdicción de Santiago. Pensaron quedarse allí, pero tras algunos meses decidió el padre establecerse en el Seybo. Predominantemente ganadera aquella región, donde se tenía por caso corriente que un par de reses en la virginidad de los bosques se reproducía en centenares a la vuelta de algunos años, sustituía ventajosamente al abandonado lar nativo, con el tan deseado complemento, para el trabajo, de la garantía personal y el respeto de la propiedad. Pedro Santana adquirió en propiedad el hato llamado El Prado, uno de los más antiguos en el Este. Fué condueño del mismo su compañero desde la región fronteriza Miguel Febles. El atender al hato no le impide formar parte de las milicias urbanas, en las que es capitán. En el entretanto los hijos van creciendo con la afición al trabajo de campo, lo que valdrá para conservar y acrecentar lo creado por el progenitor.

Se presenta la oportunidad de tomar las armas los hombres de aquella extensa comarca para batirse en el mismo suelo. Es la primera vez que ocurre en trescientos años de la colonia. Juan Sánchez Ramírez organiza allí sus tropas contra el gobernador francés Luis Ferrand, y la mayor cooperación la tiene de los comarcanos. Trabada la batalla en Palo Hincado, Juan

Sánchez Ramírez quedó vencedor, y el Ayudante de Caballería Comandante Pedro Santana persiguió al general francés, y al encontrar su cadáver le cortó la cabeza, presentada a Sánchez Ramírez como trofeo. Este general, en alusión al comandante Santana, le cita como "hombre de conocido valor"; tal cualidad databa de fines del siglo anterior, en que españoles y franceses tuvieron choques sangrientos por la línea fronteriza. También se distinguió en la acción el Ayudante Mayor de Milicias Miguel Febles, quien figuró luego entre los personajes que se adhirieron al movimiento de Independencia dirigido por Núñez de Cáceres el 1821. El Comandante Pedro Santana no alcanzó éste acontecimiento.

***

El seybano mostró en tal ocasión su espíritu para la guerra. Su arma blanca desconcertó a los franceses y les ocasionó la derrota. Inmisericorde, no dió cuartel al vencido, y cuando en la persecución le halló cansado y despeado, y tumbado en el suelo de la intrincada manigua, le quitó la vida a filo de machete. Y si en ese afán de exterminio se le escapaba el fugitivo, le azuzaba los perros de montería para localizarlo. Hacía la guerra de acuerdo con la actividad primordial de su vida. La montería es el más fuerte ejercicio del hombre de campo. Sangre fría, abstinencia forzada, dureza de cuerpo para resistir las más largas jornadas entre los bosques, donde no faltan plantas espinosas como la yabacoa, destreza en el herir con el machete antes que verse entre los colmillos del verraco, tales son las prendas que debe tener el montero. Su mejor compañero es el perro, perro de montería, flaco, sufrido, animoso, te-

naz y obediente y comprensivo de su misión. Azuzado al azar en medio de un bosque, se adentra por entre lo más tupido o quebrado, sin darse punto de reposo, mientras husmea la res porcina, generalmente, y en viéndola, con su ladrido pertinaz da el aviso al amo, ya distante, y que debe acudir corriendo, indiferente a rasguños, golpes y obstáculos del terreno. Fuera de esa labor, el seybano no se separaba de su machete; era prenda de su persona, como lo fué la espada para el caballero español; pero tal prenda por sí, no pudo ser suficiente regalo de la vista, ya que todo el mundo la poseía, y, como la cosa más natural, se pasaba al deporte del juego de las armas, y surgieron diestros que hacían maravillas frente a uno o dos contrincantes. El sable fué así el arma natural del seybano, y su habilidad en el uso del mismo se hizo tradicional.

*
**

Triunfante el movimiento encabezado por Sánchez Ramírez, llamado de la Reconquista, se restablece la vida colonial española y se vuelve a vivir conforme a las fórmulas heredadas. A falta de Pedro Santana el padre, los hijos administraron lo que del hato de El Prado correspondía a la familia...

De la inconformidad con el sistema de gobierno español y una natural aspiración de vivir de acuerdo con las ideas de libertad que se estaban propagando por el mundo americano, surge el movimiento que crea el Estado libre de 1821. Es obra del elemento pensante de Santo Domingo de Guzmán. El Cibao no secunda el movimiento sino a medias; el Seybo, o la región oriental, no tiene objeción que hacer, y continúa en la normalidad pasiva de su vida ganadera. El go-

bierno haitiano ocupa el territorio militarmente, apaga el recién nacido Estado, e inicia un régimen de ocupación. La vida social no se altera notablemente, pero hay un inevitable contraste entre el invasor y el nativo, y de ello ha de nacer la aspiración de vivir bajo otro poder, o si posible, autonómicamente.

En las familias que emigraron a la región oriental no se puede apagar el odio a los haitianos; eternamente desconfían de ellos, porque les parece que cualquier día serán víctimas de una de las barbaridades alcanzadas a ver desde sus antiguos puntos fronterizos. Así que, si llegara el momento, se decían, de hacer con ellos lo que con los franceses, la región sabría ponerse a la altura de su deber.

Muerto Miguel Febles, los Santana pasaron a ser dueños exclusivos de El Prado. Ramón Santana se casó con Floriana Febles, hija del fenecido, y Pedro Santana con la viuda, Micaela de Rivera.

***

La importancia que habían tenido las milicias urbanas se perdió en la ocupación haitiana. De la oficialidad, unos habían emigrado, y otros quedaban, por sus años, como personas inhabilitadas para asuntos de guerra. Pero a falta de medios y circunstancias propicios a la formación de elementos dirigentes y organizadores en cuestiones de armas, se moldeó espontáneamente un tipo de selección, de esos que en cualquiera sociedad o comarca constantemente se están produciendo, sin saberlo ellos mismos, o sin proponérselo. Quien tal representa, tiene en sí un valor nunca despreciable. Por conducto de él, inconscientemente, se exteriorizan las calidades y defectos propios de la sociedad o re-

gión, que, como sér colectivo, y parte de la misma naturaleza, crea el órgano por donde manifiesta su carácter fundamental. La región de la ganadería, donde el vigoroso montero tuvo su más natural ambiente, permitiéndole ello hacer del juego de las armas la más apreciada habilidad, dió el tipo que vino a servir para el momento difícil de la nacionalidad, que nacía a impulso de un golpe idealista, desprevenido de los recursos indispensables para llevar a término la obra. Cuando allá se comenzó a hablar de la posibilidad de un pronunciamiento contra las autoridades haitianas, según se planeaba en la Capital, en ausencia de hombres de armas para poner en acción la comarca, todos señalaban como al más indicado a Pedro Santana. Y era así, no porque éste estuviese diligenciando posición alguna de jefatura; no tenía ninguna ni la deseaba. Aun el quererla, no le hubiera quitado la condición de tipo más apto. Carecía de ambición de mando, pero amaba el orden social con un ingente sentimiento que no hubo en otro conterráneo. Tal estado de espíritu constituirá el más grande incentivo de sus actos públicos, y se le confundirá con la ambición de poder.

***

Hay cualidades o virtudes cuyo ejercicio en determinada época y lugar dan la medida de la más alta expresión de varonilidad y excelencia personal. Quien se hace ejemplo viviente de ellas, atrae a sí la simpatía y admiración de los coasociados, no siendo ello más que el premio natural de la virtud triunfante. La moral colectiva en la región del Seybo, donde todo el mundo fiaba en el trabajo el sustento de la vida, y el divertirse en fiestas ocupaba escasísimo tiempo, era elevada. Por

esa condición fundamental, el reconocer en Pedro Santana la prenda que inspiraba la confianza de todos, vale como lenguaje elocuente que da razón de una realidad. ¿Cómo es el hombre? Vigoroso de cuerpo y espíritu, serio, veraz, recto, exigente en asuntos de honor, honrado a carta cabal, de una sola palabra, ciegamente aferrado al cumplimiento de su deber, tenaz en sus propósitos, respetuoso de los hombres mientras los considera en puesto de honra, y dueño de su destino por la riqueza creada con el trabajo constante. Es ése el que todo comarcano conoce y admira. En la ciudad de Santo Domingo es también conocido por los viejos políticos y los jóvenes idealistas empeñados en el grito de libertad. Las autoridades haitianas le consideran capaz de encabezar un levantamiento en el Este.

Desde el año 1843, en que la idea libertadora nacida formalmente en el seno de la Trinitaria, comenzó a tener principio de realización, ocupando un puesto de preferencia en la actividad de los patriotas, se fijó la atención en los que podrían ser primeros refuerzos para la lucha que de seguro se iba a desarrollar tan pronto se diera el grito de Independencia. El Cibao necesitaba sus hombres para defenderse; el Sur, debía estar alerta por tocarle la línea de vanguardia; el Este, con su numeroso contingente de hombres aptos para las armas, entre los que había batallones de milicianos, era la más efectiva e importante ayuda que a toda costa debía asegurarse. Al pensar en el hombre que los condujera, se dió inevitablemente con quien ya era su líder natural, y con él se tuvo comunicación escrita y por medio de emisarios especiales. Estaba con él a la par en tales actividades revolucionarias, su hermano Ramón. Ambos correspondieron al llamamiento que se les

hizo desde la Capital, y mantuvieron encendido el espíritu revolucionario. Su compromiso formal era secundar el grito de libertad que se diera en aquella ciudad, pronunciando el Seybo. A ello se atendió puntualmente, y mientras en Santo Domingo se proclamaba la Independencia, todo el Este, especialmente el Seybo, se agrupaba en torno a Pedro Santana ,aclamándole como jefe de operaciones para ir a combatir a los haitianos en caso de hacerse fuertes en los bastiones de aquella ciudad.

***

El paso trascendental dado allí, no cuenta de antemano con la clase de recursos que su significación y desenvolvimiento reclaman. La sociedad misma, está en espíritu con el movimiento, pero no en cuerpo. Con una población de unos diez mil habitantes, al formarse la lista de conjurados para el pronunciamiento, no se llega a doscientas personas decididas. El elemento conservador, no sin razón, puesto que no está mirando los medios materiales para una lucha, aprueba el atrevimiento de un golpe, pero no comprometiéndose en nómina de conspiradores, aunque ha asistido a reuniones secretas. La puerta de escape para eludir responsabilidad si se fracasaba, no la renunciaban. Algunos oficiales, no de alta graduación, que se han formado en los cuerpos organizados y dirigidos por los haitianos, y quienes fueron clases y soldados, más individuos de oficios humildes, son los que gustosamente se brindan para la acción. El momento es de general improvisación de elementos dirigentes para la arriesgada empresa. Francisco del Rosario Sánchez ejercería las funciones de comandante de armas con

el grado de coronel; Joaquín Puello, comandante de plaza, también como coronel, lo mismo que el hermano Gavino; Angel Perdomo, teniente coronel, encargado de la artillería; Eusebio Puello y Marcos Rojas, capitanes; y Juan Alejandro Acosta, como marino, haría de comandante del Puerto. Más significativo que tales ascensos pasivos y creaciones para formar un comando, es la escasez de armamentos y munición con que se cuenta para dar el asalto y comprometerse en una refriega. Nadie estaba en condición de proveer de armas, y la mayor parte de los conjurados adquiriría la suya por diligencia personal. Unos consiguieron carabinas, otros trabucos, otros pistola, y algunos lanzas. En cuanto a munición, Angel Perdomo, que sabía preparar cartuchos, buscaba pólvora para el caso, aunque más bien contaba con un asalto al arsenal. Frente a tan precarias condiciones, lo más cuerdo fué sonsacar al oficial de guardia en la Puerta del Conde, acompañado de dominicanos. De esa manera no hubo que tirar un tiro al ocupar ese baluarte, cuna de la república naciente. En la hora y punto prevenidos se había echado de menos a la mayor parte de los comprometidos, pero sabido por estos que ya el Conde estaba en poder de los dominicanos, a poco de desgarrar la quietud de la noche el estentóreo y solitario trabucazo de Ramón Mella, iban llegando a la deshilada. Se comenzó entonces a operar desde aquel baluarte, no en actitud ofensiva contra la guarnición haitiana que estaba en la Fuerza, sino más bien diplomáticamente, anteponiendo la sugestión de amenaza de quien dispone de fuerzas para una acción, logrando así el pronunciamiento de otros puntos de la plaza. El jefe militar haitiano está en la Fuerza y ha oído el disparo de trabuco, y, sospe-

chando que algo anormal ocurre, pues le habían informado haber visto desacostumbrado movimiento de transeuntes por ciertas calles, ordena al coronel Deo Herard salir a patrullar por la ciudad. A su paso por la Puerta del Conde se dió cuenta de la alteración ocurrida, aunque al dar un ¡quien vive! se le contestó: ¡Haití! Una descarga desde el bastión le puso en fuga. Llegado a la Fuerza se hicieron los disparos de alarma con artillería. Hubo en el Conde temor a un ataque, y no faltó quien aprovechara la oscuridad para granjear el monte cercano; Sánchez infundió aliento a quienes le acompañaban, mientras Tomás Bobadilla y Manuel Jiménez reclutaban o conquistaban hombres por los campos. Todos los planes se realizan en el resto de la noche del 27 de Febrero de 1844, sin que graves contratiempos, a pesar de que no faltaron sobrados motivos y circunstancias para ello. Tiene desde entonces principio de influjo efectivo la fuerza misteriosa llamada Divina Providencia, que participó en el nacimiento, subsiguiente marcha y vicisitudes de la nacionalidad. En el curso de las luchas libertadoras los dominicanos reconocerán la intervención de ese poder sobrehumano, y le invocarán, más que por sentimiento de religiosidad, por las pruebas patentes de casos de peligros y amenazas, cuya solución pareció un resultado inconcebible.

El 28 de febrero amanece una bandera nueva bajo el cielo del territorio, la dominicana. El comandante de la plaza y encargado de la vigilancia del distrito, General Enrique Ettiene Desgrottes, no estaba por derramar su sangre ni la de sus compatriotas. Mostró ante la nueva realidad la sorpresa del que se siente entre compañeros, aunque eche de ver actitud hostil en gran

parte de ellos. Sobre esa vacilación y pocas ganas de imponer su autoridad, entró a laborar la diligencia diplomática de los patriotas, empleando de mediador al cónsul francés Juchereau de Saint Denys. Su intervención cerca del comandante haitiano, que no había visto a un solo dominicano ponerse a sus órdenes, culminó con la firma de la capitulación de la plaza, en forma tal, que los oficiales conservarían sus armas, y el cónsul sería depositario de los fusiles de los regimientos para entregarlos a cada soldado a la hora de partir para su patria. No habiendo mediado acción de guerra entre los sublevados, faltos de pertrechos para un ataque, y la fuerza de ocupación, no se podía imponer condiciones, y se consideraba estupendo triunfo el logro de la capitulación. El pueblo todavía tiene sus dudas y no se atreve a manifestar su contento, pero el 29, día de la entrega formal, acude a la Plaza de Armas, donde se instala la Junta de Gobierno, luego de recibida la Fuerza, el Arsenal y las oficinas públicas, y siente y exterioriza la satisfacción y regocijo de iniciarse en un nuevo estado de vida tantas veces soñado.

***

Hay ahora una patria y una bandera que la representa o simboliza, lo que significaba ser dueño de la tierra pisada y el aire respirado, y quedar en condiciones de poner el cuerpo y el espíritu a producir la condición de vida que hace feliz. Faltaba, sin embargo, un requisito, el primordial, ya que el enemigo estaba entero, era fuerte y quedaba a un paso de distancia. Se tiene una primera valiosa conquista, que es la disposición de los habitantes a cooperar en todo esfuerzo necesario para mantener la integridad de la patria;

pero los recursos de guerra, los pertrechos, no parecen en cantidad suficiente para armarse los dominicanos. La misma duda del desenlace favorable que hizo a muchos aplazar para el otro día el aporte de su persona al pronunciamiento del 27 de febrero, vuelve a apoderarse de buena parte de dominicanos. Con todo, obedeciendo como a un ignoto designio, estaban en medio de la corriente de los sucesos, dando su parte, no en lugar de pasividad, sino en línea de vanguardia. Se les ha calificado de faltos de fe en la nacionalidad, colocándolos en categoría de inferioridad despectiva respecto a los pocos idealistas que creyeron siempre posible vencer todos los obstáculos, careciéndose de los medios naturalmente adecuados. Aquellos que dudaron y diligenciaron y reclamaron la adquisición de recursos dondequiera que los hubiese, dando su vida, en el entretanto, en las primeras líneas de fuego, procedieron sensatamente, con el sentido práctico y racional que pedía la realidad vivida.

Mientras se persigue la protección de Francia para asegurar la Independencia, se agotan todas las posibilidades de allegar fondos para la compra de armas. No existe base económica para la organizción y funcionamiento del Estado, pero hay que poner a caminar la máquina gubernativa de cualquier manera. La riqueza pública, en potencia. El erario, una caja sin un centavo. Se hizo una rápida recaudación correspondiente al mes de marzo, que proporcionó los primeros fondos para la compra de pertrechos. La exportación, reducida a los productos naturales de los bosques, estaba paralizada. La riqueza privada, muy poca; un comercio insignificante ocupaba el primer término en los negocios. La moneda haitiana quedó en circulación;

otra no era posible. Los armadores pusieron sus goletas a disposición del gobierno, y algunos comerciantes daban dinero. Se recibió del Seybo una partida de centenares de ganado vacuno y caballar, solicitado en compra, pero que la región no quiso cobrar. Personas pudientes del Cibao enviaron ayuda económica. Por otra parte, cada dominicano buscaba armarse a sus expensas.

⁂

Cuando se supo en la Capital que el ejército haitiano estaba en marcha hacia el territorio, donde se proponía restablecer el orden de cosas extinguido, subió de punto la incertidumbre de si sería posible vencerle y mantener el estado de autonomía. Ya de Los Llanos había llegado el batallón de milicianos, y se tenía asegurada además la adhesión del africano, organizado por las autoridades haitianas con gente de Monte Grande. Hacia el día 7 de marzo la ansiedad pública empieza a ser notoria. Mucha gente en la calle, ansiosa de noticias. Hay comentarios favorables y desfavorables. Curiosos en torno al local de la Junta Central Gubernativa para ver cómo están las cosas y qué se resuelve. En la Plaza de Armas se reunen individuos que tienen en casa sus armas listas para emplearlas en caso de otra invasión. El 8, los miembros de la Junta aceptan la mediación del cónsul francés en el sentido de ayuda a la causa dominicana por parte de su nación. El día 9 comienza la ofensiva del ejército haitiano. La Junta el 10 lanza una proclama. Se refiere a las propagandas del momento sobre la invasión que se avecinaba, y la cual era considerada portadora de grandes calamidades para los dominicanos. Tales

rumores habían difundido un justificado miedo por todos los puntos del territorio. La proclama persigue levantar los ánimos, invitando a la vez al sacrificio honroso "por Dios, la Patria y la Libertad".

***

Se había enviado al Este una comisión con el nombramiento de coronel para Pedro Santana por parte de la Junta Central Gubernativa, y la solicitud de su presencia en la ciudad de Santo Domingo, con el mayor contingente de tropas posible. Hizo éste un llamamiento a toda la gente apta para las armas en la vasta comarca, citándolos para la partida. Agitación y aprestos desde Higüey hasta Hato Mayor. Unos requirieron sus fusiles, y los más su machete y su lanza, de madera criolla el asta, y al extremo una bayoneta o el hierro puntiagudo, que también había servido para el ejercicio de montería. Algunos sables del tiempo de la Reconquista, conservados como querido recuerdo de familia, volvieron a tener empleo. Los que tenían caballo lo ensillaron o aparejaron, y no pocos perros, acostumbrados a ver tales aprestos en el amo, salido en son de montería, siguieron la pista de los caminantes de a pie y montados, que acudían al Seybo o hacia Hato Mayor. A lo largo del camino que va a Santo Domingo marcha una numerosa tropa, mesnada pintoresca por la diversidad de armas poco adecuadas para una formal lucha guerrera, y por la vestimenta, la ropa de uso diario, llevando muchos de ellos a la cabeza atado el pañuelo que en el monte suple al sombrero. Sólo hay de uniformidad en el conjunto, sobre éste miserable aspecto, un desbordado espíritu animoso, que corre desde el último montero hasta Pedro Santana, y se asienta en

el vigor y resistencia de cuerpo que soporta las más duras jornadas a pie o a caballo. Hay ansiedad en Santo Domingo por la llegada de ese refuerzo. Los puestos de avanzada hasta Neyba están servidos por grupos impotentes para resistir el choque del ejército invasor. Un amanecer corre toda la población al paso de la barca del Ozama. La gente del Este en Pajarito, comienza a entrar. Son unos dos mil hombres. El alborozo es general, porque se cuenta con el primer aporte apreciable para un ejército capaz de defender el suelo patrio. No hay tiempo que perder. Se recolecta el mayor número de armas posible entre los particulares, y se entregan a los recién llegados. Los de a caballo fueron enviados a la avanzada de San Cristóbal, y los otros tuvieron como cuartel en la ciudad el antiguo Palacio de Gobierno.

***

Se promueve una reunión de los elementos dirigentes y los de significación política, y a ella asiste Pedro Santana. Habla Tomás Bobadilla, Presidente de la Junta Central Gubernativa, exponiendo la gravedad del momento y señalando a Pedro Santana como el hombre en quien se tenia confianza para dirigir la campaña. Este declara estar de acuerdo en cumplir esa misión, si para ello se le designa... Había salido del Seybo, a prestar sus servicios conforme lo reclamaba la patria, sin la aspiración de jefatura suprema; no había pasado por su mente la posibilidad de desempeñar tan importante función. Fué unánimemente aprobada la insinuación de Bobadilla; y el público, que no deseaba otra cosa, aplaudió, y Pedro Santana comenzó a ejercer oficialmente el cargo de general en jefe del

ejército. No ha surgido, pues, de una disputa de supremacía entre quienes poseen calidades para las armas. El jefe superior de operaciones que se necesita para hacer un todo de las fuerzas dispersas comandadas por coroneles, mayores y capitanes, no parece entre estos. Hace falta el hombre. Intuitivamente se ha creído descubrirle en Pedro Santana, un hatero, sin elevada noción acerca de un Estado, su organización y funcionamiento, ni menos un idealista de los que ya se habían enamorado de las ideas de libertad flotantes en la atmósfera social del Continente desde fines del siglo anterior. Aquel es un espíritu fuerte, pero no selecto ni superior. Uno de esta elevada calidad se querrá después que hubiese sido el escogido, como si a una realidad se le pudiera exprimir un producto ajeno a sus naturales condiciones y elementos consustanciales, vamos a decir, a su ley. ¿Dió el seleccionado lo que la realidad de la hora reclamó o esperó de él? La respuesta deberá expresar si se equivocó el medio, que a mi parecer no se equivoca nunca, cuando actúa espontáneamente en defensa propia, o si los idealistas que más tarde han venido readaptando y arreglando lo que entonces no se pudo. tienen razón.

***

Sale a campaña el jefe del ejército. Todas las fuerzas bajo su mando reciben las órdenes que él ha juzgado pertinentes frente a la gravedad del momento. A su paso por San Cristóbal y Baní, camino de Azua, donde debe ocurrir el primer choque con el grueso del ejército haitiano, y el cual choque es de vida o muerte para la patria, van creciendo sus columnas, en tanto que dispone cuanto debe hacerse para el envío apresurado

de refuerzos a aquella plaza. Llega allí a tiempo para planear la batalla. Procede como verdadero jefe de operaciones, y todos los movimientos de previsiones estratégicos parten de él. Nadie tiene objeción ni le es permitido hacerla; se reciben o se piden órdenes para cumplirlas, y nada más. En esa estricta sujeción estará la clave de convertirse el conjunto informe de los combatientes en cuerpo de ejército, conducible a la finalidad de triunfo exigido por la salvación de la patria. La disciplina obra ese milagro, pero tenía que ser impuesta, y para imponerla se necesitaba quien la poseyese en sí como ingente recurso, adquirido o natural, y tuviese prepotente fuerza de carácter, desplegada en forma de espíritu autoritario. Existente tal condición individual en Pedro Santana, venía a quedar probado que hubo acierto o suerte en escogerle para tan difícil y trascendental encargo. Las tropas de vanguardia se están batiendo en retirada desde Neyba, arrolladas por el incontrastable empuje del ejército invasor. En la Capital están al tanto de tales reveses, y se levanta un sentimiento de temor, por la seguridad de que si los haitianos llegan vencedores hasta los muros de la ciudad, aplicarán sus acostumbrados castigos de pasar a cuchillo multitudes. Apenas se duerme, en espera de los expresos que traen las informaciones oficiales. Hay goletas listas para embarcarse a tiempo algunas familias para Curazao, Saint Thomas o Puerto Rico, en caso de que todo fracase. La última esperanza es que el grueso de las tropas dominicanas está acampado en la población de Azua, donde se librará la acción decisiva. Esta se da el 19 de marzo, y los dominicanos triunfan rechazando al enemigo. La noticia vuela por todos los ámbitos de la República, con la significación pa-

triótica y alentadora aparejada a ella: la primera vez que se efectuaba una batalla con los haitianos, los dominicanos, pobres en recursos de guerra, inferiores en número de hombres, y apenas salidos de una dominación de veintidós años, quedaban vencedores. Se abría, pues, para muchos la posibilidad de empeñarse en una lucha heroica en defensa del suelo propio. Para el Cibao fué una lección elocuente, y cuando días después le llegó su turno, con la acción del 30 de Marzo, completó la primera jornada libertadora, afortunadamente comenzada...

*
* *

Con la noticia de lo ocurrido en Azua, se propagó también el nombre de Pedro Santana como general victorioso. El primero de que se habló en todo el país, y, como triunfador en el más crítico momento, objeto de admiración en la mayoría de los dominicanos, sin conocerle personalmente. Le conceptuaba prenda suya de que podía enorgullecerse. Fué entonces cuando se empezó a mostrar interés entre quienes no le habían visto, por saber cómo eran su carácter, índole, inclinaciones y maneras. Enterados de esto los compatriotas, especialmente en el Cibao, se entusiasmaron más por el hombre.

*
* *

Los haitianos vencidos en Azua, y dirigidos nada menos que por Charles Herard, el jefe supremo de Haití, conocido en nuestro territorio por el paseo triunfal y de significación política que hiciera el año anterior, se sintieron medio desconcertados. La resistencia les causó sorpresa. Pero, entrada la noche que siguió

a la batalla, Azua fué abandonada por Pedro Santana, y los invasores la ocuparon. En este hecho encuentran los detractores de Santana el pelillo que querían para deslucir al general, como si dirigir las operaciones de la guerra, de lances e incidentes cuya solución sólo es posible en el teatro y el instante mismo de los sucesos, fuera tan fácil y hacedero como hilvanar sandeces sobre la cuartilla en la sosegada pasividad de un escritorio...

Se ha empeñado la batalla a campo raso con un enemigo superior en número y armamento. La cantidad de pertrecho de los dominicanos no da para una lucha prolongada, y el machete y la lanza suplirán la limitada cantidad de munición, sustentados por el heroísmo. Este espíritu, agigantado, será lo único que podrá equilibrar la desproporción de los combatientes. No de otra manera fué posible mantener a raya al enemigo. Unos azuanos, agotados ya sus cartuchos, en el caer de la tarde, se armaron de tizones, cogidos al azar en una próxima hoguera, y, blandiéndolos como arma infernal, cerraron con un grupo de haitianos y los pusieron en fuga... Si, como escarmentado el enemigo decidió retirarse a poca distancia para organizar una nueva ofensiva el siguiente día, hubiese continuado en sus repetidas cargas, indiferente a las pérdidas sufridas, queda dueño de Azua, de manera fatal o desmoralizadora para los dominicanos. El general Santana, que mantiene el entero control de la batalla, aprovecha la tregua para pesar razones en pro y en contra. Se da cuenta de que una segunda batalla en el mismo campo, sin estar repuesto del material acabado de consumir, y sin suficientes tropas de refuerzo, conduciría a un fracaso en que se perdería todo, inclusive la posibilidad de aprovechar las ventajas naturalmente estratégi-

cas del terreno que queda a la espalda, camino del Maniel y Baní.

En hecho de guerra, la operación que produce el resultado perseguido y necesitado por un general, tiene una efectividad de valor superior a toda otra concepción encaminada al descrédito de aquella, por juzgarla desviada de normas teóricas de estrategia. El medio que condujo al fin deseado fué el mejor. El es la realidad; y en torno suyo, los demás que se planeen como posibilidades que pudieron o no conducir al triunfo, no tienen derecho a pesar tanto como aquel...

***

El cuartel general se establece en Baní, pero quedan cantones de avanzada en los senderos montañosos por donde pretendieran seguir adelante los haitianos. No habiendo ocupado la plaza de Azua en pura acción de guerra, desconfían de los planes del enemigo, que está en su casa, conoce al dedillo la espinosa y quebrada manigua, y ha dado a conocer un valor y heroísmo desconcertante. Por eso Charles Herard, fija allí su campamento. Opera con cautela, destacando guerrillas sueltas que tantean los caminos hacia la Capital; pero en cuanto se adentran, fuerzas dominicanas les atajan el paso, en condiciones tan ventajosas, que pueden pelear hasta con piedras. Entrado el mes de abril, una columna exploradora haitiana marchó hacia el Maniel, pero allí se encontró con fuerzas que la hicieron retroceder. El general Santana se previene contra tal evolución. Ha estado cuidadosamente atento al invasor, haciéndole saber que no le teme a un encuentro, porque está preparado para la guerra. Esa es su moral para el enemigo, que él exigirá siempre en todo guerrero que se

mueva bajo su mando. Mas en lo interior, entre sus compatriotas, en que él es una de las figuras centrales, se está formando un tejido de intereses patrióticos y pasionales, y hay choques de apreciaciones en cuanto a la conducción de la guerra y la adquisición de los recursos por ella exigidos. A Baní van llegando refuerzos de patriotas, que en su mayor parte han conseguido armarse por su personal diligencia. De los oficiales se van escogiendo para el comando de tropas en la línea de vanguardia, a los de más visibles aptitudes para la guerra. Día y noche hay movimiento de guerrillas, pero el cuerpo del ejército continúa estacionado, en actitud defensiva. Es determinación del general en jefe, que no se expone a un descalabro por puro entusiasmo, careciendo de los medios de presentarle batalla al enemigo. Le escribe al Presidente de la Junta Gubernativa, Bobadilla, el único hombre de la Capital, fuera de su hermano Ramón, en quien tiene confianza para decirle confidencialmente su estimación sincera respecto al desarrollo de la guerra, reiterándole lo ya convenido antes de salir de la ciudad, sobre la necesidad imperiosa de conseguir un "socorro de ultramar". Le pide que "ajite las negociaciones, si están paralizadas", indispensables para la obtención de dichos socorros, con los que, "a juicio de todo hombre sensato, sólo podrán los dominicanos asegurar la victoria". Toda esta expresión de su estado de ánimo, es sincera y efecto directo de la realidad, entendida sin "hacerse ilusiones", como dice en el mismo documento. Por esos mismos días, Fernando Tabera, que había sido herido en los primeros encuentros con los haitianos, y curado volvía a sus actividades patrióticas en Neyba, contaba con bastante número de hombres, pero sin una sola arma de fuego.

Mas, en cuanto a la responsabilidad que pesa sobre los hombros de Santana como jefe superior de operaciones, no hay subalterno que trasluzca su apreciación íntima acerca del momento, ni él da señales de ello, ni consiente en soldado alguno manifestación de desconfianza o desaliento. Le dirige un oficio al almirante Cambiaso, llamándole la atención sobre su actitud irresoluta en tales instantes. Por los caminos del Maniel, El Número y Las Calderas hay una estricta vigilancia, no permitiéndose más que un perenne alerta. Además, el general da cuenta de todas sus operaciones al gobierno, haciendo constar a la vez, que cualesquiera que sean los pasos del enemigo, "obrará en consecuencia".

***

Con la llegada de Juan Pablo Duarte a Santo Domingo, espíritu idealista que en el seno de la Junta Central Gubernativa se declara contrario a todo propósito de recabar ayuda extranjera a base de un protectorado, se forma un bando que sustenta sus ideas, de orientación liberal, y quedan así enfrentadas dos tendencias. El elemento conservador interpreta la realidad de la misma manera que la ha visto un espíritu crudo y montaraz, que vive según impresiones naturales, sin afectarle notablemente complejidades de orden psicológico; tal es Pedro Santana. Pero, ¿quién es el elemento conservador? Nada menos que los hombres ilustrados, los de reconocida energía de carácter y de ascendiente social. El pueblo, que antes de la República ya les atribuía el primer rango como valores sociales, ahora les conceptuaba sus hombres de confianza, en los cuales tenía fe como conductores de la vida pública.

Duarte es nombrado lugarteniente de Santana. Va al cuartel general de Baní, y quiere una inmediata acción, una guerra ofensiva, cual si fuera un perito en la materia o ya le hubiese tomado el pulso al invasor como los que lucharon en Azua. Fué una quijotada a la que con evasivas no accedió Santana, el polo opuesto de Duarte en cuerpo y espíritu. Duarte escribe a la Junta Gubernativa informando de sus insinuaciones de ataque no aceptadas, y pidiendo orden directa del supremo organismo para actuar por sí con tropas que tiene a su mando. Reitera esta petición segunda y tercera vez, y cuerdamente se le ordena regresar. No ha faltado quien se duela de que el padre de la idea libertadora no fuese dejado comprometerse en una acción en que quizás habría conquistado una gloria más para su nombre y para la patria.

***

Fechada el 16 de mayo en el cuartel general de Baní, lanza una proclama Santana a sus "hermanos y amigos de Azua, Neyba y San Juan". Los titula españoles, como que no estaba bien establecido todavía el gentilicio dominicano. Les recuerda que él hizo pronunciar a Higüey, el Seybo y Los Llanos, cuando el movimiento de la Reforma (1843), y la persecución y desprecio que mereció en recompensa. Por eso hace un llamamiento a las porciones de dominicanos que en tales regiones, a esa fecha, se mostraban bien acogidos a las autoridades haitianas.

En el teatro de la guerra había sucedido algo imprevisto, pero excepcionalmente favorable a la causa dominicana. El ejército haitiano levantaba su campamento, incendiaba la población de Azua el 9 de mayo

y precipitadamente se retiraba a su territorio, a consecuencia de acontecimientos políticos habidos allí. Santana ocupa esa plaza, desde donde destaca columnas hacia San Juan y los puntos siguientes: Dichas fuerzas franquearon las rutas hasta Comendador y Bánica, enarbolando en tales parajes la bandera de la patria.

En Santo Domingo, Bobadilla no ha cesado de perseguir el protectorado como medio de asegurar la nacionalidad. Hay oposición, sinceramente nada más que por parte de Juan Pablo Duarte, y el estado de ánimo general es de incertidumbre, porque en fin de cuenta la aprobación definitiva del proyecto y su resultado práctico son cosas lejanas. En el entretanto, la acción patriótica, de parte de los partidarios de aquella idea, se ha estado desplegando conforme al más elevado interés de libertad.

***

Los encabezados por Juan Pablo Duarte toman la delantera en el emplear la fuerza armada con el fin de imponer su orientación en el gobierno, y la noche del 9 de junio, reunidos en la Fuerza "lanzaron un voto de desconfianza, a nombre del pueblo y del ejército, contra los miembros de la Junta Central Gubernativa"... Dichos miembros y otros ciudadanos fueron perseguidos para ser encarcelados, lo cual evadieron ocultándose o asilándose en el consulado francés: Tomás Bobadilla, Francisco Xavier Abreu, José María Caminero, Manuel Joaquín del Monte y Buenaventura Báez. Mal principio de una cuartelada, donde no se logra aprehender a los enemigos de más valía, tenidos a la mano, como quien dice. Tuvieron quien les avisara del

peligro a tiempo. Un movimiento a nombre del pueblo y del ejército tiene desde un principio la mayoría, una mayoría abrumadora e incontrastable, a menos de ser nada más que simbólica la adhesión de los mismos. ¿Respaldaban dichos factores el pronunciamiento? En cuanto al pueblo, el desarrollo de los sucesos dió respuesta negativa, y en lo referente al ejército, era patentemente falso. Una o dos compañías de militares, que era lo más que podía haber en la Fuerza, no respondían por el ejército. Este se estaba formando en la Línea del Sur en defensa de la patria y bajo la dirección de un hombre que revelaba aptitudes de mando y las dotes más adecuadas para vencer el eterno obstáculo de la indisciplina en las fuerzas armadas improvisadas. La selección de oficiales y ascensos a general de brigada se realizaban bajo su entero control. De esa suerte, el militar miraba en su jefe superior y modelador, algo suyo, con el nexo afectivo de discípulo a maestro. En nombre de ese cuerpo no podían hablar los hombres que dieron el golpe del 9 de junio; y, como se verá luego, el ejército del Norte tampoco los acompañará. Posesionados de la Junta Gubernativa, y en condiciones de disponerlo todo, conforme a resoluciones y órdenes, no separan del mando a Pedro Santana. Reconocen que nadie le podría sustituir ventajosamente. Este solicita licencia para ir a la Capital por cuestión de salud, y al concedérsela, Francisco del Rosario Sánchez, que ya posee el nombramiento de general auxiliar del jefe de operaciones Pedro Santana, tiene la prudencia de no ir a hacerse cargo del mando supremo, y designa para tal función interina al coronel Esteban Roca; pero el ejército le rechaza, y declara no reconocer otro jefe superior que Santana. Esto sucede el 3 de julio. Fuera de ese

contratiempo, los liberales no dejaron de tomar todas las medidas que les permitieran afianzar su predominio.

El impulso inicial se diversificará en múltiples efectos, algunos de los cuales serán tomados como causa, para colgarle el sambenito de la responsabilidad de males sociales a determinadas personas, entre ellas en primer lugar Pedro Santana. Duarte pasa al Cibao como emisario especial de la Junta. Allí es recibido con la mayor cordialidad y simpatía, sirviéndole de mucho la presencia de su fervoroso partidario Ramón Mella, que disfruta de ascendiente entre el elemento conspicuo de la región. No mueve a Duarte aspiración de mando ni predominio, pero quisiera que su orientación civilista y la de quienes le rodean alcanzase a imponer un régimen en la República, creído conveniente a la felicidad de los dominicanos. Es hombre que se enamora de una forma ideal, y la planea como un fin, pero sin sentido práctico ni espíritu luchador para anteponer los medios y aferrarse a la necesidad de imponerlos o sacarlos triunfantes. Toma actitud de líder, aceptando las manifestaciones de adhesión que le salen al paso, pero ello es movimiento que va a él y le lleva hasta donde surja una oposición. Proclamado Presidente de la República, le parece que eso basta para que espontáneamente el resto del país, inclusive el ejército que lucha bajo el mando de su ya inevitable enemigo Pedro Santana, se sume a tan inofensiva explosión de entusiasmo.

*
**

Ha pasado un mes del golpe en la Capital. Pedro Santana mientras tanto ha estado atando cabos sueltos

y adelantándose en el tomar las ventajas de posiciones estratégicas, por si de repente, como era natural sospechar, se aparecía el enemigo. Sabe cuanto ocurre en la Capital respecto a sus amigos y compañeros, que al enterarle por medio de expresos de la situación en que se hallan, esperan de él la determinación salvadora.

Con la ida de Duarte al Cibao y las actividades políticas que por ello se desarrollan contra Santana y los demás perseguidos, con beneplácito de la Junta Gubernativa, el hombre no procede como los buenos, que prefieren la desazón o el mal para sí, antes que ocasionarlo en otro, y apela al procedimiento empleado en todas las épocas y latitudes por quienes tienen la fuerza armada, y se ven en peligro de ver anulada y burlada su autoridad y persona. Tomadas las precauciones sobre el asunto de su mayor preocupación e interés personal, la vuelta de los haitianos, produce una movilización en el cuartel general de Azua, y marcha a Santo Domingo, donde entra sin necesidad de disparar un tiro el día 12 de julio. No quiere decir esto que sus ya definidos enemigos en la ciudad se abstuvieron de toda acción hostil. Diligenciaron el impedir la entrada del ejército haciendo uso de las baterías de los diversos fortines; pero a los tres días de mantener esa actitud, en campos del Sur todavía todas las fuerzas expedicionarias, los militares de la plaza se declaraban por los compañeros que retornaban. Disuelta la Junta, se reservó Santana la calidad de "Jefe Supremo, con las facultades necesarias para mantener el orden público, la seguridad de los habitantes, y dictar las medidas que fueran precisas para la defensa del país"; todo ello "obtemperando a la voluntad de los pueblos y del ejército"...

Veremos que hay de verdad en esto último. Tres días después funcionaba otra Junta presidida por Santana. A esta le tocó conocer de la exposición hecha por el Comandante en Jefe del Departamento de Santiago, Ramón Mella, en nombre de "los pueblos y el ejército del Norte, que habían proclamado Presidente de República Dominicana al General Juan Pablo Duarte, con la condición de que salve el país de la dominación extranjera y remedie la crisis de la hacienda pública". Tomadas las providencias de más urgente necesidad, como la abolición de la esclavitud, emisión de billetes de caja para recoger las papeletas haitianas, y disponiendo la reunión de un Congreso Constituyente para septiembre, pasó a considerar la cuestión política del momento. Con la sartén ahora por el mango los perseguidos del 9 de junio, tuvieron una reprobación para los organizadores de un gobierno en el Cibao. Mella y Duarte cesaban en sus cargos oficiales, dispuestos por la Junta anterior, debiendo comparecer ante la Junta a dar cuenta de sus actuaciones. Se les ordenaba a los generales Salcedo, Villanueva y Reyes, velar en sus respectivas jurisdicciones "por la seguridad pública, garantía de las personas y sus propiedades, haciendo lo posible por restablecer la unidad, la paz y la concordia..." Se trataba nada menos que de los principales sustentadores de Mella y Duarte. Francisco Antonio Salcedo, general de brigada y comandante en jefe de la segunda división del ejército expedicionario en la frontera del Noroeste, en fecha 20 de julio, cuando ya todo estaba trastornado en la Capital, pero no sabido en el Cibao, le informaba al Teniente Coronel Manuel Mejía, Comandante de La Vega, y muy leal duartista, de la ida del General José María Imbert a tomar po-

sesión del mando de La Vega; que se quedaba en Santiago a las órdenes del Presidente Duarte; y finalmente le decía ,"que los malvados que pretendían conspirar contra nuestra bella República Dominicana estaban presos y muy seguros". Había circulado por el Cibao la noticia de que los perseguidos la noche del 9 de junio estaban ya encarcelados, así como otros individuos de la misma calidad. El simplismo histórico ha querido ver la justificación del movimiento aclamador de Duarte como Presidente el 4 de julio, con el rechazo del coronel Roca, hecho el día anterior por el ejército del Sur; suceso enteramente ignorado en todo el Cibao.

Llegó la declaración de la Junta Central Gubernativa, presidida nada menos que por Pedro Santana, se supo todo lo ocurrido en Santo Domingo, y, aprovechando la ausencia de la comisión que estaba en camino de aquella ciudad, y la presidía Mella, el general Salcedo pronuncia a Santiago, incluyendo a Moca, a favor de la nueva Junta, o de Pedro Santana; Manuel Mejía hace lo mismo en La Vega, y Antonio López Villanueva en Puerto Plata cumple la orden de encarcelar y remitir a la Capital a Juan Pablo Duarte. Todo el mundo se lava las manos en el Cibao, y declara que Santana es el hombre. Sin embargo, se había creado un orden de cosas que pudo haberse generalizado por todo el territorio y convertirse en realidad nacional, si contra él no se hubiera levantado una tendencia de más efectivo arraigo en el escenario social y político.

***

Empieza Santana a actuar en plano de mandatario, y el tejido pasional de su alma se irá desatando y

ofreciendo los lineamientos rudos. pero constantemente sinceros, de una individualidad vigorosa.

Dominada la amenaza de los enemigos políticos, y despejado de invasores el territorio, el 28 de julio dirige una proclama al pueblo y al ejército. Se defiende del cargo que se le hiciera desde el Cibao de querer vender parte del territorio y mantener la esclavitud. Se ensaña contra Duarte, al que le atribuye desmedida ambición de mando y espíritu anarquista, que pretendía sustituir la bandera dominicana por la de Colombia. Es una apreciación justificada y natural en Santana; para una tercera persona que juzgue sin apasionamiento ni ofuscación, es falsa. Situado en su esfera de pura acción, sólo convencible con hechos palpables, le despoja de toda efectividad de actuación patriótica desde que se embarcó para Curazao el 1843. No entendía ni aceptaba Santana el estar realizando con las armas lo concebido y planeado por Duarte. Al ejército le toca la cuerda de lo sentimental, y le recuerda sus glorias conquistadas en el campo del honor. En esta proclama, como en las demás que se sucederán en veinte años, se refleja el espíritu del hombre. Contrariado por la acción de un enemigo, es capaz de descender al empleo de términos insultantes y de hacer cargos deshonrosos. Termina el documento en un rasgo, al aludir al "imperio de la ley", que será la divisa del gobernante: "desgraciado del que se atreva a infringirla y a turbar la tranquilidad pública".

El primero de agosto el ejército libertador del Sur se dirigía a los miembros de la Junta Gubernativa, pidiéndoles el más severo castigo para "esos asesinos de la Patria"... Deseaban la pena de muerte. Dos días después, un buen número de padres de familia, ex-

presión del elemento civil, de significación social capitaleño y sumamente interesado en la conservación del orden público, como basamento de su sosiego y felicidad, exponía a la Junta en una carta que todos firmaban, su deseo de que los individuos señalados como autores de recientes actos sediciosos, fuesen castigados con la expatriación: "antes que pasar por la pena de verlos condenar a muerte y ejecutar por los crímenes a que se habían hecho acreedores..." El desenlace de tales enredos políticos, en los cuales se ve claramente el sentir de la mayoría social, fué que la Junta, oída la deposición de testigos a cargo, entre los que figuraron los jefes militares que en el Cibao habían apoyado al aclamado Presidente, y en la Capital el pronunciamiento del 9 de junio, José Joaquín Puello en primer término, condenó a destierro perpetuo a Duarte, Sánchez, Mella, Pérez y otros compañeros. La sentencia, dada el 22 de agosto, se acabó de ejecutar en el curso del siguiente mes.

***

Los fundadores de la República expulsados de la patria que crearan. El hecho en sí, considerado aisladamente de los factores de carácter pasional, político, social, de educación cívica y patriótico, es abominable, como toda violación o burla de las normas morales que establecen los nexos afectivos entre los hombres. Es el aspecto sentimental de las cosas humanas, que en la historia, necesitada de dar el valor y alcance de los hechos dentro de las circunstancias múltiples que los determinaron, no puede servir como pauta de apreciación. El pueblo dominicano que no tiene verdadera conciencia de su personalidad, no ha estado indiferente

a las alteraciones políticas que culminaron con la expulsión de quienes lucharon los primeros por darle, como le dieron, la condición de una vida libre, dueña y responsable de su destino. En presencia de los dos bandos que se formaron para posesionarse de la dirección del organismo nacional, apoyó a los que cerraron fila contra los Padres de la Patria. En estos había la mayor suma de patriotismo y de virtudes cívicas, pero tales calidades no eran por sí bastantes a crearles ambiente de admiración. Y es que los poseedores de ellas no son, por desdicha, el tipo de hombre de que gusta el pueblo y merece toda su confianza. Todavía, a un siglo de distancia, el pueblo dominicano sigue sintiendo de la misma manera. La clase de hombre por que simpatiza y tiene preferencia una colectividad, posee las calidades fundamentales del sér de ella, activas o en potencia. El dominicano preferido debía ser de acción, valeroso, con fuerza de carácter, inclinación a sustentar su palabra en el campo del honor, y mostrar habilidades en ciertas manifestaciones de la vida criolla. De buena parte de esto distaba Juan Pablo Duarte; y Pedro Santana era una expresión viviente. Por eso, Duarte conocido personalmente en el Cibao, no alcanza la simpatía y admiración que Santana, a quien nadie ha visto en la comarca.

Los actos que tienen relación con maneras fundamentales del carácter de una sociedad, son más expresión de la voluntad de ella que del individuo a quien le ha tocado desempeñar el principal papel. Hay una voluntad y un sentir y una aspiración colectiva, cuyo órgano para alcanzar el punto de realización es el individuo. Sus credenciales para tal función son sus dotes

personales. Y lo que es él, es un producto social, no como él ha querido, sino de las calidades y defectos que la sociedad lo ha podido dar. Un sér colectivo evolucionado, con alma propia nacida de un largo y laborioso vivir bajo el incentivo de ideales o elevadas aspiraciones, puede dar de su seno una entidad individual extraordinaria en la que aparece sintetizado el genio del pueblo o de la raza. En esa clase de superior manifestación, un solo hombre, una sola alma, que acaso no necesitó la cooperación de sus contemporáneos, bastó para que hablara, o se externara lo mejor de una época, quizás un siglo. Sin dejar de aplicar la misma interpretación, pero situándose en un escenario donde la acción está sobrepuesta al pensamiento, con la especial circunstancia de hallarse el agregado colectivo en su etapa inicial de tanteos y sin pautas de organización preestablecidas educacionalmente, se reconoce que el individuo sobresaliente en lo que constituye el mayor empeño de los asociados, no es una entidad aislada, ni puede serlo. En torno suyo hay un grupo, que, poseyendo sus mismas calidades en grado variable, le respaldan y cooperan en la postura de preeminencia. Tal grupo es en realidad el que refleja el carácter de la sociedad en una época. El de la primera etapa del pueblo dominicano, apuntaló o alzó en sus hombros a Pedro Santana. Lo que espontáneamente hicieron los hateros del Este, se prolongaba o repetía en el conjunto nacional, por intervención de quienes valían para ello. En los más cercanos colaboradores se creerá ver luego el origen de cuantos males tenían que resultar de la deficiencia heredada y educacional del pueblo.

Que Pedro Santana responda como adecuado órgano a esa realidad con más propiedad que Juan Pablo

Duarte, no significa que éste pierda su valer y quede en plano inferior al del otro. Su condición de creador, que sometiera a una labor de forja, con abnegado espíritu de sacrificio la idea de libertad, no favorecida colectivamente en el principio, le coloca en un pedestal de gloria inasible para los demás compatriotas.

El fundar una nacionalidad es una gloria sólo alcanzable por la gracia de Dios. Es ocasión única, y la vida que excepcionalmente la encontró en su trayectoria y logró apoderarse de ella y convertirla en un hecho cumplido, acaso estaba destinada para ello antes de venir al mundo. Tal es el caso de los Padres de la Patria.

Cualquiera persona sensata, con preferencia por el triunfo de la virtud, y que sobrepone las cosas de orden espiritual a las otras ordinarias de la vida, puesta a declarar su simpatía entre tipos disímiles como Juan Pablo Duarte y Pedro Santana, se inclinará al primero. Le hallará más bueno, más desinteresado, más excelente de espíritu y más consciente, es decir, superior. Lo mismo pasa con las personas de lecturas. Dan con un tipo de hombre que les monopoliza la admiración, y le ponen en alto como modelo. Pero generalmente, eso es en teoría; pues su vida particular la viven según les conviene y se puede, en contraste, si el caso lo exige, con el tenido por modelo. No han sido pocos los jóvenes admiradores de Juan Montalvo, visto al través de sus obras en postura de gallardo caballero andante; pero en la acción o con la pluma, casi nadie se acuerda del carácter y sus lecciones de Quijote. Eugenio Deschamps y Fidelio Despradel fueron consecuentes en la vida con ese tipo de hombre conocido en las lecturas. La verdad es que se vive más y natural-

mente dentro de la acción, atendiendo de preferencia a los reclamos de necesidades imperiosas, que sometiéndose a las pautas ideales y artificiosas de lo teórico. En esta esfera, salvo cuando se posee nna fuerza de fantasía tiranizante, se mueve uno conforme a sensaciones débiles y lejanas, fácilmente apagables por las inmediatas, emanadas de la realidad circundante. La actuación de Santana satisfacía a la sociedad más que la de Duarte. Para muchos, eso no debió ser así. Sin embargo, hubo una razón de ser que aun perdura, y que los mismos quejosos sacan verdadera. A Duarte le admiran y glorifican en letra de molde, y, por contra detractan o desprecian a Santana. Mas, todo es en teoría; nada en la vida, que cada cual apaña y aprovecha según el viento que sople o la corriente que domine. En mi aldea hubo un predicador que no se hartaba de declamar contra el uso del alcohol, pero casi todas las noches, puertas adentro de su hogar, se emborrachaba antes de ir al lecho. Hay otra consideración propia de este lugar. La moral en que se asentaba ese primer grupo de la sociedad dominicana, tuvo un grado de vigor que no se ha vuelto a ver en ninguno de los sucesivos. Ello solo basta para fijar la calidad de aquellos hombres.

*
**

Como si todo se hubiera sabiamente advertido, resultó el mes de septiembre el más propicio para iniciar los trabajos preparatorios de la ya necesaria Constitución del Estado, pues fué entonces cuando el gobierno haitiano aceptó oir a la nación dominicana con carácter de entidad independiente del yugo de sus dominadores de largos años. Además, se tenía conquis-

tado de la frontera lo que prácticamente podían alcanzar las armas dominicanas. No entraban en lo adquirido Hincha, Las Caobas, San Miguel y San Rafael. Casi la totalidad de sus pobladores era ya haitiana. Fué una de las peticiones presentadas a la Junta Central Gubernativa por parte de la Comisión enviada a Santo Domingo para un avenimiento sobre la proclamación de Duarte como Presidente, la convocatoria para un Congreso Constituyente. Este, reunido en San Cristóbal, laboró con entera libertad, no descuidando las previsiones que a su juicio pudieran evitar entorpecimiento en la organización y marcha de la nacionalidad, aprovechándose para tales previsiones de la experiencia adquirida en ocho meses de vida nacional más o menos precaria. Esforzar con la ley la fuerza que había defendido a la patria y mantenido el orden público, alguna vez amenazado, fué uno de los principales puntos de vista de los constituyentes, luego de consagrar principios que nunca han faltado en nuestra serie de cartas políticas, pero que en la vida social poquísimas veces han tenido ambiente de respeto. Se estableció que el Presidente electo por la misma asamblea constituyente, ocupase el mando por los dos primeros períodos. Señalado ya Santana como candidato único, por razones patrióticas y políticas, se legislaba para él en cuanto pudiera darle fuerza a sus actuaciones de mandatario.

No fué diligencia suya, sino determinación ponderada de quienes le rodeaban y apoyaban, deseosos de que bajo la firmeza inalterable de su mano, durase suficiente tiempo el ambiente requerido para organizar y encauzar las instituciones públicas. Aunque la misma consideración se ha venido presentando como argumento Aquiles de los reeleccionistas, entonces tuvo

un grado de sinceridad y propósito de seguridad y mejoramiento públicos, que después ha faltado. Se consignó un artículo, el 210, que se ha hecho famoso por considerársele sancionador de la tiranía y origen de actos de fuerza y atropellos del general Santana. Se le atribuye a un propósito calculado de facilitarle a éste los medios de realizar su omnímoda voluntad, sin freno legal que le contuviera. Dice: *Durante la guerra actual, y mientras no esté firmada la paz, el Presidente de la República puede libremente organizar el ejército y la armada, movilizar las guardias nacionales, y tomar todas las medidas que crea oportunas para defensa y seguridad de la Nación; pudiendo en consecuencia, dar todas las órdenes, providencias y decretos que convengan, sin estar sujeto a responsabilidad alguna.* Esta monstruosidad, legal desde luego, para los espíritus timoratos, aficionados entre nosotros a la historia, la concibió Tomás Bobadilla con fines diabólicos. Esta es una presunción sin fundamento. Pudo ser suya la redacción original, pero el propósito perseguido es de los que retratan más fielmente el carácter de Pedro Santana. El necesitó, por razones de índole personal, apartar de sí las trabas que detuvieran o estorbaran su natural manera expeditiva de resolver los asuntos graves de estar en peligro la patria o la conservación del orden público. De no ser complacido, hubiera sido capaz de renunciar su cargo y reintegrarse a la vida privada. Los constituyentes no desconfiaron de su recto proceder y patriotismo, y asintieron sin ningún temor a fatales consecuencias, y sin obedecer a presión ni amenaza de la fuerza. En tiempo anormal de guerra, especialmente cuando se trata de defender y asegurar la emancipación a toda costa, cuanta medida salvadora

se puede tomar a tiempo, es saludable, cualquiera que sea la violación de principios o normas que signifique; en el instante sólo se quiere la existencia de la persona o autoridad, capacitada o no, que no vacile en su ejecución. Aparte de esa generalidad, nada es más natural como recurso humano, que conferirle a alguien el poder supremo de disponer todo lo pertinente a la defensa del suelo patrio seriamente amenazado. Eso hicieron los constituyentes. No más hay de objetable o censurable, el haber establecido que el Presidente no estaba "sujeto a responsabilidad alguna". Así lo deseó y obtuvo la suspicacia de Pedro Santana; no por estar atento a realizar premeditada ambición de sojuzgamiento y depredaciones, sino para estar seguro de que tras su actuación no iba a tener el tormento de acusaciones e interpelaciones a que con facilidad se dedican quienes han estado ausentes del peligro. Odiaba las murmuraciones y chismes de la política, que conociera estando tan empeñosamente ocupado en la primera campaña del Sur. Contra esas garras quería prevenirse. Empero, yendo al grano del asunto, se debe establecer si hizo bueno o mal uso de esa prerrogativa. Hasta ahora se ha dicho que fué malo, fundándose en que atajó las sediciones con mano fuerte. No aparece alegato que le presente traicionando las cuestiones de estricto patriotismo en lo atañedero a "la defensa y seguridad de la Nación", como reza el artículo, al fijar la finalidad que le creó. Sobre esa verdad pueden concentrarse todos los disparos malintencionados deseables, mas no por eso se puede anular. Su existencia es una respuesta perennemente desafiadora.

⁂

En las almas que logran crear un círculo de acción, manteniendo ellas una postura directriz, formadora de corriente hacia la que convergen los que pagan tributo de simpatía, admiración o sumisión cooperadora, hay incentivos íntimos que les sirven de impulso motriz. Los hombres de mando o de armas son estimulados por la ambición en alguna de sus formas. Santana, que no era espíritu de brillo ni capaz de enamorarse de la idealidad que llamamos gloria, no tenía ambición de mando. Llevado, por la circunstancia de defender la patria recién creada, a la alta posición de jefatura, no se pudo encariñar con ella. Hombre sencillo y criollo, la función de autoridad, exigente de postura artificiosa, le resultaba una camisa de fuerza, que no podía resistir muchos días consecutivos. Hasta la salud se le alteraba, y el remedio era reintegrarse a la vida llana de hombre de campo, inmergido en el ambiente de la naturaleza pura. Por otra parte, las murmuraciones y críticas contra sus procedimientos de gobierno, le exasperaban y le parecían siempre sin fundamento; pues sincero como era en sus actuaciones, creídas ajustadas al más estricto deber, las consideraba enteramente correctas. No era hombre hecho para el ambiente de la vida social, donde, en el aspecto político principalmente, el opinar y censurar y contrariar, es parte del equilibrio de la cosa pública, dentro de la atmósfera de la libertad. Luego de renunciar el mando y dejarle en manos de los amigos, pasado un tiempo de retraimiento y sosiego en la vida privada, aparece con deseos de volver a tomar las riendas del poder. En ello ven sus enemigos una incontenible ambición de mando; pero es un error. Lo que le sucede es que, sujeto ya el curso de su vida, por aisladamente privada

que se sitúe, al desenvolvimiento de las actividades políticas, su natural suspicacia se llena de recelos y desconfianza, pareciéndole que sus opositores tomarán el mando, trastornarán el estado de cosas y le destruirán dondequiera que se encuentre. Por eso, no bien vuelve a hacerse cargo de la dirección del gobierno, seguro de haber alejado toda amenaza, se lo entrega nuevamente a sus partidarios.

Descartados el deseo de mando y la aspiración de gloria como incentivos de sus actividades en la vida pública, ¿cuál pudo ser el móvil primario de dichas actividades? Fué el apego, en forma de pasión, al orden social... Del arraigamiento de esa condición en el fondo de un alma, puede originarse el desarrollo de una individualidad. Su ambiente natural es un medio social de inestabilidad indisciplinaria, con inclinación a un estado de anarquía, por la diversidad o falta de orientación general, en que cada asociado se cree con aptitudes para realizar su voluntad o criterio en la cosa pública. Todos los pueblos que pasaron por la etapa del coloniaje español, se iniciaron en la vida autónoma con ese estado de inestabilidad. En la República Argentina dió origen, por natural reacción, al tirano Juan Manuel Rosas, un apasionado del orden social que acabó en ambicioso del poder; en Venezuela repudió al libertador Simón Bolívar, y en Cuba hizo infructuosa la primera etapa de su jornada emancipadora, mas en la segunda tuvo en Máximo Gómez el espíritu que le había hecho falta para canalizar fructuosamente las anárquicas tendencias.. A Pedro Santana le preocupa, por sobre todas las cosas, que se mantenga inalterado el equilibrio de todos los factores concurrentes a la vida social. El orden público debe ser, entiende, el

desideratum de cada asociado, porque solamente así, queda garantizado el fruto del trabajo individual y se realiza la felicidad que a todos interesa. Bajo el régimen haitiano ello no era posible. Constantemente existía la amenaza de un depredador. Arrojarlo del territorio para establecer un orden propio, garantizado de manera que se deslice la vida en una atmósfera de sosiego y seguridad, ha originado todo su ardor patriótico. Predomina en su concepción de patria el aspecto material de circunscripción geográfica donde realizar los fines inmediatos de vida. Acompaña su apasionamiento del orden público una rigidez de disciplina que constituye una especie de eje, en torno del cual gira toda su potencialidad anímica. Su disciplina es natural; nada puso en ella la educación. Le moldeó el carácter, que es fuerza ruda, que no quiere estorbo ni contrariedad a su actuación; y si castiga porque se viola lo que se le ha encargado custodiar, toca un extremo de rigor innecesario, más por rigidez natural que por pura crueldad. No se arrepiente, y piensa que está cumpliendo el deber de llenar el cometido que le asigna la ley. Aunque espíritu absolutista, no toca nunca el extremo de alimentar el desorden por desmandarse en el imponer su voluntad.

Partiendo de su concepción sobre el orden público, armada del recurso de la disciplina, se extienden precisa y justicieramente, las proyecciones de su individualidad al través de los primeros veinte años de la vida nacional dominicana. Se destaca como hombre de armas, con una superior aptitud para la guerra que no tuvo ninguno de sus compatriotas. Su acción libertadora es la principal en el período de la Independencia. La misma finalidad que sinceramente persigue

en esas campañas, le anima a encabezar, hasta ver hecho realidad, un movimiento que es una traición a la patria, por él ayudada, más que nadie, a estabilizar. Como gobernante sólo es deseable por servir de freno al espíritu de rebeldía e inconformidad de la masa social. Hay un momento en que es insustituíble, y es cuando se produce el estado anormal de guerra; entonces domina de tal manera, que hace del mando una cosa propia, pero con un entero control de la realidad y conciencia de los medios y el fin perseguido. Pasado de ese escenario al de la paz, a menudo le confunde con el anterior, identificándolos en procedimientos de acción. Unas veces es actitud que aprovecha, otras es perjudicial a las libertades públicas. Mas en todo eso, se trata de un hombre incapaz de simulación ni engaño.

***

Votada la Constitución el 6 de noviembre, se juramentó como Presidente el general Pedro Santana el día 13. Es difícil tarea la de iniciar el desplegamiento de las pautas constitutivas de un régimen jurídico, teniendo de asiento o escenario una masa social de carácter todavía indefinido, por no estar canalizada en una orientación fija. En lo civil, los códigos haitianos en vigor aún, y perdurarán hasta mediados del nuevo año, sustituídos por los franceses de la Restauración. Existe además, la circunstancia de tener por delante el grave problema de la defensa nacional, que es primario en cuanto a los esfuerzos del gobierno. Funcionaron cuatro ministerios, y sus respectivos encargados laboraron con una suma de diligencia, esfuerzos, desvelos y patriotismo, que los honra, aunque de ello nunca se ha hecho especial mención. La guerra

en pie por el mes de diciembre, en que Duvergé tomó el fuerte Cachimán, situado más allá de Comendador; la organización de las rentas internas en todo el territorio, así como lo relativo a la importación y exportación, buscando en ello la pronta y necesaria recaudación; el importantísimo asunto de las relaciones con otros países para ver de arrancarles el reconocimiento de la Independencia; la adquisición de material de guerra para aumentar el ejército, cada día más indispensable; todos fueron reclamos preferentemente atendidos. Mientras tanto, fuera de la esfera oficial, la política urdía una trama revolucionaria para derrocar el gobierno. La expulsión de los Padres de la Patria, había dejado resentimientos y odios que aspiraban a manifestarse en hechos. El conspirar contra todo orden político legal o ilegal, pasará a ser un vicio en todas las generaciones de dominicanos. Para Santana es el peor de los desacatos cuaudo él es autoridad. Si ésta está en otras manos, no conspira con fines de sustituir a quien manda, es acto repulsivo a su natural seriedad y amor a la paz; sólo se aviene a encabezar como general un movimiento, cuando en ello ve el único medio de restablecer el orden que otro, a su parecer, haya alterado. Mas en tales casos, se presenta como reclamado o arrastrado por las circunstancias, y no como ciudadano que tomó la iniciativa en una insurrección que él mismo planeara.

Descubierta la trama que se urdía en Santo Domingo, dió un decreto instituyendo una Comisión Militar que juzgara a los reos como militares y "sin recurso de apelación".

Se consignaba además, que dicho cuerpo procediera en los juicios "a verdad sabida y buena fe guar-

dada"; cláusula ésta en la cual acomodadamente se ha estado mirando algo propio de Santana y una anticipada declaración de condenar a los acusados. Era una fórmula notarial estilada en la época y aplicada a los casos de declaración testimonial. Siguió usándose hasta entrada la Segunda República, y rezaba... "le consta a ciencia cierta, verdad sabida y buena fe guardada..."

Fueron condenados a muerte María Trinidad Sánchez, Andrés Sánchez, Nicolás de Barí y José del Carmen Figueroa, y ejecutados el 27 de febrero de 1845, primer aniversario de la patria.

La severidad del castigo en personas que estaban aureoladas con la gloria de haber cooperado en la creación de la nacionalidad, aparte de ser innecesaria, por lo que pierde toda su razón de ser, revela un espíritu de crueldad sobre el cual recae todo el propósito de afrenta aparejado al castigo. Todavía no estaba dignificado el concepto de patria.

***

Días después del primer aniversario de la República se instalan los cuerpos legislativos, denominados el Tribunado y el Consejo Conservador.

El Poder Ejecutivo, que ya llevaba unos tres meses disponiéndolo y organizándolo todo en la vida nacional, tenía ahora frente a sí otro poder que restringía su amplitud de funciones. El carácter enérgico de quien presidía el gobierno y la independencia con que actuaban los ministros, fué natural que quisiesen proseguir en su manera para la rápida solución de los asuntos de Estado; pero las Cámaras no se avinieron a ello, como formadas por hombres de espíritus libres,

aunque amigos del Presidente, y laboraron con verdadera responsabilidad y celo por las cosas de interés público. Es de notar que el espíritu absolutista de Santana, únicamente reclamaba de sus ministros que se consagraran en cuerpo y alma a los asuntos de su competencia. Por eso, el que menos daba desde otro punto de vista, allí era tamaño hombre. Sorprendía la organización impresa por Miura a su departamento, y lo enérgico de su lenguaje al aludir a cuestiones relacionadas con la defensa del suelo patrio; Cabral Bernal se iba a la zona fronteriza para mejor atender a los reclamos de la guerra; allí perdía la vida por enfermedad; Manuel Jiménez algunas veces no le dió curso a recomendaciones de ascensos en el ejército hechas por el Presidente; y Bobadilla, en la posición más difícil, como ministro de Relaciones Exteriores, se oponía a pretensiones abusivas de poderes extranjeros, aun cuando Santana mostraba el predicamento de contemporizar. En este aspecto, ante exigencias o reclamaciones de una nación extranjera con amenaza de fuerza, tuvo Santana casi siempre, y como una inconsecuencia de su carácter, manifestaciones de flojedad o vacilación.

⁂

En la campaña de 1845, que fué la segunda, no hizo Santana acto de presencia en el teatro de la guerra; mas no por eso descuidó el mínimo paso de los patriotas, actuando desde la Capital como de un cuartel general. Dispone y ordena las operaciones, y cuando el resultado no corresponde a sus previsiones y a la cantidad y calidad de las fuerzas enemigas, no acepta excusa o justificación que no haya sido comprobada.

Desalojados los dominicanos de Cachimán y otros puntos cercanos en acciones del mes de julio, en que alternativamente tomaron parte los coroneles Contreras, Sandoval, Pérez y Ferrer, y hacía de jefe de operaciones Duvergé, descontento de lo expresado en los partes oficiales, envió al coronel Merced Marcano para que sobre el terreno de los hechos abriera una investigación acerca de lo positivamente ocurrido, partiendo de la actuación de los jefes dominicanos. Por fortuna el informe le dejó satisfecho. Grave como se puso la situación, en extremo de tener Duvergé que retirar su cantón, general a San Juan, se ordenó a las milicias nacionales de puesto en San Cristóbal acudir aceleradamente de refuerzo bajo el mando del coronel Felipe Alfau, salido de la Capital. En el momento de partir se insubordinó la tropa, y el merecido castigo fué el fusilamiento de los principales amotinados. Manuel Mora, condenado como cómplice a cárcel perpetua, después de diez años de encierro, menos benignos que la muerte, figurará en las actividades políticas, naturalmente en el bando enemigo de Santana, pero no saturada el alma de odio, sino con ansiedad, como hombre valeroso, de combatirle con las armas en cuantas ocasiones se volvieran a presentar.

Con parte de los regimientos ya organizados se formó una brigada que, confiada al general José Joaquín Puello, valió para la batalla de Estrelleta, con la cual terminaron las serias amenazas haitianas por el Sur en ese año. A poco en el Norte, Francisco Antonio Salcedo salía vencedor en Beler, y por aquel lado también finalizaban las correrías del enemigo. Acababa la segunda campaña, y se sucedía un período de tregua. Pero nada de negligencia por parte de los dominicanos.

Santana no la permitía; y en toda la extensión fronteriza los jefes de puesto, atendidos en las necesidades de pertrechos, tenían que mantener una estrecha vigilancia y espionaje, y si posible sorprender al enemigo antes que serlo ellos.

***

Han pasado dos años de vida independiente. Vencido el mayor peligro, el de los invasores, el gobierno pone suma atención en conseguir el reconocimiento de la Independencia por parte de las principales naciones europeas, como medio de afianzar la nacionalidad, merced a tratados de amistad, comercio y navegación. Económicamente, el país no ha dado paso de apreciable avance. El estado de zozobra en que se ha vivido por la amenaza de un enemigo reconocido más fuerte, no ha dejado cultivar la tierra ni fomentar la crianza. La escasez de provisión de boca fué tal, a consecuencia de una sequía habida el verano del año 46, que se declararon, temporalmente, libres de derecho de importación: carne de cerdo y de vaca, y maíz en grano y frijoles. Mas no venía todo el mal de afuera, que también tenían su parte, acaso la mayor, maneras de ser del pueblo, por deficiencia educacional. Se carecía de espíritu emprendedor, y de la convicción de que en el trabajo constante y dirigido hacia un fin, por parte de cada asociado, estribaba la creación de la riqueza en la cual descansaría el bienestar esperado de la libertad. Pensaba el pueblo que toda la prosperidad deseada debía emanar de la acción gubernativa. Y el gobierno por su parte, con impuestos, creía resolver sus necesidades económicas y las de la sociedad. El pro-

blema de la instrucción pública todavía no preocupaba a nadie.

⁂

El Presidente Santana hace una visita oficial al Cibao. Por vez primera se va a conocer personalmente al hombre ya admirado. Todo el que en los campos de aquella vasta región pudo ensillar o aparejar un caballo, acudió a una de las poblaciones a formar multitud para recibir al general. El elemento de arraigo tuvo sobrados motivos para alegrarse de la visita del Presidente. La gente de armas y las principales autoridades saboreaban anticipadamente la satisfacción que iban a tener de estrechar la diestra del general o abrazarle efusivamente. Como hombre criollo, de a caballo, con presencia acordada con su nombradía de valeroso, impresionó gratísimamente a la población cibaeña, lo que sellaba la adhesión ya brindádale. Con buen número de personas de allí, todas serias, tuvo en lo adelante amistad, mantenida por medio de cartas, en las cuales no faltaba la alusión a los asuntos políticos. Permaneció por allá dos meses y, como le acompañaba el Consejo de Ministros, pudo dedicarse a organizar los diversos ramos de la administración pública. Luego giró una visita a su región, la del Seybo. Francisco Antonio Salcedo, el héroe de Beler, aprovechó la oportunidad y fué a conocer aquella comarca y el hato de El Prado. El primero de los hateros volvía a su casa, con los laureles de héroe y la más alta representación nacional. Se agotaron todos los medios posibles de agasajos. Y en el mensaje en que dió cuenta de sus viajes, pidiendo se votara la suma juzgada suficiente para cubrir los gastos, expresaba el Presidente Santana

que fuesen excluídos los hechos en el Seybo, por haberlos sufragado sus habitantes.

⁂

Mientras las invasiones haitianas parecen quedar aplazadas indefinidamente, y el país se va sintiendo más pleno de seguridad y dueño de su destino, la política va tomando cuerpo, unas veces en el sentido de mantener el imperio y respeto de la ley, no permitiendo desviaciones enturbiadoras de la diáfana atmósfera de las libertades públicas; otras siguiendo el ya visto procedimiento de las conspiraciones revolucionarias.

Como blanco de una y otra tendencia, el Poder Ejecutivo está procediendo con fórmulas variables entre el estricto respeto de la ley y desviaciones dictatoriales, debidas en primer término, a quien encabeza el poder, obedeciendo a su manera personal o carácter, antes que a la aspiración de hacerse único señor del gobierno. En medio de sus actuaciones asoma siempre el hombre que se siente obligado a mantener, junto con la integridad del territorio, el orden público. Bobadilla, que ahora es miembro del Tribunado, discute en el seno de dicho cuerpo la memoria de Hacienda y mantiene contra el ministro Miura la acusación de haber malversado fondos públicos. Santana, que para casos semejantes procede enérgicamente contra un acusado, tiene fe ciega en la correcta actuación de su compañero, y se inclina a defenderle. Llegado el asunto a un grado extremo de tirantez, el diputado se retira voluntariamente del país. En su ausencia fué reemplazado ilegalmente. Santana deja hacer y deja pasar, aunque conoce la calidad de uno y otro hombre. Tiene debilidad personal por Miura, a quien conocía

antes de la República como agrimensor. El diputado Nepomuceno Tejera, que más tarde asumirá la responsabilidad de hacer graves cargos al mismo ministro referido, hacia mediados del año 47, al encontrarse, en su calidad de Presidente del Congreso Nacional, con una actitud obstaculizadora de parte del Poder Ejecutivo, determinó abandonar el sagrado recinto del Congreso en señal de protesta. Sabido por Santana, se promovió una sesión extraordinaria de dicho cuerpo para celebrar un acto de reconciliación y armonía entre ambos poderes. Concurrió acompañado de sus ministros el Presidente. Por su parte, Nepomuceno Tejera habló el primero, manifestando su disposición a aceptar y robustecer la cordialidad vuelta a imperar entre los dos poderes, por lo que declaraba formalmente reintegrarse a su elevado sitial, que tenía resuelto abandonar definitivamente. Santana expresó luego hallarse en el mismo predicamento, por lo cual también se decidía a permanecer en la Primera Magistratura... En su mensaje al Congreso Nacional había dicho, hacía pocos meses: "Satisfactorio me es, honorables compatriotas, manifestaros que la situación actual de la República es maravillosa... Se ha conseguido formar un gobierno legal, tan lejos del despotismo, que a cada paso ofrece las más evidentes pruebas de su sujeción y obediencia a las leyes..." Por esos mismos días un decreto del Poder Ejecutivo prohibía toda suerte de comunicación con los haitianos por medio de cartas u otros documentos que pudieran ser empleados para darles a conocer a dichos enemigos el estado de la República, las fortificaciones y demás medios de defensa. Establece como sanción la pena de muerte, la de prisión o deportación. Una ley promulgada entonces, re-

trataba fielmente el espíritu de Santana en cuanto al concepto sobre el valor y respeto de la propiedad, como fruto del trabajo. Establecia "la pena de muerte a los acusados presentes o venideros, sus cómplices, encubridores, culpables de robo con escalamiento durante la noche, y de día o de noche en los caminos, sabanas, labranzas, etc., si llevaban armas visibles u ocultas; y en cuanto a los demás robos que no especifica la ley, con un grado superior al determinado por el Código". A este respecto, su aspiración suprema era vivir en un ambiente de honradez como el impuesto por Cristóbal, el Emperador haitiano, en su reino. La referida ley estuvo en vigor hasta el año 1851. Se sabe que en el Este se le aplicó a un individuo por el robo de un racimo de plátano.

El día 16 de diciembre circuló impresa una declaración del señor Presidente de la República, expresiva de su indignación por la propaganda que estaban realizando dos individuos, uno de ellos haitiano, quienes, para atraer prosélitos a la masonería, hacían valer la falsedad de que Pedro Santana era Gran Protector de las logias en la República. No era masón, y manifestaba ignorar los principios de dicha institución, por lo que se abstenía, agregaba, de opinar respecto a ella... En el Seybo existió desde el año 1826 la Logia Fraternidad, dependiente de Haití.

***

Descubierto un complot revolucionario, dirigido nada menos que por el héroe de la batalla de Estrelleta y Ministro de Hacienda, encargado de la cartera de lo Interior y Policía, general José Joaquín Puello,

nombró Santana un Consejo de Guerra, con más miembros y de mayor representación oficial que cuantos se habían instituído en la República. Juzgó sumariamente a los acusados el 22 de diciembre, y al otro día fueron pasados por las armas el ministro y otros condenados. Hecho doloroso, pero no nacido de rivalidad por parte de Santana. Es la clase de justicia que él entendía merecer cuantos cayeran en tal delito de conspiración.

Quizás hubiera sido mejor que una mano menos inmisericorde hubiese tenido a su cargo y responsabilidad el dirigir la nave del Estado, pero eso no entró en el desarrollo necesario de los sucesos y la conservación de la nacionalidad en sus pasos iniciales. Frente a Santana, la única evasiva era no cometer tan grave falta, o salir triunfante en el intento. En tales casos, se jugaba a sabiendas una carta de vida o muerte.

Tres días después del fusilamiento, Don Tomás de Portes e Infante, Vicario General y Arzobispo, dirigió a la grey dominicana una pastoral, inspirada en las palabras Deum Timete (Temed a Dios), de una epístola de San Pedro, en la cual pastoral, tras de ponderar el valor de la religión y su influencia en la felicidad de los pueblos, pide a la nación le acompañe a bendecir la clemencia de Dios y su gran misericordia, por haber permitido descubrir de un modo inesperado, y como prodigioso, la malignidad y trama de los conjurados, "preservando de tantos males, y asistiendo con sus influencias y sus luces celestiales a nuestro prudente Presidente". Suplica a todos los jefes militares y cuerpos de la Capital y demás pueblos, "ayudar con todas sus fuerzas y poder al Sr. Presidente; y ordena a los curas instruir a todos los fieles en la estrecha obli-

gación que el mismo Dios les impone de prestar todo honor, toda sumisión, toda obediencia al Sr. Presidente y demás autoridades que le representan."

*
* *

El mes de febrero de 1848 el Presidente Santana encarga del Poder Ejecutivo al Consejo de Ministros, con el fin de retirarse temporalmente "a su casa de campo en la provincia del Seybo", atendiendo a prescripción médica que le indicaba "permanecer en el campo por el tiempo necesario para tomar baños corrientes..." Tres años consecutivos de gobernante son sobrada oportunidad en cualquier dominicano para tomarle el pulso al mando, gustar de sus ventajas y sacar afuera la ambición de poder que no deja ver en otro compatriota aptitudes para dirigir la nave del Estado. No se sabe hasta el momento si el hombre es capaz de deshacerse espontáneamente de la preeminencia que acaba de vivir, por preferir el sosiego de la vida privada. Ya en el Seybo, reanudado el largamente interrumpido curso de su vida ordinaria desde la infancia, se le restituye la salud y vigor de cuerpo, parte primaria en el hombre criollo. Sinceramente sintió repugnancia por la atmósfera de chismes e intrigas propia de la ciudad, y tuvo el propósito de apartarse de aquello para siempre, a menos que volvieran los haitianos. Empero, ya era tarde para salir impunemente de entre la red de intereses que bajo su mando se habían formado. La misma tranquilidad de la vida privada venía a estar supeditada al sostenimiento de determinada orientación política, para el triunfo de la cual debía él intervenir, cuando no directa, indirectamente. Fuera de esa consideración de índole general, había otra, resul-

tante de su manera personal: en el tiempo de haber dirigido las campañas libertadoras y presidido la organización de los diversos ramos de la administración pública, se le ha formado la convicción de que nadie puede como él mantener en una unidad de acción al pueblo dominicano, frente a la constante amenaza haitiana. Fué un sentimiento de orgullo que la prueba de dos campañas más, en el curso de los siguientes ocho años, justificó plenamente. Lo natural o lógico debió ser que de ahí naciese el detentador del poder, contra toda razón de libertad; mas, no sucedió de esa manera, porque prevalecieron reclamos íntimos de su naturaleza criolla. Además, no era político; no sabía ni siquiera serlo. El político procede de manera de formar partido o grupo suyo, comprando voluntades, contemporizando, prodigando dádivas o haciendo promesas de privilegios, y manteniendo correspondencia epistolar con el fin de alimentar el espíritu de propaganda y compañerismo, hacer insinuaciones, y despertar la confianza que no deja fenecer la lealtad. Santana no cultiva la popularidad, aunque no le es indiferente la opinión pública. No tiene un partido ni lo quiere tener. Los santanistas, y cuenta que formaron la inmensa mayoría de los dominicanos, eran sus simpatizadores y admiradores espontáneos y sus amigos. Procede según su manera de entender las cosas, y le parece que siendo eso lo mejor posible, los hombres respetables, en primer término, deben aprobar su conducta y apoyarle. Cuando ocurre lo contrario, es decir, que el rumor público le es adverso, se llena de contrariedad, y no ve otra resolución que renunciar el mando... Fué a la Capital expresamente a ayudar a salir con bien a su muy apreciado ministro Miura, que nuevamente se vió acusado,

esta vez en el Consejo Conservador. La influencia del Presidente fué notoria. Desde el 44 tenía sus enemigos políticos, que cuantas veces asomaron con intentos sediciosos, fracasaron; pero el número de descontentos, como era natural, crecía, y cuanta oportunidad de censurar se presentaba en los asuntos públicos, la aprovechaban para desacreditar, más que al gobierno, al Presidente. Santana renunció la Primera Magistratura el día cuatro de agosto ante el Consejo de Ministros, expresando que lo hacía "espontáneamente y por puro amor a la libertad". La clase de libertad que él entiende se relaciona con su manera personal, y por lo mismo es inaplicable a la dirección y organización racional de un pueblo. Pero resulta que éste a su vez, en el caso nuestro, pide más de lo posible, y actúa de manera que hace mal uso de ella, lo cual es prueba de estar necesitado de educación cívica. Sea como sea, con la retirada del hombre deben cesar todos los motivos de disgusto e infelicidad atribuídos al mandatario. Si no resultare así, se aprenderá la lección de que el mal no está en un individuo, sino en el organismo social. El ejército y el artículo 210, mirados como terribles instrumentos de tortura a su disposición, al pasar a otra mano, la de Manuel Jiménez, sustituto escogido libremente, aunque había sido un leal servidor del ministerio pasado, debían dejar de ser amenaza o estorbo para las aspiraciones políticas en cuya realización se veía el triunfo de los principios. Como un feliz augurio sucedía que el temperamento de Manuel Jiménez se coordinaba con los de la tendencia liberal, y en su fuero interno, a pesar de estar al lado de Santana, anhelaba verse en condiciones políticas de poder impulsar las cosas de acuerdo con normas tenidas por avanzadas.

No pocos pensaron que no bastaba la sola retirada de Pedro Santana, que hubiese desaparecido habría convenido más a la seguridad y estabilidad de la nación. Está en El Prado. Luego se verá si su vida y su participación en los asuntos públicos son más obra del acaso que una conveniencia social superior a la voluntad de individuos o grupos.

Sin los medios de violencia que habían fracasado, se venía a parar tranquilamente en el régimen por muchos deseado, y todas las fuerzas de orientación política cohibida tuvieron abierta acción en la vida pública. Un decreto de amnistía les abrió las puertas de la patria a los creadores de la nacionalidad, desterrados desde el 1844. Todos regresaron menos Duarte. Propicio el ambiente para desplegar sus actividades públicas, se movieron y tuvieron representación oficial, de acuerdo con sus aptitudes. Francisco del Rosario Sánchez desempeñó el cargo de comandante de armas de Santo Domingo, y Ramón Mella se fué a los puntos fronterizos como general a las órdenes de Antonio Duvergé, jefe de operaciones. Ya por el mes de diciembre se anunciaba una nueva invasión haitiana, y el Presidente Jiménez tomaba las precauciones exigidas por la defensa del territorio. Estuvo en Azua, y luego ordenó la movilización general de las guardias nacionales. Mas no ocurrió la invasión sino tres meses después. Desde Las Matas comienzan a ser arrollados los dominicanos, y no hay punto de firme resistencia hasta Azua, donde parece posible la reacción, por estar allí concentrado un gran número de generales y de tropas, comandados por el ya experto general Duvergé, en quien tiene puesta toda su confianza el gobieno. Sin embargo, bajo su autoridad se ha perdido la moral del

ejército, no por haber decaído su leal patriotismo y valor constantemente propicio al heroísmo, sino por faltarle la fuerza de carácter indispensable para mantener intacta la forzada disciplina impuesta a ese cuerpo. Los generales disputan entre sí, como si no hubiera jefe superior. Entre ellos está Valentín Alcántara, recién venido de Haití en un canje de prisioneros, pero usando el uniforme que le regalara el Emperador de aquel país. Su presencia es motivo de comentarios y pretexto para muchos sentirse relevados de la necesaria obediencia a los superiores jerárquicos, y quienes pueden no suprimen ese obstáculo. El Presidente Jiménez se da cuenta del origen de lo descalabros, que parecen principio del derrumbe general, y va a Azua a ver si contiene el mal. Ordena a un oficial ocupar determinado punto estratégico, y éste lo hace cuando le viene en ganas, para luego abandonar su puesto al acercarse el enemigo. Todo es confusión y anarquía en el ejército. Llegado a Azua el invasor, la ocupa sin resistencia, porque las fuerzas defensoras es habían retirado desordenadamente de la plaza. En la Capital se están muriendo de miedo; la situación parece más sombría que en marzo del 44. ¿Quién no se acuerda ahora de Pedro Santana como providencia salvadora? El Congreso Nacional se reune, y con carácter de urgencia llama al general Santana, que está en El Prado, para que con tropas seybanas se pusiese a las órdenes del Presidente Jiménez. Corrió seguido a la Capital, acompañado de la gente de su comarca. De una mirada midió el peligro de la hora, y se trasladó a Baní. Es jefe superior de operaciones, aunque el Presidente está discutiendo con el Congreso primacía de autoridad, basándose en los amplios poderes concedidos por el artículo

210. La realidad presiona, y el Presidente se aviene temporalmente a ella. Tiene sus reservas, pero reconoce que no hay tiempo ni medio de apartar a Santana del comando supremo de todas las fuerzas. No bien se sabe que es Pedro Santana el que manda, confirmándolo sus estrictas disposiciones, el espíritu de rebeldía y el sentimiento de miedo se evaporan, la confianza en sí vuelve al ejército, y su moral se entona, readquiriendo la unidad de acción perdida. Y no faltará despechado, ante la elocuencia de una realidad patente como esa, que atribuya a intrigas de los partidarios de Santana el desorden que había minado al ejército. El invasor rebasa la plaza de Azua, camino de la Capital, a pesar de que el 17 de abril su avanzada es contenida por Duvergé en el Número. El encono general afecta también a este patriota; sólo que, Santana le ordena pasar a Baní, o sea a la retaguardia. El 19 ya están los haitianos posesionados en el terreno empinado de Las Carreras, y chocan con columnas exploradoras dominicanas. Santana en Sabanabuey avanza y planea la batalla. De las cuatro columnas de ataque, tres están confiadas a coroneles seybanos, los cuales sabe que no cejarán o cederán el campo sino muertos. El cuerpo de ejército en movimiento, en manos de oficiales seleccionados por su temple de espíritu, tiene un comandante de armas. En reserva la caballería para el momento oportuno; la integran principalmnte seybanos. Fuera de ese radio y con el contingente que a sus inmediatas órdenes debe entrar en actividad, llegado el momento supremo, está Pedro Santana, verdadero general, que pulsa antes y en medio de la acción, todas las alternativas de su desarrollo con pericia de guerrero. Fué así como triunfó en la batalla de Las Carreras el 21 de abril de 1849.

Desbandado el grueso del ejército invasor, su fuerza de retaguardia permaneció en el firme del cerro a la vista de los dominicanos. Dispone Santana que dos guerrillas, en opuesta dirección, la hostilicen, y la tarde del 22 miraba cómo el enemigo era destrozado, en extremo de que en la noche abandonó artillería y caballos, y se retiró definitivamente. Despechado el invasor, incendia Azua, y no para hasta verse en su territorio.

***

En la Capital, las cosas no han andado bien. La disidencia entre el Congreso y el Poder Ejecutivo ha tomado el cariz de abierta contienda. La mayor parte de los miembros del Congreso se asila en un consulado o se oculta. Si repite lo de junio del 44 contra determinados individuos de la Junta, amigos de Santana. El Presidente Jiménez le ordena a éste entregar el "mando absoluto del ejército en las fronteras del Sur al general Antonio Duvergé, y pasar a la Capital con su Estado Mayor".

Perseguidos en la Capital los amigos que le han llamado a defender la patria, teniendo de frente la hostilidad del Presidente Jiménez; vencedor en la noble empresa que se le confiara, y, finalmente sustituído, con fines de castigo o venganza; muchas personas desearon, y con ellas los que después se dedicaron al cultivo de la historia, que el espíritu férreo de Pedro Santana, héroe por segunda vez, hacía apenas unos quince días, buenamente entregara el mando a Duvergé, hombre de armas formado bajo su dirección, y a quien sólo él sabe dirigir, para ir a Santo Domingo a oir o recibir la reprimenda o castigo que quisiera darle el Presiden-

te Jiménez, cuya autoridad no quisieron respetar oficiales y generales, en los instantes de estar a pique de perderse la nacionalidad. Santana reaccionó de la manera propia de todo hombre situado en las mismas circunstancias; pero hay algo más significativo en ello, y es que con Santana está sintiendo la nación, considerada en su gran mayoría. El querer del pueblo vuelve a ser tan patente como en el 44, en que fué puesto a escoger entre los Padres de la Patria y Pedro Santana. Con Manuel Jiménez, un hombre de nobles sentimientos, sensible a toda generosa insinuación, incapaz de reprimir fusilando, jefe tolerante que no mantiene en el subalterno el estado de tensión respecto al cumplimiento de su deber, parecería razonable esperar un predicamento de satisfacción por moverse bajo su mando, considerándole un buen compañero por quien vale la pena sacrificarse, ayudándole a triunfar. Es la oportunidad única, en todo el curso de la Primera República, del grupo febrerista, directo sustentador de las que fueron aspiraciones de los Padres de la Patria. La realidad les niega su apoyo y los deja solos.

Nuestro pueblo inclinó su simpatía hacia quienes se situaron como mandatarios en la postura contraria. El que ha tenido a sus órdenes peonada de dominicanos o la ha observado en su conducta, sabe que en el fondo del alma criolla hay un elemento que predispone a esa manera de ser.

Santana no más tiene que informar al ejército de lo determinado por el Presidente Jiménez, para que el pronunciamiento contra la autoridad legal tenga principio. Duvergé es detenido, aunque nadie le iba a acompañar. La flotilla de guerra, cuyos capitanes tienen la libertad de actuar facilitada por la mar, se adhieren al

movimiento. El coronel Toribio Mañón pronuncia a San Cristóbal; el general Matías Moreno a Monte Plata, Bayaguana y Boyá; el coronel Pedro Eugenio Pelletier a Santiago; Tomás Bobadilla, el Cotuí; el general Pedro Ramón de Mena, La Vega; el coronel Juan Rosa Herrera, Higüey; el coronel Telésforo Pelegrín a Puerto Plata, y el coronel Ramón Fernández a Samaná. Huelga aludir al Seybo. Sólo permanece fiel al Presidente de la República la ciudad de Santo Domingo. El comandante de armas, encargado de la defensa de la plaza como general, lo es Tomás Troncoso, señalado entre los febreristas por su pericia militar. A su lado está la oficialidad también actora la noche del 27 de febrero. Caso aparentemente irónico, pero quizás inevitable por el género de sus respectivos caracteres: Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Mella apoyan el movimiento revolucionario. ¡Hasta ellos están con Santana! La Capital es sitiada. Jiménez no ha dejado de tomar todas las medidas posibles para imponer su autoridad. Un decreto del 13 de mayo ponía en estado de acusación al General Pedro Santana, "ordenando sea juzgado por conspirador y traidor a la Patria, advirtiendo a los oficiales superiores y subalternos que le acompañaban, que le abandonaran inmediatamente y se retiraran a sus hogares, so pena de ser juzgados también como traidores, haciendo extensiva la advertencia a los que le diesen favor y auxilio". Con esa clase de arma, puramente legal, se quedaba en ridículo, frente al peso irresistible de la realidad. Una proclama del Presidente llegaba a los cantones sitiadores En ella se atacaba duramente a Santana. Volvía a achacársele, como en el 44, el estar planeando compromisos con naciones extranjeras, que afectarían la soberanía na-

cional. Santana, que por devolver insultos o defenderse de cargos perdía el sueño, pensando en el *qué dirán*, desde su cantón de Güibia le contestó a Jiménez. Lo que entonces se dijeron uno y otro, pertenece a los instantes de ardor pasional, en que se busca principalmente denigrar; por lo mismo, los documentos que de tales estados de ánimo se originan, sólo malintencionadamente se pueden hacer valer como expresión de la verdad.

⁂

La plaza capitula, Jiménez y algunos amigos se embarcan para Curazao, y Santana la ocupa y procede como jefe supremo de la República. Con esa calidad se dedica a la reorganización del gobierno, empezando por excluir de las cámaras colegisladoras a los miembros que fueron adictos al Presidente derrocado, y expidiendo decretos. Pasadas las zozobras de la guerra, volvió a ser tema de murmuración y propaganda tendenciosa el proyecto de protectorado, puesto a sonar desde que el mes de abril fondeó en el Placer de los Estudios el vapor de guerra francés Elau. Se atribuía a Santana el estar interesado en la realización de aquella idea política. Su respuesta fué un decreto estableciendo que sería "castigado con la pena de destierro y confiscación de sus bienes todo el que profiriera expresiones reveladoras de que se iba a restablecer la esclavitud, o que el país iba a ser entregado al extranjero, enajenando la nacionalidad; y que si fuere un extranjero, sería desterrado únicamente, concediéndole ocho días para el arreglo de sus intereses". No quiere ser presidente, y hay muchos que lo dudan, ya que en los días que lleva de Jefe Supremo está manifestando gestos

de quien se siente amo del poder. Ello no es otra cosa que su manera de espíritu dedicada a restablecer el orden público, tras de haberse visto seriamente contrariado y mortificado. Los colegios electorales eligieron a Santiago Espaillat, elemento civil, según lo deseaba Santana. Como el favorecido no aceptó, se eligió a Buenaventura Báez. Días antes, el Congreso Nacional le había conferido a Pedro Santana el título de Libertador de la Patria y el empleo de General en Jefe de los ejércitos nacionales. Se mandaba que su retrato fuese colocado en el salón principal del Palacio Nacional, en medio de los de Colón y Juan Sánchez Ramírez. Le era donada a la vez una casa de dos pisos en la ciudad de Santo Domingo.

***

Otra vez a su casa de campo, mientras ocupa el mando un hombre cuyo espíritu es de más recia contextura de lo que Santana supone. Esta condición, entre muchos así, como los había en la época, señala el punto de partida de una corriente política que se desarrollará hasta donde nadie puede todavía sospechar. El Libertador, a quien todo el mundo elogia como tal, y de ello hacen especial mención las personas que escriben en los periódicos, es además empleado del gobierno para los casos de guerra. Tenía un estado mayor compuesto de hombres de armas seybanos, los cuales percibían sueldo sin estar en actividad de servicio. Está atento al desenvolvimiento de la actividad oficial, conducida con firmeza y tino, sin su intervención. Su amor propio y orgullo reciben una lección; pero en un hombre que a pesar de cualquier despecho atormentador, capaz de poner a fermentar malas pasiones, tiene el

respeto de sí mismo como cuestión de dignidad, todo lo que siente y quisiera no se puede exteriorizar.

Asomó amenaza de invasión haitiana el año 1851, y corrió a la Capital a ponerse a las órdenes del Presidente Báez. Ambos estuvieron en el Cibao en gestiones defensivas del territorio. No ocurrió nada de lo que se temía. El siguiente año, el Presidente, en compañía del cónsul general de Francia, residente en Haití, y el que funcionaba en Santo Domingo, fué al Seybo a entrevistarse con el Libertador para tratar asuntos relacionados con los haitianos.

***

Terminado el período de Báez, Santana, que aspiraba a la Primera Magistratura, lo mismo que sus más allegados en la política, fué elegido para el cargo. En febrero de 1853 empezó a desempeñar sus funciones.

Lo que no podía hacer, estando en manos atinadas las riendas del Estado le parecía no ser un pecado mostrarlo ahora. Piensa que el Presidente de la República, en habiendo la oportunidad de un pretexto, tiene calidad para satisfacer lícitamente rencores personales que como simple ciudadano serían censurables. Era una de las deficiencias en su concepto sobre la autoridad, pero cuando ésta le estaba conferida a él. Necesita romper con Báez, que ha resultado una mole. Da un decreto desterrándole a perpetuidad, y le hace públicamente multitud de cargos. Efectúa esto con aparato oficial, reuniendo las autoridades civiles y militares en el palacio del Congreso, y haciendo formar en la plaza de armas, para que sea oída la lectura de su manifiesto, conjunto de acusaciones contra Báez. Hombre exigente

en materia de honor, considerado como respeto de los demás a su persona y a sus actos, pero no le sabía ponderar o medir de él para los otros cuando le afectaban las pasiones.

⁂

No había comenzado por ahí el apartar de sí a Báez. La cosa tuvo principio con el clero, que tan buenas relaciones mantuviera con el gobernante anterior. Para ir a lo primordial se empezaba por un aspecto de lo secundario, juzgado factor de cooperación del presunto poderoso enemigo. Necesitóse, sin embargo, tener como punto de partida un motivo con fundamento en la realidad social, y fué encontrado en la forma estimuladora de un estado de desorganización general. Y eso por sí, bastaba para preocupar a un mandatario como Santana. Romper con el clero en un país tan católico como el nuestro, hubiera sido una determinación difícil en cualquier dominicano; es posible que nadie se hubiese atrevido a ello de manera tan enérgica. Para Santana, católico viejo, que oía misa en la iglesia del Seybo y era devoto de la Virgen de las Mercedes, con altar en la iglesia de Hato Mayor, tal rompimiento nada tenía de irrealizable, si mediaban, como mediaron, las poderosas razones de invadir los curas la jurisdicción temporal. Encontró "a su advenimiento al poder, un deplorable estado de confusión de poderes, a causa de los abusos cometidos por varias autoridades eclesiásticas". Exponía como razones de sus disposiciones legales, que algunos curas, "desorganizando la marcha de la administración", han tocado el extremo de "amenazas de encarcelamiento contra varios ciudadanos; la arbitraria imposición del derecho de un

séptimo sobre diferentes producciones del país; las excomuniones publicadas varias veces en la Capital, Santiago, La Vega, Moca y el Seybo contra determinadas personas, con sorpresa de los pueblos, que habían perdido hasta el recuerdo de semejantes penas; los manejos empleados para dividir los pueblos en bandos; y, finalmente, los matrimonios religiosos por personas ligadas de antemano por el vínculo del contrato civil". Por su parte, el Arzobispo Portes e Infante reclamaba la introducción de reformas en el Código Civil con relación al matrimonio.

Santana no reconoce ni acepta autoridad declarada en abierta competencia con la suya, que es la principal. Es esa su manera de entender el mando que se le confía. Y cuanto en cumplimiento de ese su deber lleva a cabo, aunque sea atropellando o presionando, lo tiene por acertado y legal. Lo que fuera de tal círculo de acción le mira él con respeto, si por alguna circunstancia va a parar dentro de aquel, le trata sin reservarle el menor miramiento. La rigidez observada con el Arzobispo Portes e Infante, anciano ya, a quien da a escoger, rudamente, entre jurar la Constitución o salir desterrado del país, parece la obra de un descreído, odiador de los curas. Algunos sacerdotes, ligados a los afanes patrióticos de los dominicanos, fueron desterrados. La creencia de Santana en todo lo que la religión católica manda, no alcanza a debilitar los tensos cordales de su potencialidad volitiva ineducada...

La cuestión del clero tuvo dos aspectos: uno social, y otro político. El segundo era de relativa finalidad lejana; el primero, de valor inmediato y contra el que toda acción resultaba saludable. Se ha explotado

el caso contra Santana, del lado político y moral, ocultando adrede el fondo social, de mayor fundamento esta vez...

***

Anuladas todas las corrientes que pudieran ser hostiles a la manera de dirigir la cosa pública, según la entendía Santana, un verdadero hombre de Estado se hubiera dedicado a llevar a la práctica un programa de gobierno, para cumplir bien o mal su verdadera misión, o satisfacer una aspiración personal. En Santana no existe propiamente tal; faltan la calidad personal y la vocación. Con todo, no quiere un rival que anule su insustituible condición de jefe supremo del ejército ni le tenga por innecesario para mantener el orden público. Para lograr esto último, el poder debe estar en sus manos o en la de los amigos. La solución fué crear un sustituto o vicepresidente, en quien depositar la función de dirigir el gobierno, mientras él se quedaba en su hogar, viviendo la única clase de vida que le era grata. El mes de febrero de 1854 se reformó la Constitución. Se suprimió el artículo 210, se instituyó la Vicepresidencia, y quedó establecido que el Presidente permanecería en el mando por dos períodos consecutivos. Se apresuró a escoger para el cargo creado a uno de los hombres de armas formados bajo su mando en las campañas libertadoras, y en quien admiraba la rectitud y el carácter. Era Felipe Alfau, que ya le había despreciado un ministerio, por resentimiento personal. La insistencia de Santana en quererle tener a su lado y en la dirección del gobierno, fracasó; el favorecido no aceptó la elección en él recaída. No por eso conceptuaba a ningún general por

sobre la calidad de Pedro Santana. Contrariado éste, se le alejaban los esperados días de reposo.

⁂

En vigor una nueva Carta Política. Pero bien sabido es que ellas por sí no bastan para resolver los problemas de Estado. Forzado a dedicar su atención a cuestiones de orden político internas y externas, sentíase a menudo contrariado con la independencia de poderes que permitía a las cámaras colegisladoras estorbar o prolongar soluciones deseadas por el Ejecutivo. No obstante haber dado el Emperador de Francia Napoleón III, la seguridad de que "mantendría la independencia y la prosperidad de la nación dominicana, estando dispuesto a hacer los mayores esfuerzos para impedir la continuación de las agresiones haitianas", el cónsul francés en Santo Domingo le hacía al gobierno exigencias tenidas por inadmisibles. Para buscarle solución favorable a este diferendo, se envió a Francia a Pedro Eugenio Pelletier, que había tenido una cartera a su cargo, con la misión de explicarle personalmente al monarca el punto de vista y la apreciación dominicanos. Tuvo el comisionado contratiempos para el pronto cumplimiento de su cometido, según lo deseaba el Presidente Santana, y éste ordenó que se le retiraran las credenciales estando todavía Pelletier en París. A su regreso entró en el número de los enemigos del gobierno.. Enviado por el gobierno de los Estados Unidos, llegó a la República el general tejano William Cazneau, a tratar, con el Presidente Santana, el arrendamiento de la bahía de Samaná por diez años. Santana aceptó la oferta, mirando en ello un medio de asegurar la Independencia, amparada indirectamente la

nación por un poder extraño. No se proponía vender, como decían sus enemigos, dicha porción del territorio. Los agentes consulares de Francia e Inglaterra verdaderos espías, intervinieron para que las Cámaras no aprobaran el acuerdo del Poder Ejecutivo. Triunfaba la envidia contra el creído poderío de los Estados Unidos, que nada más perseguían fines comerciales. Eso mismo influyó en que España se decidiera a reconocer la Independencia dominicana.

⁂

Corren todavía los días del año 1854. La política ha crecido considerablemente, y el blanco de sus tiros es el general Pedro Santana, Presidente de la República. Contra él se publica el periódico El Porvenir, redactado por Félix María del Monte, Nicolás Ureña, Manuel María Gautier y José Mª González, pertenecientes al primer brote de juventud intelectual, que cierra fila contra el Libertador, no por amor a los principios, como parece, sino por necesidad de crear una nueva corriente política que fortalezca a un líder, pueda enfrentársele a la otra y sea más accesible al elemento apartado de lo militar.

Entre los tantos reclamos que solicitan y ocupan la atención del Presidente, los cuales le hacen ingrato el ejercicio del poder, no abandona la línea de su constante preocupación: la guerra con Haití. Informado de la presencia de barcos enemigos por la costa Sur, como indicio de invasión, ordenó al general Juan Alejandro Acosta salir en dos fragatas de guerra a proveer de pertrechos el arsenal de Azua, y limpiar la costa, hasta Pedernales, de barcos haitianos.

BNPHU

Espíritu de constante disposición resolutiva, amigo de llegar sin rodeos ni pérdida de tiempo al fin deseado, consideró que las dilatorias ocasionadas por las Cámaras, casi nunca coordinadas cuando más lo necesitaba el Ejecutivo, debían desaparecer, convirtiéndo las cámaras en un solo cuerpo de no muchos miembros. Nació de ahí el ser nuevamente revisada la Constitución, a fines del mismo año 54. En el mensaje enviado al Congreso, tras de anotar las reformas del caso, decía: "que si su idea no era aceptada, su divisa sería la salud del pueblo". De tal declaración se ha hecho un acto condenable y como expresivo de la decisión de ejercer la dictadura, de no ser complacido. Lo que pudo ser, no vale como material de cargo. Pero aparte de eso, ¿en qué momento, hasta esa hora, no fué su actuación conforme a la salud del pueblo, según él la entendía? Una cosa es el político, atento a realizar su pasión de mando, y otra el que va a los asuntos públicos a servir intereses sociales. Con un espécimen de esta clase, como lo fué Pedro Santana, por más que digan las palabras, no se debe confundir con el político de oficio. Todavía era libertador, sin otra intención que mantener el orgullo de esa calidad.

*
* *

La reforma constitucional creó un solo cuerpo legislador, llamado Senado Consultor, con siete miembros. El período presidencial fué de seis años, con un vicepresidente renovado a los tres años. Los que formaron el primer Senado Consultor fueron hombres nada asustadizos, como Bobadilla, Felipe Alfau y Filomeno de Rojas...

Año 1855. Camino del Seybo a tomar vacaciones de tanto ajetreo fuera de su centro natural. Manuel de Regla Mota, que había sido electo Vicepresidente, se queda en el mando. Alejado de la Capital el hombre cuya presencia parece echarle una atadura a los enemigos, se abre el espíritu de conspiración, siempre latente, para ver si de un golpe se viene abajo la máquina gubernativa y su principal sostén, más odiado cuanto más difícil se ha hecho vencerle. El Gobierno vigila, porque sabe de los intentos políticos, pero nada le ayuda tanto a descubrir planes revolucionarios como la delación de los mismos comprometidos... Estando Duvergé confinado en el Seybo, y contando con Higüey como no simpatizadora de Pedro Santana, se armó una trama sediciosa para dar un golpe en la Capital, conjuntamente con el Este. Duvergé, hombre sin malicia, se puso a conquistar oficiales de la comarca de su confinamiento, y fué delatado. Hecho preso, un tribunal militar le condenó a muerte, y fué pasado por las armas. Igual suerte le cupo a Juan María Albert, también en el Seybo, y a Tomás de la Concha en la Capital. En esta ciudad, los principales conspiradores fueron sorprendidos y apresados en una reunión, parece que la última para el asalto o pronunciamiento. Resultaron condenados a muerte los generales Pedro Eugenio Pelletier y Joaquín Aybar, y el señor Francisco Ruiz. En eso venía a parar el jugarse el destino de la vida en una conspiración revolucionaria contra un gobierno presidido por Pedro Santana. Nadie lo ignoraba, desde Duvergé, el héroe siempre pronto a darse en holocausto por la patria en peligro, hasta el más ruín y anónimo ciudadano. Como en los casos anteriores: . . .o vencer, o aceptar las consecuencias del fracaso; no había otro

dilema. Mas, reconózcase que en esta clase de luchas de los hombres, la posición legal es de quien tiene autoridad, no está detentando el poder, y en su actuación no se aparta de los recursos que le confiere la ley. Por Pelletier y sus compañeros de patíbulo intercedieron miembros del ejército en solicitud del perdón. Pedro Santana, llegado a la Capital, nada exorable como era en tratándose de castigos por delitos de ese género, esa vez se allanó a ceder o complacer. Momentos antes de la ejecución, llenas las calles de curiosos y personas hondamente emocionadas, que espectacularmente aguardaban la decisión del Presidente, llegó éste a caballo al lugar del fusilamiento, en las afueras, y suspendió la ejecución, declarando quedar conmutada la pena por la de destierro.

*
* *

Hacia fines de año tuvo el gobierno informes de los preparativos de invasión haitiana. Santana se trasladó a Azua, donde situó el cuartel general del ejército del Sur. Cuando ya pasados los primeros días de diciembre los haitianos desalojaron a los patriotas de los puntos fronterizos, Santana destacó dos cuerpos de ejército por los caminos de avanzada del enemigo: Las Matas y Neyba. Día por día había que darle parte al jefe superior en Azua, de las evoluciones del enemigo. De respuesta iba seguido la actitud conveniente a las fuerzas dominicanas. La línea de guerra por San Juan y Las Matas, era la de mayor peligro, y su defensa requería un especial cuidado. Resultaba de valor decisivo el conducir por allí con sumo tacto las operaciones a fin de asegurar el triunfo. Tocado el momento supremo, un gesto propio del generalísimo trasmitió a Juan

Contreras y a José Mª Cabral, sobre quienes pesaba la responsabilidad de la acción, la orden terminante de que no les aceptaría que los caballos del enemigo bebiesen en el río San Juan. Dicho eso por él, no había manera de eludir la solución suprema de triunfar del enemigo o morir a su mano. Tal convicción en los subalternos, fué la que hizo de José Mª Cabral el héroe máximo de la batalla, después de haber ésta fluctuado entre la derrota y la victoria. El comportamiento general de las tropas dominicanas se resintió de vacilación y flojedad. Cediendo al impulso arrollador haitiano. un oficial asustado, ordenó al tambor de una compañía toque de retirada, contrariada por éste con toque de avance; un general de la retaguardia y la caballería, se retiraban sin pelear. Factores circuntanciales crearon la reacción general, y se logró arrebatar el triunfo. Se comprende que no estaba presente la persona de Pedro Santana. De estar allí, ¿quién se hubiera atrevido a mostrar la menor dosis de pánico o vacilación? El hombre no quedó enteramente satisfecho al saber de la conducta de algunos generales y oficiales. Requirió del jefe de operaciones un informe sobre el caso, y si la investigación no originó las sanciones que él acostumbraba aplicar, fué porque en fin de cuenta el enemigo quedó vencido y sacado del territorio. Juan Contreras, comandante en jefe de las columnas y hombre de honor, estuvo resentido con el generalísimo por largos años a consecuencia de las referidas investigaciones. El mismo día del triunfo de Santomé, ocurrió el de Cambronal, alcanzado por las fuerzas destacadas hacia Neyba. La alegría que tanto triunfo llevó al cuartel general. fué bastante a ablandarle el corazón a Santana. El coronel

Bernabé Polanco, comandante del puesto de Barahona, abandonó el lugar sin quemar una ceba, tan pronto supo que los haitianos se acercaban a la plaza. De Azua se envió seguido a Valverde y Lara a recuperar el lugar, mientras Polanco era llamado, hecho preso y puesto en capilla para ser pasado por las armas. En ese trance le encontró la noticia de los grandes triunfos, y Santana consintió en el perdón.

Por la Línea Noroeste hubo también entonces amagos de invasión. Las autoridades del Norte deseaban la presencia allí del general Santana para que dirigiera las operaciones. Este no pudo acceder a ese deseo, por estar más seriamente amenazado el Sur. Cuando se le informó que Felipe Alfau, a quien no pudiera todavía ablandar en su resistencia a una reconciliación, había sido designado para dirigir las operaciones en el Cibao, le escribió a los amigos que de allá lo reclamaban, significándoles que el seleccionado valía tanto como él. A fines de enero del 1856 se dió la batalla de Sabana Larga, en Monte Cristy, y con las acciones secundarias tuvo fin la cuarta y última campaña de la Independencia. Queda como última, no porque acaban para siempre las amenazas de incursiones haitianas, sino por la razón de que no volvieron a sucederse formalmente.

El vecino Estado conservó toda su potencialidad, creciente cada día, y sus anhelos de volver no se apagaron. El heroísmo dominicano, más que la fuerza, puesto de manifiesto en las cuatro campañas, tuvo la virtud de aplazar, y finalmente acabar, sin necesidad de nuevas pruebas, con las invasiones del territorio.

*
* *

Doce años de guerra intermitente, que constituyen el período de la Independencia, en que la lucha de las armas crea el primer sedimento de la nacionalidad, han forjado a un hombre de armas, un guerrero o general. Mejor hubiera sido producir a un gran estadista; pero dió el escenario lo que podía dar, y tenemos como resultado de la acción libertadora un valor no deseable para muchos, aunque, fatalmente incambiable, inevitable, como lo es la naturaleza del alma nacional.

⁂

En el soldado que lucha por su patria se reflejan caracteres del alma colectiva. El soldado dominicano era un elemento civil que, habiéndose hallado repentinamente dueño del territorio que le arrebataran unos invasores hacía veintidós años, se armaba por su personal diligencia para ir a defender en una lucha de vida o muerte el suelo propio. Primeras armas, la lanza y el machete, y secundariamente el fusil. Respaldando como cosa suya al hombre que tuvo el acierto de convertir en fuerza poderosa ese disgregado elemento fundamental, el seybano fué el que más orgullosamente se avió para la guerra; y donde le tocó ser actor, no permitió que le superaran en arrojo. Para su jefe natural, la carga confiada al seybano, debía ser, y siempre fué, decisiva.

Ya en la línea de fuego, la inventiva llenaba los huecos de la falta de estrategia o conocimientos militares. Frente al enemigo, mejor armado, organizado en batallones que sabían evolucionar, no tenía el dominicano otro recurso que mantener una moral superior a la de aquel, lo que le alimentaba el espíritu heroico en una proporción capaz de suplir todas las

desventajas materiales. La principal cooperación para esa moral, dimanaba del sacrificio abnegado puesto necesariamente en acción, por reclamo de las mismas deficiencias. En los teatros de lucha, especialmente en los puntos fronterizos, mientras peleaba denodadamente, no podía descuidar la protección de las familias desamparadas, que no podían ser abandonadas a los desafueros del invasor. Con los prisioneros no se usaba crueldad, aunque a veces hubo motivos de represalia. En general, el dominicano superó, no sólo en generosidad, sino también en astucia al haitiano, y llegó a imponerle tal estado de sugestión, que uno valía por tres o cuatro de aquellos. La lanza y el machete sembraban desconcierto y espanto en sus filas.

***

El soldado haitiano, bien armado y equipado, no siempre improvisado, pero formado por el arbitrario sistema de reclutamiento, estaba falto de aspiración noble que le estimulara para la lucha. Con mucho de mercenario y espíritu de conquistador, buscaba la compensación del botín de guerra, promesa incitadora, pero que sitúa en plano de inferioridad frente al que lucha por el sosiego del hogar, la integridad del territorio y las formas ideales de que está tejido el concepto patria. De acuerdo con el fin perseguido, el haitiano, en teniendo oportunidad, se mostraba cruel y ansioso de exterminio, bien que ello no pasó de casos aislados, que nunca tuvieron grandes proporciones. Su espíritu de resistencia era flojo, de acuerdo con su moral. No pocas veces, reclutados en las haciendas, armados, pasaban seguido a los campos de batalla. En presencia de prisioneros de ese pelaje fué que Domingo Mallol

escribió, pasada la batalla de Sabana Larga, lo siguiente: "Después de haber visto el triste talante de esta gente, puedo decir a usted que no son hombres para batirse con nosotros"... Sobrepuesto a esa masa inconsistente y amorfa, puesta en marcha a los acordes de pitos y tambores, pero sin abrigar nada del aliento heroico de los días en que conquistó su Independencia, se movía una oficialidad disciplinada, con honor y capaz de todos los arrestos, y que se sacrificaba en el campo de batalla para llenar la falta de firmeza y cooperación del soldado raso. En cualquiera acción morían más jefes de lo razonable, y en comparación con las bajas del enemigo. El caso del general Luis Michel en Las Carreras, habla por todos. "Herido de un lanzazo en la frente, con el dorso de la mano izquierda enguantada impedía que la sangre le cegara, para continuar defendiendo la pieza que le estaba confiada. Puso un pie sobre la cureña del cañón, y a cuanto enemigo se ponía a su alcance lo echaba a tierra con su sable. Debilitado por la herida, y ciego ya de la sangre que le manaba, continuó de pies, desafiando con su pequeña talla a quienes trataban de rodearle. Una segunda lanzada en el pecho lo desplomó y quedó muerto".

⁂

EL GENERAL

A su lado, lo mismo quienes se formaron en la Línea del Sur, bajo su mando y supervigilancia directa, que los actores de Santiago a la Línea Noroeste, todos los hombres de armas, que ya forman un cuadro apreciable, son tenientes; sólo él es capitán, no en el sentido del grado oficial de cada uno, sino por las dotes

de mando que como aptitudes para la guerra pueden tener. Hay un reconocimiento espontáneo a este respecto. Todo el mundo le cede la primacía a Pedro Santana en hecho de armas. Por su parte, éste tiene la convicción de que ello es así, y como calidad independiente de las representaciones oficiales, la incorpora a sus motivos de orgullo personal. Tiene sus fórmulas y procedimientos únicos, impuestos en todo momento de guerra. Nadie podrá aplicarlos como él; primero porque se necesitaría un carácter idéntico al suyo, y luego su sagacidad para adivinar las previsiones convenientes al desenlace de los sucesos. No confía nunca en la acción de puro valor; éste debe actuar siguiendo las líneas de un plan previamente trazado, para el que se han tenido en cuenta todas las circunstancias favorables al enemigo. Da instrucciones a los jefes de puesto, en las cuales queda él fielmente retratado. "Evite ser sorprendido, dice. No se comprometa en acción, por insignificante que sea, pensando que ganarla el enemigo no es ventaja. Hay que evitar todos los medios de fortalecerlo. Aun en los casos de ronda, si hay encuentro, no conviene dar señales de flojedad. Proceda de manera que el enemigo se sienta en constante estado de amenaza..." Entendiendo la guerra como empeño de triunfo, cuerpo y alma deben concurrir al logro de éste. Que ninguna otra ocupación aparte del fin perseguido; que todo se arriesgue, inclusive la vida, llegado cierto momento, para tocar ese punto. Si por no aceptar así la lucha, se rehuye el peligro de muerte, se comete una traición, que merece ser sancionada con un fusilamiento. El ser vencido es lícito, pero únicamente cuando se resistió hasta el extremo de agotar todos los

recursos del material bélico, se mantuvo firmeza, y la superioridad numérica del enemigo no dejó otra libre opción que la retirada. Bajo su mando, soldados, oficiales y generales no se pertenecen, y tienen que dar de sí un poco más de lo habitual en el valor y la constancia. En campaña, es una expresión viva de cuanto exige de los demás. Es el superior en todos los instantes; y como tal, mantiene la responsabilidad de todos los movimientos de las fuerzas. Una sujeción estricta a su autoridad le da la pulsación del estado de ánimo general y de los recursos disponibles. No acepta camaradería que familiarice el recinto del cantón. Los jefes se le acercan nada más que a informar o a pedir órdenes. De cada uno parte un hilo que va a él, lo que le permite el privilegio de poner tenso el estado de ánimo para la lucha. Cuando rompen los tiros, entra en un estado de inquietud, que no cesa hasta que todo termina. Ha seguido las alternativas de la refriega, haciendo cubrir a tiempo, cuando no acude él mismo, los puntos débiles surgidos en medio de ella, y que pueden ser brecha de entrada para el triunfo del enemigo. Conserva siempre el contingente para una carga, que, como un rayo aniquilador, se debe dar en tiempo oportuno. La sola calidad del valor no le impresiona para determinar los ascensos; reclama condiciones morales y disciplinarias que hagan apto para el ejercicio del nuevo grado. Era parco en el conferir estos. Su concepto sobre las condiciones personales del hombre, afectaban preferentemente sus decisiones en cuanto a la jerarquía militar.

Sitiada la Capital el año 1849. El capitán Eugenio Miches recibe la orden de no usar la artillería contra los fortines de la ciudad. La batería del fortín la

Concepción hace continuos y certeros disparos que consternan el cantón. El capitán Miches, como solución desesperada, hace fuego con el cañón que se le ha confiado, y silencia la batería. Santana colérico, hace llegar a su presencia al capitán, y le pide cuenta por haber violado la orden dada; pero éste, en brusco gesto de sincera manifestación, respondió: "General, era ¡carajo! que nos estaban comiendo las balas de un cañón en ese fuerte, y no había fresco de quitarse de encima aquel peligro..." El general guardó silencio, y en lo íntimo de su alma simpatizó con el subalterno. A poco entrególe un oficio para el jefe de puesto de San Carlos. Receloso el capitán de ser conductor de una orden de prisión o algo peor, en el camino abrió el sobre y se enteró de su contenido. Sosegado, cumplió su comisión. Se le participó que quedaba ascendido a coronel. Volvió al general Santana y expresóle modestamente su falta de méritos para tal ascenso, pero aquel repuso: "No; así ha de hacerse, porque así lo he dispuesto. Y tenga presente que usted es el único hombre que se ha atrevido a echarme un ajo..."

Después de la Independencia tuvo que medir las armas contra los compatriotas, en luchas civiles y en guerra libertadora, y ni una sola vez fué vencido. General tan invicto no se volvió a ver en la República...

***

Mientras Santana dirigía las operaciones desde el cuartel de Azua a fines del año 1855, había llegado a la ciudad de Santo Domingo el nuevo cónsul español Antonio María Segovia, encargado secretamente de llevar a cabo planes políticos en favor de su país. Como medio para introducir los mismos, trajo el tratado

domínico-español, que aquí debía ser ratificado, y la Gran Cruz de Isabel la Católica con que la Reina Isabel II condecoraba al Presidente Santana. Este, que no era hombre de títulos, al saber que sería condecorado, más desconfiado que envalentonado, expresamente alargó su permanencia en el Sur, tanteando desde allí, con viso de estar muy ocupado en la campaña, lo que se pudiera traer entre manos el representante consular. Era la esquivez del hombre criollo, que sospechaba de las aspiraciones de España desde que fracasó el entendido con Cazneau. El 27 de febrero del 56, el Vicepresidente Manuel de Regla Mota, recibió la condecoración en nombre del Presidente Santana. Por fin llegó éste a la Capital. De primera vista, Segovia no le fué persona grata; dudó de la bondad de sus intenciones. Tuvieron una entrevista privada. Segovia le planteó el protectorado bajo la nación española, contando desde luego con la decidida cooperación de Santana. Por ese tiempo, tal idea estaba descartada de sus actividades públicas; de ahí que en el intercambio de pareceres, "desplegara tanta dignidad como moderación", acabando por expresar: "que la materia era muy delicada, y estaba fuera del alcance de sus atribuciones". Prometió interesar en la cuestión a sus amigos del Senado, para que apoyaran los propósitos del cónsul, pero no lo hizo. Segovia, que a su paso por la isla de Saint Thomas había comunicado sus planes con Buenaventura Báez, recibiendo promesas de ayuda, pero. de posibilidades futuras, ya que Santana era el dueño del poder, al fracasar con el hombre que podía, comenzó a proceder de manera obstaculizadora para el gobierno; lo cual, hábilmente dirigido, podía fran-

quear la vuelta de Báez a la República. Decía con toda franqueza, que solamente con éste personaje de mandatario, quedarían garantizados los intereses de España.

⁂

El ambiente político de la Capital, después de tantos fracasos de tramas revolucionarias, tenía preferente simpatía por Báez. El cónsul español anunció que conforme al artículo séptimo del tratado dominico-español, los dominicanos que quisiesen matricularse en el consulado, adquirirían la nacionalidad española. Con tan buen amparo de extraterritorialidad, los recalcitrantes enemigos de Santana se matricularon, y se tiraron a la calle a desplegar política antigobiernista. Santana, de carácter tan fuerte y cerrado para sus compatriotas, no se atrevió a un gesto propio de su espíritu, y, contrariado e inofensivo, resignó el mando y se retiró a su casa. Hacía lo que en él no era nuevo; sólo que, lo había anteriormente hecho con altivez, y no con la resignación de quien teme graves contratiempos por la intervención de un poder exótico. Manuel de Regla Mota, de suyo flojo e impresionable, aunque no exento de valor, favorecía indirectamente las pretensiones y exigencias del cónsul. El gobierno, desacreditado, perdió el apoyo de la opinión pública, que también se declaraba por el retorno y el mando de Buenaventura Báez. Por vez primera pesaba el anhelo del elemento civil en los asuntos públicos. Una demente andorrera, nombrada Ma. Susana, anunciaba a voz en grito el próximo retorno de Báez, que los arreglaría a todos. El gobernador tuvo el hecho por provocador y amenazante para las autoridades, y la hizo encerrar.

Mucho se hablaba en plazas y calles, pero Santana en El Prado continuaba siendo un obstáculo no salvable comoquiera. Se pusieron de acuerdo los cónsules español, inglés y francés, y sirvieron de mediadores para la reconciliación entre Santana y Báez. Después de verificado este acto, los sucesos siguieron el curso deseado por el público. Báez retorna al país, es elegido Vicepresidente de la República, y a poco es Presidente, por renuncia de Manuel de Regla Mota.

***

Caído el hombre odiado, hasta los mancos alzaron las manos, clamando venganza y exterminio. Todo salió afuera, como de un río desbordado. Merced Marcano, el hombre de confianza de Pedro Santana en la guerra y en la paz, hasta el año 1854, se encargaba de conducir el primero las acusaciones ante el Senado Consultor. Era ya el mes de noviembre del año 1856. Juan Evangelista Jiménez, esforzado obrero en los trabajos iniciales de la Independencia, y uno de los acogidos a la matrícula de Segovia, funda el periódico La Acusación, con el fin exclusivo de atacar a Santana, removiendo todo el fango de sus errores reales y supuestos, y escogiendo los calificativos más hirientes. Era el órgano por medio del cual se debía enjuiciar a Pedro Santana. Nada más se publicaron cuatro números; los suficientes para llegar al objetivo apetecido. Primer número. Pide que se haga "desaparecer de la tierra a un Monstruo que se declaró enemigo de la humanidad, y con el que la Nación jamás puede reconciliarse". Le da el calificativo de La Pantera de Guabatico.

Corrieron rumores de intentos revolucionarios a favor de Santana. Como medida preventiva, el general

Pascual Ferrer fué encarcelado. En la frontera de Neyba, pensando corresponder a los rumores dichos, se pronunciaron Fernando Tabera y Lorenzo de Sena, pero no tardaron en deponer las armas, convencidos de que estaban solos.

Segundo número.—Da a conocer el reto que le hace El Eco del Pueblo, periódico moderado, para sostener una polémica, con el fin de probarle que "el momento no requería un extremado radicalismo, y que habiendo caído la tiranía, debía buscarse otro medio de luchar por los intereses del pueblo". La Acusación no acepta el reto. Se empleaba el término tiranía en una acepción primitiva. Ese fenómeno político-social, como después le hemos conocido y vivido, no existió nunca bajo el mando de Santana.

El domingo 23 de noviembre se reunió un grupo de ciudadanos, y acordó sostener las dos siguientes proposiciones: "¿Está en interés de la República Dominicana invocar la protección de la España, la Francia y la Inglaterra en caso de ser amenzada de alguna agresión, sea cual fuere?" "La existencia del general Santana en el país, ¿es conveniente o inconveniente a la seguridad del Estado?" La primera revelaba que no habían pasado aun las amenazas de invasión, y que permanecía abierta la posibilidad de acudir a la protección extranjera. Es un estado de ánimo social que nada tiene que ver con Pedro Santana, pues son sus enemigos quienes hablan. La segunda proposición se relaciona con la existencia de la nacionalidad.

Tercer número.— Informa que el día primero de diciembre se presentó el ministro de Justicia Félix María del Monte ante el Senado Consultor, y tras una larga exposición sobre los perjuicios ocasionados por la re-

solución del mismo cuerpo, relativa a la concesión otorgada a Santana para explotar la Saona, pedía la revocación de dicho acuerdo, que, además, era inconstitucional. Acto seguido el Senado declaró abrogada dicha resolución.

Cuarto número.— Un grupo de trescientos ciudadanos presenta la acusación contra Pedro Santana ante el Senado Consultor. El periódico El Eco del Pueblo "apoya la acusación". La común de Higüey presenta cargos por cuanto sufrió hasta el 56. Azua también presenta su lista de agravios. El Senado pone en estado de acusación a Santana.

⁂

Qué hace el hombre? Sabe o no sabe todo cuanto está pasando como máquina mortífera armada expresamente con el fin de destruirle para siempre? De todo está enterado. Es una prueba suprema por la que no ha pasado. Acercarse al instante de perderlo todo en la vida pública, donde el amor propio, la vanidad, la ambición y el orgullo influyen poderosamente en la conservación del prestigio, el nombre y la posición, es verse en el trance de manifestar la sinceridad o la falsedad de lo que uno ha sido. Lo que entonces da el alma, sirve para catalogar su calidad. Al parecer, está perdiendo su ascendiente político, hasta ahora incontrastable. La aspiración de un grupo, desde hacía doce años, por fin se veía puesta en el sendero de la realización definitiva. Empero, real y verdaderamente, el prestigio de Pedro Santana, que no podía desvanecerse sin que mediara un suceso nacional, de suma trascendencia y capaz de afectar el sentir del alma colectiva, estaba intacto y como en receso. Un momento psicológico en la

vida pública, originado por la retirada del hombre a su casa, presionado moralmente por un poder extranjero, proporcionaba la formación de un estado de opinión pública, en la ciudad de Santo Domingo, respaldada por Higüey y Azua, la cual opinión tuvo el peso de fuerza dominante. Quedábale a Santana el recurso de reaccionar, levantando, como un vulgar faccioso, las fuerzas que estaba en su mano poner en movimiento. Uno de los cargos de la acusación era haber estado en connivencia con quienes se insurreccionaron, hacía poco, para derrocar el gobierno. Eso era herirle por donde más le dolía porque siempre había sustentado, como parte de su orgullo de hombre serio, no ser un conspirador, ni mucho menos revolucionario. Dada la palabra ante mediadores tenidos por respetables, de que en bien de la paz pública se abstendría de toda manifestación de rivalidad contra Báez, no era capaz de violar su palabra, aparte de que sinceramente odiaba la sedición. Por eso, frente a la hostilidad abierta que le privaba del sosiego hogareño, y prometía llevarle a ser juzgado como un malhechor, dejó hacer, sin presentar el menor obstáculo. Ahí se tiene al hombre tal como era su estructura moral. Rehuir la responsabilidad de sus actos, lo tiene por una deshonra, y antes que lo deshonroso, prefiere la muerte.

En la Capital no se tiene por seguro que el hombre mansamente comparecerá para ser juzgado y condenado. Hay muchas opiniones y comentarios encontrados, y en medio de ellos se plantea la cuestión de si convendría mejor que se fugara al exterior, para evitar posibles contratiempos políticos, que quizás voltearan la recién conquistada situación. Los dirigentes del gobierno tuvieron el mismo parecer, y una comisión es-

pecial fué a El Prado, y le insinuó a Santana la actitud prudente de que saliera clandestinamente del país, para no ser maltratado, ya que se le acusaba de estar complicado en un movimiento subversivo del orden legal. A ello contestó: "El general Santana no es hombre que sale escondido de su país; si así lo hiciera, se reconocería culpable. Diga al Presidente Báez que estoy dispuesto a presentarme en las barras de los tribunales, para responder de mi conducta y someterme a su juicio". Este es el hombre, como ya se ha dicho y repetido expresamente, que no conspira ni es revolucionario; tampoco es político; por donde no le ha escrito a nadie en la República, preparando los ánimos, ni menos reclamando cooperación para determinado golpe o alzamiento. Por todo el territorio, y principalmente en la región del Seybo, donde los hombres podían requerir las armas acabadas de arrinconar, vueltos con los laureles de libertadores, había un estado de espectativa que a una señal dada se hubiera trocado en acción. El general José María Cabral, cumpliendo órdenes del gobierno, con dos escuadrones de caballería de Baní y San Cristóbal se dirigió al Seybo, llegó a El Prado, y, bajo la custodia de esa escolta, condujo a Pedro Santana a la ciudad de Santo Domingo. Cuando se propaló la noticia de que el prisionero estaba próximo a llegar, un gentío acudió a la barca del Ozama para verle de cerca y observar la cara y el gesto que presentara. Se encontró con el porte inalterable del hatero que otrora arribara portador de los medios salvadores de la patria. Entre los curiosos se halló Juan Ruíz, febrerista, capitaleño puntilloso que no podía faltar donde se tratara de combatir o mortificar a Pedro Santana. Llevaba en el rostro unos espejuelos carnavalescos, de

cáscaras de naranjas, y en la mano una vara de medir. Sentado en un lugar visible, aguardó el momento de la presencia de Santana, y alzando la voz y también la vara, se dirigió a un individuo entre la multitud, que resultó ser Manuel Mora, libertado hacía más de un mes; "¡qué te parece Manuel; con la vara que mediste, con esa te han de medir!".

⁂

Teniendo asegurado al hombre, aunque bien tratado en cuanto al alojamiento, nada menos que en la casa del Comandante de Armas Francisco del Rosario Sánchez, hubo desbordamiento jubiloso en una parte de la población, que se dedicaba de noche a mortificar a los santanistas, con un bullicio de campana y cacharros, llevados en una carreta, acompañado de coplas picarescas. Aquellos desahogos se bautizaron con el nombre de *cantaletas*. Cuando a Ramón Mella le fueron con la fiesta, puso atropellado fin a la algazara mediante un disparo de carabina.

No era prudente retener por largo tiempo al prisionero, no fuera a formarse una situación embarazosa. La inconsistencia de los cargos y la firmeza del hombre, por quien no dejaban de interceder los representantes consulares, aconsejaron salir de él desterrándolo. La noche del once de enero de 1857 lo embarcaron para Martinica. Los maleantes de las *cantaletas* acudieron al muelle con una orquesta, como para despedirlo camino del purgatorio. Uno de los músicos se recataba más de lo conveniente, como para no ser alcanzado a ver por Santana. Alguien le preguntó el motivo, y respondió: "yo no quiero que me vea ahora, porque cuando retorne, vendremos alegres a recibirle con vivas y música..."

Ya no había a quien temerle, y la gente del gobierno respiró libremente.

Un diario íntimo de Santana en el ostracismo, tipo criollo a quien lo artificioso de la ciudad le hastiaba, hubiera mostrado los pliegues de un alma poco comunicativa, pero de apreciable visión intuitiva, y surcada a menudo por fuertes corrientes pasionales. Por el mes de junio, devorado por una pertinaz nostalgia, solicitó del Senado Consultor ser autorizado a regresar a la patria; se le negó la petición.

***

La revolución promovida en Santiago contra el gobierno de Báez el 7 de julio, lanzó un manifiesto en el que aludió a hechos reprobables de pasadas administraciones de Santana. Se curaba en salud, no fueran a creer el desterrado y sus amigos y admiradores, que se trataba de favorecer su retorno. Pero cuatro días después el Gobierno Provisional decreta que los puertos de Monte Cristy, Puerto Plata y Matanzas quedaban abiertos para que pudiese entrar en el país el general Libertador Pedro Santana. Llegaba en agosto, y poniéndose a las órdenes del gobierno, marchaba a la Capital, para compartir con el general Luis Franco Bidó las operaciones del sitio de la plaza. Ya el Seybo, pensando en él, había secundado el levantamiento inicial de la revolución, arrollando hasta los muros de Santo Domingo las tropas de Báez, teniendo ya ocupado a Higüey, tras un sangriento ataque. Sucedió en el campo revolucionario de los sitiadores lo inevitable: Santana acabó por asumir la dirección de las operaciones. No por eso dejó de ser largo el asedio. Cuando se firmó la capitulación de la plaza, el mes de junio de

1858, el general Santana, representante de las fuerzas triunfantes, tuvo el encargo de mantener el orden en la ciudad.

***

Habiendo la Constituyente reunida en Moca meses antes, resuelto que la capital de la República tuviese su asiento en la ciudad de Santiago, el Presidente José Desiderio Valverde, electo por el mismo cuerpo, ya restablecida la paz se disponía a llenar su sometido sin abandonar Santiago. Por razones de orden sentimental y político, la sociedad de Santo Domingo, a quien dolía ese cambio injustificable e innecesario, manifestó seguido su desacuerdo, y reconociendo que no había otro medio que el de las armas, para solucionar favorablemente la pugna de regionalismo producida por tan extemporánea alteración, se echó en brazos, como quien dice, de Pedro Santana, el único hombre en todo el Sur y el Este, que podía torcer el curso de lo que legalmente empezaba a tener principio de ejecución. Por su parte, a él le afectaba el cambio y no lo deseaba. Cuando en fecha 27 de julio de 1858, una gran mayoría de ciudadanos en la Capital, representantes de todas las actividades sociales, hizo una "pública manifestación en forma de memorial de agravios contra la Constitución de Moca", confiriéndole a Santana "plenos poderes para sostener el orden y restablecer la Constitución de 1854, encargándole además entenderse con el general José Desiderio Valverde y los miembros de su gobierno", se halló Santana en uno de esos momentos placenteros para un hombre público de no pertenecerse, por ser reclamado con el fin de satisfacer necesidades imperiosas de sacar triunfante un

interés colectivo. De no haber aceptado, se habría hecho indigno de su prestigio político. Sin embargo, sobrepuesto lo tendencioso a lo justiciero, los hijos y nietos de quienes tanto le agradecieron la aceptación de tal encargo, recuerdan el hecho como una efemérides en que "el general Santana traiciona la confianza del gobierno del Presidente Valverde, pronunciándose contra éste en la ciudad de Santo Domingo".

Aparte de que Santiago no ofrecía ninguna condición que la hiciese preferir como centro urbano para asiento definitivo del gobierno, es oportuna la apreciación de que no es obra del acaso la fijación de una ciudad como capital de una nación; existe en ello uno a manera de influjo misterioso, la mano de Dios, que les señala a las cosas su destino, a pesar del capricho o voluntad de los hombres.

El general en acción. En una semana el Este y el Sur eran un solo hombre a sus órdenes. Previamente cumplió la recomendación de solicitar un avenimiento con el Presidente Valverde, a lo que éste se opuso, pensando en la facilidad de ponerse en marcha a Santo Domingo, según se hizo el mes de julio del año anterior, y dominar allí e imponer el imperio de la ley. Reunió considerable fuerza de las tres armas y salió a campaña. Hizo alto en Cotuí, de donde lanzó una proclama amenazante y ardorosa, dando seguridades del triunfo sobre "unos cuantos ambiciosos capitaneados por el general Santana". El primer irónico percance ocurrió con tropas salidas de La Vega por el camino del Bonao. Vencieron unas guerrillas que se dirigían al Cibao, pero el jefe vencedor sonsacó su misma gente. para regresar, como lo hicieron, a La Vega, en actitud hostil contra el gobierno. Con la proclama del Presidente

Valverde coincidió el anuncio de la salida de Santana para el Cibao, y ello solo bastó para que la deserción cundiera en el campamento de Cotuí. Visto que se iba a quedar sin otro acompañamiento que el Estado Mayor, retornó Valverde a Santiago a deponer el mando, y granjear pronto el embarcadero de MonteCristy, camino al extranjero. Tan pronto Santana llegó a Cotuí, destacó a Eusebio Manzueta sobre La Vega, que no tardó en rendirse. Moca y San Francisco de Macorís se apresuraron a adherirse a la revolución. Santiago quedó encargado a dos generales para sostener el orden mientras llegaba Santana, que hizo su entrada el día primero de septiembre.

No se tenía por enemigo de los hombres del 7 de julio. Llamó a cuantos estaban en la ciudad, les explicó su actitud en lo ocurrido, y pidió que en su nombre se les escribiera a Valverde y a Domingo Mallol, para que regresaran a sus hogares. Cuando se han hecho consideraciones en torno a estos sucesos, ha sido norma invariable colocarse en un temperamento que no refleja el sentir de Valverde respecto a la persona de Pedro Santana. Aquel volvió al territorio y se movió en política como partidario de éste, y defendió hasta la última hora el régimen de la Anexión.

No dejó de aparecer quien tildara al general triunfante de traidor a la revolución, considerándole un ambicioso que echara a perder la obra conquistada. Tampoco faltó el deseo de urdir una insurrección con matiz de reivindicadora. Santana se dió cuenta de ello, y buscó medios de suavizar resquemores. Domingo Daniel Pichardo, uno de los principales personajes del gobierno caído, hondamente resentido, según se lo había hecho conocer personalmente al general Santana en

Santiago, le dirigió una carta solicitándole pasaporte para embarcarse como desterrado. Alegaba tomar esa resolución, en vista de que el movimiento del 7 de julio había sido al parecer, un crimen. Santana, en la contestación escrita el mismo día, le manifiesta sentirse complacido con su voluntaria retirada del país, considera "gloriosa" la revolución de julio, y hace honrosa mención de los "beneméritos generales Valverde y Mallol", desviados del recto camino por los obcecados que los rodeaban, como el mismo Pichardo.

***

De regreso en Santo Domingo la última semana de septiembre, dió un decreto, en su calidad de "Libertador de la Patria, General en Jefe de los Ejércitos, y, por la voluntad soberana del pueblo, encargado de restaurar el imperio de las leyes", poniendo en vigor la Constitución del año 1854, y convocando a elecciones nacionales. Satisfacía puntualmente la misión encomendádale hacía dos meses. ¿Quién no se sentía contento y orgulloso en la Capital, el Sur y el Este, excepción quizás de Higüey y Azua, con cualquiera de tales títulos del jefe supremo de la República? Todos estos volvían a ser legítimos y muy merecidos en la opinión pública, y la acusación del 56, y el destierro y eclipse del 57, quedaban relegados a la categoría de chismes o cosas insignificantes. Muchos antagonistas se reconciliaron con el hombre. Entonces y después, en la política criolla, nunca se tuvo como expresión de cordura, a pesar de que no faltaron grupos negados a ello, el no cooperar y medrar con el mandatario poderoso que todo lo puede por haber vencido todas las fuerzas hostiles.

De las votaciones resultaron Santana Presidente de la República, y Antonio Abad Alfau Vicepresidente. En Abad Alfau encontraba Santana el hombre de la ciudad en quien podía confiar, descargándose cuantas veces se lo reclamaran el cuerpo y el espíritu, del peso ingrato de la Primera Magistratura. Las dotes de carácter y de mando en el sustituto los identificó de tal manera, que la natural suspicacia e inclinación autoritaria del primero quedaron neutralizadas, faltas de motivos de objeción.

***

Dentro de la aceptación general en favor del jefe supremo, no estaba apagada la corriente política representada por Buenaventura Báez. Con su caída y destierro, abandonaba también el país un buen número de adeptos. Otros se quedaron en la Capital. Se trataba ya, tras de haber pasado la prueba de las armas en un sitio de once meses, de una semilla política indestructible, mientras existiera su germen, el futuro caudillo, hábil en la política, en un grado que dejaba muy atrás a Pedro Santana. El latente hervor de la conspiración salió afuera, y el gobierno reprimió a tiempo la que iba a ser la insurrección de Santa Rosa, en agosto del 59, y que terminó con la expatriación de Francisco del Rosario Sánchez y otros políticos. Matías de Vargas, héroe y formidable contendor al arma blanca, se oculta oportunamente en Azua, su lugar, y a poco asalta la plaza, resultando muerto el comandante de armas Casimiro Félix. Santana no siente inquietud, porque sale a campaña el Vicepresidente Alfau, de mano tan enérgica y dura como la suya. Su presencia en el escenario de los acontecimientos restablece el orden, y

Matías y su hermano Juan Luis, apresados en jurisdicción de Santo Domingo, previa condena de un consejo de guerra, son pasados por las armas. Por ese año de 1859, volvieron los hombres dirigentes de la República a someterse al querer abusivo de potencias extranjeras, Francia, Inglaterra, España, Holanda y Cerdeña, que reclamaron a favor de sus respectivos súbditos aumento de valor en el cambio del papel moneda. El ceder a semejante exigencias fué siempre mirado como un acto de prudencia propio del débil que ha estado reconociendo en su existencia precaria una necesidad del amparo de los poderosos. Tal condición será uno de los motivos determinantes del eclipse de la soberanía nacional. No muchos años después exclamará Pablo Pujol, en un grito de protesta: "Audaz intervención de los cónsules en la política general de la pobre República; de donde las notas irrespetuosas sobre cualquier pequeño incidente pasadas al gobierno; los reclamos injustos, el pago de indemnizaciones no adeudadas o en tela de juicio, y los vergonzosos, humillantes e inmotivados saludos de banderas". El diferendo con las naciones ya expresadas, terminó al retornar sus respectivos cónsules en buques de guerra, tras de haber estado seis meses fuera del país, aceptando el gobierno sus exigencias y la condición previa de saludar primero la plaza a los barcos. El español no quiso acogerse al requisito humillante.

***

El joven Manuel Rodríguez Objío, con el espíritu bastante iluminado y consciente de lo que debía ser un verdadero gobernante, al externar su opinión sobre la realidad política de aquella hora, observada y vi-

vida por él, dice: "Como jefe de la administración, yo le habría trocado por cualquiera; desgraciadamente, el país no tenía hombres que oponerle". Se reflejan ahí dos verdades: Santana no era verdadero hombre de Estado. Su prestigio como personaje dominante o influyente en la vida pública, era incontrastable.

⁂

Puntos de vista, de suma trascendencia por relacionarse con el afianzamiento de la Independencia, han estado asomando, las más veces secretamente, como posibilidades o medios de solucionar ese problema. Afectado hondamente de la política, en su forma de predominio de intereses de grupos o individuos, en su desarrollo progresivo ha ido reduciendo el influjo del patriotismo puro, hasta negarle la mínima acción. Todos los actores persiguen una misma finalidad; pero repartidos en bandos, el que triunfa del otro lleva la delantera y la seguridad de salir airoso en la empresa mayor. En el momento histórico hay un atado de factores, palpables para quienes respiran el ambiente de combinaciones y picardías políticas, pero el conjunto nacional flota en una atmósfera de sugestión que entusiasma y pone confianza en lo que se lleve a cabo. Desvanecido aquel estado de cosas tras de haber surtido un efecto contradictorio, dando una enseñanza dolorosa, aunque poco aprovechada, al tomarle como material de la historia, esa maestra de la vida es indispensable examinar cada factor y la circunstancia política, social y moral que le determinaron, para con ese conocimiento de causa comprender la acción de los hombres, tan fácilmente censurables y condenables por quienes

no saben cómo eran las cosas en su eslabonamiento con las leyes de la vida individual y colectiva.

⁂

El año 1860, cuando ya se tenía por enteramente normalizado el estado de cosas político, y se estaba ojo avizor con los haitianos, que habían crecido en poderío. adquiriendo hasta un buque de guerra, con fines de invasión, se decía, el jefe fronterizo, general Domingo Ramírez, se sublevó contra el gobierno, para rehuir la cuenta que se le pedía por autorizar, con perjuicio del fisco, el comercio clandestino con el vecino Estado. Sonsacó a los generales Tabera y Morillo, y por varios días se hicieron fuertes en un punto estratégico, de donde fueron desalojados. Se retiraron a Haití, manteniendo un estado de amenaza, respaldados por el gobierno de aquel país y ayudados por Valentín Alcántara, general de su nueva patria. Como una nota más de contrariedad para el gobierno dominicano, unos aventureros norteamericanos se apoderaron de la isla Alto Velo, enarbolando allí bandera de su nación. Se envió una fuerza que los hizo presos, llevándolos a Santo Domingo. Todos los últimos incidentes con países extranjeros, más la perenne perspectiva de invasión haitiana, habían convertido en gestión preferente de la cancillería dominicana, el tema del protectorado como una necesidad inaplazable para poner término a todos los peligros a que estaba abocada la autonomía nacional. Mas todo llevado adelante como secreto diplomático, animándolo, sin embargo, una especie de fiebre o desesperación por vencer cuantos inconvenientes se presentaban. ¿Cómo era posible que los primeros dieciseis años de República, dentro de los cuales,

doce habían sido de campañas libertadoras coronadas por el triunfo, viniesen a parar en la renunciación espontánea de la vida autónoma?

⁂

La etapa del pueblo dominicano que llamamos Primera República, muestra en sus principales caracteres, los relieves del tipo de vida colonial española. Hay jefes que mandan, con la ventaja para los asociados de ser escogidos entre sus elementos y no enviados de afuera. Una población apática para el trabajo particular y para la conducción de los asuntos oficiales, y que lo espera todo, inclusive la felicidad, de la acción gubernativa. Quisiera comodidad en el vivir y riqueza, pero no se pone a crear ésta como medio para lo primero. Mira en el extranjero el modo de hacerlo, y ni porque está en su casa o en su tierra se estimula. El gobierno crea la ficción del dinero como riqueza, emitiendo papel moneda sin la garantía que no puede haber, y todo el mundo asiente gustoso, como en la representación de una farsa. La nacionalidad es como el primer trazo borroso e indefinido de un pintor que comienza una obra. En el agregado social predomina un estado de inestabilidad, delator de la ausencia de verdadera conciencia colectiva. La patria es una noción todavía vaga, aunque se la nombra y se la invoca. De los factores contribuyentes a su formación, sólo ha hecho gran aporte la acción guerrera, como lo ha podido hacer una tribu belicosa, amante del suelo que habita. La proceridad a que da derecho el esfuerzo desarrollado heroicamente, no es todavía concepto que proporciona hilos para el que debiera ser altar de la patria. El prócer ignora que lo es, o no sabe del nexo que le une

a la patria, y le exige cierta condición de responsabilidad en la vida pública, por lo cual no debe descender, sin mengua de su honra, al plano vulgar de mezquinos intereses políticos. Y es más notorio aun, que los originales creadores de la nacionalidad, a excepción de Juan Pablo Duarte, ausente, ignorantes también de estar tocados por la gloria, forcejean por tener puesto entre los ciegos servidores de intereses políticos desacreditadores del noble ideal que sustentaron e hicieron triunfar ellos los primeros. Falta la actividad normal de los gustos e inclinaciones que en el escenario de la vida libre crea la fuerza tradicional de las costumbres, concreción de aspectos fundamentales del alma colectiva. La escuela como taller donde se moldean e iluminan los espíritus, mientras crecen con el amor del escenario y la vida circundante, no es reclamada ni proporcionada en el grado de su fundamento. Los nexos de índole moral e intelectual, que hacen sobreponer el amor de la patria a las demás preferencias, había que empezar conscientemente a crearlos. La libertad es vista como un aprovechar o tomar para sí, y ceder lo menos posible; concepto egoísta y primitivo que sólo por temor a la fuerza acepta la conveniencia de la igualdad de derechos en los asociados. El gobernante no es un genuino representante de la ley, que la respeta el primero, para hacerla cumplir, sino un individuo a quien le está tocando la posición privilegiada de estirarla caprichosamente. Cuando se tiene conciencia de la nacionalidad que se está creando, sin esfuerzo se inclina la mente a la devoción de determinadas figuras simbólicas, cuya evocación revive la idealidad que sirvió de impulso inicial o alentó en el curso de los afanes de

que nació la patria. En el palacio nacional de Santo Domingo figuraban en el testero del salón principal los retratos de Cristóbal Colón y Juan Sánchez Ramírez; después se puso el de Pedro Santana.

¿No se ve claramente que el agregado social concurrente a la formación de la República, no tenía en el fondo del alma idea precisa y verdadera de lo que significaba una patria, enteramente independiente de cuantos personajes fueron españoles, y que ya no podían ser dominicanos? No pasaban así como quiera trescientos años de sujeción a España como madre patria. Esto mismo tiene inmediata relación con la manera de entender la vida bajo una atmósfera de libertad, pero también daba razón de la existencia de virtudes caballerescas y un empecinamiento individualista nada más que español.

***

La libertad a que naturalmente se inclinan los grupos humanos, es un medio de realizar fines de vida relacionados con el destino del hombre sobre la tierra. Si mientras se le conquista no se tienen a la mano los recursos indispensables para un triunfo cierto, y se está cercado de amenazas que ponen en duda la seguridad del bien perseguido, lo humano es no desechar la ayuda que en alguna forma se pueda lograr para no perder lo trabajosamente perseguido. Hay entonces un estado de ánimo o sentimiento propio del momento, y del que más tarde, cuando carece de motivo para existir, no se puede hacer burla o desprecio, atribuyéndolo a falta de superiores calidades o elevadas nociones que en la época no podían imperar. Existe un sentido práctico de las cosas de la vida, y otro teórico

BIBLIOTECA NACIONAL SANTO DOMINGO

e idealista. El primero, como consecuencia de percepciones inmediatas, tiene más cabida en la existencia del hombre que el segundo. Este vale para enderezar al otro, no para destruirle; lo que es imposible. Mientras así sea, veamos en los sentimientos originarios de una época, y en los actos por ellos engendrados, una realidad moral y psicológica, corregible como lección para el presente, en razón de pautas u orientaciones obtenidas por el espíritu ya evolucionado. El protectorado se miraba y se sentía como medio de que se podía echar mano para compensar la desventaja de combatiente en que de verdad estaba situado el dominicano. Hubo, sin embargo, la oportunidad de descartarle y refugiarse en la confianza en sí, pero obstaron a ello las disensiones políticas que le negaron al patriotismo dominar como estímulo de la vida pública. Un agente consular francés anotaba: "Mientras el gobierno haitiano, con el mayor celo patriótico despliega esfuerzos en el sentido de hacer progresar su país, los dominicanos se aniquilan en luchas intestinas". Tenía de halagador el protectorado, que no anulaba la libre posesión del territorio, y garantizaba definitivamente la separación de Haití. Alguna concesión de privilegio a la nación que tal beneficio proporcionara, mermaba indudablemente la cabal autonomía, pero se entendía conseguir, sin la vigilancia y rigor de un amo exigente, lo bastante para alcanzar la felicidad en la tierra propia. Se buscaba la cantidad de independencia posible, no sujeta a zozobras. Es una concepción o idea que sustenta la mayoría, y a la cabeza de ella Pedro Santana. El sentimiento que la anima es sincero y anterior al nacimiento de la República. En tanto se practican di-

ligencias para verla convertida en realidad, sus campeones no se cruzan de brazos; no son unos infelices que únicamente apetecen la nacionalidad como dádiva de un poder extraño. Si viene la protección, santo y bueno, mas si no viene, nadie les puede echar en cara que por su culpa se va a perder el todo, tomado por los haitianos en momento de abandono o negligencia, pues están prevenidos y alerta, en espera de cualquiera contingencia. Sus dudas a causa de la no suficiencia de medios defensivos, se mantienen siempre por bajo de su disposición de espíritu para el arresto heroico. La poquedad de recursos no es una invención del temor o de "la poca fe en la nacionalidad", como dicen por ahí, sino una verdad palpable. Por eso la idea del protectorado no muere en el curso de la Primera República... Sufre vicisitudes; asoma, se apaga, y vuelve a asomar, delatando su latente permanencia. Se convirtió en materia de propaganda política, al barajarse entre las manos de los bandos. Santana la repudió por un tiempo. Sus enemigos la tomaron como bandera de combate, y próceres se matricularon como súbditos españoles, sin saber que abdicaban la calidad de libertadores, no comprendida por ellos mismos, para luchar impunemente contra el tenido por principal sustentador del protectorado, en fin de cuentas deseado por todos; unos con Santana, otros sin Santana. Pero sucede que mientras este sea el principal personaje de la vida nacional, inevitablemente tiene que hacer de conductor de la voluntad colectiva. La de él no es nada diferente; si lo fuese, no le correspondería el papel que está representando. En esa coordinación, el todo o la mayoría respira por el personaje representativo. ¿Por qué

no es otro, sino Pedro Santana, un hatero que ha venido a participar del intercambio de la vida urbana cumplidos ya los cuarenta años? Previamente hay que acabar de decir cómo se ha desarrollado la flamante nación dominicana.

***

El ser colectivo, desde que empieza a vivir independientemente, se diversifica en actividades concurrentes a la unidad nacional, pero en forma tal, que cada actividad crea organismos influyentes en la vida del agregado general. Si no se produce esa diferenciación, merced a la cual se perfila un alma con voluntad y entendimiento, y se forma un basamento de riqueza material, el ser avanza poco en el plano de la racionalidad y hacia el camino de su verdadero destino. Vive de sensaciones del momento, y reclama o necesita un conductor o caudillo para los asuntos públicos. Cuando no le tiene, le crea instintivamente, guiándose por la admiración de dotes que en el plano alto de la vida no son relevantes, pera pasan por sobresalientes para la colectividad, no por error o ignorancia, sino debido a la necesidad de vivir según la ley de su conservación. En tal sentido, una época necesita o reclama una clase de hombres, y otra época, otra. En el personaje y quienes directamente le esfuerzan su actuación, hay como la responsabilidad tácita de mantener un estado de confianza que les da derecho a ser creídos y seguidos en todo paso comprometedor de la unidad nacional. Fué ésta la condición de la República en su primera jornada.

Cuando se alude a la fe ciega tenida en un hombre, no se piense únicamente en el ciudadano anónimo

e iletrado, y en el militar, que por la índole de su actividad vive atado afectiva y compulsivamente al jefe: inclúyase a los hombres de espíritu enteramente libres que abundaron en la época, al comerciante, al propietario y al intelectual. Casi ninguno de los catalogados de primer orden en éste último grupo, quedaba fuera de la corriente, y se destacaban: José Joaquín del Monte, José María Caminero, Tomás Bobadilla, Manuel Joaquín del Monte, Felipe Dávila Fernández de Castro, Alejandro Angulo Guridi, Benigno Filomeno de Rojas; habiendo recorrido gran parte del camino en ese asentimiento el mismo Buenaventura Báez.

*
* *

Veamos el predicamento en que está Pedro Santana respecto a la conversión del protectorado en realidad. Su idea sobre la libertad es restringida, y tiene inmediata relación con las pretensiones haitianas de mantener sojuzgado el territorio dominicano. Por anular ese peligro, que no parece tener fin, aceptaría transacciones internacionales que le permitieran vivir sosegadamente a él y a sus compatriotas, de quienes se reconoce orgullosamente representante en lo atañadero a la paz pública y la garantía que debe proporcionar el estado de emancipación adquirido el año 1844. Viejo ya, de sesenta años, siente el cansancio, de dieciseis años de lucha, con la perspectiva de un enemigo creciente, negado a renunciar sus propósitos, mientras la certeza de tocar los dominicanos, repartidos en grupos disidentes, un extremo fatal de impotencia para resistir un poderoso choque, es un sentimiento triste que a ratos le invade

el alma. No solamente él es quien siente el cansancio de la guerra que por momentos parece volver, con apoyo de dominicanos; los compañeros de jornada están en el mismo caso, y quisieran que todo terminara ya, pues serán los mismos combatientes que han tenido que sacrificar su patrimonio particular para defender a la patria. Volver a lo mismo es inevitable, si se repite, como no se deja de anunciar, la invasión. ¡Qué bueno fuera, pensaban todos, quedar relevado para siempre de ese tributo, donde acaso se vaya la vida, y disfrutar sin preocupaciones de la paz tanto tiempo deseada! En Santana late una honda vocación por España. Fué lo que encontró hecho en la vida de sus progenitores y recibió en herencia y educación. Nació con el cambio en favor de Francia, y de niño fué espectador de la vuelta a España con Juan Sánchez Ramírez. Su vida se hubiera deslizado hasta el fin sin inquietudes, si la colonia se prolonga indefinidamente. No había en su espíritu complejidades y aspiraciones que le hicieran concebir una nación libre e independiente, a cuyo amparo y amor satisfacer reclamos íntimos del alma. En su género de vida era libre, en la mayor proporción deseable para un tipo criollo y de campo. Si el movimiento de Núñez de Cáceres no fracasa, Santana habría palpado y aprendido entonces la necesidad de organizar el colono por sí su vida, para ser enteramente feliz. Pero desvanecido prematuramente aquel Estado libre, un colono como Pedro Santana, que odiaba ya a los haitianos, al verlos adueñarse del territorio, culpaba de ello al hombre director del movimiento emancipador. Lo tildaba de ambicioso y causante de que se perdiera el régimen español, tan arraigado en

el colono. Ahora, cuando ha vivido la vida de libertad, con la circunstancia privilegiada de tocarle puesto de preeminencia, y con derecho a influir en el curso de la nacionalidad, por él ayudada a formar, al sentirse constreñido a escoger entre poderes extraños protectores, se decide por España, y estratos del alma, tanto tiempo adormecidos, se reencienden y fermentan, poniendo a predominar sentimientos que parecen alterar la naturaleza del hombre. En el fondo de su mundo interior no se verifica tal alteración; el hombre seguirá siendo el mismo, aunque en la postura adoptada se coloca en un punto expresivo por sí de renunciamiento de todos sus méritos pasados. Se revelará, mientras gestiona el cambio de régimen, un apasionado de España, pero como dominicano. Este sentimiento no es desplazado por aquel; no puede serlo en un hombre que no es codicioso ni ambicioso vulgar de mando, ni un flojo de espíritu e impresionable por posiciones de pura representación, y que ha vivido y amado intensamente la vida dominicana. Entre uno y otro sentimientos hay la distancia de lo desvanecido, reanimado artificialmente por motivos convencionales, y lo viviente, vigoroso y natural, de honda raigambre en el sér.

***

Entregado en cuerpo y alma a la obtención del protectorado, toda la malicia del criollo entra en juego como recurso de habilidad diplomática. En medio de las gestiones que absorbían buena parte de la atención del Poder Ejecutivo, conoció Santana la fórmula más avanzada. en cuanto a sus consecuencias, llamada anexión. Le pareció ver en ella un medio más permanente de afianzar la Independencia, y la prefirió, imaginan-

do un triunfo mayor del planeado. Aparte de las actividades desplegadas en la Corte por el Ministro Plenipotenciario Felipe Alfau, con las autoridades de Cuba y Puerto Rico, especialmente con el Capitán General de la primera, se puso en acción todo un juego de halagadoras promesas y ventajas para España, semejante a la astucia de quien persigue concertar y llevar a cabo un matrimonio por puro interés. Tan preciosa ocasión de aumentar sus méritos personales, contribuyendo a la grandeza de la Monarquía, no podía ser despreciada, y el Capitán General Serrano, como glorioso mediador ante el Presidente del Consejo de Ministros O'Donnell, lo hacía de manera que halagaba el orgullo de la Corte, favorecida con la inesperada readquisición de la antigua colonia abandonada, que espontáneamente pedía sumarse a las últimas en América, prometiendo un nuevo punto de apoyo para reanimar el poderío español. Había dudas o el temor de que la oferta fuese un cuento, y vino al país un emisario español, Joaquín Gutiérrez de Ruvalcaba, y se encontró con la efectividad de la disposición oficial, representada por el Vicepresidente, en funciones de Primer Magistrado de la nación, a recibir el cambio de régimen como una determinación voluntaria. Por el entretanto había estado Santana en el Sur, debelando la insurrección de Domingo Ramírez. Tras el informe favorable de Gutiérrez de Ruvalcaba, venía como a cerrar trato el Segundo Cabo de la Isla de Cuba Antonio Peláez de Campomanes, llegado por el Cibao, donde dedicó unos días a la cacería en el valle encantador de La Vega. Salió de allí gratamente impresionado, como gran señor que acaba de visitar codiciadas

posesiones que va a adquirir. Luego se entrevistó con Santana en Los Llanos, apartado y solitario lugar, inaccesible a las habladurías de algún intruso o malintencionado. Puestos de acuerdo definitivamente sobre la anexión, un ministro dominicano fué a Cuba para fijar la forma y los puntos fundamentales de aquella.

***

Santana, que nunca había querido ser político, se da cuenta de que ahora necesita serlo. Un cambio de régimen donde se juega nada menos que la soberanía nacional, y que afectará, aunque se ignora, la vida social, no es una alteración política interna, en la cual su sola presencia de prestigioso general inclina a su favor la mayoría; se está en presencia de un cambio trascendental, para el que no tiene la certeza de ser ciegamente obedecido o apoyado por pura simpatía. Había que llevar al ánimo público el convencimiento de que el paso dado no acarreaba ningún mal ni contratiempo, sino conducía a disfrutar de lo que ahincadamente se persiguió durante años de sacrificios y heroísmo. Por eso conversa con los hombres de armas, héroes de la Independencia, y les explica las ventajas y beneficios de cuanto se va a realizar. Da de garantía, el interés personal que está desplegando, no diferente del de los días de guerra libertadora. Todos quedan convencidos, siendo en su mayoría tipos criollos, incapaces a sabiendas, de acto desdoroso alguno por el incentivo de un negocio vulgar. Y quien los conquista, Pedro Santana, ¿es un hombre ya extraviado, que en pos de un beneficio personal, engaña a los otros y se le da un pito su honra? La respuesta no se puede dar precisa y concretamente, sino después de haberle seguido al

través de las actuaciones que vayan marcando sus pasos.

*
**

Satisfecho O'Donnell del curso triunfal de los asuntos relacionados con la que fué colonia de Santo Domingo, tuvo un solo escrúpulo, por temor a complicaciones con otros países, que podían atribuirle a España propósitos expansionistas en América, cuando ya el movimiento de la Independencia en este continente le había arrancado su poderío colonial. Por eso exigió "que el acto fuese y pareciese completamente espontáneo, para dejar a salvo la responsabilidad moral de España". Santana, que de ningún modo quería fracasar en su empeño, tal como si se tratara de una batalla, se apoderó de ese requisito, y empleando todos los medios posibles, no falló por ese lado; para ello mantuvo la actitud de constante malicia de político. Ya aceptada en principio por el gobierno español la fórmula de la anexión, se dirigió Santana oficialmente, el 4 de marzo de 1861, a individuos de significación política en cada común, dándoles instrucciones sobre la manera de enterar a los empleados y a las personas notables, del resultado de sus últimas diligencias. Les anota los puntos en los cuales había hecho especial hincapié, y ellos eran:

A).—"Que se utilicen los servicios del mayor número posible de aquellos hombres que los han prestado importantes a la patria desde 1844, especialmente en el ejército, y que puedan prestarlos en lo sucesivo a S. M.

B).—Que como una de las primeras medidas mande S. M. amortizar el papel actualmente circulante en la República;

C).—Que se reconozca como válidos los actos de los gobiernos que se han sucedido en la República Dominicana desde su nacimiento".

Termina su comunicación diciendo: "Yo me regocijo y enorgullezco al ver coronada la obra de mis desvelos, al ver asegurada la libertad, los derechos, y las garantías de mis compatriotas... Por tan halagüeño porvenir felicite Ud. en mi nombre a los patriotas de esa común, y asegúreles que pueden siempre contar con el caudillo y guardián de sus libertades". Lo primeramente notorio es que, combatido por un grupo de compatriotas que le odian a muerte, y habiéndose visto perseguido y empeñado en luchas pasionales de exterminio, sustenta un punto de vista sin exclusividad, como si actuara en nombre, representación y beneficio de todos los dominicanos, poniendo en el mismo plano y dándole idéntico valor a todo lo que emanó de los hijos de una patria. Está renunciando la calidad de libertador, pero haciendo uso de ella. En la creencia de ver asegurados bajo la bandera española "la libertad, los derechos y las garantías de sus compatriotas", se repite el caso triste del indómito indio Caonabo, invitado por el español Alonso de Ojeda a lucir unas esposas como joya propia de altos personajes...

Los representantes del gobierno español no ponen objeciones a cláusulas del acuerdo, prometedoras de condiciones de derechos anheladas por los dominicanos; quieren la adquisición de la cosa, sabedores de que luego se hará lo conveniente a la Monarquía. Pedro

Santana cree a puño cerrado en la formalidad y respeto de lo convenido. Y ese que se está mirando ahora metido en cuestiones de tanta monta, no es un grado más ni un grado menos del conocido hace diecisiete años. En todos los lugares de la República hay personas que leen u oyen leer las declaraciones e instrucciones del general. Lo del cambio de bandera no sorprende, es algo simbólico no entrañablemente amado todavía. Consuela lo de la amortización del papel moneda; la consideración de que habrá muchos cuartos, pone una sonrisa y llena la cabeza de planes para el holgado vivir. Los generales y oficiales nada tienen que decir, ya que serán casi todos empleados. Por encima de todos esos aspectos está la seguridad de lo prometido, de que es prenda la presencia y palabra de Pedro Santana.

Vienen expresamente al país periodistas españoles que redactan el *Correo de Santo Domingo*, con el fin de prepararle el ambiente a la anexión. Existe en la Capital otro periódico, *La Revista Quincenal*, que quiere entablar polémica con el anterior, y ello basta para que desaparezca.

***

El día 18 de marzo de 1861 se declaró solemnemente en Santo Domingo, presidido el acto por Pedro Santana, la anexión a España. Los demás pueblos lo fueron haciendo en el curso de los siguientes días, hasta el 26 del mismo mes, en que lo realizó Puerto Plata. Bajo el cielo dominicano dejó de flotar la preciosa bandera que amaneciera enastada la vez primera en la Puerta del Conde la mañana del 28 de febrero de 1844. En nombre de la Reina Isabel II de España

actuaban ahora todas las autoridades, y los dominicanos pasaban a ser súbditos españoles.

El mismo día de proclamar Santana la reincorporación a la Monarquía, dirigió a la Reina una exposición, dándole cuenta de la determinación del pueblo dominicano. Usa un tono sumiso, impropio de su carácter. Todavía está en la situación de quien ruega para que le den el sí.

⁂

Los dominicanos en general, ¿aceptan o rechazan el cambio de nacionalidad? Por de pronto, nada impide la protesta armada, que los llamados a hacerla no quieren. Dicen estar comprometidos a sostener el régimen, y francamente no ven la razón de estorbarle en su desarrollo. No le reconocen como un mal paso o un pecado, y su predicamento es apoyarlo como cuestión de honra personal. Pasan días y no pisa el territorio un solo militar español; pero cuando ya ha transcurrido el tiempo moral suficiente para calificar de movimiento libre y espontáneo la anexión, se anuncia la llegada de militares españoles. Hay entusiasmo anticipado en la población, que ansía ver a los soldados exóticos. Su presencia se tiene por principio de bienestar. En Santo Domingo, Azua y Puerto Plata, especialmente en la primera, los habitantes fueron al desembarcadero a mostrar su incontenible alegría. que luego se desparramó por la ciudad, y continuó por varios días. Poblaciones interiores, como Santiago y La Vega, donde la ascendencia de los troncos de familia era casi toda española, miraban en el militar exótico la vuelta de parientes, años ha alejados del terruño. La novelería y estado de ánimo público de aquel momento los

hemos visto reproducirse en las aldeas, cuando llega una compañía de militares marchando a los toques de una banda de música: la cocinera acude al portal, el ama de casa y sus hijas se asoman en puertas y ventanas, la gente de tienda, oficina y botica hace una pausa en sus ocupaciones para no perder aquel momento de emoción, en que por la calle pasa un torrente de chicos y grandes, todos granujas, fascinados por el desfile de los militares...; sólo que, en aquella época, el fenómeno tenía alguna complejidad y significación necesario tener en cuenta para fines de apreciación histórica. El hecho era espontáneo, y denunciaba la despreocupación del pueblo por los serios problemas relacionados con los principios de libertad, y por los cuales hacemos tan graves cargos a los hombres que no los miraron o entendieron de acuerdo con la importancia y elevación que ahora les atribuímos. La inconsecuencia de los libertadores de la Independencia, al mirar con indiferencia el cambio de nacionalidad, no es un fenómeno aislado, o de grupo, sino una de las exteriorizaciones del todo nacional, relacionado con el grado de desarrollo alcanzado hasta entonces.

***

La verdad es que, consumado ya el hecho, Pedro Santana, el libertador por antonomasia, ha cometido una traición. La calidad del hombre, con todo, soporta un análisis del acto. Se traiciona en este orden de hechos, con la intención de lograr un fin personal de venganza, de mando o de lucro. Si faltan esos propósitos egoístas, y tras de realizar el acto se sostiene una actitud de orgullo y honor que rechaza tales aspectos mezquinos, la traición tiene el carácter de aberración

no malintencionada, o pecado cometido por ignorancia del desdoro o deshonra que acarreará. En Pedro Santana la traición se halla en este último caso, con la especialísima circunstancia de que no actúa solo, o apagando con la fuerza la voluntad social, sino coordinando con ella y canalizándola para ir a un fin, que después de palpado, se comprendió ser desdichado.

Ha habido interés en que esa no sea la verdad, para que el sentimiento llamado patriotismo, y que tanto dignifica, no aparezca ausente del corazón del pueblo en aquel momento histórico. Se ha tenido el propósito de salvar la honra del todo, condenando al individuo por órgano del cual respiró ese todo. Lo malo es que el pueblo, lavado de culpas a la distancia, se volvió a enseñar cómo había sido por un tiempo, deponiendo indirectamente en favor de quien recibió el peso de la condena. El pueblo sinceramente, como vive de sensaciones inmediatas, lo que apetece es vivir en paz, garantizado y disfrutando, si con pocas trabas, mejor, de los goces de la vida. Cuando eso se le niega, del fondo de su alma fermentan pasiones que le hacen capaz de todos los heroísmos. Es una virtud en estado potencial.

*
* *

En la reincorporación a España, bien acogida por casi la totalidad de los dominicanos, sucedió lo que asienta Manuel Rodríguez Objío, espectador y enrolado entre los que al principio aceptaron gustosos el cambio de régimen: "Pocos hombres pertenecientes al círculo superior de la nacionalidad dominicana, se declararon en abierta hostilidad contra aquel suceso; y estos fueron o tildados de ambición o ridiculizados como sofis-

tas del patriotismo". A estos pocos hay que honrarlos, flameando en su nombre la bandera por que sufrieron y lloraron; pero no podemos coordinar esa honra con la actitud del pueblo que los calificó de "sofistas del patriotismo"...

En España fué la reincorporación unánimemente bien recibida, sin distinción de matices políticos. Toda la prensa elogió el acierto del paso dado, del cual tanta gloria se esperaba para la nación.

***

El mes de mayo, el coronel retirado José Contreras, héroe de la Independencia, acaso el militar menos indicado en el Cibao para una protesta armada, por su vejez y falta de salud, promueve un asalto a la plaza de Moca, en señal de oposición a lo que todos sus compañeros aceptaban sumisos como un bien. Ese primer asomo de la patria, al parecer extinguida, recibía la sanción de ser ahogado en sangre. Santana, sólo atento a no dejar perder su obra, corrió a la región, y se encontró con que se trataba de una descabellada ocurrencia enteramente aislada y como de carácter personal, pues todo el Cibao estaba a su lado, y reprobaba aquella manifestación de inconformidad y puro desorden. Es así como juzgan el intento del noble patriota José Contreras. Hay una voz más alta y más autorizada que todas, que habla por la patria en ese momento de oscurecimiento para ella. Es Francisco del Rosario Sánchez. Más propiamente la patria es la que habla por órgano de él. Para ello ha necesitado purificarse de las mezquindades con que la política le empañó el albo manto que le vistiera la gloria. al presidir el nacimiento de la República, izando la primera bandera

dominicana que flotó radiante bajo el cielo de Quisqueya. Se le despierta la dormida conciencia de su misión providencial, y arrojando de sí todo interés pasional de bandería, se pone en marcha para redimir a la patria. Designios de lo ignoto convierten la imposibilidad del intento, imposible porque los demás hijos de la patria se niegan a servirla, faltos de ideal, en el horror de un holocausto, por donde entran Francisco del Rosario Sánchez y sus compañeros de martirio, en el reino de la inmortalidad.

Tal fué el valor que tuvo el patíbulo levantado en San Juan de la Maguana para poner fin al movimiento antianexionista iniciado por la frontera en el mes de junio.

***

Vino de Cuba el Capitán General Serrano. Le tomó juramento a Santana como Caballero Gran Cruz de la Real Orden americana de Isabel la Católica. Luego tuvo efecto la juramentación como Capitán General de la Colonia de Santo Domingo. Este cargo estuvo acompañado de una pensión vitalicia y honores. Hizo de Segundo Cabo el Brigadier Peláez de Campomanes. Las pomposas ceremonias, propias de monarquía, que tuvieron lugar en la ciudad de Santo Domingo el mes de agosto de 1861, con motivo de la toma de posesión de las nuevas altas autoridades, no adularon a Santana, como no era posible en quien no puede ya desarraigarse la naturaleza de criollo. Eran sencillamente pasos iniciales para comenzar la efectividad de cuanto se ha acordado y establecido para el gobierno de la Colonia. Con la autoridad suprema en las manos, como siempre, se sentía en condiciones de

impulsar los asuntos públicos, según la esperanza y conveniencia general. Olvida que no es más que mediador respecto de las ordenanzas y leyes dadas por el gobierno español, realidad que, al ser tocada, le proporcionará la primera desilusión.

La intolerancia inveterada de la Monarquía, la que acababa de dar ocasión al nacimiento de multitud de repúblicas, fluía hacia Santo Domingo y establecía la censura de imprenta, disolvía las logias, y prohibía la libertad de cultos. En lo militar no hubo queja de parte del nativo, porque se creó una Junta para la clasificación en reservas activas y pasivas de los que habían sido generales, jefes y oficiales en el ejército. Acompañó a la clasificación un incentivo halagador, consistente en sueldos proporcionados a la categoría. En lo civil hubo no poca amargura, porque el parasitismo burocrático acudió como enjambre, de Cuba y Puerto Rico, a repartirse los empleos. Se mandó implantar los códigos penal, de comercio y de enjuiciamiento civil españoles, y crear una Real Audiencia y Alcaldías Mayores. El papel moneda, tenido por la "gangrena social", fué recogido, aunque tardíamente, matando ello el entusiasmo que había llevado a la población la primera promesa sobre el particular. En su reemplazo circularon billetes españoles, y la moneda de cobre nombrada calderilla, en vez de oro o plata como se esperaba. Los miembros del ejército español llegados de Cuba, tenían gesto despectivo para los del país, aferrados al prejuicio racial de aquella isla. Disposiciones saludables para la Colonia, y concebidas por el Capitán General Santana, debían ser archivadas, mientras tenían curso de ejecución las emanadas de las autorida-

des superiores. Qué diferente a la República era todo esto? Peláez Campomanes actuaba como un político, atrayendo elementos a favor de España, cuando no transigían con Santana. Los que se sentían baecistas sin repudiar el régimen, buscaban al Segundo Cabo de padrino para la adquisición de un empleo.

En la vida enteramente social, las cosas estuvieron bien en un principio; camaradería en las diversiones públicas y particulares, a que tan aficionado era el español ,le mantenía unificado con el criollo; pero luego se pasó a un estado de rivalidad y de celos amorosos, por la abierta inclinación de la dominicana al tipo español, especialmente cuando lucía galones. Tocado el nativo por esa cuerda, que le es tan dulce como dolorosamente sensible, comenzó a sentir deseos de que se largaran del país esos intrusos. Contra ese manifiesto resentimiento, se desató la altivez insolente del empleado civil o militar español, que no necesitaba de mucha provocación para salir afuera.

***

Pedro Santana no soporta la condición de instrumento de persona o institución alguna. Está mirando la desviación, para él mortificante, del curso de vida planeado y convenido, y resuelve hacerse a un lado, separándose de la dirección de la cosa pública, que se le ha vuelto nominal, y restituyéndose a la vida privada, donde no hay quien pueda hacer burla de su calidad de hombre libre. Si fuera un traidor animado de la ambición de mando o de dinero, no tendría por qué mortificarse al ver al pueblo defraudado en sus esperanzas; atendería no más a serle grato al poder superior, para que siguiera manteniendo complacencia a

su persona, que no faltaba, y sin preocupación se limitaría acaso a lamentar taimadamente la suerte que las circunstancias les habían traído a los otros. Los dominicanos hemos visto más de una vez, cómo un lider político le traiciona a su grupo mediante una transacción con un poderoso caudillo, quedándose él sólo en buena posición, mientras los suyos no tienen derecho a la menor atención. Eso no es posible en Pedro Santana. Lo rechaza su calidad de hombre de honor, incapaz de trocar la responsabilidad de un compromiso o de su palabra, en un medio de alcanzar beneficio alguno exclusivo para sí. El ejercicio del poder como Capitán General, le ha resultado, por los motivos ya referidos, más desasosegado que en sus peores días de la República. Si la salud se le resentía en el pasado por tales actividades, ahora, encanecido y plena el alma de tantas contrariedades o amarguras, ¿por qué dudar, como se ha pretendido, de la efectividad de su quebranto? Que sea en tal grado que lo inhabilite para continuar en sus funciones de gobernante, no pasa de ser una malicia. En la República le bastaba un sustituto mientras tomaba vacaciones y se reponía; al presente no quiere que se le esté esperando. Necesitado de un pretexto para justificar su retirada definitiva, ya que con él se han usado sobradas atenciones, no hiriéndole el orgullo de principal personaje político dominicano, se aprovecha de un recurso a la mano. El 7 de enero de 1862, se dirigió al Ministro de la Guerra y Ultramar, solicitando de la Reina le fuese aceptada la renuncia del cargo de Capitán General. Tras de aludir al pasado, en que pidió la creación de la Vicepresidencia para descansar temporalmente del mando con fines

de salud, termina diciendo: "Es preciso que me recobre de las dolencias corporales que hoy me inutilizan.... El ejercicio continuo a caballo y la carencia de toda preocupación de mando, es el único remedio conocido para mis crecientes padecimientos...." Al serle aceptada la renuncia, en señal de aprecio y en reconocimiento de sus servicios, se le concedió "Merced de título de Castilla, con la denominación de Marqués de las Carreras, para sí y para sus sucesores". A la vez fué designado Senador del reino, con una pensión vitalicia de doce mil pesos fuertes anuales; caso de munificencia, de parte de la Reina, dice el español González Tablas, de que no hay ejemplo.... Para el mismo Santana fué aquello motivo de sorpresa, aunque de honda satisfacción. No era un cortesano, ni sabía serlo, ni tampoco era capaz de avenirse a la mediación de terceros para alcanzar honores ni beneficios de ninguna clase. En el título de nobleza miraba el reconocimiento de su verdadera calidad y méritos, conforme a su personal apreciación, corroborada por la mayoría de los conterráneos. En cuanto a la calidad oficial y dignidad a que era alzado en la Monarquía, sirve de última piedra de toque para medir su desapego a las representaciones, aunque es acusado de traidor a la República, "deslumbrado por títulos de una monarquía..." El dominicano tiene ciega afición a la jefatura, y gusta de lucir representaciones gubernativas. Desde el simple oficial del ejército hasta la más alta posición oficial, palpita un incontenible afán de ostentación, un ardiente deseo de mostrar galones y de presentar al público cuanto aparato ceremonioso graba en la vista la elevada categoría. Instantes en que se

piensa menos en sí que en el espectador, a quien se busca impresionar. Lo demás, que es el efecto de tal exterioridad decorativa, es el formar cada cual de su persona un concepto más ilusorio que verdadero; no importando en esto de representaciones, el que se trate de cosa venida de fuera, según lo enseña nuestra historia. No se sabe qué dominicano, viéndose un día incorporado a la nobleza de una monarquía, no exenta de prestigio mundial, con derecho el favorecido de pasear en triunfo el territorio nacional, se quede en su casa de campo, guardados en un viejo arcón los pergaminos sellados y firmados por los más altos personajes del reino, levantándose de su lecho como de costumbre, y tratando a la gente de la finca, a cuantos le visitan y a quienes encuentra y conoce en la población cercana, en tal forma que nadie sospecharía haber sido puesto en alta dignidad. Esto hizo Pedro Santana. Otro cualquiera se muda a la Capital con toda la familia, se instala en una casa lujosamente preparada, como que ya no recibirá sino gente de pro, pide a la Corte una victoria, también lujosa y grabados el correspondiente escudo y armas, y en algunos días de la semana o el mes hace acto de presencia en palacio o en la Fuerza, donde su llegada provoca formación militar, toques de marcha y saludos de ordenanza, todo impregnado de solemnidad. La familia del marqués no estaría ociosa en hecho de honores. La victoria la sacaría de paseo por las tardes o la llevaría a la visita de cumplido a otras familias de su rango. No le estaría mal un viaje a Cuba o a Puerto Rico, o quizás a la Corte.

⁂

Las condecoraciones a dominicanos vinieron como llovidas. Quienes la recibían se alegraban, y se sentían más leales a la Monarquía. Halagada la vanidad, consideraban que en el cambio se había ganado. Los generales y los oficiales, en especial los primeros, al aceptárseles su jerarquía y ser tratados con bastante consideración, conceptuaban inviolable el juramento hecho de defender la bandera española. Aun cuando muchos de estos perdieron la simpatía por los exóticos, y comprendieron que no había otro estado como el de la libertad,el nexo sagrado del juramento los mantuvo atados al régimen, cuando la desesperación de los compatriotas levantó la reacción revolucionaria. El respeto de un juramento era una virtud o generosa costumbre social, acordada con las calidades constitutivas del tipo del recto varón, corriente entonces en el pueblo dominicano. Esa será una de las razones de perder más tarde el pueblo la cooperación de los aptos para iniciar la jornada libertadora.

***

Fuera del mando Santana, reemplazado por Felipe Rivero y Lemoine, desde su casa de El Prado observa el desarrollo de la vida nacional, cada día más apartada de lo que él, los suyos y el pueblo esperaban. Le preocupa, sin embargo, que no se produzca alteración del orden; pero reconoce que con el sesgo llevado por la acción gubernativa, acabará por producirse una insurrección. Su papel sería el de siempre: ponerse a las órdenes de las autoridades para sofocar cualquier movimiento. Estas le consultan sobre medidas políticas, y en sus consejos, hace lo posible porque todo se lleve a efecto evitando disgusto en el pueblo, cuya fe

en mejores días descansaba en la promesa y actuación de Pedro Santana.

Las disposiciones sobre bagajes resultaron una tortura para la sociedad. De suyo pobre, sin medios de comunicación, tenía en el caballo y demás bestias de carga, el principal recurso para el intercambio de la reducida actividad comercial. Dichas disposiciones ya establecidas en toda la Monarquía, no podían faltar donde hubiese militares españoles. La paga ínfima instituída para resarcir a los dueños de bestias de carga y de carros, producía desesperación en aquellos, que salían siempre perjudicados. Recuas enteras, a veces con la carga y listas para partir, eran tomadas por soldados españoles, que se iban a su servicio, dejando la carga en el suelo. El temperamento general de los españoles fué ir tomando gradualmente posesión de todo el territorio, con intenciones nada más que políticas. Indiferentes al progreso material, no pusieron en práctica ningún programa para desarrollar en beneficio de ellos mismos las riquezas naturales del territorio. Eso contribuyó a su impotencia o fracaso en la lucha posterior a que dieron origen, y facilitó la liberación de los dominicanos. El buen trato que las autoridades tenían para la gente de armas, pensando desde luego en su utilidad, contrastaba con un descarado atropello a la población civil, sobre todo en el Cibao, procediendo como conquistadores que pueden desalojar a uno de su casa. La animosidad por parte del nativo empezó como cuestión aislada o local, y, como se originaba de la manera de ser del español con mando, se generalizó a manera de enfermedad contagiosa. Pero dicho sentimiento no rebasó de la capa

social modesta, la popular. Con ella, y dispuestos a servirla, aparecían oficiales de las Reservas; generales, ninguno. Cuando declinaba el año 62, era tema de conversación entre amigos o compadres que se topaban en la calle, el chasco sufrido con la venida de los españoles, pues mejor "se estaba antes, disponiendo uno de lo suyo, sin tener que sufrir groserías de extranjeros; daría uno cualquiera cosa por volver a esa vida, aunque haya que pelear otra vez con los haitianos". Por ese camino se iba restituyendo el sentimiento y amor de la patria, y volvían a ella los hijos capaces de libertarla. El elemento conservador, colocado en plano más alto, por sus bienes unos, y por la actividad profesional otros, en su mayoría apoyaba el estado de cosas; los que no simpatizaban tenían la prudencia de disimular lo más posible.

***

En Santiago, con ramificación hasta Guayubín y Sabaneta, hay un levantamiento contra las autoridades españolas en los primeros meses del año 1863. Individuos de prestigio social y político saben de lo fraguado, pero dejan la acción a los mismos dominicanos que se arriesgan a planearla. Cuando vieron el golpe en un tris de dominar la situación, se apresuraron los tales individuos a prestar su apoyo moral; pero fracasó el motín, los cabecillas pagaron con la vida su noble intento, y los cooperadores de bastidores, se vieron expuestos a seguir la misma suerte. Intercedió por ellos el Marqués de las Carreras, que al anuncio de insurrección, corrió a Santo Domingo, de donde pasó al Cibao con otras autoridades españolas, entre ellas el Segundo Cabo Carlos de Vargas. Hay indulto ge-

neral, y parece que la normalidad queda restablecida. Mientras tanto el impulso inicial sólo está aplazado, y la fuerza moral que le produjo sigue su curso de influjo latente, alimentado por el recrudecimiento de los procedimientos arbitrarios de las autoridades, que, al darse cuenta de hasta donde pueden llegar los nativos en el discutirle la tenida ya por presa, redoblan el extorsionar para que se les tema.

***

Santana ha estado siguiendo el curso sinuoso de esa mala política, doliéndose de aparecer para sus compatriotas como simpatizador de lo que tanto le indigna, no por amor a la política liberal con amplitud de buen trato, sino porque en su condición de guardián de la suerte de sus compatriotas bajo la autoridad extranjera, se siente dominicano, y se reconoce estar en el deber de reclamar el mejor tratamiento para los suyos. Desoído e impotente para esto último, incapaz de una rebelión, no desperdiciará un solo momento dentro de sus posibilidades, de enrostrarles a los españoles el haberse salido de los términos de lo convenido; defenderá lo que sea virtud en sus compatriotas, si el militar español bajo su mando tirarse a la denigración; tratará a aquel con más rigor que al criollo, desmandándose a medirle la espalda con el sable, si se muestra indiferente o vacilante en el ocupar su puesto en la fila; y cuando superiores jerárquicos le den órdenes, las cumplirá si las juzga acertadas, de no, las objetará y aplazará su ejecución. No les admitirá reproches ni amenazas, como no se los consentía a ningún compatriota; y finalmente les hará convencerse, sin saberlo él mismo, de que no es un marqués de ver-

dad, ni alto personaje de la Monarquía, sino un dominicano a quien colmó de honores la Reina, sin que por eso se le alterara la naturaleza y condición de dominicano. En toda la trayectoria de esa conducta, reafirmación de su pasado, no será un quisquilloso vulgar o charlatán, sino se moverá dentro de las normas que ha tenido siempre por propias de la rectitud.

***

Llegado el momento de estar en sazón el apagado o aplazado movimiento libertador, hacía falta la acción directriz de los ya consagrados hombres de armas. Pero ellos no estaban todavía con el pueblo de cuyo seno habían surgido, y hubo que buscar quienes hicieran sus veces. La unidad nacional, como organismo viviente, tiene la virtud de una fecundidad inagotable cuando coordina su espíritu con la necesidad natural de ser libre para realizar sus destinos de vida. Tocar el instante de dar principio a la lucha emancipadora, significaba necesariamente desligarse de todos los nexos políticos y pasionales que habían favorecido el advenimiento y aceptación del régimen exótico. Perdida la fe en el nuevo credo, se le niega aceptación y calidad a todo lo que le representa, estando en primer término Pedro Santana. Retirarle la confianza de que fué objeto, haciéndole culpable de todo el mal sobrevenido, se convierte en una necesidad patriótica. Es el clarín de guerra a cuyo son se irán sumando y fortaleciendo' los patriotas, en tanto que el prestigio de Pedro Santana se va desmoronando hasta que él queda desligado del pueblo que le respaldaba. La consigna es: el pueblo no quería la anexión, y sin su asentimiento y voluntad, Pedro Santana la llevó a cabo. El

acta de Independencia de la revolución libertadora, firmada en Santiago el 14 de septiembre de 1863, expresa: "Nuestra Anexión a la Corona, no fué la obra de nuestra espontánea voluntad, sino el querer fementido del general Pedro Santana y de sus secuaces..." Sin embargo, más del noventa por ciento entre los firmantes había hecho número entre eos secuaces a la hora de la reincorporación y buen tiempo después. Anota el mismo documento más adelante: "Las magnánimas intenciones de S. M. la Reina Doña Isabel II, respecto al pueblo dominicano, al atravesar el Atlántico para ser ejecutadas por sus mandatarios subalternos, se han transformado en medidas tiránicas que este pueblo no ha podido ni debido sufrir..." Ahí está la madre del cordero. Si no se hubieran trocado en actos tiránicos "las magnánimas intenciones de la Reina" ¿qué motivo habría para rechazar lo que se esperó bueno y propicio a la felicidad del pueblo? José de la Gándara y Navarro, que tan certeramente penetró la psicología social dominicana, afirma que la anexión fué obra de Pedro Santana contra el querer de los dominicanos. Pero al aludir a la revolución libertadora, la atribuye a efectos del choque de regímenes en los aspectos militar, religioso, jurídico, económico, etc. ¿Cómo atribuir la protesta armada al disgusto nacido de esta incompatibilidad, y no al régimen en sí, porque anulaba la autonomía nacional? La verdad está patente: la anexión se hizo con la voluntad del pueblo, y no se la rechazó sino tiempo después de conocidos sus efectos. Todos los españoles que combatieron a los dominicanos en la guerra de la Restauración, dijeron que la anexión fué obra exclusiva de Pedro Santana.

Miraron las cosas desde un solo punto de vista y a partir de la hora en que empezó la protesta. En España, donde tanto se había elogiado al gobierno por su triunfo con motivo de la anexión, sabido lo de la guerra, bastante dispendiosa por cierto y oida la voz clamorosa de los dominicanos, que hablaban sin odio contra la Monarquía y pedían justicia, se desató una ardorosa campaña en favor de Santo Domingo, víctima de la traición de sus políticos, puestos de acuerdo con el gobierno español.

⁂

En Santiago de los Caballeros las fuerzas españolas, acompañadas de generales y oficiales de las Reservas, más unas doscientas familias dominicanas, están sitiadas en el recinto de la fortaleza San Luis. Es el único punto del valle del Cibao donde permanecen españoles. De Puerto Plata, por la vía marítima, han llegado informes a la Capital acerca de la grave situación, y solicitud de refuerzo en la cantidad más poderosa posible. Santana en esa ciudad está en los preparativos de las fuertes columnas con que saldrá para el Cibao. El día 15 de septiembre sale a campaña con militares españoles y dominicanos. Ignora la retirada de los sitiados en Santiago, que resultó un desastre. Desde que se vió fuera de los muros de Santo Domingo, a caballo y respirando el aire selvático, le revivió la crudeza criolla, que se le amortiguaba entre los formulismos oficiales de la población. Comenzaron a invadirle el espíritu consideraciones en torno a la falacia con que los españoles habían hecho burla de sus promesas y obligaciones. Todo lo que de malo pensaba acerca de esa gente bien merecedora de ser arrojada

del territorio a tiros y a filo de machete, se lo morigeraba el recuerdo de la soberana Isabel II, tan digna de la lealtad y el amor de sus súbditos. En Monte Plata hace alto, y establece el cuartel general en el punto nombrado Guanuma. Puede seguir al Cibao; ninguna fuerza dominicana se lo podría impedir; pero allí, fuera de Puerto Plata, no hay asidero posible sino en el descampado. De todo lo ocurrido en Santiago se acaba de enterar, sintiendo satisfacción íntima, ajena a su deber oficial, de que los dominicanos hayan dado una severa lección a los insolentes exóticos, creídos superiores en valor a los nativos. En cuanto a él, hay algo que no muere o decae, y es el general. Donde opera no admite superioridad, ni de los compañeros ni de los contrarios. No tarda en dar razón de la presencia de su bien conocida calidad, disponiendo ataques a puntos donde ya los dominicanos asoman o se acantonan desafiadores. Todo el heroico tesón de los patriotas queda hecho pedazos al impulso arrollador de las columnas destacadas o dirigidas por el general Santana en un recorrido hecho por aquellos campos. Vuelto a acantonarse en Guanuma, hace del punto un definitivo centro de operaciones. Por dondequiera muestran su presencia las partidas de los patriotas, acrecidas de la noche a la mañana. El Capitán General ordena que todas las fuerzas en el Sur, y también las comandadas por el general Santana se replieguen a la Capital, dejando así los lugares ocupados a merced de los insurrectos. Promovió Santana una junta de generales, expuso su parecer sobre la descabellada orden recibida y las fatales consecuencias que produciría su cumplimiento, y todos aprobaron la determinación de permanecer

allí conteniendo al enemigo. Vista su actitud, se le reiteró la orden, a lo que respondió continuando en sus trece. Tanta torpeza, a su manera de juzgar la situación, le alejaba de quienes merecían su obediencia, y le ponía el espíritu pleno de amargura, como resultado último de la serie de contrariedades ocasionadas por la malhadada reincorporación a la Monarquía.

Todo espíritu que se colma de cosas buenas o malas, se inclina a descargarse en alguna de las formas adecuadas al caso y las circunstancias que le rodean. Santana, como hombre nada temeroso de la responsabilidad de sus actos, nunca falto de probidad, necesitó decir al superior gobierno español toda la verdad de la hora, que tanto le atormentaba. En fecha 11 de octubre de 1863, desde el cuartel general de Guanuma, dirigió una carta al Ministro de Ultramar, que es una ratificación valiente y honorable de todas sus declaraciones pasadas en tono a sus apreciaciones y aspiraciones respecto a la anexión. No quiere que se "desfiguren" los hechos al ser comunicados al gobierno español. Reconoce que sobre él "pesa una inmensa responsabilidad", puesto que "las complicaciones que afectan en ese momento a la parte española de Santo Domingo envuelven el nombre de él, por haber sido el que asomó y llevó a cabo el pensamiento de reincorporación; y cuando su nombre se halla comprometido, lo está también su honra ante España y ante los Dominicanos". Recuerda la fecha en que los dominicanos se "despojaron espontáneamente de su autonomía", y cómo "después de ese fausto acontecimiento, los dominicanos, con justicia, se prometían un sosegado porvenir, presentando al mundo el espectáculo de un pueblo, que

si hacía abnegación de su independencia, era porque tenía la seguridad de que se echaba en brazos de una nación generosa, que compadecería sus miserias, que conservaría incólumes sus derechos, y toleraría sus sanas costumbres". Alude a su período de Capitán General, en que "entró a ejercer el mando con la patriótica intención de realizar las esperanzas de su pueblo, de hacerlo feliz a la sombra del pabellón español." Dice que su plan se basaba en que, "el país al efectuar su reincorporación a España, a parte de las conveniencias de alta política, no deseaba otra cosa que proporcionarse una vida sosegada, conservando las libertades que a costa de su sangre había conquistado, y prosperar con el trabajo para ser útil a la nación que lo amparaba". Atribuye los alzamientos del Cibao, el Sur y el Este, a "impremeditadas disposiciones locales, que han resentido nuestras costumbres y venerandas tradiciones; a la tirantez con que se ha promovido un régimen de contribuciones aflictivas; a los embarazos que se han creado en la Administración de Justicia; y sobre todo a la intolerancia con que el Excmo. e Ilustrísimo Sor. Arzobispo ha pretendido tratar a este pueblo". Recuerda el levantamiento del mes de febrero, denunciando que si entonces se gobernaba mal, "peor se ha seguido administrando la cosa pública", y que "a ellos se agregan las vejaciones, los abusos de autoridad, los atropellamientos cometidos por el Sor. Brigadier Don Manuel Buceta, que con el carácter de Comandante General de las Provincias del Cibao, no ha sido otra cosa para aquellas ricas y laboriosas comarcas, que un tirano con toda la extensión de la palabra". Defiende al pueblo, de la rebelión a que se

ha lanzado, alegando que, "acostumbrado a un trato liberal, y manejado hoy como país conquistado, era de esperarse que hiciese lo que hacen todos los pueblos celosos por sus libertades." Frente al curso amenazante de la rebelión, y para contener la cual no han sido suficientes "las fuerzas que había en el país y las venidas de Cuba y Puerto Rico", le dice al Ministro, que "en tan grave situación no le cuadra ser indiferente; que sabe cuales son sus deberes como Gral., y cuales sus derechos como Español. Como Gral. combatirá la insurrección, aunque para ello tenga que comprimir hondos escrúpulos de conciencia. Como español, denuncia a los causantes de esos infaustos sucesos..." Termina, expresando sus "esperanzas de que, aunque perezca en la lucha, la Reina (Q. D. G.), y de cuya Soberana Munificencia está íntimamente agradecido, hará justicia al pueblo dominicano, salvándole del conflicto en que desgraciadamente se ha envuelto..."

De manera concreta se puede responder ahora a la ya formulada pregunta de si obraba, al perseguir la anexión, con fines netamente personales, que sinceramente le movió un interés general de lograr para el pueblo una condición favorable a su felicidad.

El pueblo no sabe de esta carta, y quien la escribe ya está proscrito de su corazón. Ello le importa poco a Santana, hombre que sólo paga obligado vasallaje a lo que interpreta ser su deber. Sus palabras retratan la verdad de un leal sentimiento, y más respira por ellas el dominicano perenne que el ocasional español.

⁂

Aligerado bastante de preocupaciones, después de la carta es notoria la frecuencia con que les da suelta a ciertos "escrúpulos de conciencia", necesitados de compresión, como ha dicho él mismo. Afectada la moral de los militares dominicanos, compañeros de los españoles, mirando a los hermanos batirse denodadamente en el otro bando, se daban con la mayor facilidad a la deserción; amanecían sus armas en el campamento unas veces, y otras se las llevaban consigo. Atribuíasele al general Pedro Valverde y Lara, arrestado en Guanuma, intervención en tales defecciones. Santana le tenía afecto, más que como general de la Independencia, por haberle acompañado en el destierro el año 1857. En la República no se hubiera atrevido Valverde y Lara a sonsacar un cocinero siquiera, moviéndose bajo la autoridad de Pedro Santana. Este no incitaba a la deserción, como creyeron algunos españoles; no era hombre capaz de descender a tal extremo de indisciplina; pero en cada escapado miraba con honda satisfacción a un dominicano más que iba a conquistar su libertad y a castigar al opresor. Cualquiera preguntaría ¿y él no podía hacer lo mismo? No, no podía, por ser como era: un hombre que no se arrepiente de cumplir el deber que voluntariamente se ha creado, aunque le estén atormentado los más terribles escrúpulos de conciencia. En los partes de las acciones hacía especial mención del excelente comportamiento de los elementos de las Reservas. Racionaba a los dominicanos, su gente, con una "clase de pan particular", confeccionado en una panadería de la Capital, por encargo suyo. A los españoles se les daban las galletas corrientes, hechas pedazos o como estuvie-

sen. Se interesaba por que los nativos llegados al cuartel a vender caballos, res vacuna o víveres, cobrasen buen precio por su material de negocio. Gustaba de que a los prisioneros se les diesen armas y alguna gratificación, para que sentaran plaza en las tropas españolas. El beneficiado sabía después a que atenerse. En la sabana de Santa Cruz fueron derrotados los patriotas. Según los españoles, la derrota fué vergonzosa. Al presentarle el Jefe del Estado Mayor a Santana el parte de la pelea, en el cual se empleaba la expresión: "derrota vergonzosa", exclamó: "Quite eso, que los dominicanos nunca corren vergonzosamente. Eso es bueno para los españoles; y si no ahí está lo de Santiago". Con todo, el general no descuida su deber de jefe de operaciones, de manera que los patriotas en torno a Guanuma, abarcando una amplia extensión, eran mantenidos a raya. Cuando se acercaban, provocadores, desafiando con cantones, salía él mismo en dilatados reconocimientos, de los que resultaban crudas acciones, sin lograr una sola vez los patriotas la superioridad de dominar el campo.

***

El reemplazo de Felipe Rivero por Carlos de Vargas, amigo de Santana desde que le sirviera de padrino en la ceremonia de recibir la condecoración de Caballero Gran Cruz de la real orden americana de Isabel la Católica, pareció una oportunidad de influir el último en todas las medidas políticas y planes de guerra dispuestos por la Capitanía General.

Vargas salió de Santo Domingo, acompañado de dos ayudantes y dos concejales; remontó el río Ozama en un vaporcito y llegó a la Barca de Santa Cruz, don-

de le esperaba el general Santana, ido de Guanuma con una pequeña escolta. Se abrazaron y se trataron con la mayor cordialidad; conferenciaron secretamente, y celebraron tan feliz entrevista con un almuerzo. Acordaron un nuevo plan de campaña. Como ya era tarde para detener el curso creciente de la acción de los patriotas, nada se obtuvo en el empeño de restablecer el orden. Por otra parte Vargas, que como autoridad suprema y general, aspiraba a que todo se hiciese bajo su entero control, rechazando lo tenido por inconveniente, se encontró con la imposibilidad de una entera subordinación de Santana. Este, a fines de año, que era el 1963, enfermó en Guanuma, y hubo de ser llevado a Santo Domingo para que un médico le asistiese. Le sustituyó en el cuartel general Antonio Abad Alfau.

El Gobierno Provisional de Santiago, estando ya en posesión de la mayor parte del territorio, sublevado el resto, y con bastantes fuerzas para la guerra, el día veinticinco de diciembre dió un decreto declarando al general Pedro Santana fuera de la ley, y sujeto a la sanción de ser pasado por las armas por todo jefe de tropa que le apresara.

⁂

No curado enteramente de sus quebrantos, para el día 15 de enero de 1864 volvía a entrar en campaña. Esta vez camino del Seybo, donde la insurrección se había regado, amenazándolo todo, inclusive sus propiedades en El Prado. La más honda y primitiva aspiración de su alma de hombre criollo, vinculado a la tierra de que arrancó los medios de una vida libre y sosegada, cuya conservación había constituído el mayor incentivo de sus actividades en la vida pública en

el transcurso de veinte años, se le volvía un horrible tormento al asomar la macabra realidad que la desvanecía, por una de esas irónicas mutaciones hechas por el misterio de lo creado en las cosas de los hombres. Sabido en los cantones revolucionarios la marcha del general Santana, hubo aprestos para atajarle el paso, y desbaratarle si posible. En Rincón de Pulgarín, donde el heroico Santiago Mota se hizo fuerte, se libró una sangrienta pelea. Pedro Santana, tajante, se abrió camino entre el fuego cerrado de los patriotas, y sobre el campo del honor, el cadáver de Santiago Mota simbolizó la gloria de un tributo a la patria acongojada... En la provincia del Seybo, las cosas estaban peor de lo que pensaba Santana, nombrado Comandante General de la comarca. Su dinamismo, que le hacía volverse un rayo para la guerra, momentáneamente calmó la avalancha revolucionaria; mas comprendía que el fuego de la sedición sólo era apagable con una poderosísima fuerza desplegada por todo el territorio. El gobierno, odiado por el pueblo ya, resultaba impotente para tamaña manifestación de poderío. En torno a este respecto giraban las observaciones que por escrito hacía Santana a Vargas.

*
* *

Inesperadamente reemplazó a éste el 31 de marzo José de la Gándara y Navarro. No bien llegó a la Capital, llamó al general Pedro Santana, con quien celebró una entrevista. Le conocía muy bien desde el mes de octubre del pasado año, estando en campaña por San Cristóbal. Quería curarse en salud, poniéndole trabas a los habituales gestos de rebeldía del Marqués. Hízole advertencias sobre la sujeción disciplinaria a

que todos los subordinados estarían sometidos, pidiéndole ser su principal cooperador en ello. Santana guardó sus reservas, mirando en esto un principio de desconsideración. Su conducta en asuntos de la guerra fijaría su respuesta definitiva. Otra vez en el Seybo. La Gándara, que preparó el terreno para deshacerse sin disputas de la intervención de Santana en sus planes de campaña, le ofició que el brigadier Baldomero de la Calleja había sido nombrado su segundo en la Comandancia General, con derecho a sustituirle en su ausencia. Santana desde Hato Mayor le contesta, exponiéndole claramente la injusticia que tal nombramiento representaba, existiendo en la región tres generales de igual categoría, mayor pericia que el designado, más una hoja de servicios, que los hacía preferentemente merecedores del puesto referido. Ellos eran: Juan Rosa Herrera, Eugenio Miches y Antonio Sosa. Seguían otras consideraciones propias del tan conocido espíritu del hombre, las cuales producían indignación en el Capitán General La Gándara, que le contestaba rechazándolas y ordenándole, previa entrega del mando a La Calleja, pasar a Santo Domingo a responder de cargos que sobre él pesaban. En fecha 23 del mismo mes, que era mayo, le responde en una carta Pedro Santana. Es el último documento de su vida pública, y en el que corona y reafirma todas las manifestaciones características de su espíritu de hombre libre, aquellas que le ponen el sello inconfundible de dominicano hijo de una época con su moral y la modalidad por ella engendrada. El día 5 de junio depone el mando, y llega a Santo Domingo el 8. Estaba ausente de la ciudad el Capitán General, a quien deseaba ratificarle

de viva voz los términos de su carta. Visitó en palacio al interino, el general José del Villar, y le habló en el tono con que en su concepto debían ser tratadas las autoridades españolas. Dice del Villar que la salud de Santana estaba visiblemente "decaída y que se ocupaba mucho de ella", y le parece haber "comprendido que su cabeza no estaba bien impresionada por los anónimos recibidos de los enemigos del extranjero". Es una conjetura pueril, inadaptable al espíritu de probada firmeza en veinte años de lucha, sobrepuesto a los obstáculos y mortificaciones que le salieron al encuentro. La salud desmejorada no era un fenómeno nuevo; se había visto en días de más relativo sosiego y mucho menos preocupaciones, y el ocuparse de ella entraba como una de las maneras de las sanas costumbres de su vida privada. En los últimos cuatro años se le emblanquecieron la cabeza y las patillas; el cuerpo, en pleno estado de madurez, venido a menos del vigor pasado, pero el espíritu no sufría la menor alteración por decaimiento o flojedad. Su cualidad máxima de general, se había mantenido triunfante o incontrastable, no alcanzando a igualarse siquiera en la estrategia adaptable al escenario los militares de escuela pertenecientes al ejército español. Todos sus planes de operaciones descartados, y los cuales había comunicado a la Capitanía General por escrito, los sucesos se encargaron de enseñar que eran acertados. Quiere verse pronto ante el tribunal que le juzgará por sus actos de insubordinación o falta de respeto a superiores jerárquicos. Tiene plena confianza en sí, es decir, en su lealtad, en su buena fe, y en haber cumplido fielmente el deber que le dictara su honor y condición

de primer responsable del régimen con que se prometían él y sus demás compatriotas alcanzar una condición de existencia mejor que la tenida por precaria bajo el manto de una patria libre. A la hora de deponer el hombre que nunca ha flaqueado en la sustentación de la verdad, va a decirla una vez más, no importa si la postrera, ante quienes necesitan oírla de su boca: los jueces que le condenarán o absolverán. Pero en la mañana del día catorce tuvo un "fuerte ataque de calentura, que a las tres de la tarde le arrebató la vida". La Gaceta de Santo Domingo, de fecha junio 16 de 1864, informa del fallecimiento del Excelentísimo Señor Teniente General Don Pedro Santana, Marqués de las Carreras, Senador del Reino, condecorado con las grandes cruces de Carlos II e Isabel la Católica. Agrega: "La inhumación de su caráver tuvo lugar ayer tarde, en la plaza del Cuartel de la Fuerza, con todos los honores de ordenanza, habiendo asistido un lujoso acompañamiento en el que figuraban el Excelentísimo Señor General Segundo en Jefe del Ejército, encargado de la Capitanía General, la Excelentísima Real Audiencia, el General Don Felipe Alfau, el Sor. Brigadier Segundo Cabo, el Ilustre Ayuntamiento, los Jefes y oficiales de los cuerpos de guarnición, y todas las corporaciones civiles y militares, y personas respetables de esta capital". Al notable fenecido se le tributaron los honores de Capitán General. El enterramiento se hizo en la Fuerza a instancia de la familia, temerosa de una "profanación sacrílega".

LA VENGANZA

Desde que baja a la huesa Pedro Santana, los hilos de odios, despechos y resentimientos devanados

inevitablemente en veinte años de preponderancia política al través de rivalidades vencidas, que acabaron por reconocerse impotentes para anular al personaje, se ataron y entretejieron, formando una vasta red de conspiración contra la memoria del caído. Bajo ese manto ha medrado el sentimiento de la venganza, que, por no proponerse una justa sanción, con mira de enseñanza cívica, conforme a pautas de principios de libertad vividos en vez de predicados, ha tenido que alimentarse de falsedad, desnaturalizando intencionalmente el verdadero sentido de los hechos. Los mismos son narrados parcialmente, sustrayendo todo lo que pueda dar la clave del fondo moral de la sociedad, de donde surgió la razón primaria del suceso. El sentimiento general de la época, se pone en contraste con el del hombre, como si actuando sin vinculación con la realidad, le fuese posible a un individuo arraigar en ella y crear un estado colectivo que caprichosamente quisiera imponer. La venganza convertida así en sistema, tiene sus campeones, que disfrutan del privilegio, hasta el primer tercio de este siglo, de ser los que escriben de historia, no la historia, despachándose a sus anchas, sin descuidar un solo momento el no dejar resquicio en el tupido velo que debe cubrir todo lo que de Santana le pueda presentar como él era de verdad y cómo fueron las cosas. Debajo de esa capa, favorecida por la opinión pública, que como sugestionable la conquistan fácilmente personas de cierta calidad social, ha estado palpitando una corriente de simpatía hacia Santana, débil por el número de quienes la alimentan, pero no por la calidad. Los primeros de ese grupo fueron actores unos, y espectadores otros en

el escenario de la Primera República. Todos expresaron hasta el fín de sus días, defendiéndole sinceramente en conversaciones privadas, su criterio sobre lo que fué Pedro Santana y la sociedad de su época. Esto siguió viviendo tradicionalmente, pero con temor de enseñarse en la prensa o en el libro, para no merecer los autores el vilipendio de sus compatriotas. Sin embargo, estos no son un dechado de civismo viviente y palpitante, como acaso sería conveniente para despreciar lícitamente a los hombres de aquel pasado. Hacen cosas para vivir de que se desdeñaron sus antepasados, por respetuosos del honor en la vida pública y privada. Lo falso tiene el inconveniente de no poder perdurar indefinidamente. Tiene a su lado, aunque no lo quiera o sepa, la verdad, que puede ser postergada u oscurecida largo tiempo; pero algún día o en algún instante empieza a mostrarse y a reclamar sus fueros naturales, y ya no hay poder humano que la pueda extinguir. En materia de historia, nada ayuda tanto para las posturas falsas o equivocadas como el colorido vistoso e impresionante de lo sentimental, que se presta para sólo dejar ver de la realidad lo que se desea o conviene a determinado interés. Cuando esa manera ha ganado terreno, no le cede así comoquiera, pero en saliéndole al encuentro el positivismo, que como forma científica tiene asiento también en la historia, no hay posibilidad de que sus hueras edificaciones continúen en pie. Se produce un desmoronamiento y a la vez una reedificación sobre base firme de verdad.

Sólo la mala fe pudo contraponer un suicidio, por medio de veneno, a la muerte natural de Pedro Santa-

na. Al hombre que había hecho un motivo de orgullo el mantener la responsabilidad de sus actos, ¿por qué atribuirle esa determinación en instantes de su mayor altivez? Para quienes soñaron verle humillado bajo una condena de jueces españoles, que el mismo Santana se anticipó en desdeñar, si ocurría retirarse del escenario de la vida a esa hora por la voluntad divina, era desconcertante. El doctor Pedro Delgado, médico de cabecera, asistió al enfermo y certificó la defunción. Los restos mortales inhumados en la Fuerza, en el correr del tiempo estuvieron sujetos a vicisitudes, yendo a parar, antes de que finalmente reposaran en la iglesia del Seybo, dizque "a una covacha del templo de Regina Angelorum" en Santo Domingo. En ello se vió el resultado de "inexcrutables designios de la Providencia". De suerte que la materia inerte donde alojó un alma, y que es igual al polvo de la tierra, tiene sus premios y castigos en relación con lo malo o bueno para que sirvió en la vida.

En cualquier cementerio se ven mausoleos donde reposan los restos mortales de personas que fueron pudientes y vivieron su vida de puro egoísmo, no sacrificándose por nadie ni por nada que los apartara de la conservación y acrecentamiento de sus bienes. Vicente Celestino Duarte, caso entre mil, hizo una vida cabalmente prócer, y se ignora el lugar de su fenecimiento y de su tumba...

El argumento Aquiles de los que califican a Santana de tirano o dictador, estriba en las ejecuciones que durante su mando se efectuaron a causa de conspiraciones revolucionarias. Aprovechan una de las fechas de fusilamientos para recordar el hecho confirmatorio

de la clase de gobernante que era, pero se tiene el cuidado de atribuirlo a una determinación suya, como hacen los tiranos o dictadores de verdad. Dice una efemérides: "Por orden del General Pedro Santana, constituído en Dictador de la República, es fusilado en la Provincia del Seybo, el General Antonio Duvergé, gran patriota, etc.". La verdad es que: "Una Comisión Militar reunida en el Seybo, condena a la pena capital al General Antonio Duvergé, y a otros individuos, acusados de preparar un plan revolucionario para deponer al Presidente Santana y erigir en el Poder al General Buenaventura Báez. Esta Comisión Militar estuvo integrada así: Presidente: General Juan Rosa Herrera; vocales: Coronel Eugenio Miches, Comandante Rafael Pérez, oficiales Antonio de Castro, Deogracia Linares, Valentín Mejía y José Escolástico; Fiscal, el Teniente Pedro Bernal, y Secretario Don Juan Bautista Morel". Santana no realizó fusilamiento alguno sin que mediara una sentencia condenatoria. No desapareció por mano desconocida o clandestinamente ninguna persona conforme a órdenes que él diera.

EL HOMBRE

Era de complexión fornida, alto de estatura, ancho de espaldas y medio cargado de hombros. Rostro no mal parecido; el color trigueño, de acentuada palidez. El pelo lacio; con patillas, pero sin bigote, como señal de la sangre de indio que con la de blanco corría por sus venas. La mirada lánguida y de concentración penetrante. Adivinaba en la vista de quien se le presentara la intención buena o mala que pudiese abrigar. De pocas palabras y taciturno, como quien constante-

mente rumia ideas; por lo mismo, con una gran dosis de discreción, y dueño de poderosa reserva de energías. Un incidente que le afectara el ánimo le ponía locuaz. Inteligencia sin complicaciones, con un entendimiento claro, que sabe ver el sentido práctico de las cosas. Posee la astucia del hombre de la tierra, pero no es pícaro. El apego al trabajo desde la tierna adolescencia le mantuvo en el sendero de la virtud, logrando convertir en actos habituales de su vida todas las formas de corrección que la sana moral aconseja. En él se cumplía cabalmente el precepto nada fácil de no hacer en privado lo que avergonzaría públicamente. Respondiendo una vez a cargos de pura calumnia, dijo: "Jamás, ni en mi juventud, he puesto los ojos en mujer ajena, ni he engañado a nadie: porque Pedro Santana no podría exponerse a tener que avergonzarse o esconderse ante otro hombre". Reconoce que el respeto de sí, tiene su punto de apoyo en el respeto a los demás, pero no atendiendo a convencionalismo o conveniencias, sino basándose en prendas. A falta de calidades o credenciales, no hay derecho a mantener la dignidad personal en alto. La principal condición en un hombre para él, es la seriedad; por eso, él es el primero en presentarse como modelo de tal tipo. En ello estuvo la clave de su inicial apuntamiento para la vida pública, a la que se le arrastraba acreditado por las prendas que en lo particular lo distinguían. Es oportuno expresar cómo es en la época un hombre serio. Dice la verdad en todo momento; no hay pues que recelar de su palabra o ponerla en tela de duda; es puntual en el cumplimiento de ella, y, como natural consecuencia. es persona en quien se tiene confianza para todo acto

que en el intercambio de la vida exige formalidad. Incapaz de apropiarse lo que no es de su pertenencia, se le pueden entregar valores en calidad de depósito, sin la mediación de testigo ni papel escrito; tiene por una honra devolver la cosa tal como la recibió; entiende que es preferible la muerte a apropiarse de lo ajeno en cualquiera forma que sea. Del acto que realiza responde él, y no busca compañeros con quienes compartir el peso de la sanción que pueda resultar. Lo que la sociedad mira con respeto, es algo suyo, que defiende a toda costa. Mantener libre de mancha la vergüenza es su mayor preocupación; y en la lucha que es la vida, hace uso de aquella como de un escudo sobre el cual deben rebotar los golpes de la vileza y la mala fe. El amasijo de todo eso, alimentado por un espíritu fuerte como el de Pedro Santana, es una especie de bola, de partes vigorosamente estructuradas y coordinadas entre sí, que, puesta a rodar en el escenario de la vida, choca aquí, más adelante presiona, luego se desliza, venciendo las resistencias; más allá se mueve en marcha descendente, como en actitud de inconsecuencia, pero se sobrepone a sí y a las corrientes adversas, y se restituye al estado primitivo en que la fuerza impulsora readquiere su virtud para actuar. Lo notable en esa suma de energías que ha estado en movimiento, triunfando de cuantos obstáculos le estorbaron el proceso de su desarrollo, es que no abdicó de su potencialidad para seguir la sugestión de impulsos ajenos. No fué conducida, sino que ella caminó por sí, con sus propios recursos, no siempre buenos. Cuando recibió el impacto de un choque desconcertante, y no se redujo a la impotencia del que no puede más, no hizo otra

cosa que reafirmar sus calidades personales. Probaba no deberles a otros sus triunfos o fracasos. Es en ese sentido que, contándose en ello instantes de inconsecuencias componentes de lo humano, obliga a reconocer en el decurso de su vida, que es un hombre. Aun cuando falla actuando contra los principios, y da la impresión de haber renunciado al alto objetivo de la vida social de que fuera campeón, en cada nuevo paso sigue asomándose erguido el hombre. Como tal, no es moneda corriente en nuestro pais, y en ello tuvo su fundamento la preeminencia que le aceptaron como merecida, compatriotas de calidad superior a la suya en otros aspectos. El fondo moral de su alma era lo que verdaderamente le daba esa autoridad. El hombre serio que era en la aldea, al pasar al áspero roce de la vida, ya estaba definitivamente formado, sin el menor grado de plasticidad para adaptarse a nuevo ambiente y postura. Había entrado en la edad viril. Por eso no hubo solución de continuidad en ese aspecto íntimo de su vida. Lo mismo fué el hatero en el campo y en la aldea, a caballo o bajo el techo de un bohío, que el Presidente, el Capitán General o el Marqués, en las calles de la ciudad, dentro de un coche o en palacio. Su preferencia en este escenario fué por los hombres dignos de aprecio. El escritor Aljandro Angulo Guridi, espectador de los sucesos de la Primera República, admirador de Santana hasta ya consumada la Anexión, la cual, surtidos sus primeros malos efectos, combatió en la prensa extranjera y en un folleto, veinte años después, lejos de la patria, escribió, y ello se consigna aquí porque se trata de un espíritu libre y de los más ilustrados de aquella etapa de la nacionalidad:

"Santana tuvo arranques de tirano y déspota, pero su memoria tiene derecho a que se le reconozca que siempre fué honrado, que no se interesó, ni en lo mínimo, de las rentas nacionales, y que apreció y distinguió, pública y privadamente, a los hombres de bien".

La entidad hombre en Pedro Santana, fué alimentada en su verticalidad por el orgullo, la firmeza y la rectitud, impregnados de sinceridad.

ORGULLO

El concepto formado de sí en cuanto a la calidad personal, constituyó un sentimiento que tuvo poderosa influencia en los actos de Pedro Santana. No es indiferente a la opinión que sugerirá su proceder, pero no como el vanidoso, sino como quien se mortificará si fundadamente hubo motivos para censurarle. Por eso, cuando la acusación parte de una falsedad, no teme lo que se dice. Vive, pues, de manera de tener razón y de poder hablar y sustentar la palabra con la frente erguida. Puede suceder alguna vez, que su apreciación o manera de juzgar el hecho no le favorezca, mirado de afuera por un tercero, pero el tesón que ponga para sacar a salvo su honra, no será nunca una picardía o malicia, sino convicción sincera, que por orgullo debe mantener en alto. La dignidad personal, tejida y esforzada con las acciones correctas, él la considera como una cosa apartada de sí, por cuyo respeto debe velar dondequiera y comoquiera. En la vida privada advierte lo que "Pedro Santana no puede admitir..." En la pública, habla por el "General Pedro Santana..." Por ese orgullo no reconocerá calidades en otra persona para parangonarse con él en la acción liberta-

dora de la Independencia. Se vió que no estaba fuera de razón. Pasado de esa preeminencia, a la cual estaba aparejada la de jefe supremo del ejército, a la de Presidente de la República, no sale tan airoso como quisiera. Cede el puesto a otros, mas queda atento a que confirmen la aceptación de su superior calidad ya probada. Ello dió origen a rompimientos. Cuando se ve caído, dominado por inesperadas corrientes adversas, no se abate, el orgullo no se lo permite. Vuelto a colocarse en puesto de preeminencia, se hizo de actualidad el problema del protectorado. El incentivo del orgullo le compromete todas sus energías, y sale triunfante en la empresa que luego será el tormento de sus postreros días. Mas en medio de ese tormento, el orgullo no se le extingue, más bien se le enardece y se convierte en la llama donde se le quema el espíritu. La última carta a La Gándara, retrata la condición de alma de quien rechaza una vez más, después de muchas las reconvenciones que a su entender le colocan en plano de inferioridad y humillación respecto al español como a cualquier hombre. Al expresarle La Gándara como autoridad superior, que sus reflexiones le habían causado extrañeza, responde, que la "extrañeza debe ser para él, al ver tan mal interpretados sus sentimientos..." Dice el español que "no le es posible hacerse cargo de su comunicación", y Santana le contesta "que le es muy sensible tener que hacerse cargo de la suya". A la advertencia de aquel, de que tal "conducta merece ser sometida a los tribunales y que no tolerará la repetición de ciertos hechos...", corresponde éste "rogándole que en lo sucesivo no emplee con él ese sistema, pues tiene demasiada dignidad para

aceptarlo. Al General Santana no se le amenaza, se le juzga". Tocado ese punto extremo, arrojadas de sí las representaciones oficiales, venía a quedar reducido, por el mismo efecto del orgullo, a su condición permanente de hombre, pero hombre libre.

FIRMEZA

Improvisado como general para darle a una masa informe la unidad de fuerza encauzada a un fin nada fácil de alcanzar, le valió la inflexibilidad de espíritu que la disciplina natural le había vigorizado en el curso de su vida y labores particulares. El mantener el espíritu en estado de tensión, como cuerda estirada que resiste un peso, es una condición normal para él cuando está comprometido en el logro de un propósito. No hay atracciones fuera de su camino, poderosas para distraerle energías. De manera que, en donde está empeñado su esfuerzo, se da por entero. Cuando inicia una tarea, no desiste de ella ni se devuelve por temor a amenazas o a obstáculos, porque nunca se lanza al azar, sino que previamente planea, calcula y mide y pesa circunstancias. Puede fallar en la apreciación del resultado, pero ello queda más allá de su acción, que es perseverante. Sobre la virtud de la firmeza se asienta el carácter, fuerza de poderoso influjo en el desenvolvimiento de cualquier oganismo social. Es tal su efectividad en esa función, que los tipos que en una sociedad lo representan, tienen el natural privilegio de ocupar el primer plano como dirigentes. Hay entre ellos una mutua atracción, por afinidad de fuerzas que aunadas determinan efectos de leyes sociales. Agrupados espontáneamente, nunca falta uno cuyas

dora de la Independencia. Se vió que no estaba fuera de razón. Pasado de esa preeminencia, a la cual estaba aparejada la de jefe supremo del ejército, a la de Presidente de la República, no sale tan airoso como quisiera. Cede el puesto a otros, mas queda atento a que confirmen la aceptación de su superior calidad ya probada. Ello dió origen a rompimientos. Cuando se ve caído, dominado por inesperadas corrientes adversas, no se abate, el orgullo no se lo permite. Vuelto a colocarse en puesto de preeminencia, se hizo de actualidad el problema del protectorado. El incentivo del orgullo le compromete todas sus energías, y sale triunfante en la empresa que luego será el tormento de sus postreros días. Mas en medio de ese tormento, el orgullo no se le extingue, más bien se le enardece y se convierte en la llama donde se le quema el espíritu. La última carta a La Gándara, retrata la condición de alma de quien rechaza una vez más, después de muchas las reconvenciones que a su entender le colocan en plano de inferioridad y humillación respecto al español como a cualquier hombre. Al expresarle La Gándara como autoridad superior, que sus reflexiones le habían causado extrañeza, responde, que la "extrañeza debe ser para él, al ver tan mal interpretados sus sentimientos..." Dice el español que "no le es posible hacerse cargo de su comunicación", y Santana le contesta "que le es muy sensible tener que hacerse cargo de la suya". A la advertencia de aquel, de que tal "conducta merece ser sometida a los tribunales y que no tolerará la repetición de ciertos hechos...", corresponde éste "rogándole que en lo sucesivo no emplee con él ese sistema, pues tiene demasiada dignidad para

aceptarlo. Al General Santana no se le amenaza, se le juzga". Tocado ese punto extremo, arrojadas de sí las representaciones oficiales, venía a quedar reducido, por el mismo efecto del orgullo, a su condición permanente de hombre, pero hombre libre.

FIRMEZA

Improvisado como general para darle a una masa informe la unidad de fuerza encauzada a un fin nada fácil de alcanzar, le valió la inflexibilidad de espíritu que la disciplina natural le había vigorizado en el curso de su vida y labores particulares. El mantener el espíritu en estado de tensión, como cuerda estirada que resiste un peso, es una condición normal para él cuando está comprometido en el logro de un propósito. No hay atracciones fuera de su camino, poderosas para distraerle energías. De manera que, en donde está empeñado su esfuerzo, se da por entero. Cuando inicia una tarea, no desiste de ella ni se devuelve por temor a amenazas o a obstáculos, porque nunca se lanza al azar, sino que previamente planea, calcula y mide y pesa circunstancias. Puede fallar en la apreciación del resultado, pero ello queda más allá de su acción, que es perseverante. Sobre la virtud de la firmeza se asienta el carácter, fuerza de poderoso influjo en el desenvolvimiento de cualquier oganismo social. Es tal su efectividad en esa función, que los tipos que en una sociedad lo representan, tienen el natural privilegio de ocupar el primer plano como dirigentes. Hay entre ellos una mutua atracción, por afinidad de fuerzas que aunadas determinan efectos de leyes sociales. Agrupados espontáneamente, nunca falta uno cuyas

dotes le confieren la calidad de núcleo central, unas veces por inclinación simpática de todo a él; otras, por su directa acción sugestionante. Pedro Santana, un hombre venido de un hato a la ciudad, más por deseo de los otros compatriotas que ambición suya, ¿quién creyera que iba a resultar el núcleo central de todos los hombres de carácter en la República durante los primeros veinte años? Así sucedió real y verdaderamente, primero como un movimiento naturalmente inevitable, y luego por influjo de su preeminencia de espíritu avasallador. ¿Dónde estaba la causa de ese sometimiento a su autoridad moral, más que a la política? Sencillamente en sus prendas de carácter, formadas de calidades que por sí daban derecho al respeto social. Es de advertir que se trata de la época en que hubo más dominicanos respetuosos de su reputación, relacionada con el honor y la vergüenza. De suerte que quien se hizo merecedor de su admiración, no pudo ser un cualquiera, un tipo nada más que grosero o fanfarrón, sino un hombre digno de ellos y de la época.

RECTITUD

Lo que ha sido en la dirección y trabajo de sus propiedades, conforme a su condición de seriedad, eso mismo es colocado al frente de la administración pública, y también en las actividades de guerrero. Es verdad que a veces, en asuntos de gobierno, sustrae el rigor de su sanción, cediendo al influjo de afectos personales, que los anidó como cualquier hijo de vecino; pero en lo atañedero a lo militar y la función de guerra, su rigidez era un terrible martillo. Los bienes del Estado no son suyos, como sus hatos, y ni él ni quien

dependa de su autoridad deben tomar para sí valor alguno. Es tan fácil enriquecerse administrando esos intereses, y está el enriquecerse tan metido en las aspiraciones de los hombres, que el no hacerlo con esa especial coyuntura de impunidad, es señal de poseer una contextura moral de buena calidad. Respeta la ley, y gusta de hacerla respetar, como pauta sostenedora del orden social; pero se atreve a veces a ver huecos en la ley, por los cuales tiene asidero el espíritu díscolo y rebelde que amenaza con intentos sediciosos el orden a él encomendado, y en tales casos se sobrepone con medidas especiales a los estiramientos que la misma norma legal autoriza. La rectitud llevada hasta ahí, es la propia de un dictador a quien se le confiere el poder supremo. Es la clase de poder que se adapta a la modalidad de Pedro Santana, enemigo mortal del menor desentono en el sentido de abrirle paso al desorden.

Un fusilamiento por haber tramado una insurrección, le parece el único castigo digno de tan grave falta; y si quien la comete es funcionario público, más merecedor se hace de la pena. Quien fué eliminado de la vida de esa manera, le parece que murió a tiempo. es decir, antes de llevar el mal a sus compatriotas. Bajo el régimen de la Anexión no se altera esa manera suya. No entró en esa aventura con propósito de negocio personal, y por lo tanto no pudo ser motivo de cambiar su moral con fines de adaptación convencional.

SINCERIDAD

Los actos y los estados de pensamiento expresados en palabras, cuando emanan de un alma que obedece

a reclamos de su naturaleza íntima, tienen el valor de realidades, tan ciertas como cualesquiera otras de lo creado, y a las cuales se puede ir a buscar verdades de lo individual y lo colectivo o social. Esa es la virtualidad aparejada a lo sincero. Diera cada alma su propio latir en la vida y en las letras, y habría motivo para tener fe y confianza en cuanto el hombre hace y dice. Como no es cosa fácil poder ser como se debe, sino según se desea o ambiciona, se adopta la actitud conducente al fin personal, y el llegar así al punto de la aspiración se hace más posible. Por dondequiera se señalan triunfos de ese género. Sin embargo, envuelven una falsedad o mentira, y en la escala de las acciones humanas, quedan por debajo de lo sincero, que es reflejo de la verdad. A Pedro Santana le animó en todos los casos de su vida un alma sincera, sin máscara, sin pose, y sin reservas de segundas intenciones. Otros pudieron buscar su asunto particular o de orden puramente pasional, en la vida pública; él nada más se guió por lo que entendía ser su deber para con el todo social de que formaba parte. Como ello no fué circunstancial o por determinada época de su existencia, sino una disposición permanente, todas las cualidades con que se mantuvo hombre hasta caer en el antro de la muerte, tuvieron el vigor que da la sinceridad. Eso, en cuanto a lo personal, que en lo relativo a la sociedad y a la época, el sólo hecho de sus condiciones de espíritu, obliga a estudiar en vez de negarle la conspicua participación que tuvo en los primeros difíciles pasos de la nacionalidad. Y estudiándole, que es cosa diferente de juzgarle a priori, se aprenderá que fué la individualidad de más vigorosa contextura que pro-

dujo el organismo social dominicano en la Primera República. Eso queda realzado por la ya expresada condición de sinceridad que le fué privativa.

CARTAS

Ningún secretario, por penetrado que se halle de las modalidades espirituales de su jefe, puede fijar constantemente en su redacción el estado de ánimo y preciso querer de éste, a menos de recibir su intervención de alguna manera. Todas las cartas de Santana reflejan su verdadero estado íntimo en un momento determinado. Ellas dicen lo que siente, lo que piensa y lo que afirma o niega, sin medias tintas, sin embozo. Tocadas de su sinceridad, todas son páginas de su vida en algún instante. Por lo mismo, confirman al hombre exteriorizado en actos. Nada hay en ellas consignado de que no pueda dar prendas en la realidad de su vida, aunque alguna vez en postura equivocada, que no es propósito de engaño. Por el orden de su producción, constituyen una escala ascendente, en cuanto a la precisión y justeza de lenguaje para retratar los lineamientos de su alma. Para redactarlas, o bosquejó en borrador, o dictó, o intervino después de la labor del secretario, para que no se desviara en puntos de vista, o se enmendara o añadiera lo creído pertinente.

TESTAMENTO

El acto de tomar todas las prevenciones legales con el fin de estar preparado para la retirada del escenario de la existencia, cuando aun hay salud y medios con que seguirla disfrutando, puede servir como

cartabón que da la medida o estatura moral de un alma. Colocado el individuo en ese que puede ser el umbral del reino de la muerte, tiene en su contra para proceder libremente, los ligamientos que le atan a las cosas materiales y a las todavía palpitantes preferencias pasionales. Si actúa como dueño de sí, adquiere el derecho de ser oído y creído, y, para fines del conocimiento de su pasado, el de ser estudiado y comparado consigo mismo, como quien dice. Hasta ahí llega la significación del testamento hecho, según era costumbre nuestra, en cualquier momento, entrada la edad viril, y a veces antes, y poseyendo bienes y nexos de familia respetados y queridos. En el rebuscar de archivos notariales, apareció un día un testamento de Pedro Santana. Tamaño hallazgo para acabar de condenar al hombre. Fué instrumentado en la ciudad de Santo Domingo el año 1862 por el Escribano Público José María Pérez. La venganza tenía a la mano una prueba más condenatoria, acaso la última. Se publicaba el documento presentando al testador como quien presiente su "partida hacia lo eterno", y se apresura a tomar sus precauciones. Se le echa en cara no haberlo hecho en sus días de triunfos y de campañas libertadoras. La confianza en sí y la ausencia de miedo a la muerte, ¿cómo iban a sugerirle la prevención de un testamento? Siguiendo su curso la misma restringida y convencional apreciación, al cuerpo del documento se le concede revelar "el sentimiento de la gratitud y el afecto a los parientes"; y se anota a continuación, que entre las cosas recordadas por Santana "quizás ningún legado le entristece y emociona más que el de sus caballos". Y finaliza la estimación, observando có-

mo en tan "largo testamento" olvida el lugar de su eterno reposo", no imaginando el destino cruel que tendrían sus restos, "junto a las oscuras cárceles de la Torre del Homenaje". La verdad no aguardó mucho esa vez, y presentó a los cuatro días otro testamento, no menos largo y explícito, hecho en la ciudad del Seybo el año 1852 ante el Escribano Público Juan Santín, siendo entonces Santana General Libertador. En el mismo da "por nulos, de ningún valor y efecto, cuantos testamentos y disposiciones había hecho anteriormente, por escrito o de palabra". Si en el último tuvo "alguna visión de su cercano y trágico futuro", siendo este el principal incentivo para sus disposiciones testamentarias, en el anterior, rodeado de satisfacciones, aureolado de gloria, sin motivos para acordarse siquiera de la muerte, debe haber un contraste confirmativo de la apreciación a que dió origen aquel, el definitivo. Su primera disposición es que "deja la forma de su entierro, funerales y demás oficios que se deban hacer en bien de su alma, a disposición de los albaceas". Es Capitán General, y tiene bajo su autoridad a todos los empleados españoles y dominicanos del territorio. Posee, además, apreciable cantidad de bienes, como nunca la había tenido. Sin embargo, al atender a ese requisito de fórmula, se despoja de toda preocupación, como negocio que realmente nada tiene que ver con su última voluntad. Cualquier ricacho señor por ahí se apresura a ordenar un suntuoso panteón y a disponer formas de exequias que llenarán los ojos de los supervivientes, quizás emocionándose... Diez años antes había pedido que su "entierro fuese hecho humildemente y sin ninguna pompa", extendiéndose a reclamar que su

cadáver se sepultara donde se hallasen "depositados los del hermano Ramón". Al entrar en las mandas ¿qué bienes podía distribuir, sino terrenos, animales, armas, joyas, ajuares, objetos de uso personal y dinero? Si en lo tocante a animales hace especial señalamiento del "caballo andón de color bayo, denominado el Neybano", ese cariño en un típico criollo, hatero y guerrero, es tan propio y nada censurable como para el escritor sus libros, para el cura su rosario y su sotana, y para el músico su instrumento. Qué "emoción ni tristeza" pudo haber, sino hipotéticamente, en un hombre sano que todavía monta sus caballos, por la sola referencia de quedar en otras apreciables manos o jinete cuando él muera. Más bien hay una expresión de sentimiento sano y generoso, diferente al del que no se desliga de sus malas pasiones y quisiera llevarse todo lo suyo al otro mundo. Cuando el anterior testamento, no tenía tan bien surtido establo, y aunque adjudicó potros y potrancas, lo preferido fueron las armas, y señaló una "espada de jigüera, un sable de guarnición de hierro, guarnecido de plata, y un trabuco de cañón de bronce". Urgido a dar el último testamento por el crecimiento de los bienes en general y la muerte de la primera esposa, concurrente en el anterior, resalta la ecuanimidad no perdida en el curso de diez años, no obstante el aumento de familiares, para todos los cuales conservaba un puro afecto. Le mueve un espíritu justiciero y el respeto a las normas morales socialmente consagradas. No tuvo hijos con la primera mujer, pero le crió los tres pequeños que ella llevara al matrimonio· y al testar el 1852, hizo una relación circunstanciada de todos los bienes aportados por ella

al matrimonio, aunque sin documentos que la respaldaran. Los hijos políticos de esa unión tuvieron cabida en el definitivo testamento, junto con los sobrinos e hijos naturales que tuvo, no faltando los parientes que se movieron a su lado, así como la segunda esposa y un hermano demente llamado Florencio Santana, que le sobrevivió. Se negó a consignar que tuvo hijos, porque no nacieron de sus matrimonios, mas los atendió e hizo herederos como ahijados. Dispuesta la distribución de tan numerosos bienes, desde anillos, alfileres y espuelas, hasta extensas porciones de terrenos, la espada de Honor que le dedicara el pueblo dominicano por órgano del Congreso Nacional el año 1853, pedía que le fuese remitida al Excelentísimo Señor Capitán General Don Francisco Serrano, en Cuba. Distaba todavía de ver el cuadro trágico que se volvió la Anexión y creía posible que todos los intereses nativos y exóticos llegarían a armonizar. La espada se ha conservado en el país hasta nuestros días. Finalmente consigna la voluntad de que sus "albaceas distribuyan entre los pobres vergonzantes, prefiriendo las viudas y huérfanos, la suma de mil pesos fuertes", valor que en "sus arcas encontrarán, por estar para ese fin destinado". Diez años antes tuvo el mismo deseo, disponiendo que de la venta de la casa que en Santo Domingo le donara el Congreso Nacional, "se sacaran trescientos pesos fuertes, de los cuales se distribuyeran cien pesos entre los pobres de solemnidad de la común del Seybo, y que los otros doscientos le fuesen entregados al General Juan Rosa Herrera, para que él por su mano los emplee en adorno para la iglesia del Seybo". Impone el testador la condición de que no se le compre ninguna

alhaja que sea de oro ni de plata". Mirado así por dentro, ¿cómo negarle ausencia de vanidad, honradez de proceder, respeto de las costumbres morales y cariño por sus familiares?

HIJOS

Tuvo Santana los siguientes hijos. Procreados con Dominga de la Cruz Zorrilla: Socorro Santana, casada con el general seybano Andrés Pantaleón Pérez. Acabó sus días en Samaná, donde sobrevivió al marido que, siendo gobernador de aquel distrito del año 1879 al 1887, feneció también allí. Gerardo Santana, espíritu flojo que no nació para las luchas de la vida. Estando en París cursando estudios, un pariente ido de aquí le afeó públicamente su condición de hijo no legítimo, y, atacado de melancolía, no tardó en morirse. Juan José Santana, guerrillero. Vivió hasta el año 1912, en que mandaba tropas revolucionarias en la provincia del Seybo. Atacado en su cantón de Pedro Sánchez, fué muerto... María de los Santos Núñez, tenida en Juana Abad Núñez. Falleció en el Seybo el año 1900, viuda de Inocencio García. En Santo Domingo hubo otra hija, que vivió hasta el año 1930. Su nombre era Altagracia. La segunda esposa de Santana fué Ana María Zorrilla, que le sobrevivió.

Ramón Santana tuvo en su mujer Froiliana Febles tres hijos: Francisca, Manuel y Rafael.

BOBADILLA

El hombre de la ciudad con quien primero armonizó Pedro Santana a su llegada a Santo Domingo como general improvisado al frente de las huestes seybanas, el mes de marzo de 1844, debe ser citado, después de conocido el segundo en su estructura moral y en la verdadera estatura que tuvo. Tomás Bobadilla y Briones, conocido superficialmente, por la sencilla razón de que su complejidad de espíritu requiere un estudio que va más allá de las simples narraciones de hechos, ha sido aprovechado para el tejido de la labor tendenciosa contra Santana, que he titulado: la venganza. El postulado inicial es que: "Santana fué hechura de Bobadilla". Es un disparate originado por la ignorancia de las leyes psicológicas que rigen las relaciones de los hombres o de los espíritus, y por el desconocimiento de lo que podemos llamar la verdad histórica. Procedería dar a conocer a Bobadilla, pero ello desviaría del propósito que le ha dado una página aquí, ya que sería tarea de apreciable extensión. Bastará, pues, para este fin, el reconocimiento de tres de sus cualidades: carácter, valor, y espíritu de responsabilidad. ¿Se propuso alguna vez hacer de Santana un instrumento de sus pasiones? Nunca. Más bien reconoció y aceptó la calidad de aquel, y dedicó sus esfuerzos a fortalecerle en sus actuaciones. Hay algo más fundamental, y es que, como eran, no podía el uno ser hechura del otro. Dondequiera que se encuentren individuos poseedores de las tres calidades antedichas, podrán asociarse con miras a una misma finalidad, dirigiendo uno y siguiéndole los demás, o podrán enfrentarse por rivali-

dad, y sostener una lucha en la que alguno salga vencedor; empero, mientras perduren tales calidades, no es posible que uno se deje conducir manteniéndose a la disposición caprichosa o convencional de otro. Los individuos que aceptan tal condición, a cambio desde luego de un beneficio personal, es cosa corriente que vemos todos los días. Si a trueque de humillaciones hay honores y medios materiales de vivir bien, elevan aquellas a la categoría de virtudes prácticas. No es ese el tipo de hombres que se está usando para esta obra...

Se ha pensado que un hombre venido de un hato no podía ser el personaje dominante, sin que un intelectual, entendido en la política, no le aupara. En aquellos momentos, los más inciertos para una nacionalidad que nace, nadie buscaba aupar a nadie. La realidad lo absorbía todo, y solamente a ella había que consagrar las energías. Bobadilla en la presidencia de la Junta Central Gubernativa, encarnaba, no de mentirijillas, la más alta expresión del pensamiento ocupado en trazar pautas y arbitrar recursos, coordinándose al mismo tiempo con la acción que en el campo de la guerra estaba en manos de un hombre: Pedro Santana. La compenetración de uno y otro no era negocio particular, sino interés de patria. Siendo unidad el uno, y unidad el otro, cuando se entra en la etapa de la verdadera vida institucional, al continuar juntos, ninguno hace de aliado servil del otro. El más consciente de la función gubernativa, busca los medios de que el compañero se mantenga en puesto de preeminencia, porque le reconoce insustituible para la actividad más importante: la de la guerra. De ahí su interés, más patriótico que particular, por la inserción del artículo 210

en la Constitución, que personalmente llevó y explicó su razón de ser a los constituyentes reunidos en San Cristóbal. En el ministerio que se le asigna en el primer gobierno, es el funcionario más independiente. El cónsul francés Juchereau de Saint Denys, que, así como medió favorablemente a los dominicanos en el momento de fundarse la República, también dió mucha molestia al gobierno, interviniendo a cada rato en asuntos que no le competían, valido de su grande ascendiente en las esferas oficiales, se atrevió a proponer que el Estado se aviniese a pagar a Francia una parte de la deuda reconocídale por Haití. Santana y algunos ministros se mostraron inclinados a transigir. Bobadilla se opuso abiertamente, y las pretensiones del cónsul fueron rechazadas, a pesar de que el estado de tirantez en palacio obligó a Bobadilla a renunciar su cargo. Después, en el Tribunado, acusa a un ministro, representando oficialmente el rumor público. Miembros del ejército le amenazan de muerte y van al recinto de la Cámara. No se amedrenta, y confiado en el arma que lleva en la cintura, asiste a la sesión, y, al entrar, les pasa rozando a oficiales sentados en los pasillos, e idos allí a cumplir sus amenazas. Luego mantuvo la acusación. Sólo cuando el caso se estiró demasiado y se convirtió en innecesaria temeridad el insistir, salió del país desterrado, negándose a acceder a la arbitrariedad de renunciar. Hubo que darle por renunciante para sustituirle. Desde el extranjero pide autorización de la Cámara para regresar a ocupar su cargo; si se le hubiese contestado favorablemente, se presenta seguido en el país. Con todo, no se cree superior a Santana ni reconoce en otro dominicano calidades para sustituirle

en el mando. Quiere continuar a su lado porque le conoce perfectamente y le admira. Le escribió directamente desde Saint Thomas, apelando a lo que en Santana era rectitud; por eso le recuerda haberle oído expresar: "que le complacía el que cada hombre defendiese enérgicamente sus derechos". Vuelve a la República, y con Jiménez o con Báez de presidentes, desempeña gustosamente empleos públicos, mas no prefiere aquellos a Santana. Tiempo después éste es puesto en estado de acusación por el Senado Consultor. Bobadilla es miembro, y asiente, como todos los demás, a lo que parece avalancha incontenible, impulsada por el pueblo. Parece que ya terminó con Santana, como otros. A la hora de la primera prueba, con motivo de la revolución de julio del 57, Bobadilla apoya la revolución, donde está Santana. En todos los acontecimientos siguientes, inclusive la Anexión, para él, Santana es el hombre. Como se ve, más supeditado ha estado él a Santana, que viceversa. Pero ese acto de sometimiento o adhesión, ha sido libre y voluntario, con su buena dosis de simpatía, no por miedo ni estricto interés personal. En todo el curso de esa manifestación, no se ha hechado de menos al hombre de carácter, valor y responsabilidad. Por su parte Santana no le tuvo, como al principio, por el tipo de su confianza y preferencia.

LOS ALFAU

Los hermanos Felipe y Antonio Abad Alfau, poseedores también de carácter, valor y espíritu de responsabilidad, pero de más entereza que Bobadilla, por no estar su materia prima afectada por los ásperos ro-

ces y crisoles cambiantes de la vida social, ¿qué razones tuvieron para inclinarse a Pedro Santana, prefiriéndole a los demás personajes, a no ser obedeciendo a la ley naturalmente reguladora de las relaciones entre los individuos colocados en el mismo plano de actividad? Condueños de los cortes de madera de Bávaro, en el extremo oriental del territorio, viajaban por la comarca del Seybo antes de la República, y conocían a los hermanos propietarios del hato de El Prado. Llegado Pedro Santana a la Capital, Felipe se alistó seguido bajo su mando y marchó a la Línea del Sur. Terminadas victoriosamente las primeras pruebas, un gesto suyo en San Cristóbal para dominar una insubordinación impresionó a su jefe en el sentido de la admiración personal. Desde entonces le quiso siempre a su lado o a sus órdenes. Felipe a su vez no vió otro hombre que Santana, capaz de dirigir el ejército. Vuelto éste contra el Presidente Jiménez, tras del triunfo de Las Carreras, Felipe Alfau comandó las tropas que sitiaron la ciudad de Santo Domingo por el lado de Pajarito. Tiempo después, disgustado con Santana por una cuestión personal en que se sintió desairado, renunció el cargo que desempeñaba, y todos los que posteriormente le fueron ofrecidos por aquel, inclusive la Vicepresidencia de la República. Un mandatario tan orgulloso, desesperaba por contentarle y poder contar con sus servicios. Felipe, cerrado a la banda, no cedía, mostrándose indiferente a cuanto concerniera a Santana. No paró ahí, sino que, siendo miembro del Senado Consultor, se opuso abierta y valientemente a la resolución de concederle al General Libertador el usufructo de la isla Saona, sin pagar ningún derecho

al fisco. A todo eso Santana sonreía, reconociendo que se trataba de un hombre de la clase grata a él. En ocasión del movimiento revolucionario del año 57, Felipe y el hermano, en vez de cooperar en el deslinde de las dos tendencias políticas, vigorizando a Báez, el lider de la gente capitaleña, se hacían a un lado, en espera del que entendían ser el hombre, como se tratara de supremacía política. Lo que le negaba Felipe, lo hallaba en el hermano Antonio Abad, a quien también había pulsado desde las campañas libertadoras. Teniéndole de Vicepresidente, no podía temer lo de Manuel de Regla Mota, y cuando se retiraba a su casa dormía tranquilamente, porque en la Capital nada sucedería por faltar la enérgica acción del Poder Ejecutivo. Los hermanos aceptaron la reincorporación a España, no porque los convenciera Santana, sino por coincidir con éste en el juzgarla un acertado medio de mejorar en todo lo posible la condición precaria del pueblo dominicano. Consumado el hecho, graduaron en la misma forma su responsabilidad en el cumplimiento de la palabra comprometida. Y cuando todo fracasó, no se lavaron la cara ni las manos como arrepentidos que vuelven sobre sus pasos e imploran perdón. Nada de eso; siguen adelante por orgullo de hombres dueños de sus actos, y se van de la patria que ayudaron a crear y que tanto amaron. Es una forma de pecar con la patria y de sacar ileso lo que se conceptúa sagrado como honor personal. Hay en esa actitud una condición que la aparta de la bajeza o mezquindad de un interés material o de pura vanidad. Idos a España a seguir siendo hombres, no menos exigentes que en la patria abandonada, un día son reclamados por los ex-compatriotas,

y aunque de primera intención uno de los dos pensó retornar, predominó el criterio de que ya eso pertenecía a un pasado que, renunciado por ellos, equivocados en la buena intención que los animara, no debían, por vergüenza, volverlo a vivir. Sobre ellos también ha estado pesando el capítulo de culpas que el convencionalismo histórico ha formulado contra Pedro Santana; empero, como en los casos ya referidos, poniendo un fundamento enteramente falso. En los Alfau se pone la intriga y una como actuación de bellaquería, con el propósito de hacer anular a los hombres buenos e idealistas en la vida pública. Hombres de honor y con todas las demás buenas calidades de los mejores tipos de la época, tenían precisamente la manera de ser incompatible con el suave halago y la sumisión oportuna, propios del intrigante. Valían por sí, por su condición intrínseca, y no necesitaban ni aceptaban comprar posiciones con la despreciable moneda de la servilidad. Ni eran ambiciosos de mando; a serlo, el choque entre Santana y Báez habría sido con ellos. Los cargos les fueron ofrecidos o dados en reconocimiento de sus calidades y méritos. No hallaban motivos de envalentonamiento en las representaciones oficiales, aunque las rodeaban, por respeto a sí, de un aire de dignidad. Moviéndose en un escenario de amigos y enemigos, su rectitud, puesta al servicio de una tendencia, necesariamente lastimaba al del bando contrario, lo que serviría como material de la venganza perseguidora de Pedro Santana.

El espíritu flojo se pone bajo el ala o la dirección del fuerte; el pícaro se inclina al pícaro, y el hombre de vergüenza y celoso de su dignidad, no se allana sino a

la unión con su igual. Pedro Santana y los Alfau se sentían en este plano.

CONSIDERACIONES FINALES

Pedro Santana fué la individualidad más notable producida por las actividades públicas de la primera etapa del pueblo dominicano. La negación de esta verdad ha forzado a juzgar sin ponderación juiciosa ni justiciera apreciación los acontecimientos o sucesos en que intervino, y los hombres que en torno suyo se movieron. Representando uno y otros lo más vital y característico del medio social, el resultado ha sido el desconocimiento de éste, y el no exaltar como patrón de vida honrosa, las que entonces fueron virtudes másculas. Es ir contra las leyes de lo creado, el pretender que aquella realidad hubiese engendrado especímenes de hombres acordes con un ideal nacido de la observación y admiración de modelos formados por otros ambientes de distintas condiciones socióticas y educacionales que el nuestro. No hay otro camino, pues, que aceptar lo autóctono, tal como era, y como acaso tenía que ser. Partiendo de esa fórmula, de fundamento científico, hay que renunciar a las idolatrías que ya tienen viejos altares en el corazón, y resignarse al triunfo e imperio de una cosa superior y siempre más respetable que los convencionalismos: la verdad. Nunca es tarde para que ésta comience a dar razón de sí; ella se abre paso y sigue adelante, indiferente a las lágrimas que a los lados de su camino derraman los vencidos, inconformes.

⁂

El ideal no se ha perdido porque en la materialidad de lo real no plasmó en la forma bella e inmaculada que se le soñara o concibiera.Está en la naturaleza de las cosas humanas, no corre, sino raras veces, por anhelados canales de perfección. La perfección hay que irla haciendo, martillando consciente y perseverantemente, sobre las inevitables deficiencias de la realidad. Por otra parte, quien concibe el ideal, no siempre es el dotado para cristalizarlo en realidad más o menos permanente. Cuando se halla en este caso, no se le debe culpar de no haber podido modelar la materia. Su función primaria de alzar la luz y clarear el oscurecido sendero por donde los otros caminarán trabajosamente, en razón de los obstáculos cuyo vencimiento es indispensable para existir, queda por sí sobrepuesta a todo otro merecimiento con respecto a lo creado.

***

Aceptada la vida como fué, no se debe olvidar que ésta en el individuo es la resultante de la acción que sobre la realidad, incluyendo las reacciones, tiene el alma humana, que es una intrincada madeja de hilos expresivos de corrientes pasionales, unas veces en un tono, otras veces en otro, en mutua lucha interior y enfrentadas al mundo circundante. Por esa razón, los hombres que en ese batallar se mantienen dueños de sí, sacando triunfante la virtud, proporcionan un material instructivo aprovechable en todo tiempo. Negarles justicia o no hacerles caso, es una clara señal de flojedad o enfermedad moral. Más consciente y comprensiva de la vida y favorecida por el progreso material, la tercera generación en que nos encontramos,

¿tiene motivos para mirar despectivamente a la que dió comienzo y puso las bases iniciales al pueblo dominicano? Para los que vemos en la naturaleza moral colectiva el principal basamento de la prolongación del alma nacional, con las prendas de sus virtudes y lacras de sus vicios, no hay razón para tal desprecio, sino al contrario de arrepentimiento, por habernos alejado tanto, que parece borrado el nexo tiránico de la herencia. El fenómeno tiene su explicación. Habiéndose hecho materia educacional y de conveniencia política la negación de positivas virtudes en los primeros dominicanos, presentándose a unos poquísimos como excepción de la falta general, en ausencia de modelos de atracción viviente, capaces de engendrar orgullo de la cosa propia, ha faltado el culto del pasado en lo mejor que tuvo y como escuela de perenne civismo. Con todo, el camino de la vigorización moral no está cerrado. La historia, en su función instructiva de ofrecer la verdad, es uno de los factores concurrentes a la elevación del alma nacional.

BUENAVENTURA BAEZ

(1812 — 1884)

La vida que bajo la acción de un espíritu libre se desenvolvió en el escenario de más de un tercio de siglo, reflejando maneras propias del sér colectivo, acaso inconscientemente, es una realidad tan cierta como la misma sociedad de que formó parte. Si de ella, como en el caso de Buenaventura Báez, se hace un envoltorio y se rotula con una palabra, o frase con la cual se pretende catalogar definitivamente esa entidad, no por eso queda afectado en lo más mínimo su eterno derecho a ser estudiada para que se la juzgue y clasifique según fué ella. Frente al envoltorio convencional hay unos que extienden su índice acusador, y, maldicientes, recuerdan escenas que los conmovieron; y otros, los cuales no escriben por no desmerecer del buen concepto del público, retratan un Buenaventura que en cualquier dominicano sensato y desprevenido produciría admiración. Haciéndolos a todos a un lado, desatemos el envoltorio, y examinemos su contenido. No existe otro procedimiento para conocerle de verdad.

⁂

Pablo Altagracia Báez, uno de los hombres más ricos en Azua, poseedor de cortes de madera, hatos, hacienda, tiendas, panaderías, alambiques, numerosas casas y recuas, contando además con miles de libras esterlinas depositadas en el banco de Londres, tuvo la

satisfacción y orgullo de enviar a Europa al hijo mayor Buenaventura para que se instruyera. La época, de ocupación haitiana, en que el idioma oficial de la colonia era el francés, y acaso el recuerdo cariñoso de quien le crió y le armó para la lucha de la vida, influyeron en la escogitación de Francia como país para los estudios del hijo. No desaprovechado el tiempo, el espíritu sano del criollo se pulimentó, respirando la generosa atmósfera de la civilización sin desleirse en extremo de perderle el amor a la aldea lejana con sus circundantes bosques bravíos. Las ideas que se tamizaron por su espíritu le hicieron concebir la vida de manera tal, que ello determinaría el desarrollo de su existencia en relación con la de la colonia.

De lo más notable en ese influjo fué el reconocimiento de la necesidad de rebasar el estado estacionario en que yacía la colectividad, poniéndose bajo el amparo de una nación europea que la hiciera progresar como a otras colonias. No era una concepción de libertad, como la que estaba creando repúblicas independientes por aquellos días, sino la aspiración de ver mejoradas las condiciones de sus conterráneos. A su regreso acompañó al padre en la dirección de las empresas en explotación, lo que no era obstáculo para vivir conforme a sus gustos, montando los mejores caballos y jugando gallos de calidad, rodeado de la aureola de prestigio propia de mozo acomodado a quien todo le luce y le está bien.

⁂

A la muerte del padre quedó de administrador de todos los bienes, manejados como suyos. Era el orgullo de los hermanos, que le querían entrañablemente. El

año 1843 fué elegido por Azua para diputado a la Constituyente haitiana. En Puerto Príncipe, puesto en contacto con los hombres de la actualidad política, tanto en la Asamblea Constituyente como fuera de ella, comenzó a desatársele la madeja de su espíritu, dotado para la política en un grado que todavía él mismo no sospechaba. Imbuído en ideas liberales bebidas en Francia, con su temprana fuerza de carácter se le enfrentó allí al reaccionarismo empecinado. Vió claramente que su país no se alzaría del estado en que vejetaba, por la conveniencia haitiana de continuar dominando. La solución del problema por un movimiento emancipador, como en otros países, lo consideraba arduo o difícil; de ahí el comenzar a diligenciar el arbitrio del protectorado francés. Sustentaba con ardor la idea.. (*) Vuelto a su lugar, no desatendía el proyecto, pero al mismo tiempo conservaba una franca

(*) Imprimiéndose ya esta obra, el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, cuya laboriosidad, entusiasmo y acierto como investigador histórico le ha convertido en un valor notable e imprescindible en la aportación documental para estos estudios, publica en la edición de enero-abril, 1943, del Boletín del Archivo General de la Nación, y del cual es dignísimo director, un discurso de Buenaventura Báez en la Constituyente haitiana, y un artículo del mismo, publicado en la prensa de Puerto Príncipe el mes de diciembre de 1843. Uno y otro documentos tienen una significación fundamental como expresivos del carácter personal y la ideología política del futuro caudillo. Es el único diputado, entre cinco o seis más representantes de la parte oriental de la Isla, que sustenta abiertamente las primordiales aspiraciones de los dominicanos, dentro del régimen jurídico haitiano, y reclama la atención hacia los problemas de orden industrial, agrícola y comercial que mantienen empobrecida toda la parte de habla española, forzando a emigrar a los mejores

cordialidad con las autoridades haitianas, pues que no era prudente arriesgar sus intereses a cambio de una cosa ilusoria para él, como el arrojar de casa a los invasores mediante la guerra. Conocido en la Capital por su vocación conservadora, tramaron el golpe de separación o independencia, haciendo caso omiso del Corregidor de Azua Buenaventura Báez, tan amigo, se aseguraba, de los haitianos. El manifiesto de enero de 1844, enviado secretamente a aquella población y confiado a Gavino Puello, excluía la firma de Báez. Este lo supo, y alarmado por tal amenaza de conspiración, lo comunicó con el comandante de armas de la plaza para que Puello fuese detenido. Esa vez Valentín Alcántara prestó un valioso servicio a la patria por

---

elementos y obstaculizando el aprovechamiento de medios y recursos de civilización. Clama contra la injusticia y abuso de ser aceptados los dominicanos como ciudadanos de Haití nada más que parcialmente y en beneficio de los habitantes y el gobierno de aquel país. Se atreve a pedir reformas en la Constitución, de manera de apartar el consagrado obstáculo de prohibir el matrimonio de los extranjeros con las haitianas. Sobre el particular arguye los efectos morales de las uniones legales, tan estimuladoras de las sanas costumbres sociales. Decidido a cooperar en el mejoramiento de las condiciones sociales y políticas de la parte dominicana, persigue el logro del protectorado bajo el amparo de Francia, como única solución a su parecer posible en aquellos momentos. Somete al cónsul francés Levasseur un plan, mediante el cual piensan él y los demás diputados dominicanos conseguir la independencia del territorio, aunque sacrificando la península de Samaná. Por otros documentos de la época, según Rodríguez Demorizi, Báez pensó y planeó una sublevación contra Haití, con punto de partida en Azua. Esto último parece que lo tuvo luego por extemporáneo, y se acogió a la realidad tenida por inevitable hasta mejores días.

nacer, avisando a tiempo al emisario del peligro que corría. La diligencia de Báez no paró ahí, pues su denuncia llegó hasta Haití; pero cuando se enteró de lo ocurrido en la Puerta del Conde la noche del 27 de Febrero y de cómo la guarnición capitulaba y se fundaba la República Dominicana, se quedó entre estupefacto y perplejo. No sabía realmente a que carta quedarse. Duvergé, que ya era de los comprometidos, ante aquella indecisión con viso de inclinarse al gobierno haitiano, como lo hicieron las poblaciones de San Juan y Las Matas de Farfán, corrió a Santo Domingo a dar cuenta de lo que pasaba en Azua. La Junta Gubernativa mandó al comandante del batallón de Los Llanos José Brea, y la presencia de esa fuerza puso término a la vacilación del Corregidor. La realidad de un batallón de la República en el lugar, la adhesión de Baní, San Cristóbal y toda la Línea del Este, más el ardor patriótico con que todos los habitantes se armaban, determinaron el primer convencimiento en Buenaventura Báez, de que era posible empeñarse en una lucha contra los haitianos. Su espíritu fuerte se sumaba lealmente a la causa de los patriotas, y por entero quedaba enfrentado al enemigo común. Lo anterior, en cuanto a sus relaciones con los haitianos, como si nunca hubiera sido; y los combatiría con el mismo coraje que sus compatriotas. Se le concedió el grado de coronel, y comandando la caballería azuana reunida por él, estuvo a la altura de los héroes de la batalla del 19 de Marzo. Fué el único tributo que personalmente le pagó a las luchas libertadoras. Su escenario no era el de la acción guerrera. Más el título de coronel que entonces le tocara, y sobre el cual la política le pondría el de gene-

ral, lo tendrá por suyo más que ninguno otro, y le agradará ser llamado el coronel Buenaventura Báez.

⁂

Vuelto a considerar después de la batalla el gravísimo problema de la falta de recursos para la guerra, punto de vista que había influido poderosamente en la actitud pasada de Báez, le escogió Santana para que fuese a Santo Domingo a explicarle a la Junta, y especialmente a su presidente, la verdadera situación, para que no "omitieran los medios" de suministrarle al ejército los pertrechos necesarios. Salía afuera, como escollo infranqueable, la cuestión del protectorado, y Báez, de sus primeros campeones, pisaba nuevamente el terreno creído salvador.

⁂

Partió a Santo Domingo, y con él toda la familia, que se estableció allí. Tuvo como resultado de sus primeras diligencias un serio rozamiento con la Junta, a consecuencia del cual fué encarcelado el mes de abril. No actuaba para sí, sino a título de cooperador del jefe del ejército Pedro Santana. Por eso, cuando el mes de junio los auténticos febreristas, encabezados por Juan Pablo Duarte, se pronunciaron en la Fuerza contra los miembros de la Junta abiertos sustentadores del protectorado, incluyeron entre los perseguidos, con orden de encarcelamiento, a Buenaventura Báez.

Tiene estrecha afinidad con Tomás Bobadilla, en razón del carácter; pero los separa la diversidad de aspiración en lo respectivo a lo personal. Mientras tanto, es hora de reserva, y lo patente es la entereza de carácter, fundamento del desarrollo de la personalidad. Elegido diputado a la Constituyente reunida en San

Cristóbal el mes de septiembre, tuvo en dicho cuerpo el ambiente adecuado a la manifestación de sus aptitudes. Les conocía ya el calibre a los hombres directores del gobierno, y para curarse en salud, por lo que pudiese sobrevenir, pidió y obtuvo que la Asamblea votase la "inviolabilidad de los diputados por las opiniones o votos que emitieran en el ejercicio de sus funciones". La redacción original de la Constitución dada en noviembre fué suya.

No tiene actuación notable por algún tiempo, sin dejar de estar en la cosa pública; la necesidad de conservar la nacionalidad lo exigía. El año 1846, al extenderse a Europa las gestiones sobre el reconocimiento de la Independencia por parte de algunos países, y la celebración de tratados de amistad, comercio y navegación con los mismos, se nombró una embajada presidida por Báez, con la misión de obtener de los principales gobiernos de aquel continente el objetivo dicho. Todo lo posible fué practicado por la embajada sin alcanzar buen éxito. En ello se invirtieron unos tres años. El fracaso, lejos de desalentar a Báez, le afirmó más en su propósito de conseguir para la nación el protectorado. A su regreso se le dió puesto en el Congreso Nacional, el cual presidió.

Manuel Jiménez era el Presidente de la República, y sucedió la invasión de Soulouque, Presidente haitiano, el año 1849. Fracasa el ejército, el Congreso llama a Santana para que, bajo las órdenes del Presidente, asuma el mando supremo de las fuerzas, pero Jiménez hace oposición y se le enfrenta a dicho cuerpo con amenaza de gente armada. Buenaventura Báez honra su representación, mostrando en el salón de se-

siones una presencia de ánimo que desvanece la tragedia a punto de ocurrir. Guerra abierta entre los dos poderes, y el hombre que se ve con los fusiles abocados no se amilana. Estaba fondeado por esos días en el Placer de los Estudios el vapor de guerra francés Elau. Preocupado Báez con la posible extinción de la República por el triunfo del ejército invasor, invita a unos diputados amigos a una sesión secreta, y les plantea como solución salvadora el protectorado o la anexión a Francia. No había tiempo que perder, calculaba, teniéndose la preciosa oportunidad del vapor francés. La cuestión era más difícil de lo que parecía, y mientras se ataban cabos y se buscaba vencer dificultades, sucedió el triunfo de la batalla de Las Carreras. La tirantez con el Poder Ejecutivo, que tenía ramificaciones hasta el campo de la lucha libertadora, terminó por el sitio de la ciudad y la salida del país del derrocado Presidente Jiménez. Hay un triunfo patriótico y otro político; el segundo, consecuencia del primero, le había servido como de punto de partida. Por eso, los hombres del Congreso enemigos y perseguidos de Jiménez, pasaban a ser los primeros en orden a la lealtad a Santana, que los compensaba con su confianza y apoyo en lo político. Al no aceptar el diputado Santiago Espaillat la elección de Presidente de la República que le favoreciera, darle el cargo a Báez, el más alto campeón de la pasada hostilidad al Poder Ejecutivo, era justiciero. De ahí su elección, y luego su juramentación como Presidente de la República el 24 de septiembre de 1849.

Comienza ahora a exteriorizarse lo que fué Buenaventura Báez en la vida pública dominicana: un

político. Todos los relieves que tuvo como tal, deben exponerse a seguida, para luego irle revisando en todo el curso de sus actuaciones. La política entendida para sí, como medio de provecho personal, tiene su plano donde se mueven los tipos corrientes, muchos de los cuales envejecen en el oficio como hábiles o descarados simuladores. Pero existe otra política, no la más elevada por cierto, que alimenta la ambición de mando como medio de realizar el individuo un propósito o una aspiración de carácter social. Es natural que dentro de tal ambición exista algún interés que satisfaga inclinaciones personales; mas, queda pospuesto o supeditado a la principal finalidad perseguida. En este aspecto se moverá el político Buenaventura Báez. No tendrá ecrúpulos en aceptar medios que le pongan en el mando; en presentándosele una oportunidad, no la rechazará, indiferente a patriotismo o a lo que en un Santiago Espaillat sería cuestión de honra personal; lo que quiere por sobre todo miramiento es poseer el mando. ¿Para qué? Para realizar el propósito de mejorar la condición de vida de la masa social. Esa fué la tendencia a que tenazmente se aferró. Empezó con el empeño patriótico de organización general, que en la pugna de intereses y aspiraciones políticos sufrió una alteración radical, y acabó por situarse en un extremo indiferente o contrario a toda elevada concepción de patria. No labora, colocado ya en este último plano, impulsado por aberraciones absurdas, sino conscientemente y de acuerdo con ideas de que quizás se apasionó en ambientes civilizados. La matriz, diremos, de ellas, es que el mandatario debe representar y defender el interés de los pobres, llenos de necesidades insatisfechas, por

la explotación y desprecio que de ellos hacen los pudientes o ricos, favorecidos por la cooperación de quienes tienen el poder en las manos. Son aquellos la mayoría y los que llevan a cuestas todo el peso de las injusticias sociales. Forman la masa que en la República quiere él que trabaje para sí, se aclare el espíritu con la instrucción, eleve su nivel moral, y logre el mejoramiento de su vida material. Es de suyo indisciplinada, díscola y fácilmente explotable en beneficio de quienes debieran impulsarla. La fuerza que acompaña al gobierno debe servir para removerle obstáculos a las multitudes en su necesidad primordial de levantar su plano de vida; cuando aquel recurso no baste, apelar a un poder extraño que lo pueda hacer, es un bien ,en vez de un pecado patriótico. La patria para él, es cosa secundaria respecto a la solución de ese problema colectivo. Patria para vivir mal, es menos que la falta de ella, realizando satisfactoriamente los fines más fundamentales de vida. Y cuando en su carrera política llegue la hora de poner en práctica esta final concepción, tendrá a su lado un colaborador, que por parte ha llegado a las mismas conclusiones respecto al pueblo dominicano, y es un hombre de la mejor calidad: Manuel María Gautier. Báez en el mando, desechará el aumentar sus bienes con los fondos del erario. Percibirá únicamente lo que la ley del presupuesto general de la nación le asigna, y lo mismo reclamará de los demás empleados. Lo restante, que se invierta en lo que pueda ser útil al pueblo. Distraer cualquiera cantidad de lo disponible para atender a una necesidad ocasional surgida en cualquier punto del país, es un gasto semejante a la distribución hecha

por una empresa particular entre sus accionistas; sólo que en el gobierno nacional, la parte del empleado no debe pasar nunca de su sueldo. Dondequiera que surja diferencia entre los necesitados y los poderosos, de constante vocación a exprimir, busque el gobierno la solución amparadora de los primeros. Y él, Buenaventura Báez, ¿cómo entiende la vida en cuanto a sí? como hombre rico, con derecho al confort aprendido en contacto con la civilización. Necesita vestir bien, calzar bien, y rodearse de las comodidades de persona que tienen los medios para hacerlo. Le satisface, porque no es a expensas de otros, sino de lo que honradamente le pertenece. Como mandatario, trabaja y administra de verdad; no abandona la calidad de cabeza directora, y hace que todo marche dentro de la razonable corrección conveniente a toda empresa. Tiene un magnífico recurso en su ilustración. El mundo de su pensamiento es amplio, y sabe ir lejos sin perderse en vaguedades desconectadas del ambiente. Sus ideas y apreciaciones las sabe fijar en un lenguaje claro y preciso; tiene dotes de escritor político. Será el primer presidente dominicano que fijará su propio pensamiento con la palabra escrita o hablada, sin que el secretario tenga autoridad para poner y quitar.

Su decidida tendencia socialista carece de origen sentimental; no es por bondad innata o inclinación filantrópica, sino vocación sociológica. Es un político que mira a la sociedad con ojos de sociólogo, y por lo mismo, como una realidad que debe ser conscientemente elaborada, echando a un lado las fórmulas sentimentales, favorables generalmente a la alimentación de privilegios.

Tiene formulado un programa de gobierno ajustado al medio en sus condiciones sociales y políticas, y le pone en práctica tan pronto comienza a ejercer sus funciones. A cada ministro le dió una pauta fija de acción, que sirvió para imprimirle un movimiento normal a la máquina administrativa. Aprovechó la presencia del marino francés J. Fagalde para producir un golpe de efecto patriótico, mediante una atrevida incursión contra los haitianos por la vía marítima, lo que, de tener buen resultado, fijaba y fortalecería la fe de los dominicanos y la confianza en el triunfo, que tan vacilantes habían estado en el curso del mismo año. La expedición hizo más de cuanto se pudiera prometer, incendiando poblaciones, apresando buques, y hundiendo otros, y el contento fué tal, que a seguida se organizó otra, la cual puso de manifiesto, una vez más, de lo que eran capaces los dominicanos. Al mismo tiempo lanzó una proclama en francés, haciéndole un llamamiento al pueblo haitiano, para que en presencia de los hechos patentes realizados por los dominicanos, se decidiera a vivir en paz con sus vecinos, dispuestos a sostener su independencia a toda costa. Se estableció espontáneamente una sana corriente de cooperación de la sociedad para el gobierno, y los cargos públicos eran desempeñados sin remuneración, con el fin de facilitar el mejor desenvolvimiento de las actividades económicas del gobierno. Flotaba en el ambiente un abnegado espíritu de sacrificio, estimulado especialmente por el dinamismo, correcto proceder y los esfuerzos de organización y progreso desplegados por el Presidente Báez. Notábase la presencia de algo que había hecho falta en la función gubernativa. Esta tiene sus normas

propias, que deben conocerse para saberlas aplicar. Se contaba con un mandatario armado de los recursos de que la rutina no sabe hacer uso. Fuera del ejército, entonces más necesario que nunca, y el cual sometió a una efectiva organización mediante instructores solicitados en el extranjero, su preocupación fué la base económica del país. No tenía por conveniente que la nación perdurara en el sacrificio de su poca riqueza privada por la defensa de la patria; el papel moneda era algo ficticio como dinero, que cuanto más depreciación sufría, en la misma proporción se iba empobreciendo la sociedad. La situación que ello estaba originando, era necesario que por la intervención del gobierno cesara cuanto antes, a fin de evitar días de miseria general. En tal sentido solicitaba la cooperación del Congreso Nacional, señalándole los puntos en los cuales se debía basar para la formulación de leyes reformatorias del sistema de recaudación en uso, para el cual pedía un "cambio radical".

Como órgano de publicidad de los actos del gobierno, se venía usando un periódico particular; Báez instituyó la Gaceta del Gobierno, exclusiva para el caso. Confió su dirección al venezolano Manuel María Martín, quien, tiempo después, fué desterrado por Santana, a causa de hacer política, por medio de escritos privados, en favor de Báez. La instrucción pública había pasado como actividad o institución social para ocuparse de la cual faltara tiempo. El año 47, Filomeno de Rojas y Stanley Heneken pidieron al Tribunado la supresión de la suma presupuestada para enseñanza pública, alegando la falta de institutores en el país. El Presidente Báez, consciente de lo que ese fac-

tor de civilización representaba, incluyó la instrucción en las gestiones de su gobierno. Una de las creaciones últimas fué el colegio San Buenaventura, que en Santo Domingo satisfizo la inaplazable necesidad de estudios en los jóvenes.

Las diligencias en el sentido de acordar con Haití una paz definitiva, constituyeron un capítulo revelador del interés que merecía al gobierno la estabilidad de la Independencia. Parte del mismo capítulo lo formaron las solicitudes de intervención hechas a naciones europeas para que los haitianos desistieran de su temerario empeño. La prueba viviente que estaba dando la República, con un período de paz constructiva, de ser apta para la vida de relación internacional, valía a manera de requisitoria cerca de dichas naciones. Hubo con Haití un armisticio por el año 1852, en que Francia e Inglaterra se comprometieron a "hacer respetar la Independencia de los dominicanos". Después, fuera Báez del poder, por efecto de sus anteriores actividades diplomáticas, firmaban la Reina de Inglaterra y el Emperador de Francia las letras patentes por las cuales daban seguridades de "mantener la Independencia y la prosperidad de la nación dominicana". Para un convencido de que el protectorado es la más acertada solución para quitarse de encima la perenne amenaza haitiana, tal promesa representaba una confirmación de su criterio. En febrero del 53 hizo Báez entrega del mando al elegido Pedro Santana.

***

Un hombre de Estado, el primero entre nosotros, descendía de las alturas del poder. Su labor había revelado cosas que hiciera falta conocer. Entre ellas, el

ejemplo de un verdadero gobernante o conductor de la vida nacional, y hombre que debía ser el rival de quien hasta entonces era tenido por único. En él había lo que estaba haciendo falta a los aspirantes a un cambio de caudillo, los cuales fracasaron el 44, con la asonada del 9 de junio; el 45, al no cuajar la trama revolucionaria que causó la barbaridad de fusilar a una noble mujer; el 47, con la muerte de los Puello; y el 49, cuando tuvieron la mejor oportunidad como fuerza armada. Por eso, todos los que continuaban alentando la esperanza de aquellas ocasiones frustradas, se sentían inclinados al nuevo hombre. Empero, era una obra que estaba por hacer, un nuevo camino por andar.

Báez se dedica a sus actividades particulares, dirigiendo las empresas que tiene en campos de Azua. Lo que acaba de realizar le da derecho a no temer o esperar nada de nadie como enemigo; mas, no sucede así. Los políticos santanistas, políticos al fin, no quedaron satisfechos de que ese hombre pasara por el mando, procediendo correctamente y con entera independencia, teniendo a la vez el tacto de no rozar con la esquivez y suspicacia de Pedro Santana. Este mismo tuvo sus recelos, y se mostró quisquilloso y sensible a las habladurías de amigos o adeptos. La razón que estos tenían para manifestarse contrariamente a Báez, era que, con Santana estaban más a sus anchas y bien tratados, manteniendo la condición de organizadores convencionales de la cosa pública, ya que el jefe se desentendía de cuanto no fuera el ejército y los asuntos internacionales, yéndose a sus posesiones del Seybo. Una ola de animosidad se levantó contra Báez, no

siendo más que cuestión de rivalidad política, y, llegadas las cosas al extremo de ser desterrado del país con toda su familia, fué a parar a la isla de Saint Thomas. Desde allí contesta los cargos que en una proclama le hiciera el Presidente Santana.

De dos personas que mutuamente se dicen denuestos, adulterando los hechos que se tiran a la cara por necesidad de zaherirse, debe lamentarse, si son merecedores de algún respeto, que hayan descendido al bajo plano de la vulgaridad. Lo sensato es apartarse de la escena, y seguir adelante.

***

En Báez comienzan a ponerse en juego los recursos del político criollo. Tiene de frente una fuerza enemiga, nada menos que la más poderosa en el país, y contra ella comienza a operar, con el fin de debilitarla, al compás que su ascendiente se va formando y crece. Cuenta de antemano con todos los descontentos de Santana. Por cuantos medios se le ofrecen hace llegar cartas a la República, alentando la oposición.

Una época determinada posee su caudillo, que es el que se vigoriza con la cooperación social en forma predominante, y tiene un ciclo de evolución en el curso del cual es incontrastable. Otro caudillo se puede formar y crecer, pero no tanto que anule al principal, sino cuando éste acaba de recorrer su ciclo. Es más una cuestión colectiva que individual. Una manera de sentimientos y carácter, crea la individualidad que le es adecuada; la que no lo es tan cabalmente, no está en sazón o de turno. Trátase desde luego de pueblos en pleno período de caudillismo.

Apreciable ya el número de partidarios de Báez, especialmente en la Capital, no fué extraño que urdieran una revolución, para ver de devolverle al país el hombre de tan buenas credenciales. Fué la fracasada trama del 55, que ocasionó la muerte de Duvergé y Tomás de la Concha. Por suerte, Báez es un espíritu a quien no desalientan los mayores contratiempos, y sigue adelante en sus planes. Además, no puede vivir indefinidamente fuera de la República, y mucho menos sus numerosos parientes, y de alguna manera debe reintegrarse al suelo patrio a explotar sus negocios, y también a tomar las riendas de la cosa pública, en habiendo lugar para ello.

***

Saint Thomas era punto de escala de los buques que iban y venían de Europa para buena parte de América. Allí se veían personajes de diversos países en espera de alguna oportunidad de embarque. Llega Antonio María Segovia que va para la República Dominicana como cónsul general de España. Báez, que es hombre listo, le visita, le informa de su calidad en la vida pública del país, y a la vez se entera de los proyectos que el cónsul tiene el encargo de presentar al gobierno dominicano. Ofrecida su cooperación, a cambio desde luego de que influyera en su retorno, ello no pasó de un recurso del cual podía en último término echar mano el representante español. Mas lo importante para Báez fué, convenir en mantener con aquel correspondencia luego de instalado en su cargo. En Santo Domingo se supo de tales conversaciones, y los opositores del gobierno miraron con simpatía a Segovia.

Ratificado el tratado dominico-español que trajera, y convencido el cónsul de que no sacaría nada de Santana, puso en práctica el recurso de la matrícula, del cual estuvo bien enterado Báez. Los matriculados, aprovechando tan buena coyuntura de hostilizar impunemente al gobierno, izaban bandera baecista, y se tiraban a la calle a aumentar y encender la simpatía por el hombre. La gente nueva, señalada como juventud intelectual, tenía en aquel a su elemento propio; tipo de la ciudad, con lustre cultural y que sabía conducir las funciones públicas. La atmósfera social y política de Santo Domingo, se volvió francamente baecista. Al renunciar Santana la Presidencia, y quedar en su lugar la blanda materia de Regla Mota, sobre ella presionó Segovia, y todo sucedió a la medida del querer público capitaleño, y también azuano e higüeyano... Báez retorna al país; no tarda en ser electo Vicepresidente en reemplazo de Abad Alfau, renunciante, y en el tiempo de cuarentiocho horas pasa a ocupar la Primera Magistratura de la nación. Fué en octubre del año 1856.

⁂

Casi instantáneamente salieron afuera todos los resentimientos antisantanistas, y hubo muchos días de placenteros desahogos. Sucede la acusación contra Santana, acogida por el Senado Consultor. Báez, por su parte, actúa en el caso con la mayor prudencia, porque reconoce tener compromiso moral con los cónsules intervinientes en la reconciliación que le permitiera regresar y volver a tomar el mando. Dió una resolución el Poder Ejecutivo, disponiendo que el Presidente de la República celebrase una entrevista con el

Senado Consultor, para pedirle el sobreseimiento de la acusación. Cuando pasaron esos días tormentosos, mezclados de amagos de insurrección, comenzó Báez a mostrarse en su manera de entender el gobierno, respecto a la nación dominicana. Los últimos acontecimientos le daban la razón, a su parecer, respecto a como debía ser encauzada la República. El ministro de la República en España Rafael María Baralt, que se había opuesto a la interpretación de Segovia sobre el artículo en que fundaba la matrícula, defendiendo así el interés de la patria dominicana, fué separado del cargo. Hizo más el Presidente Báez: envió a España las notas originales en que el ministro daba cuenta de la dilación de la Corte en resolver la cuestión dominicana. Baralt, a consecuencia de ello perdió el puesto de director de la Gaceta española. El caso se ventiló en el Tribunal Supremo de la Corte, y Baralt salió bien de los cargos que desde aquí se le hacían. Báez había hecho de esto una venganza personal, buscando el justificar a Segovia, su protector, para quien la más extremada complacencia hubiérale parecido poca cosa. El cónsul español fué destituído, y por último recibió del gobierno dominicano una suma de dinero para cumplir determinada misión en el extranjero. Cuando se vió en otras playas, no dió más razón de si ni de su encargo.

Un merecido homenaje, que sin Báez en el poder no habría sido dable recibir, le tocó al General José María Cabral, héroe máximo de la batalla de Santomé. El Senado, en nombre de la República, le dió una espada de honor con las inscripciones: *Gratitud Nacional y Honor al General José María Cabral.* Después,

un decreto concedió una medalla de plata a las tropas, y una de oro a los generales, jefes y oficiales participantes en la última campaña de la Independencia.

***

Está corriendo el año 1857. Santana desterrado, no inquieta a sus fogosos enemigos. Sobre el suelo firme de la paz, Báez se pone a laborar, pensando nada más que en el incremento de todas las actividades sociales, para que con el aumento de la riqueza se coordine el mejoramiento de la vida, no parcialmente, al estilo colonial, sino alcanzando todas las capas de la población. En el Cibao, donde está siendo posible levantar la agricultura, y productos como el tabaco, con mercado en el exterior, sirven de base a la prosperidad regional, se efectúa cada año una clase de transacción, beneficiosa nada más que para los comerciantes, a expensas del sacrificado cosechero de tabaco. Aquellos "iban o mandaban sus agentes a la Capital a negociar grandes cantidades de giros en oro por su equivalente en papel del Estado, para las compras del tabaco y los pagos de transporte a los puertos de embarques". Mantenían por ese medio un monopolio en el cambio con el campesino. Cercana la cosecha, escaseaba convencionalmente el numerario, y el agricultor, desesperado, tenía que aceptar condiciones de precio que le permitían al comerciante un amplio margen de ganancia. El cambio corriente era de ochocientos pesos por una onza de oro. Al Presidente Báez le preocupó el caso. e intervino en abierta oposición a los comerciantes. No era posible permitir, sustentó, que al verdadero dueño de la mercancía se le despojara del beneficio a que le

daba derecho privilegiado su trabajo. Realizado ya por los comerciantes el cambio en la Capital, pidió al Senado Consultor que decretara, como lo hizo, la emisión de billetes hasta algunos millones. Luego, fundándose en que el Senado había hecho la emisión con el objeto exclusivo de "distribuir en la clase agricultora el papel moneda de que carecían, por el estanco periódico que hacían de él los traficantes para establecer el monopolio", dió una resolución mediante la cual se nombraba una comisión que se trasladara a Santiago y a La Vega, con el fin de ofrecer al público el cambio de papel moneda por oro, a razón de mil cien pesos la onza. Integraron dicha comisión los señores Antonio Abad Alfau, Pedro Valverde y Damián Báez. De esa manera, el campesino vería aumentarse el valor de sus frutos y demás bienes en toda la proporción que le quitaban los compradores, y algo más. Cuando lo supieron, bendijeron al Presidente Báez, que se cuidaba de que ellos no continuaran siendo víctimas de los ricos comerciantes y especuladores. Estos a su vez maldijeron del intruso que los venía a arruinar, puesto que tan "inconsulta" operación efectuada directamente por el gobierno, les representaba una cuantiosa pérdida. No concebían ya una alteración en las ganancias preestablecidas, no soñando un mediador, con autoridad legal, entre ellos y el campesino. El gobierno iba a tocar el punto extremo, si el caso lo pedía, de comprarle directamente al campesino el fruto de su labor. Para ello tenía tomadas sus precauciones. El ministro Juan Esteban Aybar había hecho depositario de una suma de dinero al sacerdote Manuel María Valencia, cura de la parroquia de Santigo. El terrible efecto de la provi-

dencia oficial ocasionó la reacción revolucionaria del 7 de julio iniciada en la ciudad de Santiago de los Caballeros.

⁂

Es un hecho que se presta a alguna consideración, el que un Presidente de la República, persona de arraigo desde antes del cargo, comprometa su calidad oficial en el propósito de servirle a la masa social del campesino, poniéndose, espontánea y responsablemente, de frente a la muralla de intereses levantada por los ricos y acomodados. Ha estado en la conveniencia de su permanencia en el poder, el aliarse un presidente con los representativos del poder privado. El uno al lado de los otros, se ayudan mutuamente, con mira a crecer en preponderancia y estar prevenidos contra los que no se mueven en su plano. El campesino constituye la última capa social, aunque es la más sana. Mientras los demás se mueven y perciben las diferentes sensaciones de la vida, aquel permanece estacionario, cerca del estado vegetativo. Sin complicaciones espirituales, y con la sencillez que le hace propicio al asiento de todas las virtudes, retiene el primitivo estrato del alma nacional, al cual le ha hecho falta el fermento de la aspiración; pero este es hijo de condiciones del ambiente circundante, favorable a la liberación del alma, y que la hace dueña de sí y confiar en sí. En el campesino, el ambiente que le ha rodeado, lejos de estimularle para hacerle dueño de su vida, le ha presionado y reducido a un estado de conformidad pasiva, que no le ha permitido vivir más que a un paso de la animalidad. Todo el mundo ha tirado a explotar sus energías, no devolviéndole un valor que lo eleve sobre

la condición de paria. El ricacho de finca le pone a trabajar y le paga con carne de una vaca horra, con queso, o algún caballo, si la labor es considerable; el dinero es escaso en tales transacciones. Las compañías extranjeras, explotadoras de la tierra, empiezan dando un jornal razonable, pero de buenas a primeras alguien interviene como contratista, o se le hace saber a la empresa lo mucho que se puede ahorrar en el gasto de braceros, y la paga se vuelve mísera, y con ella nacen en el patrono el desprecio y la insolencia, y por necesidad de comer, siquiera pésimamente, se lleva todo en paciencia. El mal se extiende a rendir labor en horas de la noche, al mismo ínfimo precio que en el día, y a despreciar sin quererlo, la tradición de no trabajar un viernes santo, verbigracia. La pequeña cosecha de los frutos, cuando se tiene el cuadro de tierra cultivado, quizás da para comprarle una muda a cada miembro de la familia y un par de pesos, fuertemente anudados y bien guardados que desafiarán días de privaciones, en espera de una "necesidad". Mas lo general es una condición de pobreza que no permite la adquisición de la ropa necesaria y las piezas del dormitorio. La alimentación de baja calidad se hace un hábito que no levanta protesta. Por necesidad de sentir menos las amarguras de la existencia, tiene que ser haragán; es una manera de sacarle el cuerpo a la pesadez del trabajo incompensado, que no estimula ni puede proporcionar felicidad. En ese aspecto, su gran desquite está en el placer de una fiesta o de los gallos, pero no siempre le es dable lograrlo. Cuando va a la ciudad y consigue asidero, y prueba diversas sensaciones, sin la dificultad que había imaginado en la sole-

dad desamparada de los bosques, tiene sobrada razón en no querer volver allá, aunque lo tilden de "enemigo de la tierra". En el campo, como amigo de la tierra, padeció estrecheces que le animalizaron; en la ciudad bien que menos libre, puede vivir, gustando de lo mismo que la gente. ¿Quién se está acordando, entre quienes pueden y debieran hacerlo, de esa clase sufrida y exprimida, en el fondo de cuya alma yace un grito ahogado que clama protección y ayuda? El Presidente que convirtió en uno de los puntos fundamentales de su programa de gobierno la firme determinación de levantar la masa social sólo tenida en cuenta en lo que es beneficio para grupos y no para ella, estaba, inconscientemente, trillando el camino que le conduciría a dar con la clave de poner a vibrar íntimas cuerdas pasionales del pueblo dominicano. Tocar ese extremo, le daría en compensación el privilegio de ser el único caudillo nacional que de entre los desbordamientos pasionales del alma popular, sacó afuera la virtud de la lealtad, y la puso a brillar con una luz inapagable en el pecho de cada prosélito. Aparte de eso, es una manifestación que enaltece a un hombre en cualquiera latitud de la tierra, el dedicar su ascendiente en la vida pública a defender determinado sector social colocado en condición depresiva. Teodoro Roosevelt tenía sobre su escritorio de la Casa Blanca, en Washington, la vera efigie de un vaquero. Alguien le preguntó un día la razón de estar allí esa fotografía, y su respuesta fué: "Ese hombre representa la clase social por quien yo estoy aquí, en la presidencia. Necesitan tener quien hable por ellos y les defienda sus derechos..."

*
**

La revolución fué la primera oportunidad de adherirse firme y definitivamente un grupo de hombres constituyentes del núcleo inicial de los que más tarde formarían el partido baecista o rojo. A pesar del prestigio político y social de los directores del movimiento, autoridades militares de La Vega, Moca, Puerto Plata, y en el mismo Santiago el Comandante José Hungría, secundado por Pepillo Salcedo, quisieron oponerse a la insurrección, pero se quedaron solos. Pedro Florentino abandonó la gobernación de La Vega, y se retiró a Santo Domingo, Tito Salcedo en Moca, y con quien cooperaba el joven Memé Cáceres, fué hecho preso y llevado a Santiago. Juan Contreras en Puerto Plata, como hombre respetuoso de la autoridad legal, no sostuvo al gobierno porque nadie le quiso acompañar. Higüey como un solo hombre, mantuvo la autoridad de Báez, hasta ser tomada tras crudas peleas en sus calles, en que lucharon por el gobierno el General Merced Marcano, enviado allí expresamente, y Manuel Mora, a quien encontró en la población el ataque, por estar cumpliendo una promesa. Dichos generales se replegaron con una tropa a Santo Domingo. Fuerzas que bajo el mando de José María Cabral y Francisco del Rosario Sánchez abrieron operaciones sobre el Seybo, comenzaron triunfantes, pero no tardaron en ser obligadas por el denodado Bernabé Sandoval a concentrarse a la Capital. Valentín Ramírez Báez abandonó Azua, y granjeó las murallas de Santo Domingo. El comandante Elías Jiménez, en San Juan, sitiado por Silvestre de los Ríos, prefirió suicidarse a capitular. Emilio Parmantier llegó embarcado a Samaná y recuperó la plaza, haciéndose allí fuerte por el

gobierno. Sitiado éste en la Capital y Samaná, sólo le queda libre la mar, donde una escuadrilla, bajo el mando de Simón Corso, domina, en extremo de ir al Norte de la República a hostilizar los barcos de la revolución mandados por Juan Alejandro Acosta. La resistencia de la Capital durante once meses, resultó una prueba favorable a Báez. Toda la juventud de la ciudad tomó las armas, y ayudó a mantener a raya a los sitiadores. Los hermanos del Presidente estuvieron en sus respectivos puestos de acción; dos murieron. El mismo Báez alentó personalmente a los luchadores, y, en general, se afirmó su prestigio entre tantos generales y oficiales como allí había. No sucedió lo de Jiménez, que capituló sin luchar, y ya eso era garantía de que no faltaba decisión para seguir adelante el empeño de disputarle el predominio a los contrarios. Capitula el 12 de junio de 1858 y se embarca para Curazao. Allí será en lo adelante su refugio o centro de conspiración cuantas veces tenga que abandonar el país, arrojado del poder. Esta caída le hace desear más ahincadamente el mando. Abre una oficina de donde despacha clandestinamente por cada oportunidad, correspondencia política que sirve para alimentar el espíritu de bandería. Un grupo de los sostenedores de la plaza sitiada no creyó en las garantías estipuladas en la capitulación, y se fué de la República al mismo tiempo que Báez. Establecidos en Haití, Jamaica, Saint Thomas, y el mismo Curazao, los más necesitados de dinero recibían la ayuda directa de aquel, que para eso tenía la mano liviana y aparecía como un buen compañero, el más deseable en situaciones semejantes. Esa manera suya, nunca más falló, y contribuyó

a que fuese eximido, por la voluntad de los adeptos, de toda cooperación guerrera en que pudiera peligrar su vida.

En la Capital quedó formada la primera semilla del futuro fanatismo baecista. Después de ocupada la ciudad por los sitiadores, se vió transitar las calles a los más fogosos simpatizadores del mandatario derrocado, con la barba crecida, como distintivo de la filiación política y señal de quien tiene promesa en espera de que algo se realice. Mirado el gesto desafiador, algunos santanistas hicieron uso de sus prerrogativas de triunfadores, y se lanzaron a suprimir en la vía pública tal "insolencia", atrapando baecistas con barbas o *borregonas*, así se las llamaba, y suprimiéndoselas por medio de tijeras, cuchillos o cualquier instrumento cortante. Relata una copla de Eulogio Cabral, que un señor montado en ira por ese desaguisado, descolgó su folla (*), y con ella debajo del brazo paseó la ciudad mostrando aire retador, para ver si alguien se atrevía con su barba, y que, no apareció quien quisiese jugar tan peligrosa parada.

En el curso del año 1859 ya se conspiraba en la Capital y el Sur. En aquella ciudad hubo los preparativos para una insurrección. Las cárceles se llenaron hasta no poder contener un preso más, y se tuvo por conveniente aligerarse de esa carga desterrando una buena cantidad de baecistas. En Azua hubo principio de insurrección. Afuera, muchos desterrados que no

---

(* Folla. Antigua carabina que se atacaba con cartucho acompañado de un proyectil de plomo en el extremo, y se disparaba por medio de un pistón...

se dan punto de reposo en el buscar el medio de volver a la patria, arma al brazo, para arrojar del poder a Pedro Santana y los suyos. La actitud de aquellos representaba la definida expresión del carácter del caudillo, cuya silueta se estaba delineando en el escenario nacional. El gobierno dominicano está empeñado desesperadamente en la campaña de obtener el protectorado o la anexión. Báez lo sabe, y como sincero partidario de esa fórmula, creída solucionadora de todos los problemas sociales y políticos dominicanos, no puede, por su antagonismo en la política interna con el personaje que dirige ese movimiento, declararse abierto partidario de dichas gestiones. El interés político, en ausencia del patriotismo, que para él es cosa secundaria por estar sujeta a especiales condiciones sociales, le aconseja oponerse a dichas gestiones. Empero, en el entretanto, fracasados ya los golpes con puntos de apoyo en el país, permaneció indeciso, en espera de orientarse por entre el curso de los acontecimientos.

Se consuma el hecho de la reincorporación a España. Los partidarios de Báez, aunque le conocen la vocación, reconocen la oportunidad, falsamente, por lo que después se vió, de levantar el patriotismo del pueblo contra la obra proditoria del gobierno, y apelan para sus proyectos expedicionarios a la protección haitiana, de que el caudillo no podía echar mano. El principal organizador de aquel noble y patriótico empeño, aunque adicto a Báez, lo dirigía, no como baecista, sino con el alma puesta en la excelsitud de la patria e iluminada por la luz de la gloria que la aureolaba, sin él saberlo, hacía diecisiete años. Un puñado de quienes

le acompañaban, también baecistas, se movía nada más que por el sentimiento de patria. Los demás, la mayoría, estaban cubiertos de un convencional manto de abnegación, que había la esperanza de arrojar pronto de sí, no bien llenara su objetivo de franquear el triunfo.

⁂

Una nación fuerte apoderada de la República, significaba la abolición de los recursos sediciosos para alcanzar el mando. A falta de elevada finalidad patriótica, había, pues, que plegarse a la realidad, y adaptado a ella sacar el mejor partido posible. Muchos baecistas, de los mismos que acompañaron a Francisco del Rosario Sánchez por la línea fronteriza, se acogieron al indulto general dado por las autoridades españolas y vinieron al territorio; otros no quisieron regresar por odio a Santana, contándose entre estos, de manera especial, los que prefirieron, para asegurar la manutención, hacerse ciudadanos haitianos. En general, en lo íntimo de cada baecista sólo tenía de malo la anexión el no haberla llevado a efecto Báez, lo que habría significado el predominio político de él y sus adeptos. Por los primeros tiempos del régimen exótico, el baecista descartado naturalmente por Santana, se arrimaba a las autoridades españolas. Y Buenaventura Báez, ¿qué hace? ¿cómo buscará sacar partido, no a título de dominicano que quiere el sueldo de un empleo, sino como caudillo con derecho a una posición de preeminencia en la vida pública de su país? Se va a la Corte, donde tiene muy buenas relaciones, hace presentar su calidad política en la extinta Repú-

blica como un resorte más para conseguir allí la estabilidad del régimen colonial, y el gobierno español, que no aspira por de pronto a otra cosa, asegura la cooperación del político, nombrándole mariscal de campo del ejército de la Monarquía. Es un cargo más honorífico que de efectividad militar. Al favorecido le vale de credencial para desempeñar cualquier alto cargo en la Colonia, que él cree posible en un cambio que ocurriera por inesperadas circunstancias o conveniencia política. Con el aspirado cargo de Capitán General, espera verse en condiciones de imprimirle a la vida dominicana la organización que bajo una garantía cierta le permita avanzar por el camino del progreso que la haga feliz. Mientras la oportunidad de cumplir ese propósito llega, el mariscal vive en París la vida de alto personaje, codeándose con los grandes señores, especialmente españoles. Esta situación es transitoria, no le monopoliza el espíritu en extremo de quererla para siempre y no poderla abandonar sin dolor. Más valor tenía ya para él, que no era fatuo, el darle efectividad a la aspiración y firme propósito de impulsar y ayudar a moldear al pueblo dominicano.

***

En el territorio se desata una guerra libertadora, en la que todo el pueblo acaba por empeñarse, sin santanismo ni baecismo, sino como dominicano. Hasta hermanos de Buenaventura toman parte en la lucha del lado de los patriotas. Triunfa el interés de patria. Báez, que ha tenido puesto un oído al ruído de la contienda, siguiendo sus tonalidades hasta que se ve sorprendido por la decisión de la Monarquía de abandonar la Co-

lonia, se apresura a reintegrarse a su pasada condición de dominicano y también de caudillo, si es dable, yendo a la Corte y presentando a la Reina su renuncia del empleo de mariscal de campo. En ella declara que "el pueblo tuvo la esperanza de hallar bajo el cetro de la reina un amparo contra los funestos efectos de las discordias civiles". Y continuar: "Hoy, Señora, el pueblo busca otros destinos, y la nación española se desliga de todo lazo para con ella. Hoy también me creo yo en el deber de no separar mi suerte de la de mi país, y deseo permanecer dominicano, siquiera esta resolución de mi parte se juzgue torcidamente, a pesar de ser una prueba más de mi amor filial, de mi constante adhesión a mi patria, sin dejarme otra perspectiva que la continuación del injusto destierro que me había sido impuesto". Fecha: 15 de junio de 1865. Presume, según sus últimas palabras, que en la República próxima a liberarse, existirá una unidad de pensamiento en cuanto a la idea de patria, y una disposición unánime a negarle entrada a toda tendencia ya conocida, como la suya, desviadora de la condición gallardamente conquistada. Retorna a América y se establece en Curazao, isla donde residen sus familiares.

⁂

La República desde el 11 de julio es libre otra vez. El nombre de Buenaventura Báez no estuvo enteramente descartado en el curso de la guerra. Pepillo Salcedo en Santiago, cuando se inició la campaña, le recordó, pensando en una cabeza dirigente, colocada frente a Santana. Se le despertaba una dormida simpatía. El año 1864, después que la presencia de Ca-

BIBLIOTECA NACIONAL - SANTO DOMINGO

bral en los cantones del Sur atrajo a tanto remiso baecista, comenzó a aprovecharse apartados corrillos dentro de cada cantón, para trazar planes de futura política, en los que no faltaba Buenaventura. Algún pariente le daba color a estas conversaciones. El escenario era propicio, por ser el jefe superior de operaciones el primer baecista. Ya concentrados todos en la Capital, se estableció comunicación con el hombre. Estaba en aquella isla, hacía saber, a la orden de los amigos para lo que juzgaran conveniente. Un día del mes de octubre Tomás Mercedes Botello en Higüey da un grito de insurrección en favor de Báez; Antonio Guzmán le secunda en Macorís, y Pedro Guillermo desde el Seybo, lugar donde domina a título de principal jefe restaurador, se encarga de darle cuerpo al movimiento, formando una junta de gobierno, y marchando con fuertes columnas sobre la ciudad de Santo Domingo. No tuvo ningún obstáculo y se acampó en Pajarito De allí enseñó los dientes, como quien dice, y tan pronto ocupó sin resistencia la ciudad, lo dispuso todo a su voluntad, que era traer a Báez de Presidente. Aunque funcionaba en el momento una Asamblea reformadora de la Constitución, dicho cuerpo no tuvo trabas para llenar su labor, pero sometiéndose a la realidad de darle paso a Báez, a quien eligió Presidente de la República el día 14 de noviembre. Algo más significativo sucedió: Cabral, que preside el gobierno llamado el Protectorado, se siente altamente complacido con la elección; las poblaciones del Cibao, tan ajenas a ese movimiento político, y todavía carentes de calor de simpatía por Báez, se van adhiriendo seguidamente como mazorca que se desgrana, y a la cual se le deja

un solo grano. Ese solo fué lo que simbólicamente representó Luperón en Puerto Plata.

⁂

Cualquiera persona de las que coordinan los actos de los hombres públicos con las normas de los principios, exclamará: ¡cómo es posible que el pueblo dominicano preste ya su aquiescencia a la elección de Báez para Presidente de la República, cuando ni siquiera ha pisado el territorio luego de despojarse de la faja de mariscal de campo español! El hecho tiene su explicación. El pueblo dominicano es todavía un conglomerado necesitado de director de opinión pública o caudillo. Cuando se presentan problemas que afectan su vida o destino, en ausencia de una conciencia colectiva que determine convicción e impulse a exigir una determinada solución, se atiene, sin pesar razones, a lo que sus hombres o directores de opinión dicen o hacen. Todo lo que en tal sentido le atañe, lo deposita en ellos. La anexión a España la aceptó así. Reaccionó contra ella sin directores que inicialmente le pusieran a luchar. En su masa se fueron levantando fermentaciones parciales que progresivamente afectaron el resto de ella, hasta que el todo estuvo en movimiento. La unidad social puesta en acción de esa manera, no tiene la compactación que por sí representaría la dirección de un caudillo en quien todos fían, sometiéndose de grado o por fuerza a lo que él disponga. La guerra de la Restauración arrastró a todos los dominicanos, unos en pro de la patria, otros en contra. Se produjo una copiosa cosecha de generales y oficiales, y todo el resto de hombres aptos para la lucha, quedó armado. Cada región dió sus líderes, todos

de corte regional; no se alzó uno solo tras quien la multitud de combatientes y el pueblo se unificaran, obedeciéndole y apoyándole. El espíritu gregario del pueblo no puede estar sin un caudillo; es un recurso sin el cual se siente torpe, por tener que hacer muchas cosas por sí, que no ha aprendido a hacer. Terminado el ciclo de Pedro Santana, está la sociedad muy lejos aun de marchar sin caudillo. El esfuerzo supremo y la enseñanza de la guerra no son aprovechables por la deficiencia educacional aparejada a la falta de evolución colectiva. El nombre de Báez es el único nacionalmente ahora conocido, y de que se puede echar mano, por haber dado prendas de caudillo. La multitud de gente de armas, ignorante del ideal de patria acabado de defender, está pidiendo a gritos el tronco poderoso a que arrimarse en la política. Todo es empezar, y como no hay en los más, principios que sustentar, al grito de que Báez es el hombre, se está con Báez, y después se verá lo que mejor convenga. Con el empezar de lo que llamamos la Segunda República, se inicia, pues, el curso ascendente del ciclo de un nuevo caudillo. Sin embargo, algo se ha adelantado o caminado. El estado del alma colectiva no sigue siendo el mismo de la Primera República. La guerra ha creado campeones de la libertad que librarán una recia batalla hasta quedar vencedores sobre los anexionistas, no en fecha o acontecimiento fijos, sino apovechando el rodar e influjo progresivo del tiempo.

*
**

No dejó de impresionarle a Báez lo pronto y rápido de la adhesión a él de todo el pueblo dominicano, tan bueno, pasional y vertible, aunque incapaz, pensa-

ba además, de realizar su destino sin la acción directriz y dominante de una fuerza. Tenía ante sí un motivo más, en la que ya era serie, y no sería el último, que le remachaba su ya arraigada convicción. Llega una comisión a comunicarle oficialmente el vuelco político que le ponía en las manos el poder. Entre los comisionados se hallaban José María Cabral, héroe de las guerras libertadoras, aparte de ser un antiguo y leal adicto, y el joven Ignacio María González, enteramente nuevo en política, y que tan honrado se sentía de ser partícipe en esa misión. El día 2 de diciembre retornan los comisionados en unión de Buenaventura Báez. Fué recibido jubilosamente por la ciudad entera, como un mesías. Rápidos preparativos permitieron que la juramentación ante la Asamblea Constituyente, presidida por Fernando Arturo de Meriño, se efectuara el día 8 del mismo mes. El Presidente de la Asamblea en su discurso valiente y patriótico y digno de quien había protestado de la Anexión, cuando el pueblo la aceptaba sumiso, tuvo palabras de reconvención para el que fué mariscal de campo español, indiferente a la lucha en que la patria reclamaba el cruento sacrificio de sus hijos. La realidad que tenía ante sí le hacía poner la consideración en los "profundos e inescrutables secretos de la Providencia". Consignaba por otra parte, que "tan inesperado acontecimiento tenía aun atónitos a muchos que lo contemplaban..." En estas palabras y todo el discurso de que se toman, se toca un solo aspecto de las diversas fases del hecho, el del patriotismo. Eso les ha dado un prestigio, en el sentido de fascinación, que ha hecho repetirlas al través del tiempo como una expresión de la única verdad en

aquella hora, que vale para castigar al hombre alzado en triunfo por encima de todos los respetos sociales ligados al patriotismo. Con todo, la realidad que fué, tiene una explicación clara y concreta, que no pide invocar los inescrutables designios de la Providencia. El movimiento espontáneo de un organismo social, resultante de sus motores pasionales, y siguiendo caminos torpes o acertados, pero que son propios de su modo de ser en el grado de racionalidad que le corresponde, es una función orgánica natural, producida por leyes que rigen al organismo. Cuanto éste realiza, bueno o malo, tiene su causa en sí, conocible o explicable para quien la estudia. El acto de imponer y traer al poder a Buenaventura Báez, fué un querer de la sociedad, y sin tal disposición de ánimo ¿cómo hubiera podido volver el hombre? Es insensato que quien no ayudó a libertar, sea reclamado para dirigir la vida que otros conquistaron; pero en esa insensatez, el mayor pecado no es del individuo que en mirando cerrados los caminos no se atreverá a dar un paso; aquella es de la colectividad, parecida entonces al caballo no domado, necesitado de fuerte freno, serreta y espuelas. El mismo favorecido Báez pensaba así, corroborado en su apreciación por el pueblo que le llegó a idolatrar

***

Meriño y Báez; dos hombres que se combaten en nombre de ideas políticas opuestas. En aquel instante, Meriño parece un preclaro varón que habla desde la altura de su grandeza moral, como un sacerdote, no de la iglesia, sino de la patria. Sin embargo, la realidad social pasará después por sus manos, y los proce-

dimientos que pondrá en práctica para cumplir un programa de gobierno, le presentarán en el panorama de la historia como hecho de la misma pasta que Buenaventura Báez.

Luego de la ceremonia en la Asamblea Constituyente y el Te-Deum en la Catedral, se pasó al Palacio Nacional para el acostumbrado brindis, no faltando Meriño. Cumplió la cortesía de felicitar al Primer Magistrado, lo que resultó una puñalada más en el alma mortificada y ávida de un desahogo del mandatario. Algunos altos funcionarios y amigos, al despedirse, le expresaron a Báez sus sentimientos por la "impertinencia" del sacerdote. Aquel tomó tan buena ocasión para manifestar de viva voz y con visible expresión de enfado, lo siguiente: "Yo nunca he andado descalzo vendiendo palomas en estas calles. Mi padre cuando murió, me dejó muchos miles de libras esterlinas en Inglaterra..."

⁂

Luperón en Puerto Plata, a quien tantas cartas le escribían compañeros de la pasada lucha libertadora, incitándole a cerrar fila con Buenaventura Báez, indignado como estaba, se pronunció contra el gobierno, tan pronto supo de haberse instalado. Lo secundaron en la Línea Noroeste Lucas Evangelista de Peña y Benito Monción. Los tres se quedaron solos. Federico de Jesús García sometió a los dos linieros en un momento, y Miguel Lovera, delegado escogido expresamente por ser cuñado de Pedro Guillermo, llegó a la jurisdicción de Puerto Plata, y, con la cooperación de los rancheros, primera población campesina que en el Cibao enar-

boló bandera baecista, dominó a Gregorio Luperón, que tuvo que abandonar el país.

Otro espíritu menos aferrado que el suyo al ideal de patria libre, habría sufrido una tremenda decepción, capaz de flojarle para la lucha por el ideal. Hubo un gesto irónico para su llamamiento, y hasta una logia quiso disuadirle de su testarudez. Una anticipada conciencia del papel que le tocaría desempeñar en la defensa y triunfo de los principios de libertad, le dictaba no ceder en su actitud. Todos gustosamente bajo el gobierno de Báez, ¿podría esto ser una situación permanente, habiendo tantos interesados en sacar algún provecho de lo oficial y criterios encontrados en la manera de entender la cosa pública? En asuntos públicos, un interés único y el agrupamiento de todos los asociados en torno a un gobernante, sólo es natural y espontáneo cuando se trata de la defensa de la patria. Fuera de ahí, la división en dos bandos es inevitable, por necesidad del equilibrio de los intereses colectivos en todos sus aspectos, y por reclamos de los derechos absolutos del ciudadano. La división en ese entero automatismo que rodeaba a Báez, no podía, pues, hacerse esperar. En el entretanto el gobernante se ocupa en aprovechar el estado de orden en todo el país, y comienza una saludable actuación gubernativa. Con una goleta recién adquirida, la Capotillo, se estableció con Saint Thomas un servicio regular de carga, pasaje y correo, que fué la puerta de comunicarse con el mundo comercial, por la especialidad de la situación geográfica de aquella isla. El intercambio comercial, y también social, con la misma, perduró de manera notable hasta entrado el presente siglo, en que perdió, al

dejar de ser posesión dinamarquesa para convertirse en norteamericana, su cosmopolita valor comercial y su fisonomía propia.

⁂

José María Cabral sentía una honda desilución por el puesto de simple adepto sometido a órdenes, teniendo ya credenciales para empinarse como personaje nacional. Disgustado, renuncia su cartera, se va disimuladamente al exterior, y desde allí conspira. Luperón escribe a los ex-compañeros, tocándoles el amor propio y señalándoles el ridículo papel que están haciendo. Se urde una trama revolucionaria, que afecta hasta al Ministro de lo Interior Pimentel. En abril, y eran pasados cuatro meses de estar funcionando el gobierno de Báez, se pronunciaron las principales autoridades del Cibao, y le abrieron las puertas de la patria a Luperón. Ya en el Sur habían ocurrido levantamientos prontamente sofocados ¿Había dado motivo el Presidente Báez para que se insurrecionaran contra su autoridad quienes le trajeron? Ninguna razón se podía señalar concreta y justicieramente, ya que la función de gobierno se desarrollaba dentro de la mayor legalidad y corrección social y política posible. Es verdad que por eso mismo no era dable convertir el gobierno en una agencia repartidora de mercedes. El Presidente Báez escoge al Ministro Pedro Antonio Pimentel, general restaurador, compañero de los principales sublevados, para que vaya en comisión al Cibao a cumplir cerca de aquellos, el encargo que en una carta credencial le expresa. Dice la misma lo siguiente: "Ausente de mi patria, y sin que yo hiciera cosa alguna

para volver a ella, recibí una Comisión informándome que de todos los pueblos se me llamaba al Poder; mis ulteriores indagaciones confirmaron esa verdad. Entonces, acatando la voluntad nacional, vine a ponerme a las órdenes de la gran mayoría".

"Sin embargo, y sin que trate de indagar las causales del movimiento, he determinado que Ud. se sirva ponerse en marcha cuanto antes al Cibao para decir en mi nombre a los habitantes de aquellas provincias, tanto los motivos que me impulsaron a admitir la Presidencia de la República, como también estas palabras que deseo queden esculpidas en la memoria de todos, a saber: que como servidor de mi patria, vine a cumplir el voto de la gran mayoría; pero que, si una minoría ya respetable, manifiesta el deseo de que yo rescinda el Poder, y me retire, estoy dispuesto a satisfacerla, convencido de que de esa manera sirvo también a mi Patria, evitando la efusión de una sola gota de sangre".

"Ningún órgano más digno que Ud. para interpretar estos sentimientos a esas provincias, sentimientos que no puede Ud. dudar jamás. Firmado: Buenaventura Báez. Santo Domingo, Abril 26 de 1866".

Pimentel partió para el Cibao y allí no cumplió el deber que su misión y su cargo le exigían. Procedió como político deseoso de satisfacer sus pasiones. Conocida ya su inclinación antigobiernista, al llegar a Moca, el fogoso e intransigente baecista Juan de Jesús Salcedo, Gobernador, le hizo preso, con amenaza de fusilarlo si la revolución no se disolvía. Libertado por las tropas de Luperón que tomaron la plaza a fuego y sangre, se atrevió, con gesto de hombre libre de pe-

cados, a escribirle al Presidente informándole de todos los sucesos y aconsejándole deponer el mando, conforme lo pedían los jefes revolucionarios. Agrega luego: "Yo no dudo que Ud., en vista de las circunstancias y de la imposibilidad en que está de sofocar la revolución, aceptará la exigencia que se le hace, ya para evitar la efusión de sangre, y ya para que mañana no se le culpe de las desgracias que sucederían". La carta es de fecha 5 de mayo, y se retrasó en llegar a Báez. Este todavía cree en la formalidad de las palabras del ministro, y en fecha 16 le escribe otra, ratificando su primera declaración de deponer el mando, antes que comprometerse en una lucha inútil. Dice además: "Detesto la guerra civil, y para evitarla, todo sacrificio lo creeré insignificante; así es que deploro los sucesos que han tenido y tienen lugar en esas Provincias, y no seré por cierto el que haga derramar sangre dominicana por conservar el Poder, de por sí gravoso. Quiero no obstante, dejar garantidas de una manera eficaz las personas e intereses de todos los ciudadanos que han sido fieles al Gobierno lejítimo".

"Las órdenes que he dado a todos los jefes de operaciones han sido de mantenerse a la defensiva, de imponerse del estado del movimiento del Cibao, y de decirles a los Gefes de dicho movimiento que envíen comisionados a entenderse con el Gobierno, a fin de evitar mayores males al país". Pimentel, que desde el día primero del mismo mes figuraba como miembro del gobierno de la revolución nombrado el Triunvirato, puso término a su doble papel, marchando con fuerzas sobre Santo Domingo. Próximo a la ciudad, le intimó la rendición al Presidente, y al no hacérsele caso,

tomó por asalto algunos puntos estratégicos de la plaza, y también la goleta en que tenía Báez su equipaje. Tuvo éste que asilarse en un consulado y hacer entrega del mando a los ministros.

Cuanto va copiado de las cartas de Báez y Pimentel, tiene una significación fundamental en las proyecciones que sobre la vida pública del primero alcanzarán los enredos pasionales, mezclados de sinceridad y picardías, que se movieron en torno al derrocamiento de su administración, surgida de tan especial manera. El momento político es de deslinde de banderías. Van a definirse las dos en que el todo quedará dividido. Una de ellas tendrá un caudillo, que será el del pueblo. En la repartición espontánea de elementos, por necesidad le tocará la porción cruda del alma criolla. Eso tendrá íntima relación con su modalidad, coordinada con el carácter del jefe o caudillo. La otra, en minoría, invocará los principios, y se alzará un poco sobre la realidad. Dará campeones del civismo. mas no por eso diferirá de su contrincante en lo íntimo. En no pocos casos revelará que está hecha del mismo material de la masa de que se formó su contrincante. Andando el tiempo dominará, pero no descartando los recursos de fuerza que le censuró al contrario.

*
**

Báez derrocado, vuelve a Curazao. Sus partidarios no han depuesto todos las armas. En el Cibao surgen por doquiera pequeñas hogueras que dan no poco que hacer a los triunviros; al fin son apagadas, pero temporalmente, porque en el fondo de cada alma de baecista hay un latir de inconformidad. El desquite guarda las armas en espera de su turno.

En la lucha se ha oido un nuevo grito desafiador: ¡vivan los triunviros! Y dondequiera que hubo ocasión, el militante de esa fila tuvo la satisfacción de exclamar: ¡yo soy triunviro! ¡qué vivan los triunviros! Su divisa había sido en la contienda el color azul. Este término sustituyó el de triunviro, que no tuvo más razón para sonar, tan pronto se acabó el régimen transitorio a que dió origen. El partido azul continuó reteniendo el poder bajo la Presidencia de José María Cabral. La tonalidad expresada por su nombre se correspondía con cierta moderación en las pasiones. Tenía su buen poco de ideología política liberal, que en un período de caudillismo quedaba naturalmente relegada a segundo término en el conquistar la simpatía de las masas. No entendían las multitudes más que de fogosidad pasional por el predominio de la persona o caudillo de quien hacían un ídolo. Ser azul pasaba por de buen tono, y los ciudadanos calificados de decentes o distinguidos, en su mayoría eran azules. Entre la gente de armas, contaban con tantos guerrilleros como los contrarios, pero cada uno tenía su manera personal, no acordada con una fórmula u obediente a un espíritu general para la acción. En unos carácter, y en otros flojedad, a falta de una cabeza dominante que los pudiera armonizar, sostenían una rivalidad entre sí, que los hacía inferiores ante su enemigo, poderoso por la razón contraria. Estaba éste caído, y sin embargo se le temía; se palpaba su gran fuerza latente. Al prestar juramento Cabral, hubo pronunciamiento de baecistas en Moca, Santiago, San Cristóbal, Baní, Ocoa y Azua. Fueron todos debelados, con algún esfuerzo los del Cibao, encabezados por Juan de Js. Salcedo y Be-

nito Monción. Esa tamaña revelación, al tener principio el mes de septiembre de 1866 el gobierno constitucional definitivo, fué justificado motivo para prevenirse contra el enemigo que estaba detrás de la puerta, como quien dice, apercibido para un golpe. A los pocos días se supo de preparativos revolucionarios en Curazao, y la prevención oficial fué, poner en vigor un decreto del año 1856, "que mandaba pasar por las armas sin formación de causa, ni más requisito que el de la identidad de la persona, a todo individuo que hubiera sido expulsado de la República y desembarcara en algún territorio dominicano, sin antes haber obtenido del gobierno el correspondiente salvoconducto, debiendo aplicarse la misma pena a cualquiera persona que lo ocultara, previo el correspondiente procedimiento". Es un recurso legal de que hacen uso los hombres liberales del gobierno, para matar todo propósito sedicioso en el extranjero. A todo gobierno le es lícito tomar providencias que impidan trastornar el orden público. Pero ese lícito recurso, que no se mire después unilateralmente, sino en una extensión general ,en la cual quepan todos los partidos en turno de mando. Se trata ahora del partido azul, cosa que es necesario repetir, porque más tarde los mismos azules lo olvidarán. La expedición organizada en Curazao, desembarca en la costa de Higüey el 24 de octubre. Los baecistas expulsos tenían presente lo del año anterior, cuando la comarca del Este acompañó a Pedro Guillermo en un paseo triunfal a la Capital. La suerte les dió ahora la espalda,y los de la empresa cayeron prisioneros. El gobierno había enviado al General Tomás Bobadilla, hijo, hombre de

honor, que, como jefe de operaciones tuvo en su mano el ejecutar el decreto ya expresado; no quiso hacerlo, y comunicó a las autoridades superiores tener detenidos a los expedicionarios. El gobierno tuvo sus escrúpulos, y en lugar del estricto cumplimiento de lo estatuído, puso de por medio la acción de un consejo de guerra, que fué quien condenó a muerte a los tres cabecillas revolucionarios. No paró ahí el miedo al rigor de la ley, y el Presidente de la República acabó por conmutar la pena de los condenados. Entrado el año 67, Pedro Guillermo intenta levantar una revuelta, es apresado, y un consejo de guerra, presidido por Manuel Rodríguez Objío en el Seybo, le condena a muerte, y la sentencia es ejecutada. No era poca cosa quitarse de encima la amenaza de un hombre reconocido capaz de dar al traste con el gobierno. Ahora, a volverse todo ojos y cuidado para conservar el sosiego nacional, mientras se gobierna afrontando los urgentes problemas de Estado. Es entonces cuando se penetra claramente la verdad, nunca aceptada más que cuando se está en el poder, de que no hay obstáculo más perverso a un bien intencionado funcionamiento gubernativo que la insurrección asomada a cada rato. El remedio a ese mal o estorbo, es la acción enérgica, nada vacilante ni temerosa de responsabilidades. La tendencia a presentarle inconveniente al gobierno, no es vicio de un bando, sino de uno y otro, como salidos que son del seno de la misma madre. Empero, en el aplicar el medio tenido por neutralizador, el baecista es superior, como más firme, enérgico y responsable, manteniendo en ello un espíritu de frialdad cruel. La exterminación del enemigo es para él, parte funda-

mental de su propia conservación y camino cierto de asegurar el predominio.

Los buenos propósitos del gobierno no podían ir lejos, faltando fuerza de carácter y cooperación general. Lo primero era por sí suficiente como principio desvanecedor de la indispensable organización sobre que debía marchar el gobierno. Como era el pueblo dominicano, el partido azul carecía todavía de aptitudes para gobernarlo. Aquel estaba descontento. La masa obrera y la campesina no se sentían favorecidas, ni podían serlo, existiendo un estado de incertidumbre en las esferas oficiales a causa de temores políticos y el problema económico, de tan difícil solución, no obstante los esfuerzos que se le dedicaban. La revolución de los triunviros había hecho emplear la mayor parte de los fondos disponibles para cubrir los gastos de la lucha.

Por el mes de octubre surgió en la Línea Noroeste un formidable movimiento sedicioso, que creció día a día como ola ahogadora de todo intento de resistencia. No faltó de parte del gobierno la actuación que pareció enérgica, mas ya era tarde. Jove Barriento, uno de los cabecillas revolucionarios, hecho prisionero, es pasado por las armas. A Emilio Parmantier en Samaná, donde estaba radicado, en cuanto dió señales de querer sublevarse, se le dió muerte. Antonio Guzmán en San Pedro de Macorís, adicto al gobierno, pero mirado con desconfianza, no bien se presentó la oportunidad de un estado de confusión general, los rivales lo eliminaron. El baecista temido debía evitar caer prisionero. Había en los azules el convencimiento de que la marejada que les venía encima era impulsada

por un espíritu de venganza exterminadora. En toda la Línea, en Santiago, en Puerto Plata, en Moca y en La Vega, la masa campesina correspondió al llamamiento de guerra, y todo el Cibao se les volvió un infierno a los azules. Sucesivamente fueron capitulando las poblaciones, y en Santiago, se instaló una Junta Gubernativa, en tanto que de La Vega marchaba sobre la Capital Memé Cáceres, con fuertes columnas. Sitiada aquella plaza, se rindió el último día de enero del 1868. Dos goletas repletas de azules salían para Venezuela, temerosos de aguardar el contacto con los vencedores. La Junta se trasladaba a Santo Domingo, y asumía la dirección y organización del gobierno en espera de Báez. Para iniciar la campaña, había éste levantado un empréstito en Curazao. Tanto los primeros cabecillas como la Junta Gubernativa, en Santiago, le habían proclamado ya Presidente de la República.

***

En medio de la contienda de ésta que se llamó a sí misma revolución "regeneradora", el grito de *¡Viva Báez!*, o más propiamente: *¡vivabáe!*, tuvo una resonancia y expresión de fogosidad pasional, que tradujo un hondo latir del alma popular. No fué un fenómeno aislado y sin trabazón psicológica, sino un acto complejo que en su manifestación suprema levantaba dormidos instintos, especialmente la belicosidad, los cuales, puestos en movimiento, hacen del hombre una fuerza ciega canalizada en alguna forma de fanatismo. En el fragor de la pelea,, esa palabra tenía el mágico poder de incitar al acometimiento, sin medir el peligro ni acordarse de la vida el combatiente. Hería los oídos

como un toque bélico, y bajo su efecto crecía la confianza en sí y en la victoria. Provocaba y desafiaba, y espetaba a boca de jarro, daba la actitud de un gallo frente a otro. Lanzada a los aires por el grupo que pasaba, tenía para los espectadores de la misma simpatía el sabor de un himno o de una marcha triunfal. Esa virtud no la perdió jamás en boca de la generación que la sintió, la sacó del fondo del alma, y la vivió; no importó luego, que se hubiese retirado del escenario de la vida el hombre que motivó su origen. Fuera de lo guerrero, en lo social, tuvo la función de expresar un instante álgido de alegría, cuando ésta fué cruda y propia de gente criolla que vive sin convencionalismos y conforme a las pulsaciones sentimentales o pasionales de su espíritu. El grito, nacido originariamente de pasiones primitivas, latentes en los bajos estratos del alma, pasada la ocasión que le trajo a la luz de la vida social, pareció retirarse a su punto de partida; pero indestructible ya, en cuanto le tocaba el calor natural de las pasiones, revivía nuevamente y brotaba con entera espontaneidad. Era ese el *¡vivabáe!* que sin pensarlo o sin quererlo, sonaba estentóreo en boca de cualquier viejo ochentón, en campos, aldeas y ciudades, bien entrado ya el presente siglo. El *¡vivabáe!* fué no sólo la prolongación de un hilo pasional; tuvo, además, conexión con un noble sentimiento: la lealtad. En el auténtico baecista, la lealtad corrió pareja con el entusiasmo por ese grito. Parecía una palabra de pase, y donde se daba, no había que sospechar infidencia o traición. No se ha vuelto a ver el caso de tan sincera e inalterable devoción en política. Cuando el partido había recorrido gran parte

de su trayectoria, surgieron en su seno disgregaciones por efecto de la ambición o aspiración de mando. Mas, se echó de ver que en los disidentes perduraba el fondo baecista, y por cualquier incidente o circunstancia en su nueva posición, se reintegraban a la bandería madre. Llegó el tiempo de resignarse todos, inclusive Buenaventura Báez, al acabamiento del partido. Pero le sobrevivió lo que en el individuo estaba ya connaturalizado con el fermentar de las pasiones. Una noche del año 1886 entraron en el restaurant La Diana, de Santo Domingo, los jóvenes Quintino Melo y Braulio Pérez. A un ángulo del salón estaba nada menos que el señor Presidente de la República, bebiéndose a sorbo, en una taza para café, una buena toma de ron. Eran días de estar los azules disputándose entre sí el paño elástico del gobierno. Los jóvenes en un instante de exaltación, prorrumpieron con un rotundo *¡vivabáe!* El Presidente llamó a un oficial y le ordenó conducir a la fortaleza a los de la provocación inocua. Al otro día eran devueltos a sus hogares en sendos ataúdes, luego de haber tomado nota de lo ocurrido el señor Ministro de Justicia. Los políticos dominantes acudieron a conquistar adeptos entre los baecistas. La mayoría se negaba a militar activamente en los asuntos públicos, alegando que mientras viviese Ventura no podían comprometerse con nadie. Heureaux, que sabía mirar a lo lejos en política criolla, les aceptaba y aplaudía la excusa, contentándose con tenerlos de amigos. Era la clase de gente que más le interesaba, pensando desde luego en la lealtad. El 86 tuvo el íntimo placer de oir el *¡vivabáe!* entre oficiales a sus órdenes que, al incentivo de ese grito, decidieron varios triun-

fos. Contra el *¡vivabáe!* había hecho en el Sur la campaña que le consagrara como guerrillero.

***

Mientras la Junta Gubernativa en la Capital prepara el terreno para afianzar el triunfo y recibir al aclamado Presidente Buenaventura Báez, éste retiene su salida de Curazao. Quiere primero estar cierto de la instalación de la Convención Nacional, convocada para fines de reformas constitucionales y otras cuestiones de suma importancia nacional. Dicho cuerpo tuvo alguna dilación en reunirse. Como hombre que sabe bien su oficio en eso de gobernar a sus compatriotas, no se está dejando guiar del entusiasmo por el triunfo. Ha sacado experiencia de los últimos acontecimientos en que fué actor y víctima de tendencias viciosas en los políticos. Todo el bienintencionado propósito que le animara en la Presidencia espontáneamente brindádale, se derrumbó, sin ser reemplazado por uno más práctico o más elevado. Se hizo burla de todo, para venir a parar en una situación que el mismo pueblo ha repudiado. Su prestigio es ahora más entero y efectivo; cuenta de verdad con la mayoría; pero antepone a toda acción gubernativa la necesidad de impedir que las revueltas tomen cuerpo y derroquen el gobierno; pues con ello no hacen más que arruinar el país los que no saben gobernarlo.

Cuando llegó a Santo Domingo, en el discurso de salutación se le dió a conocer el estado verdaderamente ruinoso del territorio nacional, para que entendiese que no venía a gobernar una nación, sino a reconstruirla, a levantarla de su abatimiento y desola-

ción. Un año de malestar económico y de insurrecciones, y de remate el cólera en Santo Domingo, no era para menos. Casi acababa de pasar la guerra de la Restauración, que obligó a consumir todo el material de riqueza que la nación pobre y nueva había creado, dándose además en sacrificio poblaciones incendiadas. Prestó juramento ante la Convención el 2 de mayo, quedando por válidas las proclamaciones hechas desde el estallido de la insurrección comenzada en la Línea Noroeste el pasado año. Ya aquel cuerpo había puesto en vigor, con pocas modificaciones, la Constitución de diciembre del 54. Era un punto en que estuvo sumamente interesado Báez. Las labores de la Convención no finalizaron hasta fines de mes. Tenía pendiente de resolución el asunto que entre otros le sometiera la Junta Gubernativa, que compareció en su seno el 15 de abril anterior, a rendir informe de sus actos, siendo dicho asunto, que "los pueblos de su espontánea voluntad habían proclamado dictador al Presidente Buenaventura Báez". Se presentaban a la vez las actas comprobatorias de la voluntad de los pueblos.

Revisadas las mismas, y tenidas como correctas y legales, convencionalmente desde luego, por la comisión a que fueron entregadas, la Convención dió por aceptado el querer de la mayoría nacional, y así se lo comunicaba en fecha 18 de mayo al señor Presidente de la República. Sin embargo, dicha corporación no deja de abrigar inquietudes, naturales en quien sabe que no está procediendo conforme a ciertos principios cuya transgresión es inevitable origen de males sociales. Abrumada por el peso de los intereses políticos,

de los que ella misma era una cabal representación, no podía seguir en sus decisiones el camino trazado por las pautas legales. En su intimidad, temía que el jefe idolatrado aceptara la dictadura. El Presidente del cuerpo anotaba en su comunicación: "Al participarlo a Ud. de un modo solemne, pongo también en su conocimiento que éste Cuerpo no tomará ninguna otra disposición, ni siquiera la de disolverse, mientras no le sea significado por Ud. cual sea su resolución". Ahí estaba envuelto el efecto que iba a surtir el comienzo de la dictadura. Al siguiente día contestó el Presidente Báez: "Tamaña prueba de confianza llena mi alma de una satisfacción superior a todo cálculo, y me impone doblemente el patriótico deber de agotar los medios de salvar la patria del 27 de Febrero y del 16 de Agosto, de la anarquía, de la disolución y de su ruína".

"Sin embargo, Honorables Representantes: yo no creo que para desempeñar esa misión sea indispensable la centralización inmensa de poder que entraña la Dictadura. Al contrario: yo necesito el concurso de la Representación Nacional, de que es expresión Constitucional el Consejo Conservador, así como también de la cooperacaión de los demás poderes públicos y agentes de la Administración. Que los pueblos de la República propendan con firme decisión a regenerar el país, y éste se salvará a despecho de las predicciones de los pesimistas y de las maquinaciones de algunos malos ciudadanos".

"Llamado a asumir sobre mis hombros la gravísima carga de regir los destinos de esta patria tan sacudida por los trastornos, tan lacerada por hondas

heridas; no debo hacerme ilusiones sobre los medios necesarios de llenar un deber tan sagrado como el de ofrecer garantías a la sociedad; pero seré siempre cauto en admitir mayor suma de autoridad que la indispensable para responder al voto nacional".

"Por tanto, Honorables Representantes, os declaro solemnemente que a la vez de agradecer en alto grado esa prueba de deferencia tan inequívoca, renuncio la Dictadura que juzgo innecesaria; y me referiré a los pueblos por medio de una proclama expresiva de las razones en que me fundo". Cumpliendo esto último dirigió luego al pueblo y al ejército un manifiesto, expresándoles que, como "estaba resuelto a ensayar los medios más difíciles para alcanzar la dicha de ellos, optaba por la Presidencia y renunciaba la dictadura". Continúa, haciendo comparaciones históricas que no son más que literatura. Luego dice: "Yo la renuncio, dominicanos, en nombre de la libertad, en nombre de nuestros derechos, en nombre de vuestra propia seguridad. Esperadlo todo de la ley, que es la regla fija que dirige..." La libertad, invocada así por quien no la aceptó en sentido amplio; para muchos parecerá una burla irónica; pero no, el término se adecua a la circunstancia; la no aceptación voluntaria del sumo poder concentrado en una persona, es en todo tiempo una expresión de respeto a la libertad. Trece años después, dominando los azules, los pueblos de la República desconocieron el imperio de la Constitución. El Congreso Nacional, espantado, preguntóle al Presidente Meriño cual sería su actitud frente a dichas manifestaciones, y contestó que acataría la voluntad de los pueblos. El Congreso dió por termina-

da definitivamente su función legislativa, cerró el local de sesiones, y le envió la llave al Poder Ejecutivo.

La Convención Nacional, al mismo tiempo de acoger la dictadura en favor de Báez, le confirió el título de Gran Ciudadano. El agraciado contestó aceptando el honor. Finalizados los trabajos de la Convención, entraron seguido a funcionar, normal y legalmente, los tres poderes del Estado, con lo cual tuvo principio el llamado régimen de los seis años, aunque duró algo menos.

LOS SEIS AÑOS
(1868 — 1873)

Llegamos a un período de la vida política dominicana que habitualmente se trata como entre paréntesis, para circunscribir bien su modalidad despótica, dada a manera de producto de la acción o del espíritu del hombre que le presidió. El despotismo o absolutismo, no fué, sin embargo, una manifestación general ni tampoco abarcó todo el régimen. Mucho menos emanó de la dedicación del mandatario a formarle expresamente para actuar como amo de la cosa pública. El absolutismo de un gobernante que todo lo quiere para sí o para su predominio personal por sobre todos los intereses, es un sistema que ahoga en el adicto y en el contrario toda manifestación capaz de representar un obstáculo a la preeminencia del superior. Si la preeminencia es de un partido y no de un individuo, en todos y cada uno de sus miembros hay la firme determinación de impedir a toda costa que los contrarios les quiten el mando. Todos obran de manera de concurrir al soste-

nimiento en la dirección suprema al hombre en quien tienen fe como director o caudillo, porque sabe trazar pautas mantenedoras del triunfo, y convierte su principal posición y calidad en hacer que llegue a los adeptos la mayor suma de bienestar que puede proporcionar la ventaja de lo oficial, realizado ello de manera que el pueblo recibe también el beneficio de esa acción. Se tiene, pues, la prueba evidente de que el hombre labora para todos los suyos antes que para lo personal. No es posible abandonarle sin exponerse a que se pierda lo propio. Su enemigo lo es de todos, y es una amenaza a la suerte de felicidad que él ha sabido crear. dentro de lo posible y comparativamente con cuanto hicieron los jefes contrarios. Donde asoma esa mala yerba debe arrancarse, de raíz si se puede, para sosiego de los dueños del mando, que lo son todos los baecistas. Cuando falta en determinado lugar o región el visible enemigo común, la vida social se desenvuelve en una atmósfera propicia al trabajo y a la prosperidad colectiva. El Cibao, por ejemplo, la más rica y poblada comarca de la República, donde no podían faltar personas que odiaran a Báez, y con familiares desterrados, no respiró despotismo alguno, y la producción agrícola, el comercio y el trabajo en general, se desplegaban en un sosegado ambiente de paz. El distrito de Puerto Plata tuvo una condición de progreso y bienestar, que en el pasado siglo no se volvió a ver. Fué favorecido por un gobernador de la contextura moral de Ramón Pacheco, que prohibió toda manifestación de burdo regocijo capaz de mortificar a los vecinos, y que cerró su despacho a cuanto vulgar delator político pretendiese apartarle de su generoso ofi-

cio. El sucesor, Ignacio María González, organizó y uniformó la policía a estilo europeo; hizo imprimir disciplina al batallón Cazadores de Puerto Plata, (*) con su banda de música; promovió la construcción de aceras, y estimuló al campesino, premiándolo por la calidad de sus frutos, cuya venta, además, facilitaba, y a buen precio. La exportación, por ese puerto, de la producción agrícola del valle del Cibao, llevada en recuas, daba la medida del bienestar regional. Sólo la Línea Noroeste, en la puerta de entrada de expediciones revolucionarias, tenía una paz precaria. A pesar de eso, la paralización de las actividades comerciales, sólo ocurría en la zona fronteriza. Samaná, como si no perteneciera a la República, entregada a su intercambio comercial con el exterior. La Capital, el Este y el Sur, fueron las regiones donde tocó de las durezas del régimen.

***

PROCEDIMIENTOS. — Determinado, como dice en su proclama al pueblo y al ejército, "a ensayar los medios más difíciles" para realizar su obra de gobierno, estos tenían que ser en primer término los de la fuerza armada, hecha incontrastable para imponer la acción oficial. Puesta al servicio de la ley, lograría retener el mando, dentro de su período legal, por más tiempo que los contrarios, los cuales, aunque

---

(*) Los miembros de este cuerpo usaban uniforme azul, zapatos de charol y sombrero panamá. Eran la debilidad de las mujeres, en las cuales ejercían la misma sugestión que el bello plumaje de los gallos en las gallinas.

liberales, apelaron al mismo recurso, aplicándolo de idéntica manera. El 18 de junio del 68 dió un decreto por el mismo tenor del que el 29 de septiembre del 66 pusiera en vigor el Presidente José María Cabral, en el que se castigaba con la pena de muerte a todo "individuo cogido con las armas en la mano en actitud hostil contra el gobierno". Lo dictaba el prevenirse contra rumores de una insurrección, que no tardó en estallar. Se repetía el motivo que anteriormente impulsara a emplear la misma providencia. Anota el probo historiador Manuel Ubaldo Gómez y Moya a este propósito, que Báez, "contrariamente al proceder de sus administraciones anteriores, cimentó su gobierno en los patíbulos". Es esta la cuarta administración, y, a parte de las experiencias derivadas de las otras, en que ha estado manipulado el alma nacional, tiene la de los contrarios, que por lo visto no están elaborados de distinta pasta. ¿Cuál es la diferencia entre él y ellos? Pues sencillamente la firmeza en llevar a ejecución la pauta legal establecida como sanción. Tal postura es aneja a su carácter. No toma determinaciones para luego mantenerlas en suspenso por consideraciones sobre el *que dirán*, ni hay escrúpulos que lo hagan tímido y vacilante. Un decreto así, dado por Báez, que no se apiadará de nadie, porque ello le apartaría del fin perseguido. pero que tampoco desea ser perdonado por nadie si la caída le toca a él, es una especie de declaración de guerra a muerte. ¿Quién no lo sabe? Mas no importa; se le acepta el reto, y se juega la parada de vida o muerte, propia de los hombres libres. Los efectos del decreto formaron un doloroso capítulo de fusilamientos, que se ha estado pre-

sentando como la obra nefanda de un mandatario que necesitó cimentar en el crimen su ambición de poder. Autorizaba la ley a la ejecución inmediata del apresado, comprobada que fuese la identidad de la persona; sin embargo, a muy pocos se les dejó de someter al juicio ante un consejo de guerra, con derecho, las más veces, a apelación. Cayeron elementos valiosos, libertadores casi todos, con derecho a figurar en el cuadro de honor que la patria debe conservar para sus hijos gloriosos: en el Seybo: Santiago Silvestre, Marcos Evangelista y Juan Rosa Herrera; en la Capital: Eusebio Mercedes, Manuel Rodríguez Objío, Eusebio Manzueta, Eusebio Evangelista y Dámaso Mañón; en el Sur: Julián Belisario Curiel y Joaquín Volta; y en Santiago: Fenelón Prudhomme.

***

BATALLONES: — Nunca se vió tanta espontaneidad para enrolarse en el ejército. Cada batallón se miraba como un poderoso recurso de conservación, sirviendo para mantener alejadas, hacia los puntos fronterizos, las correrías de los revolucionarios. Los alistados en apartada región o en las ciudades, sentían placer en ser enviados a la manigua del Sur a combatir a los *cacoses* (término despectivo del habla haitiana). A su regreso hacían espectaculares relatos de aventuras, mostrando la satisfacción y orgullo de un cruzado. El gobierno mantenía sobre las armas miles de hombres en aquella Línea, en una proporción que ningún otro lo ha hecho. Resultado de la exclusiva pasión baecista fueron los dos batallones Ligero y Chavalo, formados por azuanos, gente avezada a la áspera manigua del Sur, llevando mucho de

ella en el espíritu. Dentro del baecismo resultaban dos fuerzas hechas con la más auténtica materia prima. Aportaron la más típica expresión del soldado de aquel régimen. Acudían a cualquier punto de la República donde los llamara el deber, deber de devoción baecistas, y moviéndose como un solo hombre, no se les apagaba en ningún instante el coraje que los hacía aptos para escalar todas las cumbres y atravesar todas las maniguas al grito de *¡vivabáe!* El Ligero tuvo el corte de cuerpo veterano; sus miembros se hicieron todos expertos en la guerra. El Chavalo servía para la pasantía; su mayor número era de reclutas. Estos crisoles dieron oficiales que valieron para mantener enhiesto el espíritu de la bandería en apartadas comarcas. El baecismo en el Sur, cuando no directamente, por reacción, tuvo la virtud de despertar en el regnícola las aptitudes para la función guerrera. Los mejores hombres de armas de aquella parte del país se moldearon bajo el influjo pasional de esa bandería; no hubo allí guerrillero como el baecista; y cuando se extinguió el partido, no descollaron más tipos de calidad. Los últimos dignos de mención habían sido de los novicios o reclutas del Chavalo.

***

Fuera del círculo de las organizaciones regulares, creció espontáneamente, en razón de la misma fogosidad que impulsaba a perseguir y extinguir al enemigo, así como a sofocar toda aparición de simpatía antibaecista, un tipo que sintetizó el aspecto morboso de las pasiones políticas. Semejaban órganos por donde supuraba el organismo del régimen los malos humores. Viviendo fuera de toda norma legal, un ejem-

plar de estos, armado hasta los dientes, cometía fechorías en despoblados y aun en la misma ciudad, escudándose con el calificativo de baecista, que, como perro de presa, alcanzaba tolerancia en sus maldades. Tras varios desafueros, corría su nombre o apodo, lo único que se le mentaba o conocía, y todo el mundo en el Sur y en la Capital tenía presente a tal individuo en dos sentidos; el gobiernista le miraba como un arma más de predominio, y el pacífico morador, ajeno a la política o no simpatizador de Báez, vivía temeroso de que en cualquier momento le señalara por víctima el foragido. Hubo tiempo, por efecto de la revolución en el Sur, que tantos jóvenes capitaleños atrajo a sus filas, de escenas nada honrosas para el gobierno o el país. Por fortuna, los de la ciudad no se movían fuera de ciertos círculos arrabaleros; pero en pequeños poblados, tipos como *Musié*, forzador de mujeres cuando estaba en campaña, tenían poca o ninguna traba. No faltaron momentos de querer el gobierno suprimir a los tales; mas en la práctica resultaban inconvenientes, como cada vez que se deja formar y crecer un mal en un organismo, teniéndole por temporalmente necesario, para luego extirparle con facilidad. Entre estos elementos, algunos se formalizaron, sin renunciar su mala índole, como el titulado general Solito (Justo Carlos de Vargas), neybano, muerto en Azua de dos buenos tiros, mientras dormitaba una borrachera. Fué el 78, ya caído el baecismo. El coronel Baúl (José Aniceto Chanlatte), sanjuanero, y hasta restaurador. Personaje típico, independientemente de la bellaquería a que equivocadamente se ha unido su nombre. El calor de la pelea le ponía sanguinario. Le dieron

muerte en el Maniel, en una plena, a que tan aficionado era; estaba retirada la bandería del escenario político. Había asistido a la acción final en Pomarrosa.

⁂

EL PARTIDO BAECISTA O ROJO. — El color de su divisa reflejaba el calor pasional que caldeaba el pecho de cada adepto, como emanación del espíritu general del partido El fanatismo a que éste llegaba al poner a latir sentimientos primitivos, hacía placentera la crueldad de ver padecer al enemigo, y hacía más aun, estando en ello la clave de hacerse invencible por buen tiempo, que era el insuflar constancia y arrojo en la lucha, y el alimentar el desprendimiento o sacrificio de todo lo personal por el triunfo del bando. Dar la vida y contribuir con los bienes personales a satisfacer necesidades imperiosas del partido, eran tributos a los que nunca acompañaba la inconformidad. Esa condición había nacido espontáneamente, por maneras naturales del alma colectiva, antes que por un propósito deliberado o acción sistemática del caudillo. Hay mucho de incomprensión en el creer a un hombre capaz de manipular la masa social, creando en su alma caracteres que no estuvieron en ella. El caudillo, con espíritu bastante pulimentado y evolucionado, respecto al general de la colectividad, conservaba un vigoroso asiento moral, que le daba firmeza de carácter para realizar su pensamiento relacionado con la realidad social, estimada en mayor grado de lo que ha parecido a sus enemigos. Esa firmeza, de la cual fué parte un sentimiento de dureza inmisericorde frente a quienes le obstaculizaron, considerándolos en su apreciación personal, perversos que impiden el

sosiego y bienestar de sus compatriotas, sirvió para inclinar a sí la simpatía del pueblo, no por ser éste de suyo amante del carácter, sino porque en el pugilato por el mando, le conoció, a la vista de prendas, estar dispuesto a luchar por su mejoramiento. No se piense que el pueblo o la mayoría, era baecista por el simple gusto de la política; se ladeó al partido de donde entendía derivar mayor porción de prosperidad. Moviéndose con ese fin, ¿qué armas no es capaz de poner en juego una colectividad para destruir a quienes mira como enemigo común, empeñado en apartarla de su bienestar? Esa era la causa de un pueblo prendido ciegamente de un caudillo, contra la pretensión de un grupo o partido inspirado en sentimientos patrióticos. El partido rojo, en los seis años, se volvió un gigante contra el cual nada pudo la acción armada de los hombres más valerosos que ha tenido la República en todos sus tiempos. Las expediciones de estos tenían seguros nada que a los expulsos alistados. En el país no podían contar con apreciable cooperación. Con no poco esfuerzo lograban ponerse de acuerdo para tales campañas. Los rojos en igual circunstancia se enrolaban gustosísimos, obedeciendo a lo dispuesto. Excepto el Sur, donde José María Cabral tenía el ascendiente de lider natural, rodeado de generales y oficiales de la región, en el resto del país se quedaban solas las expediciones; el número inicial de hombres no descansaba; entraba peleando y salía del mismo modo, siempre mermado por las bajas, raras veces suplidas en el curso de la correría. La Línea Noroeste, comarca donde la solidaridad entre los habitantes es parte de sus costumbres, veía entre los revolucionarios

a algunos de sus guerrilleros, pero no los acompañaba en proporción de hacerlos poderosos; el gobierno se mantenía dominante. En una de tales aventuras contra viento y marea, Luperón solicitó de Cabral un préstamo de hombres. Con evasivas la ayuda le fué negada, y Luperón, sin razón para ello, rabió contra Cabral. No era un acto de cordura ni humano, sacar de su suelo natural, donde les sobran escondrijos y medios de defensa contra la terrible acción roja, soldados irregulares, sin disciplina ni equipo, ni seguridad de ración de boca, para que fuesen a sacrificarse infructuosamente en un suelo desconocido e inhospitalario para el forastero metido en tal aventura. Circulaba un manifiesto revolucionario, el pueblo lo leía, y su exclamación era: "qué bueno para cogerlos y fusilarlos".

No se vaya a creer que en cada baecista había un intransigente para todas las cosas de la vida. En lo privado, sin política, cualquier rojo era como cualquier dominicano: servicial, hospitalario, generoso, y sensible al dolor de su semejante; y aun en la política, en medio del espíritu que a todos parecía informarlos, había variedad de tipos. Memé Cáceres no era intransigente, ni vengativo ni cruel; donde su autoridad alcanzaba, en tiempo de paz desde luego, se respiraba una atmósfera de seguridad y garantía, que nada tenía que ver con lo áspero del régimen en otras zonas. Rojos y azules lo respetaban y apreciaban por igual; en su estado mayor había oficiales de reconocida filiación azul. El general azuano Valentín Pérez, uno de los más apasionados baecistas y prestigioso como ningún compañero de su comarca, no fusiló nunca a un enemigo prisionero, de tantos que cayeron en sus

manos. El mismo Cabral fué un día apresado, y Pérez expresamente le dejó escapar. Encarnó la antigua hidalguía azuana.

Los intelectuales eran pocos, y como no gastaban tinta en discurrir acerca de los principios de libertad ni de la democracia, su ocupación era defender al gobierno contra toda campaña de descrédito, limpiándole de pecados. Hacían bien su papel de sofistas. Félix María del Monte y Javier Angulo Guridi, después de ese ejercicio profano, se limpiaban a su vez el alma, escribiendo versos con los cuales reafirmaban su calidad de espíritus selectos.

⁂

PROCLAMAS. — Es un placer en Buenaventura Báez, acaso porque sabe hacerlo y es recurso propio de su calidad de caudillo de estructura civil. con gente de armas y belicosa a sus órdenes, el aprovechar instantes finales de una campaña para dirigirles una proclama a los habitantes de una comarca o al ejército que se reintegra a sus cuarteles o a sus hogares, que para el baecista lo mismo son los unos que los otros. El año 1872 hizo un recorrido militar por la provincia de Azua, el mayor foco de la revolución, y asumió personalmente el mando del ejército, compuesto de batallones de todas las regiones de la República. Iban también el Vicepresidente Memé Cáceres como jefe de la retaguardia; Francisco Báez en la vanguardia; al centro José Caminero; Jefe de Estado Mayor, Valentín Ramírez Báez. El Presidente se encargó de la artillería y la caballería. Cuando llegó a Las Matas de Farfán, dirigió a los habitantes una pro-

clama en la que decía: "Yo no ruego, sino que persuado; tampoco amenazo, sino que ejecuto. Deseo, sin embargo, vivamente, que esta expedición se convierta no más que en un paseo militar, y en ocasión feliz de plácemes y alborozo".

"Estoy dispuesto a recibir, como hijos descarriados de la patria, a todos cuantos se presentaren al Ejército, sin hacerle un solo cargo por su vida pasada: depongan las armas y vengan a agruparse en medio de las filas del gobierno, en las que ondea siempre con brillo el pabellón nacional".

"Habitantes de Las Matas!. Volved la vista hacia atrás, y contemplad con horror el triste cuadro que ocupa el espacio en que dejasteis de ser Ciudadanos leales, pacíficos y laboriosos, para entregaros a la vida azarosa e insostenible del faccioso de los bosques, sin más ley que el antojo, sin más freno que la fuerza bruta, sin más justicia que el Talión".

"Creed en las promesas del Jefe que nunca os ha engañado, porque nunca tampoco se ha propuesto explotar las opiniones, ni vivir de la credulidad de sus compatriotas". Pocos días después, de retorno en el cuartel general de San Juan de la Maguana, despedía con otra proclama a las tropas del Cibao, que partían de regreso a su querida región.

Hallábase el Presidente en el Seybo cuando era licenciada la división oriental que acabara de actuar en el Sur. Y fué ésta su despedida de tan leales servidores: "Ciudadanos Oficiales del Seybo e Higüey: Mi voz no alcanza a dominar el grande espacio que forma el brillante cuadro a vuestro mando; por eso os he reunido cerca de mí, al orden de oficiales, a fin de que

oigais distintamente las palabras que os dirije vuestro jefe y amigo en ocasión tan solemne".

"Después de haber tenido la satisfacción de presenciar vuestra conducta, debo en justicia felicitaros por ella, dandoos al propio tiempo gracias en nombre de la patria por el valor y decisión con que habeis perseguido los restos dispersos de la facción que turbaba en las fronteras la tranquilidad de nuestra República".

"Seybanos, Higüeyanos: en más de una ocasión difícil os he encontrado fieles y adictos a los principios de la Regeneración que habeis sabido defender con honra en las filas del Gobierno. Retornad a vuestros hogares con la dulce convicción de que habeis llenado dignamente vuestros deberes cívicos, y obtenido una nueva mención honrosa en la hoja de vuestros recomendables servicios".

⁂

LA LIBERTAD. — Prensa, únicamente la gobiernista, que lo justifica todo, por lesivo que pueda ser al derecho de los ciudadanos o a la integridad de la patria. No se acepta la libertad como campo abierto a todos los dominicanos, en el que a cada uno le tocara un círculo de acción que esté en interés de todos mantener sin crecimiento, rechazando cualquier privilegio de individuos o grupos. La garantía y seguridad de las personas y los bienes, no es impuesta ni aceptada de manera general. El pensamiento, relacionado con la vida pública, tiene una corriente que es oficial, y otra que tienda abiertamente a modificarla, se considera perturbadora del orden social. Respirando esa atmósfera, la inmensa mayoría, cuyo sentir y querer

es el del pueblo, ese que alimenta al baecismo y apoya decididamente al gobierno, manifiesta con toda franqueza estar contenta y mejor tratada que con esos azules, "que no saben gobernar".

⁂

ESTADO ECONOMICO. — Del cuadro ruinoso que presentó el país a la caída de Cabral, no era dable pasar a una condición de equilibrio y estabilidad en la economía nacional, sino desarrollando un programa de reconstrucción general, realizado con la concurrencia y dedicación de todos los dominicanos en cuerpo y alma. El enredo en las rentas públicas se agrandó inicialmente con la necesidad de cubrir los gastos de la revolución "regeneradora". Las actividades sociales creadoras de la riqueza material, en que pudiera fundamentarse la recaudación, se fueron desplegando poco a poco, según lo consentía el estado de agotamiento general. La mejoría fué indudable, siendo el Cibao la región que más logró hacer en el sentido de su bienestar. El gobierno desesperaba de verse falto de recursos que le permitieran cooperar directamente en el levantamiento material de la colectividad. El sostenimiento de una poderosa fuerza armada, como medio primario de asegurar la estabilidad del régimen, se absorbía la mayor parte de las rentas públicas, no permitiendo el pago ordinario de los sueldos ni siquiera de los altos funcionarios. Gracias a la devoción de bandería, los mismos, cuando carecían de recursos pecuniarios, aceptaban hasta raciones, en las cuales se incluía nada menos que carne de las reses destinadas al ejército. Un empréstito como

arbitrio salvador, o más propiamente aliviador, se imponía. Tal recurso siempre le fué y ha sido grato al pueblo dominicano, que los cuartos, se dice a sí mismo, son muy buenos, vengan de donde vinieren. De lo que no ha querido hacer un hábito es de que provengan de la consagración al trabajo consciente y perseverante. Diligencias practicadas en Europa lograron concertar un empréstito con la casa Hartmont & Co., de Londres, el año 1869. Se recibieron unas treinta y ocho mil libras esterlinas, como parte de una suma mayor emitida en bonos por la casa. Más luego el Senado Consultor, en razón del no cumplimiento de lo estipulado, anuló el contrato. A pesar de eso, la casa continuó emitiendo bonos por su cuenta, alcanzando una muy elevada suma. La picardía en este negocio resultó un verdadero dolor de cabeza para posteriores gobiernos de la República. Se pagó esa deuda el año 1888. Se había estipulado el empréstito en cuatrocientas veinte mil libras esterlinas, sirviendo de garantía los derechos de importación y exportación recaudados por las aduanas de Santo Domingo y Puerto Plata. El gobierno, con lo recibido acudió a satisfacer las más perentorias necesidades, siendo una de ellas el aumento de fuerza armada para acudir al Sur. Por lo que respecta al mismo Báez, porque hubiese mucho dinero a su disposición, nada había que temer: administraba los caudales públicos honradamente, invirtiéndolos de manera provechosa para la sociedad.

El pueblo, no obstante lo torpe que se manifiesta para ciertas cuestiones que atañen a su verdadero interés, nunca le brinda espontáneamente su confianza al

mandatario que no le devuelve, como cosa que le pertenece, el dinero de las arcas públicas. Las dificultades económicas del gobierno no impidieron a Báez pagar las cuentas de la Restauración. El hecho sorprendió a los azules.

⁂

ANEXION. — El largo proceso de evolución a que ha estado sometido, en más de veinte años, el concepto suyo acerca del pueblo dominicano como nacionalidad, sujeta a relaciones internacionales sin haber resuelto el fundamental problema interno de disciplinar su vida, organizándola y haciéndola apta para bastarse a sí de una manera racional, tocaba el punto culminante de lograr su realización. ¿No sería un propósito absurdo o descabellado el dedicarse a esa hora, cuando ya todo el mundo tenía la primera amarga prueba, a una campaña en favor de una nueva anexión? Para cualquiera persona juiciosa, la presunción lógica, ya que no se trata de niños o de enajenados, es que al conocerse tal intento, se le negará al mandatario toda cooperación, todo apoyo moral y toda simpatía que le permita moverse y dar un paso hacia su finalidad; debe quedarse solo y recibir el desprecio de cuantos le tienen por compañero y amigo político. En el pueblo dominicano, dicha presunción habría estado precisamente fuera de la lógica de las cosas. Báez, desde el mismo año de iniciarse el régimen, comenzó a gestionar la anexión. Ninguna nación europea quería comprar disgustos en América, y los Estados Unidos, los primeros en obstaculizar gestiones de esa índole, se prestaban para ser ellos los favoreci-

dos. El Presidente de aquel país, William Grant, deseaba ardientemente la adquisición del territorio, y sin esfuerzos, coordinó sus propósitos con los de Buenaventura Báez.

Cuando la reincorporación a España, se ha estado alegando hasta ahora, para sacar ileso el sentimiento patriótico del inocente pueblo, que las diligencias fueron practicadas secretamente, y que, tomado aquel por sorpresa, se arrancaron de empleados unas cuatro mil firmas, hechas pasar como la voluntad de doscientos mil habitantes. Esta segunda vez todo se sabe de antemano. Los principales personajes del gobierno lo conversan, lo comentan en periódicos y lo comunican en cartas. Y la gente del pueblo comenta: "Señores, ahora si que va a estar la cosa buena; vamos a ser americanos, y habrá mucho cuarto y mucho de todo..." Y Juan de Jesús Salcedo, el hombre tenido por el más valiente guerrillero de la bandería, enteramente criollo, y por más señas analfabeto, como jefe superior de operaciones en la Línea Noroeste el 1870, dirigía una proclama a los habitantes de su jurisdicción, anunciándoles toda la prosperidad que traería la anexión a los Estados Unidos, acompañado ello de las condiciones de orden y garantías siempre ansiadas por los hombres de trabajo. Daba como credencial de la sinceridad de sus palabras la cooperación que le prestaban generales de la comarca, Juan Gómez, Benito Monción y otros. Todos, hay que anotar ahora, auténticos restauradores y tipos no menos criollos que el jefe de operaciones. Por esos mismos días, y como en señal de que tal sentimiento moraba en todas las esferas sociales y políticas, en la ciudad de Santo Do-

mingo, donde el ministro y literato Félix María del Monte haacía la misma clase de apología que Juan de Js. Salcedo, recorría las calles una multitud bulliciosa, atronando los aires con vivas a los Estados Unidos, y flameando banderas de aquel país junto con la dominicana. Personas de todos los tonos formaban la manifestación. Pronto se iba a celebrar el plebiscito que marcaría la voluntad del pueblo en cuanto a la anexión.

Honradamente hay que reconocer que esta clase de actos, conducidos por un gobierno, carecen de la libertad que permitirá graduar y ponderar el querer y verdadero estado de ánimo público. Pero se está en una época del pueblo en que todo el mundo está armado; se aprendió en la Restauración a no temerle a la fuerza armada, y se tiene expedito el camino de la protesta, acogiéndose al refugio de la manigua. El partido rojo, respaldado por el pueblo, hace el plebiscito, y todo pasa de idéntica manera que cuando se aclamó a Báez, ausente del país el 68. Presidente de la República, y luego dictador. Un cuadro de las votaciones publicado en el Boletín Oficial, expresa once votos negativos en una totalidad de más de quince mil. Como labor de un solo partido, que se despacha a la medida de su interés, fué mucho conceder. En Puerto Plata hubo de verdad un voto negativo que no figura. Se supo quien lo depositó, y personas respetables de la ciudad, espantadas, hicieron embarcar ocultamente al individuo para Islas Turcas. El espíritu libre de aquella ciudad, que, aun entregado a una devoción pasional, no hay poder humano capaz de crearle un ablandamiento de sumisión servil, dió razón de sí en una

protesta que circuló en hoja suelta. La firmaban puertoplateños que se refugiaron en los campos, pero viéndose sin apoyo social se dispersaron, yéndose unos a la Línea Noroeste, para tener un pie en Haití, y otros se ocultaron por diversos puntos del Cibao. Más tarde, esa protesta escrita tuvo notable significación.

En tanto que todos estos trámites tienen su curso para darle viso de legalidad al cambio de soberanía, el gobierno, lejos de buscar embozo ni de emplear disimulos, aprovecha públicamente todos los medios que puede alcanzar de las autoridades norteamericanas con el objeto de allanar inconvenientes a la obra próxima a realizarse. No faltaban en las aguas dominicanas vapores de guerra de aquella nación. Báez solicitaba de sus capitanes el transporte de tropas de un punto a otro, y era complacido. Un ciudadano norteamericano fué condenado a muerte por los tribunales de la República. Por intervención del agente consular de los Estados Unidos, el Senado Consultor le favoreció con el indulto; pero se le retuvo en la cárcel hasta averiguar si convenía o no dejarlo retornar a su país, donde podía desacreditar la República y echar a perder la ya casi segura anexión.

Una comisión norteamericana vino a la República el 71 a investigar y comprobar si el pueblo dominicano apoyaba la anexión. Se movió dentro de lo oficial, y también interpeló personas respetables de diversas poblaciones. El estado de ánimo público no se tradujo en el descontento que debía esperarse. El temperamento general era el de la conformidad y satisfacción propia de quien espera algo bueno en vez

de días angustiosos. La comisión, que tan fácilmente pudo haber sido mal impresionada, luego de terminar sus labores en la Capital, pasó al Cibao a caballo, hallándolo todo sosegado, y mereciendo un buen recibimiento en las poblaciones. Lo más interesante de sus investigaciones, porque delata una de las maneras del carácter de los dominicanos en la época, y cuidado si todavía, fueron las declaraciones hechas por personas respetables por su vinculación con la vida de la nacionalidad desde que comenzó su autonomía. Ellos eran nada menos que libertadores. Don Juan Nepomuceno Tejera, Presidente de la Suprema Corte, elogió la anexión a España, y la tuvo como una providencia salvadora, de que sólo se quejaron personas de mal vivir, enemigas del orden y el trabajo. Se enorgullecía de haberla apoyado. Aquellas palabras en boca suya, eran una retractación de su pasado, en que tantas señales de firmeza de carácter había dado. Juan Chery Victoria, encontraba una segunda oportunidad de renunciar la calidad de libertador de la Independencia. La primera vez, por España, lo arrastraba la corriente de sus compañeros, aceptada por el pueblo. Ahora decía querer el cambio de bandera por el progreso y bienestar que traería a los dominicanos. La verdad es que esa era la última voz, y había que estar con ella. José Silvano Acosta, un buen samanense que nunca había salido de la península, donde hizo la gloriosa campaña de la Restauración, que a su parecer ya nada valía, la desacreditó por eso en sus declaraciones, tirando a probar que la Anexión había sido beneficiosa para el país, desde cualquier punto de vista que se la considerase. Samaná fué una de las comarcas que más

abnegadamente se sacrificaron en aquella jornada libertadora que puso término a la Anexión.

La mayoría del pueblo apoyaba francamente la proyectada anexión. ¿Por qué ocurría eso después de una reafirmación del espíritu de libertad en una segunda guerra que se llamó la Restauración? La causa del fenómeno estaba en el alma del pueblo. El evolucionar de la masa colectiva era lento, más espontáneo y particularmente que en el conjunto de la sociedad por una acción sistemática educativa; masa que vivía todavía de impresiones del momento, sin dominio de sí ni desarrollo de facultades del alma que la hicieran aferrarse conscientemente a una fórmula hija de un principio, y luchar por su triunfo comprometiendo todas las energías vitales si el caso lo reclamaba. Su concepto de la libertad no se ha apartado bastante de lo rutinario, y se muestra demasiado sensible a una promesa de bienestar material, como si no fuera otra cosa que cuerpo, sin naturaleza moral que satisfacer. Por eso, estando ya en el disfrute de lo prometido, le surgen necesidades de que no había hecho cuenta, y ahí es el arrepentirse y el arrojarse desesperada a la lucha que la reintegre a su condición natural de autonomía. Sin embargo de eso, la Restauración fué una escuela de civismo donde se aprendió a amar la libertad y a comprenderla como una conquista que no se puede dejar perder así como quiera. Por mantenerla hay que comprometerlo todo, inclusive la vida. El concepto patria es una idealidad ya fijada en el alma de un apreciable grupo de dominicanos, que está todavía en minoría. El pueblo no comprende que la aspiración y el afanar de ese grupo, responde a la más noble

expresión de la vida nacional. Los mira nada más que como políticos, y como tales, no reunen las condiciones que los pudiera hacer preferibles a los de la orientación contraria. Entre Báez y cualquiera de ellos, Luperón en primer término, se dice el pueblo: venga Báez: ese es el hombre. Se sabe que esa clase de preferencia no es nueva; data desde fundada la República... Frente al triunfante propósito de anexar la República, se ponen de manifiesto signos reveladores de estar en formación creciente el sentido preciso de la nacionalidad. De la multitud de desterrados, casi todos eran libertadores. Un interés político los arrojaba de la patria, pero al saber que esta será nuevamente entregada a una nación extranjera, se les despierta a gran parte de ellos el amor por esa patria, cuya defensa en una lucha emancipadora los hizo merecedores de una honra gloriosa, y como hijos dignos, vuelven a ofrecer el sacrificio de su vida como un tributo que alcance a mantenerla en alto contra todo intento de humillarla o extinguirla. Los anima un patriotismo sincero, y si estuvieran en el territorio, ninguna fuerza les impediría oponerse abiertamente a las gestiones antipatrióticas de aquellos momentos. Del 69, en que la protesta armada fué tan ardorosa, al 70 y 71, se extendía todo el visible crecimiento que la noción de patria había adquirido. Un partido respaldaba a sus campeones; mas, como se ha dicho, de minoría, y, por lo mismo, no simpática al pueblo. La campaña desarrollada en expediciones de guerra por la frontera Sur el Noroeste, y la protesta de prensa que por el exterior se hizo activamente, constituyen un blasón para los que la llevaron a cabo. Actuaban

en función de libertadores; mas el pueblo tuvo para ellos un gesto despectivo, y, la acogida que no les dispensó, es una falta que la historia debe reconocer, premiando la postura de esos nobles luchadores. Entra Luperón por Capotillo haitiano con cuarenticinco hombres, y es cuando se tiene por un hecho la próxima pérdida de la soberanía nacional. Llega hasta campos de Sabaneta, y no se le suma un solo hombre. Deshecho el puñado de héroes en un incesante pelear, vuelve Luperón a Haití con el pesar de queridos compañeros caídos en tan memorable como dolorosa jornada. Por ese tiempo tuvo el mismo que reconocer, en presencia del vacío que por doquiera le venía haciendo el pueblo desde la expedición del vapor Telégrafo el año 69. que los dominicanos son de tal naturaleza que parecen avenirse únicamente a los gobiernos opresores.

***

La nacionalidad no fenecía definitivamente porque le estaba tocando todavía del influjo providencial que la asistió en su advenimiento a la vida de libertad. El tratarse de una gran nación democrática como los Estados Unidos fué el principal factor para que fracasaran tantas combinaciones antipatrióticas, no mal miradas por el pueblo en su mayor parte. En las Cámaras norteamericanas las protestas escritas, que aquí no tuvieron curso o admisión, sirvieron de argumento poderoso para hablar en nombre del pueblo dominicano, pero contrariando su torpe anhelo de alcanzar una vida feliz sin libertad. El senador Charles Sumner no se puede dejar de registrar en la historia

de los afanes libertadores de la nación dominicana, por la participación de campeón principal que tuvo en el rechazado proyecto de anexión.

Cuando en el 69 se concertó un tratado para la anexión del país a los Estados Unidos, se firmó otro acuerdo para el arrendamiento de la bahía y península de Samaná. No cuajado el primero, el segundo se llevó a efecto a pricipio de 1873. Se cobraba ciento cincuenta mil pesos anuales por el arrendamiento a una compañía norteamericana.

⁂

BAEZ Y EL PUEBLO. — La simpatía de que disfruta, ninguna relación tiene con el trato directo con las multitudes, que no acostumbra. No es hombre de buena cara que se hace comunicativo cuando habla a los adeptos; pero sabe tenerlos contentos con obras y pruebas patentes de que el gobierno es de todos. No descuida los resortes que mueven el corazón humano, y a los individuos los sabe clarificar para la indispensable atracción en la política. Hay ahora quienes creen que despreciaba al pueblo, y que por eso gozaba de tanto prestigio en las masas. La apreciación es falsa; el pueblo no sigue espontáneamente al que le desprecia. Es injusto atribuir sentimiento despectivo hacia las multitudes en un gobernante que tuvo excepcionalmente una concepción socialista acerca de la función gubernativa, y no en teoría y por imitación e influjo de lecturas, a la manera que se forman en la actualidad, sino como un hecho que había sido realidad en sus actuaciones de mandatario. Cuando el pueblo se da en simpatía a un gobernante, lo que espera

en retribución es que aquel se prodigue en favores o mercedes a su disposición en el poder. Báez, sin querer adular a las multitudes, que no creyó merecedoras de tanto, sinceramente se preocupaba por suministrarles medios de aliviar calamidades que visitan a la clase menesterosa, sintiendo en ello una satisfacción de gobernante antes que personal. Del Sur se le informa de estar la región azotada por una especie de epidemia que para la gente pobre es cosa terrible. Inmediatamente ordena fletar una goleta con medicina, ropa, zapatos y frazadas. Cuando se tiene en el lugar conocimiento de haber llegado ese oportunísimo socorro enviado por Ventura, ¿quién no se siente pagado de su devoción baecista, con anhelos de verle eternamente mandando? Por el año 72 hubo una fuerte sequía en Puerto Plata y Santiago, que ocasionó tal escasez de comida, concurrente con un notable decrecimiento en la exportación, que la clase pobre se vió atenaceada por el hambre. Báez tomó la iniciativa para que el Senado Consultor autorizara, mediante un decreto, la exoneración de derechos de importación por seis meses sobre provisiones de consumo diario: arroz, maíz, frijoles, bacalao, harina, arenque, macarela, etc., para que se abrieran tiendas controladas por comisiones de los respectivos ayuntamientos de las dos comunes, donde se expenderían los referidos artículos a precio de costo. En los recintos de esos establecimientos el público semejaba una colmena. El complemento de tal providencia había sido disponer el Congreso la emisión de cien mil pesos en títulos de la deuda pública. En todo esto se veía y sentía la acción munífica del Presidente Báez, a quien el año anterior,

en su visita oficial a la región, se recibiera ovacionalmente. No hubo en tan memorable oportunidad de conocer personalmente al caudillo las masas cibaeñas, campesino con muda limpia que no fuera a la población a recibir al ídolo. Un jefe rural, que tanto *¡vivabáe!* había vociferado en peleas y fandangos, llegó a la ciudad de Puerto Plata al frente de una caballería, con la determinación de hacer algo más que ver al hombre.

En la gobernación se abrió paso entre una nutrida concurrencia, y ante la persona del ser tan querido, la emoción le impulsó a darle un efusivo abrazo. Al separarse, le miró nuevamente de arriba abajo, y le abrazó otra vez. Para algunos presentes, el campesino se sorprendió de encontrarse con un tipo tan feo.

EL 25 DE NOVIEMBRE

El caudillismo, como expresión de una manera política rutinaria, cuyo motor o incentivo es una individualidad, y no un principio, idea o fórmula de aspiración social, no reconoce más que en una sola persona las calidades necesarias para dirigir el organismo informe, pero real, que hace de partido. El jefe supremo es el que mantiene la unidad de la agrupación, por la simpatía, adhesión y lealtad, que, como hilos, parten de cada adicto a él. Por él, o el triunfo y predominio de él, se lucha, se sufre, y se sacrifican gustosamente los bienes y la vida; y ello parece tan propio y natural, que si desaparece, o se acaba el partido, o de entre sus filas surge un tipo de selección apto para mantener la preeminencia, aunque generalmente en condición de inferioridad respecto al creador de la unidad del organismo. Lo

cierto es que en vida del caudillo a nadie se le concede gustosamente su puesto. Puede él mismo hacerlo, conservando para sí el puesto de superioridad que le permite influir en interés de los adeptos. Por su parte tiene además, el privilegio de convertir las leyes en recursos que le perpetúa en el mando, mirando sus partidarios en esa operación una providencia muy lícita, en tanto que la libertad queda estrangulada, y quienes la invocan y quieren su atmósfera como la única propicia al desplegamiento de los derechos absolutos, tienen que padecer a consecuencia de esa deformidad de la democracia, sólo curable con la evolución social y política.

⁂

Fracasado el proyecto de anexión, y dominada la insurrección en la Línea del Sur el año 1872, pensó Báez en la necesidad de quedarse lo más posible en el mando, ya que llevaba cuatro años sosteniéndose, a despecho del enemigo, mantenido a raya. La Constitución fué revisada, y entre sus enmiendas consignó la reelección indefinida del presidente. Pasó el año, y todo el partido tuvo por conveniente la reforma. Los azules desterrados, en señal de protesta, renovaron la lucha por la Línea Noroeste. Hacia mediados del nuevo año, 1873, comenzaron a poner la atención en las elecciones nacionales que asegurarían una vez más el predominio baecista, algunos importantes políticos del Cibao. No dejó de haber quien deseara otro miembro rojo de presidente. La región tenía personajes de prestigio político, como Memé Cáceres, bien acogido en la misma Capital, que podían alternar en el mando,

sin que Báez perdiese su preeminencia. Este fué el morigerado temperamento que prevaleció, por tratarse de leales baecistas, situados ya en marcha hacia una evolución política dentro del partido. Ignacio María González, que había adquirido personalidad en su magnífica actuación de gobernador de Puerto Plata, figuraba entre los personajes que tenían sus aspiraciones de cambios en la política nacional, pero pensando en sí, como quien ya estaba entrenado en el gobierno de un distrito. Alcanzaba a hombrearse con Cáceres. Este no poseía ambición del mando, aunque le hubiera aceptado. Todo está, sin embargo, en potencia; la devoción baecista así lo impone.

Por el último trimestre del año hizo un viaje a la Capital el Gobernador Ignacio María González. El Gobernador de Santo Domingo, General Damián Báez, como un acto de pura broma, ordenó al Comandante del Puerto retener en calidad de arresto en la Comandancia, al General Ignacio María González, llegado en un vapor de pasajeros norteamericano. Cuando el detenido, contrariado y colérico, llevaba más de una hora, se apersonó allí Damián, manifestándole sorpresa por lo ocurrido, nacido de una mala interpretación. González no hizo caso de tales excusas, y en sus adentros se decía: "Yo les enseñaré a los Báez a burlarse de los hombres". Resolvió rápidamente el objeto de su viaje, y tan pronto se vió en Puerto Plata, combinó con Memé Cáceres y otros personajes el pronunciamiento del 25 de noviembre de 1873. La oportunidad que en todo tiempo ofrece un gobierno de fuerza y exclusivista para ser criticado en nombre de los principios, fué bien aprovechada para rodear

de elevados propósitos el movimiento revolucionario. Un manifiesto a la nación contenía numerosos cargos contra el gobierno, hasta entonces apoyado, moral y materialmente, y defendido en esas mismas lacras. Santiago de los Caballeros quiso resistir, y envió fuerzas sobre Puerto Plata, pero tras una escaramuza, el espíritu de regionalismo cerró fila en torno a la insurrección, y columnas bajo el mando del General Pablo López Villanueva marcharon arrolladoras sobre Santo Domingo, que fué sitiada, y capituló el 31 de diciembre.

***

Para Báez fué realmente una sorpresa la coordinación de los principales rojos del Cibao contra el gobierno. No obstante, envió fuerzas destacadas de la Capital y el Seybo, que resultaron ineficaces. Firmada la capitulación con que se ponía fin al régimen, compareció ante el Senado Consultor, y en su mensaje dijo lo siguiente: "Como servidor del pueblo, acato su querer, y antes que verter su sangre acepto cualquier sacrificio... Mi deseo de salvar el país no me hizo retroceder, y me entregué sin descanso a escogitar los medios de alzarlo a mejores destinos..." Por vez primera de verdad, veía al pueblo vuelto contra él en un período de seis años. Tenía el derecho de exclamar que acataba su voluntad. Haber prolongado la lucha no era difícil, sino inútil

***

Los rojos han triunfado de los rojos, derribando a hachazos el ídolo. ¿Yacerá en el suelo para siempre, por falta de motivos que le hagan digno de volver

al altar levantado por la devoción? Los ídolos políticos no se desarraigan del pecho con un tirón, a menos que ellos expresamente abdiquen de la virtud que les creó adoración. Como era una lucha de compañeros, en extremo de ser excluídos del escenario los líderes del partido azul, desterrados, siendo ello un tácito reconocimiento de no ser la revolución hija de los principios, los principales personajes del gobierno caído no salieron del país a la entrada de las fuerzas revolucionarias en la Capital. Sólo Buenaventura Báez tuvo imperiosa necesidad de embarcarse seguido. Manuel M[a] Gautier, el más importante cooperador intelectual y político del Presidente, se quedó en su casa, y luego formó parte de la Asamblea Constituyente que revisó la Carta Política el 74. Damián Báez mismo no se fué inmediatamente. Con todo, por en medio de los rojos triunfantes se colaban, favorecidas por el ambiente de libertad, corrientes hostiles a cuanto concerniera a Buenaventura Báez y su familia. El mes de enero, la casa ocupada por las hermanas y sobrinas de aquel en la Capital, fué groseramente apedreada. Todas se embarcaron el 13 de febrero siguiente para Aguadilla, Puerto Rico. En esta isla había fijado su residencia Buenaventura.

⁂

Una brecha se abrió en el partido. En algún tiempo debía suceder así, por necesidad de la evolución a que están sujetos los organismos sociales. En fin de cuenta, el baecismo es una expresión de vida pasional que pasará, cediéndoles el escenario a otras que gradualmente la irán reemplazando, no sin roce ni

lucha, puesto que no se ha de apagar sino dejando algo de lo suyo.

Ignacio María González, Presidente de la República, ha formado con sus más allegados políticos un bando de minoría, sacado de los rojos, y llamado verde. También le sostienen en el poder baecistas y azules. Los primeros no le pasan como caudillo; están resentidos por habérseles dado ocasión a los enemigos de volver a participar en los asuntos de gobierno. Por su parte, González mira con recelo a los azules. El mes de agosto del 74, la fortaleza San Luis, de Santiago, es asaltada por el furibundo baecista Juan Nepomuceno Núñez, que tenía a su hijo, el también general Evangelista Núñez, allí encerrado. Memé Cáceres estaba comprometido para la acción, y, por tener resultado fatal el golpe, se quedó a la espectativa en su finca de Moca. Baecistas del Bonao y Ocoa pretendieron secundar la insurrección, pero fueron prontamente debelados. En Santiago los azules, por órgano de sus más prestigiosos elementos sociales respaldaron al gobierno. Cáceres tuvo que embarcarse, y como si realmente hubiese sido un pleito de familia el que motivara la revolución del 25 de noviembre, se fué derecho a Mayagüez, donde le recibió y hospedó en su casa Buenaventura Báez. El 1875, el General Juan Gómez, Gobernador de La Vega, impaciente ya por estar entre los suyos, planeó un pronunciamiento que le fué estorbado por el general azul Juan Portalatín, Comandante de Armas de la plaza. A principio del siguiente año, arrojado del poder González por la acción cívica de ciudadanos armados del derecho, caso primero en la República, Pablo Ló-

pez Villanueva, ministro del gobierno caído, aprovechó en la Capital la confusión del momento, y dió un golpe de Estado en favor de Báez, respondiendo al pronunciamiento que en igual sentido hiciera en Moca Juan Gómez. Tales pretensiones baecistas fracasaron, y el movimiento cívico que desde Santiago, encabezado por Manuel de Js. de Peña y Reynoso, arrojara del mando a González, siguió su curso de acción evolutiva en la vía institucional, y produjo la concurrencia de todas las voluntades hacia un candidato nacional, que fué el ilustre patriota Ulises Espaillat. Se tocaba, tras tanto mal andar, en el punto culminante de la más anhelada aspiración del liberalismo en la República. Empero, era la hora del liberalismo para un grupo, no para el pueblo. En el seno de éste perduraba no poca porción de modalidad baecista, aunque había dejado de serle enteramente grata. La era a que correspondía el caudillo no había terminado, sin que ello tuviese nada que ver con sus diligencias de político. Por el momento, ninguna está desplegando. Nada más observaba el curso de la vida pública, como inevitable atracción de su espíritu. Espaillat no tenía ni quería un partido, sino la cooperación de todos los dominicanos, aunados en el empeño de levantar la maltrecha vida social. El programa de acción que ello pedía y que Espaillat se apresuró a poner en práctica, produjo descontento en los ya políticos de oficio, y el empezar a conspirar no tuvo dilación. Don Ulises no era hombre para la actuación enérgica ante propósitos de alterar el orden público. Pudiéndolo hacer se negaba a ello, pensando que si gobernaba por la voluntad del pueblo, agrupado en un solo haz, se debía

presumir que todos los ciudadanos estaban interesados en el respeto de la ley y el mejor desenvolvimiento de la vida colectiva. Mas, según las manifestaciones de la realidad social, era una tontería pensar tan sensatamente del pueblo dominicano. Estaba hecho a la mano dura que le imponía soberanamente un camino, y ese era el de su agrado. Levantamientos en la Línea Noroeste, en Puerto Plata, Santiago, La Vega y el Sur, ocasionaron meses de guerra fratricida. Los azules defendieron al gobierno, y rojos y verdes se barajaron en la manigua como insurrectos, conservando cada porción su interés particular. Espaillat es derrocado; todavía corre el año 1876, en que ocupara la Primera Magistratura.

Cae el liberalismo, pero hace una conquista insensible que ha de valer, andando los días, para que en las masas se opere un apreciable cambio en el entender las cosas de la patria y la verdadera función del gobierno. Toda la gente moza que había asistido de adolescente, como espectadora, a los cambios políticos que se sucedían con desprecio de sagrados intereses nacionales, se armó en defensa de la administración de Espaillat, y se batió en todos los escenarios como quien lucha por una santa causa. Reconocía la necesidad de renovación política, anulando o aplastando a tantos viciosos que no dejaban poner en marcha a la sociedad dominicana. Es el primer soplo de una generación nueva, con aspiraciones y más evolucionada que la anterior, aun preponderante. Sus elementos alimentarán la minoría que ha estado soportando el peso de la incomprensión del pueblo en los empeños de defender sagrados derechos. Los de esta ideología

prevalecerán definitivamente, pero antes de llegar ahí, hay no poco que contar.

⁂

González, que tenía el mayor influjo en la revolución, satisfizo su impaciencia de ser aclamado Presidente y Jefe Supremo, y se vió de mandatario. Mas a los pocos días los baecistas aclamaban también a Báez, y González era depuesto. Es el mes de diciembre de 1876. Una Junta Provisional, presidida por Marcos A. Cabral, tiene a su cargo la dirección del gobierno, en espera de Báez. Este, desde el mes de octubre anterior, mirando a la República hecha una mesa revuelta en el orden político, sintióse sinceramente impresionado con ese cuadro. En él se destacaban revueltos, a consecuencia de la disputa de mando, los hombres que el 25 de noviembre del 73 esgrimieron los principios contra el régimen de fuerza imperante. Con poderosa vinculación todavía en gran parte de los sectores políticos, no estaba excluído del escenario, y deseó nuevamente el mando, no por la vía de una sedición, sino aceptado por los compatriotas de todos los bandos, que ya eran tres, a fin de dedicarse, con la cooperación de ellos, a levantar moral, legal y materialmente el país, tan abatido por sucesivas y alocadas revueltas.

Dirigió un manifiesto al país en el que presentaba el programa de gobierno, que de ser favorecido por el querer de la mayoría, pondría en ejecución. El historiador Don Manuel Ubaldo Gómez y Moya, considera que, "cumplido, hubiera sido la salvación del país". Esta apreciación de poner en la ley y no en

el organismo que la recibe o debe vivirla, el origen de las perturbaciones sociales, ha hecho entre nosotros que a los males colectivos se les busque la causa donde no existe. Si el pueblo no está educado para recibir un acabado sistema legal, realizarlo un gobernante es imposible. No existiendo en el cuerpo social la condición de adaptabilidad, la ley será una fórmula huera, independiente del organismo para el cual se crea. Báez en su manifiesto reconoce el valor de la libertad como ambiente necesario a la vida organizada y progresiva de la paz, que no debe ser de fuerza, sino de "sujeción a la ley". En el no respeto de la ley ha estado la causa primera de todos los trastornos políticos internos del pueblo dominicano. El rehuir su cumplimiento es una afición heredada de los abuelos, que en el período colonial encontraron en ello un alivio contra los preceptos legales consagradores de la arbitrariedad y la opresión. En nosotros siguió flamante esa disposición de ánimo, convertida en un reclamo del espíritu. El gobernado se retuerce la mente buscando la manera de quedar fuera de la sanción señalada por la ley. El gobernante se dice, o lo dice públicamente, aludiendo a que le está vedado cierto modo de proceder: "para eso soy gobierno, o para eso estoy arriba". Dos dominicanos que hicieron un viaje de placer a los Estados Unidos en los días de estar allí en vigor la ley seca, consiguieron una botella de brandy, y en un carro salieron de juerga. Brindaron al chofer un trago, y éste se negó a tomarle, alegando que una ley prohibía el uso de bebidas alcohólicas... Los dominicanos se miraron y sonrieron, reconociéndose estar muy lejos de ese temperamento,

El día 27 de diciembre asumió Báez la Presidencia provisional de la República. Le precedía ya un ambiente de simpatía hasta entre los mismos azules apegados a fórmulas liberales, contribuyendo a esa nueva corriente el correcto proceder de los baecistas que habían dado al través con González. La desorientación era tan general, que la turbiedad de la incertidumbre alcanzaba todos los sectores sociales. En la indecisión o inseguridad del momento, los hombres bien inspirados y anhelosos de una nueva ruta, formaban grupos, señaladamente en la Capital y el Sur, en busca de afinidad con otros que quisieran sumarse para un mismo fin. En ellos hicieron un saludable efecto el programa de gobierno y las primeras actuaciones de Báez, confirmadoras de su sinceridad, y decidieron adherirse a su política de gobernante apto para guiar al pueblo por sendero de reconstrucción edificante. Eran azules de pura cepa, contándose entre ellos: Manuel de Js. Galván, Apolinar de Castro, Eliseo Grullón, Francisco Gregorio Billini y José Melenciano. Del Cibao se adhirieron Manuel María Castillo y el Pbro. Bernardo Pichardo.

En lo personal, respecto a la calidad intelectual, estos, excepto Melenciano, estaban a la par con Báez; habían militado en el bando opuesto por diversidad de criterio político, pero en lo demás, merecían estar juntos. Verlos ahora reunidos no era una inconsecuencia en los azules, sino más bien una expresión de altura de mira sobrepuesta al vulgar personalismo. Para Báez, por su parte, era una honra que sirve de respuesta a quienes le colocan siempre por debajo de cualquiera de sus enemigos contemporáneos. Hay una

nota de dolor en recordar que José Melenciano, un hombre de honor, venido más tarde el desconcierto de las insurrecciones, mantuvo su palabra de adhesión, y fué al Cibao con su excelente tropa sancristobalense, y allí lo asesinaron por disposición de los generales del gobierno que dudaron de su fidelidad. Manuel de Js. Galván tomó en Santo Domingo la iniciativa, por el mes de febrero del 77, de reconciliarse, como lo hicieron, firmando un acta, elementos rojos y azules, con fines de esforzar la acción del gobierno, comprometiéndose ellos a "mantenerse estrictamente dentro del radio de la Constitución y las leyes, condenando y reprobando altamente toda asonada, aclamación, pronunciamiento o motín dirigido a desconocer la legalidad vigente". Ponían el dedo en la llaga, necesitada de cauterio para su extirpación. Pero desdichadamente, ese era el reconocimiento del mal en unos pocos, deseosos de curarle. Frente al todo, no constituían más que un movimiento aislado y de excepción. Báez dió pruebas de no querer las cosas como en el pasado. No era un hombre que se regeneraba; por su efectivo valor intrínseco era el mismo; sólo que, los experimentos sobre la realidad le ponían en ese temperamento, no por acogerse a una solución conveniente para sí, sino como una rectificación de lo que había sustentado con tenacidad de honda convicción. En un espíritu dueño de sí, con amplitud de campo cultural, no faltan recursos para formar y reconstruir concepciones relacionadas con las tonalidades o cambiantes de la realidad. La Constitución fué revisada y despojada de todo lo que cándidamente la pudiera hacer causante de opresión y arbitrariedades. El presupuesto de la

administración anterior se redujo a sesenta por ciento, y junto con ello se tomaron disposiciones para "regularizar el deplorable estado de la Hacienda Pública". La libertad respirada no impulsaba a un vivir sosegado, dedicándose cada ciudadano a darle el mejor empleo a sus energías y a usar de sus derechos sin apelar a la violencia. A quienes no se habían sentido complacidos con la liberalidad de Espaillat ¿cómo sería posible llenarles la medida de sus pretensiones? Por otra parte, había que arreglar cuenta por los seis años, que en política partidarista la cosa es así. Unos se despachan a su gusto, y más tarde otros les pasan la cuenta, abocándoles al pecho las armas, si hay ocasión para ello. Un incontenible deseo de desquite o venganza es el espíritu que alimenta la llama de las insurrecciones que se van a suceder. De buenas a primeras un pronunciamiento el mes de febrero en la Línea Noroeste inicia un año de guerra, el de 1877, en que el partido baecista, mermado ya, pero todavía fuerte, libra la batalla con que se ha de retirar del escenario de la vida pública. Su inmenso cuadro de guerrilleros, disminuído por la acción absorbente de las nuevas corrientes, suministra el resto de muchos elementos en quienes la fidelidad no ha muerto ni fenecerá hasta el fin de la vida. Cada uno se erguirá como una columna poderosa que resistirá muchos golpes antes de caer. Los soldados ya no se cuentan por miles; no hay batallones, y los mismos Ligero y Chavalo, disueltos por la forzosa suspensión de tres años, no dan sino grupos o núcleos, eso sí, de pura cepa baecista. En el bando opuesto se mueve la fuerza de la juventud, que no se reconcilia con quienes en el

pasado cercano representaron la opresión y el anexionismo. Son liberales intransigentes, que, después de lo de Espaillat, están determinados a una guerra de vida o muerte para barrer toda expresión de reaccionarismo. Todos alientan odio antibaecista. En cuanto tuvo principio la insurrección, se armaron, y en otro escenario prendieron la tea revolucionaria. Estalló en Jarabacoa, con ramificación en Santiago, y fué nombrada la insurrección de *los pinos*, por haber servido los bosques de aquella común de principal refugio de las tropas revolucionarias. Revelaron una vigorosidad, coraje y espíritu de resistencia tal, que en variados encuentros derrotaron a las columna del gobierno; mas estas, tras cada revés, volvían a la acometida con el tesón que fué virtud en la bandería. Giró después su centro la insurrección a Santiago, donde aumentó la cooperación de la gente nueva. Allí tuvieron que ir los generales veteranos del baecismo Damián Báez, el hermano Valentín Ramírez y Memé Cáceres. Entraba el año 78 y la lucha recrudecida convirtió el recinto de aquella ciudad en un campo de batalla donde se peleaba día y noche por el objetivo de la fortaleza San Luis, en manos de los revolucionarios. Así las cosas, el Este, que el año anterior se había insurreccionado, volvió a las armas, acaudillado por su lider principal Cesáreo Guillermo, y hacia la Capital marcharon columnas que no hallaron resistencia hasta los campos de Guerra. Ya los hermanos Báez se habían retirado a Santo Domingo para defender la plaza. Enviáronse al encuentro de Guillermo escogidos guerrilleros del Sur, bajo el comando de Quintino Díaz, sanjuanero, el hombre de armas de más estrategia

empírica en toda la bandería. También asistió su sobrino Baúl. El choque fué en Pomarrosa el 16 de febrero de 1878. Las tropas del gobierno, tocada el punto extremo de una denodada resistencia, se retiraron en derrota hasta la orilla del Ozama, no pudiéndolas contener la enérgica intervención del jefe de operaciones y algunos generales. Así terminaba el poderoso partido. A los ocho días Buenaventura Báez capitulaba, y se retiraba para siempre del país. Esta fué su quinta administración, recordada por los adeptos como la de los *catorce meses*. No faltan después intentos de levantar el cuerpo yacente del partido para darle vida, pero todo es como querer resucitar a un muerto.

Un partido y un caudillo han terminado su ciclo. No los ha vencido otro partido como unidad con un caudillo representativo. En la obra de su acabamiento han tenido parte grupos en los cuales se hizo sentimiento una ideología relacionada fundamentalmente con la entidad nacional como organismo sujeto a la vida de relación y con la conciencia de depender su destino de los propios esfuerzos dirigidos a una noble finalidad. Es una concepción que pasa por un proceso evolutivo, al que le somete la necesidad, hija de la ley del progreso, que impulsa de lo homogéneo a lo complejo. Otro factor en la terminación de esa realidad política, fué el tiempo. Sobre él trillaron su ascenso y su descenso, y por él llegó la sazón de surgir la fuerza social de la gente nueva, que, tomando de bandera las fórmulas avanzadas, se diseminó por el campo de la lucha, y vigorizó y aumentó las corrientes que barrían del escenario una realidad ya caduca. Lo social-

mente enfermizo de una época encarnado en una generación, desde el punto de vista moral y político, no se trasmite por herencia a la generación siguiente, como acontece de ordinario en lo individual, a pesar de que tiene alguna influencia en la nueva etapa.

Estas palabras del General Damián Báez pueden servir para un epitafio simbólico: "El gran partido *baecista*, con sus mil sepulturas y sus innumerables desgracias, sus miembros tan bizarros, abnegados, constantes y generosos, están aplastados, consumidos... el que tuvo y el que no tuvo, todos quedaron pobres; ¡qué cuadro tan triste para mí, fanático compañero de ellos, y que no les viera, como lo anhelo, la ocasión de ser recompensados tan honrados y valientes conmilitones!"

***

El 4 de marzo de 1884 feneció en Hormiguero, Mayagüez, Buenaventura Báez. Había nacido en Rincón, lugar de Barahona llamado hoy Cabral. Sus restos fueron traídos al país el año 1914, por disposición de su hijo Ramón Báez, entonces Presidente interino de la República.

***

No se ha dicho que el hombre que tuvo el privilegio de monopolizar la simpatía de las multitudes gustaba de la ironía en el trato ordinario de la vida. Veía con facilidad el lado ridículo de las personas y las cosas, y en habiendo oportunidad lo aprovechaba como combustible del buen humor. Como persona de lustre en el espíritu, aunque le faltaba aire de simpá-

tico, sin disposición para sonreir en el intercambio y comunicación con cierta suerte de tipo burdo, no hubiera sido posible mantenerse largos años en función de caudillo querido. En Horacio Vásquez, que estuvo en un tris de repetir como caudillo la maravilla del *¡vivabáe!*, faltó esa inclinación.

Hubo, sin embargo un baecista furibundo que se entibió y acabó por renegar del caudillo, maldiciéndole cuantas veces le acudía a la mente el recuerdo de una humorada que le fué forzoso sufrir. Gerardo Parreño, comandante de la goleta Capotillo, no era persona hecha para lucirse como petimetre, pero tenía pasión por la ropa, y en su armario y baules contaba más trajes que cualquier acomodado o tipo de representación social capitaleño. A ello dedicaba el esmero de un coleccionista de determinados objetos. Cualquier día tendía cordeles de su casa a la de en frente, en la cuesta de la actual calle Hostos, y sobre ellos ponía a tomar sol su serie de levitas, casacas y demás piezas de su copioso surtido, de manera que todo transeunte que cruzaba o caminaba la calle, si miraba hacia la iglesia de la Altagracia, no podía eludir la impresión de la numerosa vestimenta de Gerardo. El usaba poco de ella, pero un día de su cumpleaños escogió de lo más costoso y aparente, y vuelto un apuesto caballero, se fué a visitar al Presidente Ventura Báez. Se anuncia, y el Presidente autoriza que le den inmediato acceso al "comandante Gerardo". Sube los escalones con prosopopeya, señal de sentirse bien vestido, y Ventura, no bien le alcanza a ver, sonreído deja su ocupación de escribir, y le dice al visitante: "Oh, Gerardo, eres tú? ¡tan elegante y bien vestido! Tú estás mejor que yo..."

"Después lo hizo caminar hacia un lado y otro del despacho, para contemplarle el "porte". El comandante, que ,a pesar de su manía, era hombre serio, se sintió corrido; y tan pronto se vió fuera de la mansión presidencial, renegó para siempre del jefe idolatrado. Gerardo Parreño dió material a la musa popular, figurando así entre las personas recordadas porque le "sacaron una décima"...

En el valor de los hombres en la política, hay mucho que quitar y poner, según las circunstancias. Mas en cuanto a sí, cada uno se tiene, desde el punto de vista de la tasación en dinero, por un inmenso tesoro. A Báez le cargaba esa aberración, con que se encontraba a menudo. Una vez, en Consejo de Gobierno, los ministros opinaban sobre arbitrios para conseguir caudales; el Presidente, en tono de formalidad espetó: "El mejor arbitrio sería, comprar hombres por lo que realmente valen, y venderlo por lo que ellos se estipulan"...

APRECIACIONES FINALES

La costumbre de poner de relieve entre nuestros personajes históricos como patriotas, héroes o campeones del civismo, considerándolos únicos dignos de atención, ha hecho de las actuaciones puramente políticas un papel insignificante, recordado las más veces de manera despectiva. La política fué, a pesar de eso, actividad predominante, y afectó no poco al patriotismo. Hubo más patriotismo con política, que política con patriotismo. Por culpa de aquella no se realizó todo el adelanto de que la sociedad fué suscep-

tible, pero a ella se le debió el grado de organización que como nacionalidad se pudo alcanzar. Desacreditar o atribuirle nada más que negaciones a esa realidad que no proporcionó cosas propias de un estado de civilización, es caer en un extremo vicioso, que quita en lugar de dar honra, como cuantas veces se pretende halagar apocándose uno a sí mismo... La verdad es que hubo valores políticos, y que como tales, tienen el derecho de ocupar páginas de la historia, historia dominicana desde luego. Báez no fué otra cosa que político. Que se les den a los demás personajes cuanto mérito y gloria tuvieron; a Báez, que se le estudie y presente como político, no olvidando que fué un hombre verdaderamente consciente de los sistemas políticos y su funcionamiento en los organismos sociales.

∴

El período del caudillismo tiene sus tipos de selección, y como en estos se reflejan virtudes y vicios de la época, quedan incorporados inevitablemente a una realidad no conocible por entero, si aquellos son despreciados como productos característicos. Sólo considerados estos en esa relación, se comprenden y se conocen como algo propio, que en su tiempo no pudo ser de otra manera. Dentro del mismo caudillismo, hay otra suerte de tipos de selección, pero en sentido contrario al de la realidad imperante; representan impulsos ideales de realización lejana, necesarios para ir adelante, aun contra la incomprensión circundante. Tienen la virtud estos impulsos de influir, si no directa, indirectamente, en que el todo social no se estabilice en la rutina. Sus campeones sufren lo indecible, y al opi-

nar sobre la realidad que los rechaza, no es corriente que sepan decir la verdad sobre la misma. No se prestan para la función de la historia, cuando esta se mueve en el círculo avanzado del positivismo, que busca en la cosa lo que hay en ella y no lo que se dice de ella.

***

Lo ordinario en la alusión a las calidades del hombre público, es que entre por mucho la lente con que le miraron sus simpatizadores. De Báez se dice que tuvo refinada cultura y que era hombre leído; la afirmación no es convencional, como ha sucedido con muchas personas en nuestro país; es la expresión de la verdad. Poseía una selecta biblioteca, no para adorno de salón, sino para usarla constantemente. Don Manuel María Gautier, considerado hombre de saber, no era capaz de tanta lectura como su jefe, compañero y amigo.

***

Un autor norteamericano, en una obra que escribió acerca de nuestro país, dijo que Báez era "casi blanco". Traducida parte de la obra y publicada en un periódico de la Capital, el corrector de pruebas suprimió el "casi", y dejó blanco al hombre. Era un gran triunfo para la vanidad de alguien... A Moreno del Christo se le preguntó en Europa que si su Excelencia el Marqués de las Carreras era blanco, y, como hombre de mundo, con la mente ligera y siempre lista para solucionar un acertijo o salir de un aprieto en cuestiones palaciegas, contestó que no había tenido tiempo de reparar en ello, atraído y dominado, como siempre

estuviera, por la grandeza de sus hazañas y de su postura heroica... Los que conocieron personalmente a Buenaventura Báez, y si le querían mal, más clara fué la percepción, le hallaron de color "mulato claro, pelo apasado, y regularmente usaba barba en las mejillas y el mentón afeitado". A propósito de estas exterioridades, es oportuno consignar que el hombre era de buena pasta, y vivió con aire de superioridad, sobrepuesto a todas las pequeñeces independientes del valor intrínseco personal. Los enemigos se gozaban en decir que su madre Teresa Méndez había sido esclava, y su respuesta era, dejando así pequeñitos a los envidiosos y detractores: mantener el retrato de ella en el salón principal de la mansión presidencial, donde tenía que verlo toda persona que allí entrase. Se comprende que su contextura moral no era despreciable, y que, como hombre de verdad, merecía que se registrara en honra suya la humildad de su origen. Bien sabido es que esto no alcanza a los tipos corrientes, cuando tienen algún matiz de brillo social. Consideran un acto afrentoso para su persona el recuerdo del modesto oficio por donde entraron en la vida, y conciben el más terrible odio para quien se atreve a una "importuna" alusión. Cuando el origen es de baja extracción, rechazan el nexo de familia, y si son altos funcionarios miran al transeunte de la calle por encima del hombro.

⁂

La vida social se exterioriza al través de los individuos como en caneles, no todos pulimentados, ni rectos ni tampoco situados en el mismo plano; pero la manera general como ella pasó por esos conductos,

está más en su carácter que en el de los individuos. Una de las lecciones que de esa verdad se deducen para la historia, es que nunca se debe despreciar al individuo sin previo estudio de lo que fué. Lo honrado y conveniente es que se le clasifique, ya valorizado por habérsele conocido.

FAMILIA

Pablo Altagracia Báez tuvo en Teresa Méndez, además de Buenaventura, a Damián, Carlos, Félix, Altagracia, Irene y Rosa. De otras mujeres de Barahona le nacieron: Valentín Ramírez y José.

Hijos de Buenaventura Báez: Osvaldo y Ramón, nacidos de la viuda de Martín Miura; Pablo, Carlos y Manuel, de Teresa Batista; Félix, de Rosa Cordero; Francisco, de Josefa Tejeda; Amelia, de Fermina Andújar; María y Manuel, de Corina Dupont, en Francia.

Hijos de Damián Báez. De su esposa Dolores Lavastida, le nacieron Pablo Báez (Panguí), Buenaventura Báez Lavastida y Damián Báez Lavastida. Tuvo además en su mujer tres mellizas, de las que se criaron dos.

Hijos de Carlos Báez: Carlos y Pablo Báez Figueroa.

Hijo de Valetín Ramírez Báez, Remigio Báez.

Con pocas excepciones, cada miembro de esos se convirtió en tronco de familia, constituyendo hoy los Báez el árbol genealógico de más ramas en la Capital y el Sur. Además, conservó por más tiempo que ninguna otra familia dominicana, el vigor de espíritu distintivo del tronco originario...

SANTANA Y BAEZ

Son los dos más cabales representativos del caudillismo dominicano. Nacido éste como única forma política adecuada a un agregado social entrado en la vida libre e independiente después de educado en el sistema colonial, tuvo en los primeros pasos de la nacionalidad su período espontáneo y de adaptación general. La unidad nacional no se considera atada a una ideología ni a una aspiración común sino al través de un personaje en quien concurren las dotes capaces de despertar confianza en la sociedad. Pedro Santana sirvió para el período inicial, el de las pruebas guerreras, y dió lo que se quería o necesitaba: el hombre de armas. Buenaventura Báez fué el personaje del período siguiente, en el cual predominó la actividad pasional de discutirse el predominio en el gobierno; dió el tipo del político. Venido aquel de la zona rural, resultó el producto más criollo, y por lo mismo vigoroso que pudo surgir. Tal condición a la que se aparejaba la mayor suma de virtudes del hijo de la tierra, le destacó de manera que el segundo comenzó a formarse como su cooperador y admirador. Era el tipo de la ciudad con calidades de más valía en ciertos respectos, pero que, cediendo al peso de la realidad, se reconocía en plano inferior. La ambición asentada en la fuerza de carácter le impulsó a ser el principal de la segunda etapa. Venía a ser una individualidad que sustituía a la anterior, quedando situado en un escenario más evolucionado en cuanto a la comprensión del verdadero destino del ser social.

Báez, con el espíritu más pulimentado, y que comprende y sabe apreciar los fenómenos del mundo y de la vida social, es inferior a Santana por la naturaleza moral; por eso es éste un hombre de mayor estatura, de tal manera que aun cuando yerra, queda por encima del otro, que tiene conciencia de sus pecados. En Báez hay un hombre que necesita realizar su gusto, indiferente al *que dirán*, y se atreve a cosas, investido de alta representación oficial, de que se sonrojaría Santana, con o sin representación alguna. No se atreve éste a mezquindades en lo privado; aquel, para su ayuda de cámara, es a veces insoportable.

***

Distando en lo mental, tuvieron, sin embargo, el mismo concepto sobre los medios de asegurar la nacionalidad. El hombre del campo cree que sin la ayuda de una nación poderosa no es posible sostener la independencia nacional; el de la ciudad, que ha viajado y ha leído, y está enterado de cómo las ideas de libertad han hecho nacer nuevas nacionalidades, piensa del mismo modo, sin haber existido intercambio de opiniones entre nna y otro acerca del particular. La causa era la misma: una realidad social informe que, sin medios efectivos para defender y poner en marcha la unidad nacional, se había aventurado a crear ésta, como si lo demás le hubiese de venir llovido del cielo. Por encima de uno y otro hay que poner a brillar o a iluminar la luz de los idealistas, que tuvieron fe en la virtualidad de los principios.

Los dos sirvieron de conducto para que las ideas sobre el protectorado o la anexión, aceptadas por el pueblo mismo, caminaran y tocaran el punto de realización. Le traicionaron así a la libertad. Santana en ese acto procede como persona sinceramente equivocada acerca de lo que podía ser la anexión. Cuando palpa la dolorosa verdad, no tiene tiempo ni derecho para el arrepentimiento, sencillamente porque es hombre de honor, para quien los formales compromisos son sagrados. Báez va conscientemente a la consumación de ese paso trascendental; quiere realizar el propósito de canalizar, en el sentido de una acción constructiva, las energías del pueblo dominicano, y por eso persigue la anexión. Es la vía que él prefiere; considera a las masas incapaces de levantarse e ir lejos de otro modo. En su punto de vista es sincero; no le mueve un negocio privado, a pesar de que no abandona su ya inevitable ambición de mando...

***

La ideología política a que uno y otro sirvieron de altos campeones, tuvo con ellos su momento supremo. Quedó vencida, mas no extirpada enteramente. Todavía late en algunos pechos. Si cuando ella prevaleció, un movimiento de reacción la debilitó, fraccionó y redujo a minoría, ahora es indispensable para su definitivo acabamiento, ya que estamos en marcha ascensional, una acción directa y sistemática a base de puro civismo...

INDICE DE MATERIAS

Prefacio, 9, 10, 11.—Valor del hecho consumado, 13.—Derecho a ser juzgado como era y serie de cargos contra Pedro Santana, 14, 15.—Cambios y primeros factores concurrentes en la creación de la nacionalidad, 15, 16, 17.—El seybano y el ejercicio de montería, 18.—Un movimiento emancipador, 19. Un tipo de selección en la comarca de la ganadería, 20.—El grito de Independencia en Santo Domingo. Estado de ánimo público, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28.—Primer refuerzo. La gente de la provincia del Seybo, camino de Santo Domingo. Santana en la Capital es aclamado jefe superior de operaciones.—En campaña. Batalla del 19 de marzo. Su importancia. Impresión en el ánimo público y consideraciones acerca de la acción, 29, 30, 31, 32, 33, 34. — El cuartel general en Baní. La figura central de aquel escenario y sus dudas, y por sobre ellas su decisión para la lucha. Dos puntos de vista o dos ideologías. Duarte en Baní, 35, 36, 37, 38. . Una proclama, Una cuartelada en Santo Domingo, 38, 39, 40, 41. — Duarte aclamado Presidente en el Cibao. Reacción de los conservadores, dirigidos por Pedro Santana. El ejército y el pueblo respaldan este movimiento. Santana, Jefe Supremo de la República, 41, 42, 43, 44, 45, 46. — El destierro de los Padres de la Patria y apreciaciones acerca del carácter de la sociedad. Dos maneras de admirar a los personajes, 46, 47, 48, 49, 50. La Constitución, 50, 51, 52, 53. Pedro Santana en el mando y el móvil primario de sus actividades en la vida pública, 54, 55, 56, 57. — Primeras actuaciones del gobierno constitucional e intentos sediciosos. Un innecesario castigo severo, 57, 58, 59. Las Cámaras y el Poder Ejecutivo, 59. La campaña del año 1845, 60. — Estado social a los dos años de República, 62. El Presidente Santana visita el Cibao y el Este, 63. — La manera personal de Santana en le roce con los asuntos políticos y sociales, 64, 65, 66. Un complot

revolucionario y muerte de José Joaquín Puello, 66, 67. Santana renuncia la Presidencia. Lo que ello sugiere. Otro temperamento en el gobierno. Invasión haitiana. Desacuerdo entre poderes del Estado, Santana al frente del ejército. Las Carreras, 68, 69, 70,71, 72, 73, 74. — Santana y Jiménez enfrentados. Pronunciamiento. Sitiada la Capital, 74, 75, 76. — Se habla nuevamente del protectorado. Respuesta de Santana. Título de Libertador, 77, 78. Buenaventura Báez de Presidente de la República, 78. — Vuelve Santana de mandatario. Enemigo de Báez, a quien destierra. Santana y el clero, 79, 80, 81. — Reforma constitucional. La Vicepresidencia. Cuestiones internacionales. Oposición al gobierno y nueva revisión constitucional, 82, 83, 84, 85. — Trama revolucionaria del 55, y muerte de Duvergé, 86. — Santomé y Cambronal, y fin de las campañas de la Independencia, 87, 88, 89.—El soldado dominicano, 90.—El soldado y oficial haitianos, 91, 92.—El general (Santana), 92, 93, 94, 95. Llegada del cónsul Segovia. Su entrevista con Santana. Santana resigna el mando. Báez retorna al país y ocupa la Presidencia de la República. Acusación contra Santana y su actitud. Prisión. Santana desterrado, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103. Revolución de Santiago de los Caballeros contra Báez, y retorno de Santana. Una contrarrevolución. Su causa. Santana indispensable en el momento. Santana, Presidente, 104, 105, 106, 107, 108, 109. Motivos iniciales de la prosecución del protectorado o la anexión. Una mirada atrás sobre la Primera República en sus principales aspectos. Predicamento de Santana en cuanto a la anexión, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121. — Habilidad diplomática y oferta. Santana se vuelve político por necesidad. Aceptada por el gobierno español la anexión. Puntos convenidos y candidez de Santana, 121, 122, 123, 124, 125, 126. Proclamada la anexión a España. Estado de ánimo público a la llegada de los primeros españoles. Cómo es la traición en Santana. la reincorporación a la Monarquía vista por los contemporáneos en Santo Domingo y en España, 126, 127, 128, 129. — José Contreras y Francisco del Rosario Sánchez, 130. — Santana autoridad española. Intolerancia inveterada de la Monarquía y primeras desazones de Santana. Actitud de

Santana ante lo inesperado. Marqués de las Carreras. Condecoraciones, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137. — Santana fuera del mando y nuevas disposiciones de las autoridades que amargan el espíritu público. Primera reacción armada. Lo que piensa y siente Santana, 137, 138, 139, 140. El pueblo. La Restauración. Santana sale a campaña. Su actitud desde Guanuma. Una carta al Ministro de Ultramar, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147. — Anhelos íntimos satisfechos a medias. Vargas, nuevo Capitán General. Santana va a Santo Domingo a curarse, 148, 149, 150. — Camino del Seybo, en campaña. Santiago Mota, 150, 151. — La Gándara, nuevo Capitán General. Hostil a Santana. Lo que entre ellos pasa, no renunciando Santana su calidad de tipo criollo de espíritu libre, 151, 152, 153, 154. — La venganza, 154. — El hombre, 158. — Orgullo, 162. — Firmeza, 164. — Rectitud, 165. — Sinceridad, 166. — Cartas, 168. — Testamento, 168. — Hijos, 173. — Bobadilla, 174. — Los Alfau, 177. — Consideraciones finales, 181.

Buenaventura Báez. — Una vida que debe estudiarse para juzgarla. Primera etapa del joven, 185, 186. — Diputado a la Constituyente haitiana. Idea del protectorado. Sorprendido por el grito de Independencia. Participa en la acción del 19 de marzo, 186, 187, 188, 189. — En Santo Domingo. Perseguido por sustentar el protectorado. — Diputado a la Constituyente de San Cristóbal. Embajador. Presidente del Congreso Nacional y enfrentado al Presidente Jiménez. Elegido Presidente de la República, 190, 191, 192. — Se perfila como el primer hombre de Estado conocido en la República. Su idea de gobierno aplicada a la nación dominicana. Evolución de la misma. Enseñó lo que era un verdadero gobierno, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198. — Desciende del poder con buenas credenciales para una brillante carrera política. Desterrado. Oposición que crece y cuenta con Báez. Segovia es la solución. Báez, Presidente. Baralt pasa un mal rato. Un homenaje a Cabral, 198, 199, 200, 201, 202, 203. Providencia del gobierno que causa la revolución del 7 de julio del 57. Lo que sugiere la postura de Báez, 204, 205, 206, 207, 208. — Por efecto de la revolución se echan las prime-

ras firmes bases del partido baecista. Derrocado el gobierno. Propósitos de reacción que fracasan, 209, 210, 211, 212. — El gobierno de Santana triunfa en las gestiones anexionistas. Baecistas que se reintegran a su dignidad y responsabilidad de patriotas. Báez, mariscal de campo español. Al terminar la Restauración renuncia ese grado, 213, 214, 215. Es aclamado Presidente de la República y va una comisión a buscarle a Curazao. Explicación del hecho, 215, 216, 217, 218. — La juramentación, Meriño y Báez, 218, 219, 220. — Luperón se insurrecciona. Báez atiende a su misión de gobernante, 221, 222. — Cabral desligado del gobierno. Una revolución inevitable por necesidad de formarse dos bandos. Cartas cruzadas entre el Presidente y el Ministro Pimentel, cuyo contenido se relaciona con el presente y los días venideros, 223, 224, 225, 226. — El partido azul. Cabral, Presidente. Severa providencia contra expediciones revolucionarias. Los azules fracasan en su acción gubernativa. El problema económico. Insurrección en Monte Cristy. Acción enérgica tardía. Triunfan los baecistas, 226, 227, 228, 229, 230.—¡Viva Báez!, 231, 232, 233. — La Junta Gubernativa y reformas constitucionales. Báez aclamado Presidente y Dictador. Viene de Curazao y ocupa el mando. Dudas que se desvanecen acerca de la dictadura. Trece años después, 234, 235, 236, 237. Los seis años. Procedimientos. Batallones. El partido baecista o rojo. Proclamas. La libertad. Estado económico. Anexión. Báez y el pueblo, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262.—El 25 de noviembre. González, Presidente. Dorrocado por un movimiento cívico. Espaillat, Presidente. Una revolución por inconformidad morbosa. Con la caída de Espaillat parece fracasar el liberalismo; más bien se vigoriza para luego triunfar definitivamente sobre la tendencia anexionista, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270. — Los baecistas vuelven a triunfar, Báez, Presidente, y sus nuevas aspiraciones liberales. Un año de guerra contra el baecismo. Fin del partido y muerte de Báez, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278. — Báez irónico, 278, 279. Apreciaciones finales, 280. — Familia, 284. — Santana y Báez, 285.

INDICE DE NOMBRES

A

ABREU, Francisco Xavier, 39.
ACOSTA Juan Alejandro, 24, 84, 210.
ACOSTA José Silvano, 257.
AYBAR Joaquín, 86.
AYBAR Juan Esteban, 205.
ALBERT Juan María, 86.
ALCANTARA Valentín, 72, 112, 188.
ALFAU Felipe, 61, 82, 85, 122, 154, 177, 178, 179, 180, 181.
ALFAU Antonio Abad, 109, 150, 177, 179, 180, 181, 202, 205.
ANDUJAR, Fermina, 284.
ANGULO GURIDI, Alejandro, 119, 161.
ANGULO GURIDI, Javier, 248.

B

BAEZ, Pablo Altagracia, 185, 284.
BAEZ, Damián, 205, 265, 267, 276, 278, 284.
BAEZ, Carlos, 284.
BAEZ, Félix, 284.
BAEZ, Altagracia, 284.
BAEZ, Irene, 284.
BAEZ, Rosa, 284.
BAEZ, José, 284.
BAEZ, Osvaldo, 284.
BAEZ, Ramón, 278, 284.
BAEZ, Remigio, 284.
BAEZ BATISTA, Pablo, 284.
BAEZ BATISTA, Carlos, 284.
BAEZ BATISTA, Manuel, 284.
BAEZ CORDERO, Félix, 284.
BAEZ TEJEDA, Francisco, 248, 284.
BAEZ ANDUJAR, Amelia, 284.
BAEZ DUPONT, María, 284.
BAEZ DUPONT, Manuel, 284.
BAEZ LAVASTIDA, Pablo, 284.
BAEZ LAVASTIDA, Buenaventura, 284.
BAEZ LAVASTIDA, Damián, 284.
BAEZ FIGUEROA, Carlos, 284.
BAEZ FIGUEROA, Pablo, 284.
BARALT, Rafael María, 203.
BARI, Nicolás de, 59.
BARRIENTO, Jove, 230.
BATISTA, Teresa, 284.
BERNAL, Pedro, 158.
BILLINI, Francisco Gregorio, 273.
BOBADILLA, Tomás, 25, 30, 36, 39, 52, 60, 64, 76, 85, 119, 174, 175, 176, 177, 190.
BOBADILLA (Hijo), Tomás, 228.
BOLIVAR, Simón, 255.

INDICE DE NOMBRES

BOTELLO, Tomás Mercedes, 216.
BREA, José, 189.
BUCETA, Manuel, 146.

C

CABRAL, José María, 88, 102, 203, 209, 215, 216, 219, 223, 227, 241, 246, 247, 248.
CABRAL, Eulogio, 211.
CABRAL, Marcos Antonio, 271.
CABRAL BERNAL, 60.
CACERES, Memé, 209, 231, 247, 248, 264, 265, 268, 276.
CALLEJA, Baldomero de la, 152.
CAMBIASO, Juan Bautista, 37.
CAMINERO, José, 248.
CAMINERO, José María, 39, 119.
CAONABO, 125.
CASTILLO, Manuel María, 273.
CASTRO, Antonio de, 158.
CASTRO, Apolinar de, 273.
CAZNEAU, William , 83, 96.
COLON, Cristóbal, 115.
CONCHA, Tomás de la, 86, 201.
CONTRERAS, José, 130.
CONTRERAS, Juan, 61, 88, 209.
CORDERO, Rosa, 284.
CORSO, Simón, 210.
CURIEL, Julián Belisario, 242.

CH

CHANLATTE, José Aniceto (a) Baúl, 244, 277.

D

DAVILA FERNANDEZ DE CASTRO, Felipe, 119.
DELGADO, Pedro, 157.
DESCHAMPS, Eugenio, 49.
DESGROTTES, Enrique Ettiene, 25.
DESPRADEL, Fidelio, 49.
DIAZ, Quintino, 276.
DUARTE, Juan Pablo, 14, 37, 38, 39, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 49, 50, 51, 71, 114, 190.
DUARTE, Vicente Celestino, 157.
DUPONT, Corina, 234.
DUVERGE, Antonio, 15, 58, 61, 71, 74, 75, 86, 158, 189, 201.

E

ESCOLASTICO, José, 153.
ESPAILLAT, Ulises, 269, 270, 275, 276.
ESPAILLAT, Santiago, 78, 192.
EVANGELISTA, Eusebio, 242.
EVANGELISTA, Marcos, 242.

F

FAGALDE, J. 196.
FAMILIA, 17.

INDICE DE NOMBRES

FAMILIA, Petronila, 17.
FEBLES, Miguel, 17, 18, 20.
FEBLES, Floiriana, 20, 173.
FERNANDEZ, Ramón, 76.
FERRAND, Luis, 17.
FERRER, Pascual, 61, 99.
FELIX, Casimiro, 109.
FIGUEROA, José del Carmen, 59.
FLORENTINO, Pedro, 209.
FRANCO BIDO, Juan Luis, 104.

G

GALVAN, Manuel d Js. 273. 274.
GANDARA Y NAVARRO, José de la, 142, 151, 152, 163.
GARCIA, Inocencio, 173.
GARCIA, Federico de Js., 221.
GAUTIER, Manuel María, 84, 194, 267, 282.
GOMEZ, Máximo, 55.
GOMEZ, Juan, 254, 268, 269.
GOMEZ Y MOYA, Manuel Ubaldo, 241, 271.
GONZALEZ, José María, 84.
GONZALEZ, Ignacio María, 240, 265, 268, 271, 273.
GONZALEZ TABLAS, Ramón, 135.
GRANT, William, 254.
GRULLON, Eliseo, 273.
GUILLERMO, Pedro, 216, 221, 228, 229.
GUILLERMO, Cesáreo, 276.
GUTIERREZ DE RUVALCABA, Joaquín, 122.
GUZMAN, Antonio, 216, 230.

H

HARTMONT, 252.
HERARD, Deo, 25.
HERARD, Charles, 33, 35.
HERRERA, Juan Rosa, 76, 152, 158, 172, 242.
HEUREAUX, Ulises, 233.
HUNGRIA, José, 209.

I

IMBERT, José María, 43.
ISABEL II, 96, 126, 142, 144.

J

JIMENEZ, Manuel, 25, 60, 70, 71, 72, 74, 75, 76, 177, 178, 191, 192.
JIMENEZ, Juan Evangelista, 98.
JIMENEZ, Elías, 209.

L

LAVASTIDA, Dolores, 284.
LINARES, Deogracia, 158.
LOPEZ VILLANUEVA, Antonio, 43, 44.
LOPEZ VILLANUEVA, Pablo, 266, 268.
LOUVERTURE, Toussaint, 15.

LOVERA, Miguel, 221.
LUPERON, Gregorio, 10, 217, 221, 222, 223, 224, 247, 260.

M

MALLOL, Domingo, 91, 107, 108.
MANZUETA, Eusebio, 107, 242.
MAÑON, Toribio, 76.
MAÑON, Dámaso, 242.
MARCANO, Merced, 61, 98, 209.
MARTIN, Manuel Maria, 197.
MEJIA, Manuel, 43, 44.
MEJIA, Valentín, 158.
MELENCIANO, José, 273, 274.
MELO, Quintino, 233.
MELLA, Ramón, 24, 41, 43, 44, 46, 71, 76, 103.
MENA, Pedro Ramón de, 76.
MENDEZ, Teresa, 283, 284.
MERCEDES, Eusebio, 242.
MERIÑO, Fernando Arturo de, 219, 220, 221, 237.
MICHEL, Luis, 92.
MICHES, Eugenio, 94, 95, 152, 158.
MIURA, Ricardo, 60, 64, 69.
MIURA, Martín, 284.
MONCION, Benito, 221, 228, 254.
MONTALVO, Juan, 149.
MONTE, Manuel Joaquín del, 39, 119.
MONTE, José Joaquín del, 119.
MONTE, Félix María del, 84, 99, 248, 255.
MORA, Manuel, 61, 103, 209.
MOREL, Juan Bautista, 158.
MORENO, Matías, 76.
MORENO DEL CHRISTO, Gabriel, 282.
MORILLO, Luciano, 112.
MOTA, Santiago, 151.
MUSIE, 244.

N

NAPOLEON III, 83.
NUÑEZ, Juan Nepomuceno, 268.
NUÑEZ, Evangelista, 268.
NUÑEZ, Juan Abad, 173.
NUÑEZ DE CACERES, José, 18, 120.

O

O'DONNELL, 122, 124.
OJEDA, Alonso de, 125.

P

PACHECO, Ramón, 239.
PARMANTIER, Emilio, 209, 230.
PARREÑO, Gerardo, 279, 280.
PELAEZ DE CAMPOMANES, Antonio, 123, 131, 133.

BNPHU

INDICE DE NOMBRES

PELEGRIN, Telésforo, 76.
PELLETIER, Pedro Eugenio, 76, 83, 86.
PEÑA, Lucas Evangelista de, 221.
PEÑA Y REYNOSO, Manuel de Js. de, 269.
PERDOMO, Angel, 24.
PEREZ, Juan Isidro, 46.
PEREZ, Bernardino, 61.
PEREZ, José María, 169.
PEREZ, Andrés Pantaleón, 173.
PEREZ, Rafael, 158.
PEREZ, Braulio, 233.
PEREZ, Valentín, 247, 248.
PICHARDO, Domingo Daniel, 107, 108.
PICHARDO, Bernardo, 273.
PIMENTEL, Pedro Antonio, 223, 224, 225, 226.
POLANCO, Bernabé, 89.
PORTALATIN, Juan. 268.
PORTES E INFANTE, Tomás de, 67, 81.
PRUD'HOMME, Fenelón, 242.
PUELLO, José Joaquín, 15, 24, 46, 61, 66.
PUELLO, Gavino, 24, 188.
PUELLO, Eusebio, 24.
PUJOL, Pablo, O. 110.

R

RAMIREZ, Domingo, 112, 122.
RAMIREZ BAEZ, Valentín, 209, 248, 276, 284.
REYES, Angel, 43.
REGLA MOTA, Manuel de, 86, 96, 97, 98, 179, 202.
RIOS, Silvestre de los, 209.
RIVERA, Micaela de, 20.
RIVERO Y LEMOINE, Felipe, 137, 149.
ROCA, Esteban, 140.
RODRIGUEZ DEMORIZI, Emilio, 187, 188.
RODRIGUEZ OBJIO, Manuel, 110, 129, 229, 242.
ROJAS, Marcos, 24.
ROJAS, Benigno Filmeno de, 85, 119, 197.
ROOSEVELT, Teodoro, 208.
ROSAS, Juan Manuel, 55.
RUIZ, 17.
RUIZ, Francisco, 86.
RUIZ, Juan, 102.

S

SAINT DENYS, Juchereau de, 26, 176.
SALCEDO, Francisco Antonio, 43 44, 61, 63, 209.
SALCEDO, José Antonio, 209, 215.
SALCEDO, Juan de Jesús, 224, 227, 254, 255.
SANCHEZ, Francisco del Rosario, 23, 25, 40, 46, 71, 76, 183, 109, 130, 131, 209, 213.
SANCHEZ, María Trinidad 59.
SANCHEZ, Andrés, 59.

SANCHEZ RAMIREZ, Juan, 17, 18, 19, 78, 115, 120.
SANDOVAL, Bernabé, 61, 209.
SANTANA, Pedro (Padre), 17, 18, 19.
SANTANA, Ramón, 17, 20, 36, 171.
SANTANA, Socorro, 173.
SANTANA, Florencio, 172.
SANTANA, Gerardo, 173.
SANTANA, Juan José, 173.
SANTANA, Francisca, 173.
SANTANA, Manuel, 173.
SANTANA, Rafael, 173.
SANTIN, Juan, 170.
SANTOS NUÑEZ, María de los, 173.
SEGOVIA, Angel María, 95, 96, 98, 201, 203.
SENA, Lorenzo de, 99.
SERRANO, Francisco, 122, 131, 172.
SILVESTRE, Santiago, 242.
SOSA, Antonio, 152.
SOULOUQUE, 191.
STANLEY HENEKEN, Teo doro, 197.
SUSANA, Ma. 97.
SUMNER, Charles, 260.
TABERA, Fernando, 36, 99, 112.

T

TEJEDA, Josefa, 284.
TEJERA, Juan Nepomuceno, 65, 257.
TRONCOSO, Tomás, 76.

U

UREÑA, Nicolás, 84.

V

VALENCIA, Manuel María, 205.
VALVERDE, José Desiderio, 105, 106, 107, 108.
VALVERDE Y LARA, Pedro, 89, 148, 205.
VARGAS, Matías de, 109, 110.
VARGAS, Juan Luis de, 110.
VARGAS, Carlos de, 139, 149, 150, 151.
VARGAS, Justo Carlos de (a) Solito, 244.
VASQUEZ, Horacio, 279.
VICTORIA, Juan Chery, 257.
VILLAR, José del, 153.
VOLTA, Joaquín, 242.

Z

ZORRILLA, 17..
ZORRILLA, Dominga de la Cruz, 173.
ZORRILLA, Ana María. 173.

COLOFON

HOY, DIA 19 DE JULIO DE 1943, HEMOS TERMINADO LA IMPRESION DE ESTA OBRA.